DE LA AUTORA DE
Butcher & Blackbird

TEMPORADA DE COSECHA



TRILOGÍA *Masacre*

BRYNNE WEAVER

CONTRALUZ

TEMPORADA DE COSECHA

TRILOGÍA MASACRE



BRYNNE WEAVER

Traducido del inglés por Ana Navalón

CONTRALUZ

Advertencias de contenido

Aunque *Temporada de cosecha* sea una comedia romántica oscura y esperamos que te rías con toda esta locura, ¡sigue siendo oscura! Por favor, lee con responsabilidad.

- Trituradoras de madera (¡el Monstruo de las Galletas ha vuelto, nena!).
- Un cuervo que sigue disfrutando bastante de los tentempiés humanos.
- Huesos desmembrados.
- Cosas… de ojos (¡¿por qué te sorprendes?!).
- Jardinería asesina.
- Allanamiento, incluye robo.
- Cuerpos desmembrados.
- Dedos de los pies. Sí, dedos de los pies.
- ¿Chiles…? Yo qué sé. ¡Ya me dirás!
- Referencias a tortura física y psicológica.
- Veneno y sus desagradables efectos.
- Stalkear (aunque según Nolan es «cazar»).
- Ahogamiento.
- Cautiverio en contra del sujeto.
- Alcohol y a veces cosas raras dentro del alcohol…
- Actividades de búsqueda y rescate detalladas, entre las que se incluyen descripciones de seres queridos experimentando estrés y sufrimiento por la pérdida de un miembro de la familia.
- Detalles de un atropello con huida y conducción bajo los efectos del alcohol.

- Una plétora de armas, entre las que se incluyen hachas, cuchillos, pistolas, nunchakus y perforadoras de papel de tres agujeros.
- Lenguaje explícito y palabrotas.
- Contenido sexual explícito, entre el que se incluye *kink* de sumisión/sometimiento, juegos de impacto, juguetes para adultos, sexo anal, sexo oral o juegos de dolor.
- Suicidio, aunque quiero que sepas que no se debe a complicaciones de problemas de salud mental. En este caso, se define como un comportamiento de heridas autoinflingidas con la intención de morir.

Esta novela va de dos asesinos en serie que se enamoran, así que en general hay asesinatos y caos.

Igual que hice en *Temporada de turistas,* el primer libro de esta serie, quiero expresar esta advertencia de contenido con seriedad: una persona mayor querida que sufre deterioro cognitivo leve y principio de alzhéimer. También se describen las responsabilidades y los desafíos de los cuidadores. Por favor, sé consciente de que esta exploración de la pérdida de memoria puede ser un detonante para algunos lectores. Más información que te puede resultar de ayuda:

El deterioro cognitivo leve: son cambios sutiles en la memoria y en el pensamiento que pueden indicar un paso previo a afecciones relacionadas con la demencia, como puede ser el alzhéimer. El término puede ser intercambiable con «principio de alzhéimer».

Alzhéimer: es una enfermedad neurológica degenerativa y progresiva con síntomas como pérdida de memoria, dificultad de pensamiento, cambios de humor y de comportamiento, desafíos psicológicos (paranoia, depresión, alucinación), intranquilidad y muchos otros que no se recogen aquí. Se divide en tres fases principales: leve, moderada y severa. Aunque no se indica de manera explícita en la novela, y se ve complicada por otras enfermedades, el personaje del libro que sufre esta enfermedad muestra síntomas de alzhéimer leve y moderado.

Demencia: es un término paraguas que recoge diferentes enfermedades neurológicas que representan la deficiencia de al menos dos funciones cerebrales. Tanto el deterioro cognitivo leve como el principio de alzhéimer están clasificados como demencia.

Parte de los derechos de autor de la venta de esta serie será donada a la Asociación de Alzheimer de Estados Unidos y la Asociación de Alzheimer de Canadá.

Para quienes saben que hay muchas papeletas para que haya más movidas con ojos y aun así vuelven.
Este libro es para vosotros…

Playlist

Escanea uno de los QR para escucharla:

APPLE MUSIC



SPOTIFY



CAPÍTULO 1: Trillar

«Girl of Your Dreams», Isabel LaRosa

«Look to Windward», Sleep Token

CAPÍTULO 2: Arar

«Ghost», Zoe Wees

«Seasons», Erika de Casier

CAPÍTULO 3: Cultivar

«Bad Friend», Rina Sawayama

«Goodbye», Ramsey

CAPÍTULO 4: Invernadero

«The Woods», Ellise
«another night», Oklou
«dopemang», Kiiara (feat. Ashley All Day)

CAPÍTULO 5: Bulbos

«Cherry Waves», MISSIO
«Fall For Me», Sleep Token
«Over My Head», Fletcher

CAPÍTULO 6: Enredadera

«Shadow of Mine», Alec Benjamin
«Wounded», Emily Haines & The Soft Skeleton
«Pallid Eyes», Emily Jane White

CAPÍTULO 7: Plaga

«Stupid Boy», Slayyyter (feat. Big Freedia)
«Creature», BONES UK
«your girl», DashaDay

CAPÍTULO 8: Propagación

«Fine White Lies», Dr. Dog
«Mute Swan», Emily Jane White
«Fading», Shallou

CAPÍTULO 9: Huida

«Bad One», Kiiara
«Waking Up», MJ Cole & Freya Ridings
«Medusa», Amanati

CAPÍTULO 10: Sombra intensa

«I Can’t Hear It Now», Freya Ridings
«Parliament of Owls», Agnes Obel
«Oh Woman Oh Man», London Grammar

I. Cornezuelo

«CAN YOU SEE ME?», Rezz

CAPÍTULO 11: Trasplante

«Kind of Man», London Grammar

«The Subway», Chappell Roan

CAPÍTULO 12: Forraje

«Stoned on You», Jaymes Young

«Pegasus», Arlo Parks (feat. Phoebe Bridgers)

«desolate (Slowed)», ByErik

CAPÍTULO 13: Reliquia

«Feelings Gone», SG Lewis (feat. London Grammar)

«Sports car», Tate McRae

«C*m in Peace», Kiiara

CAPÍTULO 14: Germinar

«Days of Oblivion», Metric

«Good Vibrations (Skeletons)», MISSIO

«Washing Machine Heart», Mitski

II. Raíces

«SLIME», Shygirl

CAPÍTULO 15: Trillar

«god’s chariots», Oklou

«Paradise Circus (Fallen Sun Version)», POST (feat. Ghostpoet)

«The Demon», Emily Jane White

CAPÍTULO 16: Madurar

«I can’t breathe», Bea Miller

«Control», Zoe Wees

«Like That», Sleep Token

CAPÍTULO 17: Dragar

«I never wanna die», Bea Miller

«Shlut», Shygirl

«People, I've been sad», Christine and the Queens

CAPÍTULO 18: Hilo

«Times Like These», Addison Rae

«Playground», Bea Miller

«Show Me the War», Emily Jane White

III. Perenne

«panopticon», skyfall beats

CAPÍTULO 19: Envolturas

«Poisoned», Emily Jane White

«I Know What You're Thinking and It's Awful», The Dears

«Brightside», Kiiara

CAPÍTULO 20: Capsaicina

«Troubled Paradise», Slayyyter

«Skeletone», BONES UK

«Burning Alive», 8 Graves

CAPÍTULO 21: Néctar

«Mess It Up», Gracie Abrams

«saman», Ólafur Arnalds

CAPÍTULO 22: Inflorescencia

«Apple», Charli xcx

«Nothing Is Perfect», Metric

«Can I Jump?» Freya Ridings

«Superglue», Ella Vos

CAPÍTULO 23: Floración

«Wildwood», Fleurie
«Feels Like», Gracie Abrams
«Love Is Fire», Freya Ridings

IV. Emparrado

«Dizzy», MISSIO

CAPÍTULO 24: Sembrar

«Lost in the Plot», The Dears
«Everywhere Ghosts Hide», Erin McCarley (feat. UNSECRET)
«Undone», Tommee Profitt (feat. Fleurie)

CAPÍTULO 25: Abscisión

«Lost Without You», Freya Ridings
«What Could Have Been», Sting & Ray Chen

V. Siega

«Devils Game», Truth

CAPÍTULO 26: Cosecha

«Camera's Rolling», Agnes Obel
«for Steph», Ólafur Arnalds & Talos
«Traitor», Zoe Wees

EPÍLOGO: Podredumbre

«Till Death», CRAY

TRILLAR

Harper

Echarse un novio asesino en serie tiene muchas ventajas.

Nolan es de gran ayuda si hay que librarse de algún enemigo, para empezar. No le importa saltarse unas cuantas leyes si eso me beneficia a mí. Tampoco le dan asco la sangre y las entrañas. Mantiene la calma bajo presión. Tiene un pulso firme… lo cual resultó especialmente útil cuando me hizo los piercings de los pezones. Vale, admito que se tomó su tiempo con lo de la aguja, pero me gusta el dolor, así que los dos salimos ganando.

Pero ¿sabes lo que no mola nada?

Cuando eres tú la que se arriesga a que la mate un asesino en serie.

Quizá debería volver a la parte de «novio» y dejar de decir lo de «amienemigos con beneficios».

El cuervo, que observa desde las ramas del roble, grazna para advertirme justo antes de que la puerta trasera de mi casa se cierre con un portazo mucho más fuerte de lo necesario. Estoy en el terreno de la mansión Lancaster, trabajando entre rododendros e irises, así que echo un vistazo por encima del muro de piedra y veo a Nolan caminando a paso ligero por el jardín. Me vuelvo hacia la imponente mansión victoriana que hay en lo alto de la colina. Espero que Arthur, mi anciano mentor, esté echándose la siesta a pierna suelta y no a punto de bajar la cuesta en un carrito de golf que no debería conducir para poder ser la estrella de mi próximo drama. Me quito los guantes, me saco el móvil del bolsillo delantero del peto y

abro los últimos mensajes que he intercambiado con Nolan esta mañana.

> Tenemos que hablar. Ahora.

Como me he dado cuenta de que se me venía encima una gorda, he tratado de aligerar el ambiente.

> ¿Sobre lo bien que me quedan los piercings de los pezones?

> No.

Es obvio que mi intento no ha tenido demasiado éxito. Esa única palabra estampada sigue siendo lo último que me ha escrito desde hace más de una hora. Si recordarle nuestra noche apasionada de *shibari* y piercings en los pezones no es suficiente para aplacarlo, no tengo duda de que ha venido a matarme.

Suspiro y cojo el hacha.

Los goznes de la verja del jardín chirrían cuando Nolan se adentra en los terrenos de la mansión Lancaster. Dobla la esquina; lleva la ferocidad tallada en los rasgos. Su altura parece imponer más de lo habitual; los músculos se le marcan de lo tensos que están. Aprieta la mandíbula definida; los labios carnosos se han convertido en una línea fina. Está aún más guapo cuando se cabrea.

En cuanto me ve, se detiene. Nos miramos el uno al otro en silencio mientras lo veo valorar la escena que tiene delante. El cuervo se baja al muro del jardín, ladea la cabeza de un lado a otro. Nos está estudiando, dispuesto a apostar por un ganador.

—¿Qué coño haces? —pregunta Nolan al fin.

—¿A ti qué te parece que estoy haciendo? —replico.

—Asesino —dice el pájaro imitando mi voz al tiempo que camina por el murete de piedra hacia el lecho de flores y mira fijamente la lona ensangrentada que hay a mis pies—. Pájaro bonito asesino.

Contengo las ganas de entornar los ojos.

—Gracias, Morfeo. Siempre lo dices en el momento más oportuno. Eres el orgullo de todos los córvidos del mundo. —Señalo las partes de cuerpo cercenadas que hay encima de la lona, listas para darse un garbeo por la trituradora de madera—. Estoy deshaciéndome del pequeño desliz de Arthur. El turista del cementerio.

—«Pequeño desliz» —repite Nolan.

Me encojo de hombros.

—No podía dejarlo en el cobertizo toda la vida. A Arthur no le gusta que los cadáveres estén mucho tiempo en el congelador. Es bastante arriesgado guardarlos ahí, ¿sabes?

—Cierto. Claro. —Nolan asiente con aire sabio; es un movimiento cargado de sarcasmo—. ¿Tan arriesgado como, por ejemplo, meter un cuerpo en una trituradora de madera a plena luz del día?

Se acerca un paso, aunque todavía queda bastante espacio entre nosotros. Y, por alguna razón, tengo la sensación de que nos alejamos más a cada segundo que transcurre, un abismo de incomodidad que amenaza con consumirme.

—¿Levantaría más o menos sospechas usar una trituradora de madera por la noche?

—A lo mejor deberías plantearte no usarla nunca. —Se pasa una mano por la cara; se nota lo mucho que le cuesta controlar la rabia; irradia esfuerzo, como si quisiera echar a andar de un lado a otro de lo agitado que está, pero se contiene—. ¿No te preocupa que el piloto del dron se dé un paseo por aquí y te vea?

—Me imagino que estará ocupado con otras movidas; seguro que se ha enterado ya de que Sam ha estirado la pata.

—Bueno, en eso no te equivocas. Sí que está ocupado con «otras movidas». Movidas como la vida después de la muerte. Porque Vinny Meschino también está muerto, joder.

Suponía que la noticia de la muerte de Sam Porter no tardaría demasiado en correr por el pueblo… Un productor de documentales barra investigador aficionado tenía todas las papeletas para ser un chisme jugoso y, para un pueblo como Cabo Masacre, no hay nada más emocionante que una muerte «accidental». Pero ¿el piloto de

dron, Vinny? Eso sí que no me lo esperaba. Sobre todo porque fui yo la que lo golpeó en la cabeza y, aunque le arreé lo bastante fuerte como para que perdiera el conocimiento, no creía que lo hubiera matado. La última vez que lo vi, estaba inconsciente en el aparcamiento del hostal El Cabo y me largué quemando rueda para rescatar a Nolan de las garras de Sam.

Pese a que estoy tan estupefacta por esta información como ha debido de quedarse Nolan cuando se ha enterado, hago todo lo que puedo para que no se me note. A veces es mejor no permitir que otro depredador te pille con la guardia baja, aunque esté de tu lado. En teoría.

—En fin, eso es bueno, supongo.

A Nolan se le oscurecen los ojos.

—¿No es bueno…?

Él sacude la cabeza y yo apoyo el hacha en el suelo con un pum.

—De acuerdo, ya que parece que tú sabes mucho más de esto que yo, ¿por qué no me dices lo que es?

Nolan se acerca más; cada paso que da es lento e intencionado. No deja de mirarme a los ojos en ningún momento, ni siquiera cuando me quita el hacha y la lanza hacia atrás. Me sumo en esas profundidades de color verde bosque y ese borde marrón que le recorre la parte inferior del iris izquierdo. Se detiene tan cerca de mí que podría acariciarle el torso con el pecho si el aire no se me hubiera quedado atascado en los pulmones y pudiera respirar.

—Lo único que sé es que también está muerto y que ahora están investigando un asesinato.

—Vaaale. Eso es… algo.

Morfeo grazna en el silencio que se crea y se deja caer sobre la lona agitando las alas. Aunque miro hacia atrás y lo veo picotear un muslo cercenado, sé que Nolan sigue sin quitarme los ojos de encima. Su mirada me calienta el pulso que me salta en el cuello. Siento que un nudo corredizo se tensa sobre mi piel.

—¿Fui yo? —pregunto—. ¿Lo maté cuando le aticé en el aparcamiento?

La expresión de Nolan no se suaviza; tiene una arruga bien marcada entre las cejas fruncidas.

—No lo sé. Lo único que sé es que también está muerto. Así que a lo mejor sí fuiste tú. Pero ¿cuál de las dos?

El corazón me retumba contra las costillas.

—¿A qué te refieres?

—¿Darían con Harper Starling si descubrieran tus huellas o encontraran tu ADN? —Nolan se cierne sobre mí, acaparando todo el espacio de mi campo de visión. Sé lo que va a decir antes de que la pregunta se le escape de los labios—: ¿O darían con Autumn Bower?

Aunque sabía lo que me iba a decir, esas palabras me golpean como una bofetada. «Autumn Bower».

Me bombardean los recuerdos de la noche en que dejé atrás a esa mujer. Los cuerpos en la carretera. El olor a neumático quemado. Los gritos desolados de Nolan en la oscuridad. El miedo que se apoderó de mí cuando me di cuenta de que mi frágil libertad podría desvanecerse si me quedaba en el lugar del atropello. Y entro en pánico ahora que me han quitado la máscara.

—¿Cómo…? —Es lo único que consigo decir mientras trago saliva.

—He encontrado tu caravana esta mañana; la marea estaba baja —explica—. El número de identificación sigue ahí. No tardé mucho en unir las piezas del puzle en el Discord de los Buscasabuesos. Publicaron muchísimo sobre esa furgoneta hace cuatro años, cuando te perdieron la pista. Además, hay un montón de enlaces a tu canal de YouTube. Las camperaventuras de Autumn y Adam… Es pegadizo, sin duda.

Cierro con fuerza los párpados; un torrente de culpa y vergüenza me recorre entera. Cuando vuelvo a mirar a Nolan, su mirada adusta sigue perforándome.

—¿Por qué no me lo contaste? —susurra.

El pánico se me desliza por la garganta. No estoy segura de lo que debería decir. No quiero mentirle, al menos no más de lo que ya le he mentido por omisión; sin embargo, me he pasado los últimos cuatro años intentando olvidar ese nombre y todo el horror y el

dolor que implica. Y he hecho todo lo que estaba en mi mano para mantener la promesa que le hice a Arthur: que no le desvelaría mi pasado a nadie. Pero, joder, qué solitario es vivir como un fantasma. A veces siento que los recuerdos podrían ahogarme. Que siempre estoy esforzándome por mantener la cabeza a flote del pasado: el fallecimiento de mis padres y el duelo que le siguió. El terror de estar atrapada en la casa del asesino en serie Harvey Mead. La culpa de escapar del sótano cuando mi novio, Adam, no lo consiguió.

Nolan me observa, esperando, y creo que sería capaz de quedarse así una eternidad si ese es el tiempo que tardo en bajar las defensas. Se acabó huir del pasado, al menos cuando se trata de él. Me ha arrinconado en el refugio de las sombras. Y tal vez estaría bien dejar que entre un resquicio de luz.

—No podía —susurro al fin—. Lo siento.

—Lo sientes —repite, pero la entonación no es como me esperaba después de la furia que parece estar comiéndoselo vivo—. Que lo sientes.

—¿S… Sí?

En un segundo me pone las manos en las mejillas, me enmarca el rostro con su calidez. Le brillan los ojos, una franja reluciente en la línea de las pestañas. Frunzo el ceño. Una vez Nolan consigue reunir la compostura para decir las siguientes palabras con los dientes apretados, se detiene entre una y otra, como si necesitara grabármelas en el alma.

—Casi te mato.

Siento que me han arrancado de mi eje y ya nada tiene sentido desde este ángulo. Sabía que quería asesinarme cuando nos conocimos, pero es diferente que lo admita con una expresión de angustia. Claro que trató de borrarme del mapa. Pensaba que yo era Harper Starling, la mujer que se cargó a su hermano, y le permití que siguiera creyéndose la mentira.

Me obligo a sonreír; es un gesto frágil, a punto de resquebrajarse.

—A ver… a lo mejor tú planeabas hacerlo, pero yo también tenía muchas papeletas para matarte primero. —Este intento tan soso de

darle un toque de humor al asunto no aplaca ni lo más mínimo la tormenta que se fragua tras sus ojos—. No creo que le hayas puesto demasiadas ganas, si te sirve de consuelo.

—No.

—Eso me parecía a mí.

—¿Cabe la posibilidad de que sintieras que tal vez sería una buena idea compartir conmigo en algún punto ese detalle insignificante sobre tu verdadera identidad? —pregunta—. ¿O pensabas no decir nada en la vida? ¿Ibas a permitir que siguiera pensando que mataste a mi hermano y casi me matas a mí? Creía que eras la mujer que nos dejó tirados…

—Pero es que os dejé tirados —admito; mi confesión flota en el aire.

Uno de mis peores recuerdos es abandonar a Nolan en aquella carretera hace cuatro años para que muriera solo. Tal vez no tuviera elección cuando perdí a mis padres o a Adam… porque entonces no tenía forma de ayudarlos. Aunque a Nolan sí pude ayudarlo. Y decidí no hacerlo.

Me pica la nariz, me arde la garganta. Nolan no es el único al que están a punto de caérsele las lágrimas.

—Te vi. En la carretera. Estaba acampando cerca y oí el choque y los gritos. Escuché a unos chicos entrando en pánico y a una mujer discutiendo con alguien. Cuando llegué, los tres tíos corrían hacia un sendero que se alejaba de la carretera. El coche se había largado. Tú estabas…

Sacudo la cabeza, pero Nolan no me suelta como pensaba que haría. Su calor firme todavía me cubre las mejillas como una manta y, aunque intento bajar la mirada, sus ojos me perforan, se niegan a dejarme marchar. Siento que trata de rescatar el recuerdo perdido. Y lo mínimo que puedo hacer es darle las piezas para que rellene los huecos.

—Gritabas —empiezo de nuevo mientras la primera lágrima se me desliza por la cara—. Eran unos chillidos aterradores que solo había escuchado una vez en la vida. Como si te estuvieran desgarrando.

Como… como si no fueras a salir vivo de esa. Y me dio miedo. Me aterró lo que pasaría cuando la gente descubriese quién era yo.

Un aluvión de culpa me recorre entera, me quema con un beso de ácido. Pero, en cierto modo, hay libertad en la herida abierta que deja a su paso.

—Oí otro choque en la carretera y te dejé ahí. Corrí a ver qué había ocurrido. Había una mujer al volante. En cuanto abrí la puerta, olí el alcohol. Cuando encontré su cartera en el bolsillo, saqué su carnet de conducir y me di cuenta de lo mucho que nos parecíamos. —Me encojo de hombros; sigo intentando evitar el escrutinio de Nolan—. El coche estaba ahí balanceándose, a punto de caer por el acantilado. Pensé que nadie echaría de menos a otra conductora borracha, así que me quedé con el carnet y la lancé por el precipicio.

Por el rabillo del ojo, veo que Nolan sacude la cabeza, aunque todavía soy incapaz de mirarlo a los ojos.

—¿Por qué?

—Todo el mundo deseaba algo de mí: los periodistas, la gente en redes sociales, los yonquis de los crímenes reales, incluso una puta marca de ropa que me quería de modelo para sus camisas de cuadros… Ya era agotador de por sí. Se me ocurrió que, si me hacía pasar por otra persona y me ceñía a trabajar en B, podría escapar de mi pasado. Durante un tiempo.

Nolan aparta las manos de mi rostro soltando un largo suspiro y baja la barbilla al pecho. Se da la vuelta y sacude la cabeza mientras mira a lo lejos. Aunque en algunos sentidos siento que me he quitado un peso de encima, otra carga se desliza en el hueco que me ha quedado en el pecho, más pesada a cada momento que Nolan sigue de espaldas a mí.

Cuando por fin se gira para observarme, continúa teniendo una expresión atormentada.

—¿Por qué no me lo has contado antes?

—No te ofendas, pero eso de poner la cabeza de un tío decapitado en el comedero para pájaros no me dio mucha confianza ni me inspiró demasiada seguridad —contraataco—. Te has pasado

la tira de años cazándome. ¿Me habrías creído si te lo hubiera contado?

—Todos los días luchaba contra el impulso de agarrarte del pescuezo y apretar hasta que te murieras entre las palmas de mis manos. Y lo sabes. Eras consciente de ello, te lo veía en los ojos. ¿No crees que habría valido la pena intentarlo?

—No podía —susurro y él me responde con una mirada cruel y cargada de dudas—. Se lo prometí a Arthur…

—Me cago en todo…

—Le di mi palabra, Nolan. Puede que para otros eso no significa nada, pero para mí sí. Juré no contarle a nadie quién soy en realidad.

—¿Aunque te matara? —me pregunta; no respondo, me muerdo el labio inferior por dentro hasta que el sabor a hierro de la sangre me serpentea en la lengua—. ¿Quién más lo sabe?

—Lukas.

Nolan suelta un suspiro exasperado mientras se aparta y se pasa una mano por el pelo; los mechones que el sol le ha aclarado atrapan la luz entre el resto del cabello marrón chocolate.

—Fue él quien me ayudó a deshacerme de la furgoneta. Pero no sabe nada más sobre… esto. —Señalo hacia el montoncito de miembros cercenados que hay en el suelo—. Tampoco sabe lo de las inclinaciones de su abuelo hacia la caza. Cree que solo es… estrafalario.

—Eso es decir mucho —dice Nolan, casi a punto de soltar una carcajada burlona.

Durante un buen rato, ninguno de los dos hablamos; solo intercambiamos una larga mirada que se vuelve más pesada por segundos.

—Entonces, supongo que, si estás dispuesta a morir por mantener una promesa, vas a seguir en el pueblo, aunque te diga que deberías marcharte. ¿Me equivoco?

Me encojo de hombros en un intento por conciliar y él se tapa los ojos y un suspiro cansado le llena el pecho. Una parte de mí quiere

cabrearse con él solo por haberme propuesto que incumpla la palabra que le di a Arthur. No hay muchas personas en el mundo dispuestas a mantener una promesa, aunque salga caro. Yo soy una de ellas.

—Nolan, soy consciente de los riesgos. Yates podría sacarse la cabeza del culo en cualquier momento y darse cuenta de que el rastro de Sam y de Vinny, e incluso de este tío, lleva directo a nosotros —digo mientras señalo otra vez el cuerpo que tengo a los pies—. Pero no puedo abandonar a Arthur. En cambio, tú… tú sí puedes largarte cuando quieras.

—¿De verdad lo piensas?

—Ni siquiera eres de aquí. Eres un turista.

Un destello de pesar le cruza la mirada. Mis palabras le han hecho más daño de lo que pretendía. Controla el dolor, pero todavía queda un eco.

—No lo entiendes, ¿verdad? —pregunta—. No voy a irme a ninguna puta parte, Autumn…

—Harper.

Se me calienta el pecho. Me arde la piel. Una nueva oleada de lágrimas me acude a los ojos.

—Si te quedas aquí, vas a tener que enfrentarte a ella. —Nolan me agarra por los hombros. Agacha la cabeza para mirarme a los ojos, como si pudiera obligarme a ver el mundo como lo ve él si estamos en el mismo plano—. Van a venir más Buscasabuesos. Ahora que Sam y Vinny han muerto, van a abalanzarse sobre Cabo Masacre y solo es cuestión de tiempo que descubran quién eres, si es que el sheriff Yates no lo hace antes.

—¿Por eso estás tan cabreado conmigo?

—Me revienta que no me dejes cuidarte, me lo pones imposible.

—¿Quién ha dicho que necesito que me cuides?

—Yo. Lo dije cuando fuimos al parque, al salir del teatro. Y era en serio, joder.

Es la primera vez que la idea de que él también haya hecho una promesa penetra mi armadura. Y a lo mejor es como yo…: pretende

cumplir con su palabra. Nunca me había planteado que estuviera dispuesto a defender sus promesas con la misma fiereza con la que yo defiendo las mías. Y ese sufrimiento que veo en su rostro, esa angustia y esa determinación me resultan familiares. Es la misma expresión que veo en el espejo cuando me limpio la sangre y sopeso mis crímenes contra mi pasado y mi futuro. Es igual que yo: está dispuesto a jugarse la vida por un juramento.

Pero no importa cuánto lo intentemos, a lo mejor nuestro destino no es conseguirlo.

Sobre todo, porque se oye una sirena en la distancia.

Es un sonido repentino. Nolan me clava los dedos en los hombros. Abre los ojos como platos y estoy segura de que yo hago lo mismo. Se me cristaliza la sangre; el hielo danza bajo mi piel. Cientos de preguntas se me pasan por la cabeza en este instante. ¿Viene hacia aquí? ¿Deberíamos correr? ¿Podemos escondernos? ¿Cómo podría explicar que hay un cadáver a mis pies? ¿Y cómo puedo proteger al hombre que tengo delante o al que vive en la colina?

—Es una ambulancia —aclara Nolan un segundo después, rompiendo un momento que parece haber durado años.

Aunque ambos sepamos que así no suena la sirena de la policía, sigo notando un temblor en el cuerpo, un subidón de adrenalina que se niega a aplacarse. Y no creo que él se sienta mejor al respecto teniendo en cuenta el modo en que el pulso le late en el cuello.

—Todo está bien. Estamos bien —afirmo con la respiración entrecortada—. ¿Verdad…?

Nolan traga saliva. Apartamos la vista el uno del otro, ya que nos habíamos quedado atrapados, y centramos la atención en el cuerpo desmembrado que hay encima de la lona. El cuervo le arranca un jirón de carne congelada a un hueso. Cuando Nolan y yo volvemos a mirarnos, él me aparta las manos de los hombros y deja tras de sí un escalofrío aún más profundo.

—Tenemos que cubrir nuestras huellas. No dejar nuevas —dice, y luego me quita los guantes antes de echar a andar en dirección al

tractor para arrancar el motor—. Así que se acabaron los asesinatos.

Después de un segundo, asiento. Podría ser una declaración de intenciones. Pero, en un pueblo como Cabo Masacre, no creo que sea una promesa que ninguno de los dos esté dispuesto a hacer.

Sigue cabreadísimo. Casi siento el calor de su rabia en el espacio que nos separa. Y aunque por dentro le ruego que se me acerque, que me abrace, él se pone los guantes y va hacia la lona.

Cacho a cacho, introduce el cuerpo en la trituradora de madera, mientras el nudo de pavor que noto en el estómago se retuerce más con cada trozo de carne congelada que se traga la máquina. Y, cuando por fin acaba, se marcha sin añadir ni una sola palabra más.

ARAR

Nolan

Paralizado. Estoy paralizado.

Siento que tengo el cuerpo anestesiado mientras me alejo con el coche de la mansión Lancaster y regreso al hostal El Cabo.

Necesito distanciarme un tiempo de esa maldita casa si quiero albergar la esperanza de solucionar este embrollo. No estoy seguro de si pretendo mantenerme alejado de Harper mucho tiempo o si podré hacerlo. Parece que haya un hilo invisible que siempre me arrastra hasta ella. Pero tampoco puedo quedarme ahí sin que toda esa movida se nos eche encima. Debo mantenerla a salvo y no puedo hacerlo si no soy capaz de pensar con claridad cuáles son los siguientes pasos.

Cuando aparco, tardo un buen rato en bajarme del coche. Me quedo sentado sin más, mirando fijamente el agua oscura que se extiende hacia el horizonte; el sol de media tarde se refleja en las olas. Pero en realidad no lo estoy viendo. Estoy buscando a Harper en mis recuerdos. Busco su presencia en esa noche de hace cuatro años cuando me dejó tirado en la carretera, aunque tal vez no en el sentido que creía antes. Tendría el pelo rubio. A lo mejor habría destacado entre las sombras de los árboles que bordeaban la cuneta. Por desgracia, da igual con cuánto ahínco la busque: no la encuentro en mi memoria. Solo hay dolor y sufrimiento y miedo. Apenas un destello de su rostro bajo las luces del salpicadero; un truco del tiempo, un pasado distorsionado. Nunca fue ella.

Suelto un suspiro pesado, salgo del vehículo y cojo la mochila.

La plaza de al lado del SUV está vacía. Hay una mancha en el suelo que cruza la línea blanca que delimita los espacios de aparcamiento. No es de aceite ni de refrigerante, aunque podría parecérselo a cualquiera que pase por aquí. Es sangre seca, y hay un montón. Aquí es donde Harper debió de darle a Vinny en la cabeza. Tal vez lo asesinó. Pero no importa si anoche lo mató o no: nuestra conexión con gente asesinada o desaparecida está por toda la ciudad, si alguien se molesta en prestarle la atención suficiente.

Tomo nota mental en mi lista de tareas pendientes que no hace más que crecer: limpiar esa mancha por la noche cuando nadie me vea, y luego voy hacia el hostal.

Al entrar en el vestíbulo, Irene está terminando de hacer el *check-in* de una pareja que ya va en dirección a las escaleras con las maletas. Tendrán más o menos mi edad. La mujer lleva un diamante brillante, pero ninguno de los dos lleva alianza de matrimonio. Se sonríen el uno al otro cuando se giran lo suficiente y logro verlos de perfil. Dudo que sean Buscasabuesos… La verdad es que no tienen pinta de ser detectives de sillón que han venido a buscar respuestas por las muertes de Sam y Vinny. De todos modos, quizá sea demasiado pronto para que los investigadores aficionados hagan acto de presencia. Ya llegarán. Y a lo mejor entonces no resulta tan fácil distinguir a los recién llegados inofensivos de los que suponen una amenaza.

Yo tenía razón: debemos deshacernos de las pruebas. Y tengo que empezar con las mías, el rastro que lleva directo a Harper Starling y a la mujer que vive a su sombra.

—Señor Rhodes —me llama Irene. Me vuelvo hacia ella, y de repente me doy cuenta de que a lo mejor me he quedado mirando a esa pareja demasiado tiempo—. ¿Se encuentra bien?

Hago todo lo que puedo por mostrar una expresión relajada.

—Sí, señora.

—Sí que tiene usted la habitación ordenada. Al principio pensé que se había marchado y, por alguna razón, se me había olvidado.

—No, señora, es solo que… —titubeo cuando Irene alza las cejas. Sospecho que ya sabrá que paso mucho tiempo con Harper, pero no quiero fomentar futuras especulaciones. Más cuchicheos. Más ojos volviéndose hacia ella con preguntas. Se me revuelven las tripas; es una sensación desagradable—. No me gusta el desorden. Se me ocurrió llevarlo todo a la lavandería.

Nota mental: dedicar una tarde a echar mil horas en la lavandería.

—Debe de venirle de cuando estuvo en el parque de bomberos. Mi nieto Jamie es bombero en Atlanta. El pobre no sabía ni hacer la cama antes de acabar ahí. Ahora tiene la casa impoluta.

Aunque no debería sorprenderme que sepa ese detalle sobre mi pasado, el cual le podría haber contado Sam, tampoco me entusiasma. Cuando sonrío, siento que la sonrisa se me descascarilla por los bordes.

—Bueno, será mejor que me vaya…

—Oiga —me interrumpe; tiene dos arrugas profundas entre las cejas. Se sube las gafas por el puente de la nariz y siento que me está evaluando. Escudriñando—. ¿Se ha enterado de lo que ha pasado? ¿Con Sam? ¿Y su ayudante?

—Sí, algo he oído, pero no sé muchos detalles —digo mientras me meto las manos en los bolsillos y me acerco al mostrador de recepción con pasos lentos y uniformes. El corazón se me revoluciona en el pecho. Me da miedo descubrir que no sirvió de nada que nos esforzáramos en que la muerte de Sam pareciera un accidente. Aun así, es una información que estoy desesperado por conocer—. ¿Sabe usted algo?

—No demasiado, solo que están investigando en la destilería.

Asiento. Las ganas de sacar el móvil casi pueden conmigo. Si están indagando en la destilería, Harper tiene que saberlo, si es que no lo sabe ya. De todas formas, no le escribo. Espero a que Irene continúe.

—Es que están renovando la destilería —explica al fin cuando el silencio se alarga demasiado—. Yo al principio pensé que había sido

un accidente por las obras; luego me enteré de que el sheriff Yates está en el hospital y parece que las heridas son graves. Alguien dijo que uno de los hombres lo apuñaló y él le disparó. ¿Se lo puede creer?

Apago la pequeña llama de esperanza que encienden sus palabras antes de que se intensifique más. Tengo que admitirlo: después de haber hablado con Yates un par de veces, dudaba cuando Harper afirmaba que era un inepto. Pero a lo mejor tiene razón si el tío ha conseguido que un puto investigador *amateur* lo apuñale. Sin embargo, mi estupor es real cuando pregunto:

—¿En serio?

Irene se encoge de hombros.

—A saber. Los cotilleos pueden distorsionarse bastante en un sitio como este. —Chasquea la lengua y sacude la cabeza, como si lo que ella estuviera diciendo no tuviese nada que ver con la rumorología, solo con hechos—. Pero lo más probable es que no tardemos mucho en averiguar lo que pasó en realidad. Al final, la verdad siempre encuentra un modo de salir a la luz.

Sus palabras se me adhieren al cerebro como el alquitrán, una capa pegajosa que me enturbia los pensamientos.

—Seguro que sí —asiento—. Con suerte, todo se sabrá pronto.

Me despido con un gesto de la cabeza y voy hacia mi habitación.

Me siento incapaz de respirar del todo hasta que la puerta se cierra detrás de mí. Incluso entonces me da la sensación de que el miedo me oprime el pecho, como un tornillo que se niega a aflojarse. Y en el centro de todo se encuentra Harper.

Durante un buen rato, me quedo plantado sin más en medio del cuarto, dándole vueltas a todas las preocupaciones, los deseos y las emociones que en cierto modo están relacionados con ella. Está entretejida en el lienzo de mi vida. Y, aun así, aunque me cabrea y me intriga y me aterra, sigo sin saber quién es esa chica en realidad.

Cuando por fin me libero de la apatía, escaneo la habitación y me doy cuenta de que no tengo nada de alcohol. Me vendría bien una copa para adormecer el nido de avispones que se ha quedado a vivir

en mi cráneo, al menos durante un ratito. Me siento en el borde de la cama, me quito la mochila y la dejo entre mis pies. Luego me la quedo mirando sin pestañear y me animo a echar un vistazo dentro.

No la he abierto desde que Harper me la devolvió. Antes el corazón se me aceleraba de la emoción cuando sacaba las armas que guardo en ella o al ampliar mi libro de trofeos con mapas y fotos, nombres y los crímenes que habían cometido, trozos de piel curtida que cosechaba de mis víctimas. Pero ahora, cuando miro mi mochila, me acuerdo de todo lo que tenía pensado hacerle a Harper cuando vine y solo siento pánico.

Respiro hondo, aunque no me calmo lo más mínimo; agarro la cremallera y la abro despacio. Cada tic de los dientes de metal al apartarse es como una cuenta atrás hacia un destino aciago inevitable.

Una vez abierta la mochila, meto la mano y saco el nunchaku con el que maté a Jake Hornell. Incluso entonces intenté convencerme de que no lo hice porque estuviera espiando a Harper en un momento íntimo y privado sin el conocimiento o consentimiento de esta. Me dije a mí mismo que fue porque quería asustarla con sus miembros cercenados.

La verdad pura y dura es que no estoy seguro de lo que habría hecho si ese chico no se hubiera cruzado en mi camino aquella noche. Pero, en ese instante, los celos y la necesidad de proteger a Harper superaron a las ganas que tenía de matarla.

Paso los dedos por el cable fino. ¿Y si Hornell no hubiese despertado algo en mi interior? ¿La habría matado? Tal vez sí. Después de todo, vine para eso.

Dejo caer la cabeza y cierro con fuerza los párpados; permito que la verdad me cale en el tuétano antes de colocar el nunchaku en la cama y coger la siguiente arma.

Un cuchillo. Un martillo. Unas tenazas. El rayador de queso que usaba para llevarme un trozo de piel como trofeo. Al poco de llegar a Cabo Masacre, me di cuenta de que Harper no tenía un tatuaje de «Memento mori» como los tipos que iban en el coche que me

atropelló, un recordatorio de la noche del accidente que se llevó la vida de mi hermano. Supuse que tenía sentido, ya que ella había fingido su muerte y huido a Maine, mientras que ellos se habían quedado en Maryland. La chica ya no tenía ningún contacto con ellos. Sin embargo, eso no me habría impedido llevarme un trozo de su piel.

Dejo el rayador de queso a un lado con la mano temblorosa. Y luego saco mi libro de *scrapbooking.*

Siento unos latidos fuertes en la cabeza al abrirlo y me quedo mirando la última página.

Marc Beaumont, asiento del copilota.

Dylan Jacobs, asiento trasero del lado del copilota.

Trevor Fisher, asiento trasero del lado del conductor.

Harper Starling, al volante.

Paso un dedo por el último nombre, trazando las letras que escribí hace cuatro años. Todavía me acuerdo de lo que me embargó cuando anoté con cuidado cada palabra. Rabia. Determinación. Un compromiso inquebrantable de vengar a mi hermano, Billy, y un futuro que sentí que me habían robado.

Sin invitarla, aparece ante mí una imagen de Harper atada y a mi merced, la cual me deja sin aire en los pulmones. Pero ese no es el tipo de sometimiento que ella ansía de mí. Este solo sirve para destruir. Me imagino el miedo en sus ojos. El pánico en su voz. El sudor en su frente y el dolor en su rostro. Me imagino que tengo el rayador de queso en la mano y lo presiono contra su antebrazo, igual que hice con Marc, Dylan y Trevor. Me imagino que le aprieto la muñeca atada con una mano y que le paso la cuchilla afilada por la piel. Su grito desesperado me perfora la mente.

Cierro el libro de golpe y corro al baño; me arrodillo sobre las baldosas mientras el vómito salpica la porcelana blanca.

Estoy temblando cuando por fin me levanto un buen rato después, tiro de la cadena del váter y me acerco al lavabo. Me agarro al borde y trato de tranquilizarme. Miro fijamente mi reflejo. Los ojos inyectados en sangre. La piel pálida, manchas rojas que se desvanecen bajo un brillo brumoso. Podría intentar convencerme de que a lo mejor me estoy poniendo malo o que he tragado agua de mar por accidente cuando he ido a bucear para ver la caravana que revela la verdadera identidad de Harper como Autumn Bower.

Sin embargo, sé que no es por nada de eso y ya no quiero seguir mintiéndome.

Es porque podría haber matado a una mujer que no tuvo nada que ver con la muerte de Billy ni con las heridas que me cambiaron la vida para siempre. Una mujer que ha demostrado una lealtad fiera, que está más que decidida a cumplir sus promesas, y soy consciente de que, aunque la hubiera torturado, ella no me habría dicho su nombre. Podría haberla asesinado y todos sus secretos y verdades la habrían seguido a la tumba que cavé para ella junto al río Ballantyne.

Casi cometo el error más atroz de mi vida. Y, pese a que dejé de hacerlo, al principio la traté con desprecio. Le he dicho cosas imperdonables. He proferido acusaciones y palabras de odio, he amenazado su seguridad. Y, como maté a Jake Hornell, el mazado de gimnasio imbécil que la espiaba entre las sombras, la gente hará preguntas. La he puesto en peligro.

Y no soy el único que lo ha hecho.

Entrecierro los ojos cuando el nombre de Arthur Lancaster cruza mis pensamientos como una alarma.

No solo es un riesgo para los turistas que decide que merecen desaparecer del mapa: también es una amenaza para sí mismo. Y, lo que es aún más importante, es un peligro para Harper. Es irracional. Violento. Y manipulador. Quizá algunos de esos rasgos ya estaban presentes antes de que le diagnosticaran alzhéimer, pero la

enfermedad solo los ha empeorado y vuelto más impredecibles. Y tal vez se preocupe más por lo que puede obtener de Harper que por la seguridad y el bienestar de esta. Si de verdad la quisiera como ella cree que la quiere, ¿no desearía que se marchara? ¿No la liberaría de una promesa que sabe que no puede romper?

Me agarro con fuerza al borde del lavabo; los nudillos se me ponen blancos. Por tentador que me resulte, dudo que pueda matarlo. Harper acabaría destrozada, y soy incapaz de vivir sabiendo que fui yo quien le atestó ese golpe, aunque pudiera garantizar que ella nunca se enteraría. No obstante, sí que tengo que alejarla de él. Y debo asegurarme de que no vuelve a matar ni a generar más secretos que luego tendremos que enterrar nosotros.

¿Cómo lo voy a hacer? No tengo ni puta idea. Pero voy a averiguarlo, joder.

Asiento determinado ante mi reflejo, me lavo, regreso a la cama y saco el móvil mientras me siento. Harper me ha mandado un mensaje hace poco, supongo que mientras tenía la cabeza metida en el váter.

> La poli está en la destilería.

Aparecen los tres puntos que avisan de que está escribiendo su siguiente mensaje. Se detienen. Aparecen y se detienen por última vez. Como no los vuelvo a ver, la llamo.

—Hola —responde al segundo tono. Capto tantas emociones bajo esas dos sílabas que caen sobre mi oído con suavidad.

—Hola. —Suelto un profundo suspiro mientras la tensión parece crujir a lo largo de la línea telefónica—. Irene me ha contado lo de la destilería. Según la rumorología, a Yates lo apuñalaron.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Quién?

—Supongo que tiene algo que ver con Vinny, pero no sé mucho más aparte de que el sheriff disparó al hombre que lo atacó. La verdad es que no quiero indagar más para no levantar sospechas.

Nos quedamos un rato en silencio y me imagino a Harper mordiéndose el labio mientras piensa en todos los escenarios posibles que pudieron haber ocurrido en la destilería.

—¿Estás bien? —pregunto.

Tarda un segundo en responder.

—Sí. Eso creo. ¿Y tú…?

Miro mi libro de *scrapbooking,* que descansa a mi lado sobre la cama, abierto en una hoja en blanco. La que habría usado para ella. Cierro los ojos.

—No —admito—. Estoy preocupado por ti.

—¿En serio?

—Por supuesto.

—Creía que estabas enfadado conmigo.

—Puede que un poco —digo pasándome la mano por el pelo para agarrarme la nuca—. Pero puedo estar enfadado contigo y aun así preocuparme por ti al mismo tiempo. Y, al parecer, puedo estar aún más cabreado conmigo mismo.

Ella suelta una bocanada de aire que casi suena a carcajada y que atraviesa la línea telefónica.

—Sí. Yo también, supongo.

El silencio se alarga un buen rato. Es como si las disculpas, los secretos y las revelaciones colgaran en el espacio que nos separa, pero ninguna de esas palabras parece estar lista para dar frutos.

—Lukas está que se sube por las paredes por lo de la destilería. Está volviendo a la mansión. He quedado con él ahí… Estoy segura de que tendrá preguntas sobre el estado de la cara de Arthur, a menos que pueda convencer al viejo de que se eche una siesta antes de que llegue. Te mantendré informado, si quieres.

Asiento, aunque no puede verme.

—Vale, eso sería…

—Tengo que dejarte. Hablamos luego —dice y, justo cuando estoy cogiendo aire para decir su nombre, cuelga.

Suelto un largo suspiro mientras miro fijamente el teléfono.

Arranco todas las páginas del libro de *scrapbooking* hasta que solo quedan las hojas en blanco. Las quemo en la bañera mientras observo los recuerdos que perecen en las llamas.

Cuando las cenizas desaparecen por el desagüe, guardo lo que queda del cuaderno en la mochila, junto con las armas, y salgo de la habitación.

Dejo atrás el suave ronquido de Irene que sale del despacho que hay al lado de la recepción; voy pensando en todo lo que debo hacer hoy. Volveré a casa de Harper. La ayudaré con Lukas y con Arthur. Vamos a empezar a hablar de este embrollo en el que estamos metidos. A averiguar cómo atar los cabos sueltos. A lo mejor hasta consigo convencerla de que se venga a Tennessee conmigo, al menos durante un tiempo. La determinación me hace cruzar las puertas del vestíbulo y salir al sol, pero mis pasos flaquean cuando veo que la camioneta del sheriff está aparcada al lado de mi SUV.

La urgencia de volver a entrar en el hotel casi se apodera de mí; sin embargo, la puerta del conductor se abre y Yates baja del vehículo. Justo lo que necesito. Se gira para lanzarme una sonrisa reluciente al tiempo que se quita las gafas de sol de aviador. Me obligo a cruzar el aparcamiento, la mochila con las armas me pesa más con cada paso que doy hasta que me detengo ante él.

—Señor Rhodes —me saluda. Cierra la puerta de la camioneta; las botas de vaquero raspan la línea blanca manchada de sangre. Lleva el brazo pegado al cuerpo y sujeto con un cabestrillo—. Justo el hombre que estaba buscando.

El corazón me retumba contra las costillas.

—¿De verdad?

—Sí, por supuesto, hijo.

Rasca la mancha con las botas cuando se gira para mirarme de frente. Aunque no bajo los ojos a la marca que está pisando, a él sí que le llama la atención y agacha la cabeza y aparta los pies para ver mejor los goterones y manchurrones. Al levantar de nuevo la vista, una sonrisilla le alza la comisura de los labios. Por un instante

me consuela que no sea tan incompetente como asegura Harper, pero ese alivio se evapora enseguida cuando me dice:

—Tengo un par de preguntas que hacerte.

Las ganas de atacarlo me superan. Mil pensamientos se me desperdigan por los confines del cráneo. Podría abalanzarme sobre él. Me saca tres o cuatro dedos. A pesar de que tendrá cincuenta y tantos, está claro que se mantiene en forma. Aun así, podría aprovecharme de que está lesionado. Dispararle con su propia pistola. ¿Lo conseguiría? ¿Me daría tiempo a recoger a Harper y obligarla a venir conmigo? ¿Podría ella desaparecer en una vida nueva por segunda vez? ¿O admito toda la culpa para mantenerla a salvo? ¿Me saldría bien la jugada?

Yates endereza los hombros; los ojos se le oscurecen como si pudiera leerme la mente.

—Cabo Masacre es un sitio muy pequeño, por si no te has fijado. Estoy seguro de que ya te has enterado de que anoche me apuñalaron en el hombro. Las noticias vuelan en un pueblo como este, sobre todo si la fuente de información es Irene.

Asiento una vez.

—Eso me parecía a mí —dice el hombre sacudiendo la cabeza con buen talante—. Tú eres especialista en búsqueda y rescate, ¿no?

Me aclaro la garganta cuando el corazón se me para en el pecho.

—Sí, señor.

—¿Cuándo vuelves a Tennessee?

—El 15 de julio, sheriff.

Se rasca la barba incipiente con la mano sana y mira hacia el mar. Asintiendo, alarga el momento, y a mí el pulso se me acelera en los oídos a cada segundo que pasa.

—Bueno, me vendría bien la ayuda, si no te importa.

—Eh… ¿Perdón…?

—La verdad es que no disponemos de personal para este tipo de tareas. Y agradeceríamos contar con una mano extra.

—Algo como… ¿qué?

—Un hombre ha desaparecido y su mujer está armando una buena. Como también tenemos la investigación por homicidio en la destilería, nos vamos a convertir en un imán para la prensa. Debemos zanjar este asunto enseguida, así que necesito a alguien que pueda organizar una búsqueda. Alguien con experiencia. —Se da unas palmaditas en el brazo herido y me lanza una sonrisa cansada y desganada—. Ya no estoy tan joven como antes. Esto no se me va a curar pronto… Tendré que llevar el maldito cabestrillo como mínimo dos semanas más.

Abro la boca. La cierro. La abro otra vez, pero no me sale ningún sonido.

Yates me dedica una sonrisa desanimada.

—La verdad es que no es la respuesta entusiasta que esperaba —me dice agarrándome el hombro—, aunque lo entiendo. Estás de vacaciones y te estoy pidiendo demasiado. Creía que a lo mejor querrías hacerlo por el bien de Harper.

El pinchazo de miedo regresa y se me clava entre las costillas.

—¿Disculpe?

—Pensaba que querrías quedarte por ella. He escuchado que pasas mucho tiempo en su casa. Esto es Cabo Masacre… no se puede hacer nada sin que la gente empiece a cuchichear.

—Ya me he dado cuenta.

Me da unas palmaditas en el hombro.

—No te preocupes, hijo. Estoy seguro de que lo solucionaré. A lo mejor nos vemos por casa de Harper; debería pasarme a ver cómo se encuentra. Entre la caída de Arthur y ese horrible accidente que tuvo en la carrera de coches sin motor, ya tiene bastantes cosas entre manos. Y Cabo Masacre es una «comunidad que se preocupa por los demás».

El sheriff se da unos golpecitos en la placa, en cuyo círculo interior está inscrito «Caritas Communitatis», y luego echa a andar hacia el hostal dejándome atrás. Apenas ha dado dos pasos cuando las palabras se precipitan fuera de mi boca como si lo persiguieran.

—Espere, puedo ayudar.

Yates se gira sobre los talones despacio y me observa, tiene las cejas alzadas formando una pregunta que no llega a pronunciar.

—Lo siento, solo me ha sorprendido un poco que me lo pidiera. Pero me encantaría echar una mano. Por supuesto.

Por un instante, el rostro de Yates se muestra impávido. Una máscara vacía e indescifrable que me devuelve la mirada. Y entonces parece que sus rasgos florecen, sus ángulos y líneas duras se suavizan.

—¿De verdad? —pregunta, y yo asiento—. Eso sería de gran ayuda, hijo.

Le dedico una sonrisa; una que espero que esté a caballo entre lo útil y lo sincero.

—Claro. Cuente conmigo para lo que pueda hacer.

—Genial, súbete a la camioneta.

Yates se pone las gafas de sol y se gira hacia la puerta del conductor.

—¿Ahora…?

—No hay nada mejor que el ahora, señor Rhodes. Hay que encontrar a un hombre desaparecido.

El sudor me pica en la columna vertebral. La mochila con las armas me quema en la espalda. Me quito un tirante y luego el otro mientras voy a la puerta del copiloto y me monto en el vehículo; a continuación, dejo la mochila entre los pies.

Cuando el sheriff Yates arranca el motor, empieza a sonar una canción *country* que no reconozco.

—Vaya, maldita sea. Casi me olvido —dice Yates girando la rueda de la radio para bajar el volumen de la música. Pulsa un botón del micrófono con altavoz remoto que lleva sujeto en el hombro herido—. Sheriff Yates, adelante, cambio.

Un instante después, la voz de una mujer habla entre el crujido de los altavoces.

—Le recibo, cambio.

—Envía al ayudante Collins y a un par de personas del equipo al hostal El Cabo con un kit de campo. Parece que hay sangre en el

aparcamiento.

—Diez-cuatro.

Yates me lanza una sonrisa fugaz, sube la música y mete la marcha atrás.

CULTIVAR

Harper

—Cuéntame otra vez cómo ocurrió —susurra Lukas; estamos de pie junto a la cama de Arthur; la suave cadencia de sus ronquidos inunda la habitación.

—Dijo que se tropezó dando un paseo y se dio con la cabeza en un árbol —respondo.

—Pues parece que le han dado un puñetazo en la cara.

—Ja… deberías ver al otro tío —digo exagerando la voz, y le doy un codazo en las costillas como si fuera uno de esos cómicos de antes. Por dentro, me estremezco del asco. Ni siquiera sé cómo se llamaba el turista al que Arthur mató anoche. Pero puedo confirmar que, cuando Nolan tiró su cabeza a la trituradora de madera, todavía tenía en la jeta la marca del bastón hecho a medida de Arthur. Aunque Nolan se encargó de meter los trozos de carne congelada en el Monstruo de las Galletas, dejó que yo lidiara con el pringue resultante. Tardé un par de horas en enterrarlo todo y en plantar una nueva hilera de dalias encima de los restos blandos. Supongo que al menos a mis flores les irá genial este año.

—Dios, por favor, no. Lo último que necesito es que mi abuelo se meta en peleas.

Me giro antes de que Lukas pueda ver que mi sonrisa es más bien una mueca y lo saco de la habitación.

Cierra la puerta del dormitorio con un suave clic; luego se recuesta contra la pared. Los hilos de oro del empapelado de damasco brillan bajo la luz tenue de los apliques victorianos de la pared.

—Esto es horrible —se lamenta pasándose una mano por el pelo negro como la tinta—. Primero el puto estropicio en la destilería y ahora esto.

Suelto una larga bocanada de aire y me muerdo el labio mientras veo que Lukas apoya la cabeza contra la pared y se queda contemplando el techo fijamente, como si ahí estuvieran las respuestas a todos sus problemas, por complicados que sean.

—Lo siento. Es todo culpa mía.

Me mira y suaviza la expresión a modo de disculpa agotada.

—No es culpa tuya, Harper. Tampoco es que hicieras que alguien se colara en la destilería y se matara. Y Arthur no es tu responsabilidad.

Aunque sé que el pobre intenta que no me sienta culpable, sí que me da la sensación de que he fallado. No es consciente de que el caos de la destilería sí que está relacionado conmigo, claro. Mi trabajo es que Cabo Masacre esté a salvo. Es lo que juré hacer, esa promesa que ya no puedo mantener si otro turista de mierda aparece por aquí. Por mucho que lo deteste, Nolan tiene razón: no podemos seguir matando. Los Buscasabuesos van a venir e invadirán el pueblo en cuestión de días para buscar respuesta a las muertes de Sam y Vinny y al resto de secretos que hay aquí enterrados.

Lo único que puedo hacer es encontrar un modo de que ninguna pista los lleve a nosotros. Por Arthur. Es mi mejor amigo. Mi mentor. Y acabo de dejar a Lukas en la estacada. He dejado a Arthur en la estacada. He permitido que se metiera en líos. A pesar de lo que piense su nieto, siento que su bienestar sí es mi responsabilidad. Pero tal vez no debería serlo. Quizá le estoy haciendo más mal que bien.

—¿Qué vas a hacer? —No puedo decir nada más sin desmoronarme.

Él me mira con cierto arrepentimiento inexorable.

—Me pregunto si es el momento de hablar con la casa de cuidados Pinos Susurrantes.

Dudo un segundo antes de asentir ligeramente una única vez y me trago el ardor que noto en la garganta.

—No significa que tengamos que internarlo ahora mismo —continúa cuando percibe lo tensa que estoy, a pesar de que me esfuerzo para no fruncir el ceño y que no se me salten las lágrimas—. Solo quiero decir que quizá estaría bien hablar con ellos a ver qué ofrecen. Seguro que hay lista de espera. He oído que tienen un programa de demencia estupendo.

Asiento otra vez y me obligo a sonreír. Sé que solo hace lo que es mejor para su abuelo, aunque ambos sabemos que a este no le hará ni pizca de gracia. Poner a punto y en marcha la destilería Lancaster es una tarea colosal y la cosa no va a ser más fácil ahora que hay una investigación en las instalaciones. Y tampoco es que me una a Arthur ningún lazo de sangre, por mucho que yo lo considere familia. Y sé que he metido la pata. Que he abarcado demasiado. Dentro de nada no será suficiente con hacerle la comida, traerle *chai lattes* dobles con leche de soja y comprobar que está bien un par de veces al día.

—Ya… A ver, merece la pena hablarlo, claro —admito, y consigo que la voz me salga firme.

Aunque en la expresión de Lukas sobrevuela una nube agridulce, intuyo su alivio.

—Vendrás conmigo, ¿no? Bueno, si quieres.

—Por supuesto.

Me pone una mano en el brazo.

—¿Por qué no te vas a casa un rato? Tú también tienes que cuidarte. Pareces cansada.

—Me halagas. Muchísimas gracias.

—Lo que quiero decir es que lo siento —dice entornando los ojos de buen humor—. No deberías echarte a la espalda tantas responsabilidades de su cuidado. Lo solucionaré, te lo prometo.

Me da un último apretón en el brazo, echa a andar por el pasillo y, después, oigo el golpe seco de la puerta principal cerrándose. Hasta entonces no soy capaz de respirar del todo.

—Como me mandes a Pinos Susurrantes, te desheredo —dice mi mentor tan cerca de mí que su aliento me sacude los pelillos del cuello.

—Por Dios santo, Arthur —siseo, y me llevo una mano al corazón desbocado mientras me giro hacia él—. Creía que estabas durmiendo.

Él hincha el pecho y clava el bastón en el suelo de parqué con un golpe decidido.

—Bueno. Al menos mis dotes como actor no han disminuido con la edad. Estoy viejo, ya ves.

Suelto una risa nada divertida.

—Sé que esa es la misma frase que le soltaste a Nolan cuando lo convenciste de que te entregara tu bolsa de asesino para llevar hasta el cementerio al turista que se alojaba en el Airbnb de Maria y matarlo. El mismo turista que acabo de hacer papilla para usarlo como compost. De nada, por cierto.

La confusión se apodera de sus iris grises como nubarrones.

—¿Quién es Nolan?

—Nolan Rhodes. El tío que conociste en el teatro cuando fuimos a ver *La bella y la bestia* hace un par de días.

Aunque espero que esto le refresque la memoria, no estoy segura de que dé resultado. Pero sé cómo funciona su cabeza. Le he dado información suficiente para que salga airoso si se siente avergonzado.

—Ah, sí. —Asiente con aire sabio—. El señor Rhodes.

Es un actor con talento, sin duda. No sabría decir si de verdad recuerda a Nolan o si solo ha aprovechado para repetir el apellido; sin embargo, él sigue adelante:

—De todos modos, Harper, yo debería estar en posesión de mi bolsa en todo momento.

Me está regañando, pero por nada del mundo voy a dejar que me intimide por no devolverle ese maletín lleno de armas, venenos y el diario al que se refiere cariñosamente como *Libro de los muertos.* Me preocupa que me eche por segunda vez esta semana a los

leones criticones, la forma en que el viejo te demuestra que lo has decepcionado muchísimo, cuando todavía debo encargarme de los malditos setos; no obstante, pasa por delante de mí y echa a andar por el pasillo.

—En cualquier caso, no me voy a ir a un asilo —gruñe mirando hacia atrás.

Lo sigo, me arden las mejillas.

—¿No crees que a lo mejor…?

—No.

—Pero Lukas…

—¿Qué «pero Lukas» ni qué ocho cuartos? Lo que le sucedió en el cementerio a ese hombrecillo horrible fue culpa suya. Él me atacó. Yo solo iba preparado. Gracias al señor Rhodes.

Me amonesta con una mirada amenazadora antes de volver a centrarse en el recibidor principal de la mansión y en el pasillo que lleva a la cocina. Y yo sé bien que no hay que discutir con él si está de mal humor. El Arthur al que conocí cuando llegué a Cabo Masacre hace cuatro años no es el mismo que ahora tengo delante. Siempre fue fiero, formidable. Pero era racional. Y esa parte de él se va desvaneciendo a pasos agigantados.

Siento que se me desgarra el corazón; es incapaz de encontrar fuerzas para latir una sola vez. Yo no soy quién para cuestionar las decisiones de Lukas. Y no está en mi naturaleza negar la autonomía de Arthur. Si hasta me sentí mal por esconderle el maletín en mi casa, aunque fuera necesario.

Tal vez una residencia sea lo mejor para él. Tal vez saque todos sus secretos a la luz, una autopsia de todo lo que hemos enterrado. Además, independientemente de que vaya o no a Pinos Susurrantes, ya hay bastante culpa con la que lidiar. Culpa por no hacer suficiente. Por dejar a Arthur y a Lukas en la estacada. Por preocuparme por lo que costará cuidarlo si permanece en la mansión Lancaster. Por querer algo que no implique ninguna responsabilidad.

Como Nolan.

Me quedo plantada en el vestíbulo. Arthur sigue hacia la cocina sin mí; va refunfuñando y los gruñidos hacen eco por el pasillo.

Mi casa no es mía. Ni siquiera es mío el jardín ni la trituradora de madera que lo alimenta. Mis responsabilidades, mis promesas… Las hice yo, pero tampoco me pertenecen. Hasta mi nombre es la identidad de otra persona y yo apenas la habito.

Nolan es lo primero que he tenido solo para mí desde hace años. Y, aun así, ¿y si no me lo merezco? ¿Y si por eso me cuesta tanto aferrarme a él? No se trata de las promesas que he hecho o de la necesidad de mantenerlo a salvo. Es que sé que no soy digna de lo que está surgiendo entre nosotros.

Quizá nunca estuvo destinado a ser mío.

Me saco el móvil del bolsillo y abro el último mensaje que le mandé a Nolan. «La poli está en la destilería». En cuanto lo he enviado, me he planteado decirle que huya. He escrito un mensaje, pero luego lo he borrado y lo he vuelto a intentar. Cuando hemos hablado por teléfono, lo he cortado de repente para no pronunciar las palabras en voz alta. He sido egoísta. Supongo que solo quiero un poco más de tiempo. Quedarme algo para mí sola. Y, al hacerlo, he dejado en la estacada a todo el mundo.

Respiro hondo. Paso los pulgares por la pantalla mientras escribo un mensaje que ha resonado en mis pensamientos más de una vez a lo largo del día.

> Lo de Arthur está controlado.
> Puedo encargarme de todo
> lo demás sola, estaré bien.
> Te lo prometo.
> Y quería habértelo dicho antes,
> pero no he podido. A lo mejor
> porque hace un par de semanas
> me habría dado un puñetazo en la
> cara por decirlo…, pero me gustas

> mucho, Nolan. Muchísimo.
> Aun así, lo que yo quiero ya no importa. Mucho menos con todo lo que hay en juego.
> Así que deberías irte a casa, en serio. Vuelve a Tennessee antes de que vengan los Buscasabuesos. Yo me aseguraré de que no te sigan, te lo prometo. Será mejor para los dos. Quizá podamos con esto en cualquier otro momento. Pero ahora no.

Tengo los pies clavados en el suelo decorativo del vestíbulo. Sobrevuelo con el pulgar el botón de «Enviar» en el último mensaje. Me quedo mirando fijamente las palabras de la pantalla, cubiertas por un velo de lágrimas.

—¿Harper…? —me llama Arthur desde el pasillo. Levanto la vista y lo veo en el umbral de la cocina. Ladea la cabeza. No estoy segura de si me ve bien desde esta distancia, más allá de las sombras del pasillo y la luz difusa que se cuela por las vidrieras de la puerta. Pero debe de ver suficiente—. ¿Estás bien?

Me obligo a sonreír.

—Sí. Por supuesto.

—Lamento haber sido demasiado duro contigo hace unos minutos. Es solo que… yo no… —Arrastra los pies. Aprieta y suelta un poco el bastón. Baja la mirada al suelo y tarda un buen rato en volver a levantar la cabeza—. No estoy preparado.

Se me corta la respiración. Los pedazos rotos de mi corazón se me clavan y se retuercen hasta que estoy segura de que me han arañado el hueso. Arthur siempre elige las palabras exactas para decir lo que quiere decir, incluso ahora. No es solo que no esté

preparado para irse de su casa. Es que no está listo para dejarse a sí mismo.

Trago saliva, aunque me duele.

—Yo tampoco.

—¿Te quedas a cenar?

El duelo es un torbellino; siempre se agita. Cuando una de las corrientes se aleja, la siguiente ya está ahí, dispuesta a inundar el hueco que se ha formado.

Miro el móvil. Me tiembla el pulgar cuando le doy a «Enviar». Por un instante, observo fijamente el mensaje. Cada segundo que pasa me corta como una cuchilla. Luego pongo el modo no molestar y me guardo el aparato en el bolsillo de atrás.

—Sí. Me encantaría —digo.

Arthur sonríe y vuelve a la cocina. Al final, lo sigo. Pero durante un buen rato permanezco ahí, atrapada en ese suelo pulido.

INVERNADERO

Harper

La noche está nublada, las estrellas y la luna se ocultan tras un denso manto de nubes. No hay brisa, solo un calor pegajoso que se me incrusta en la piel. Todo parece pesar más de lo que debería. Más allá de la linterna que llevo en la cabeza, únicamente hay oscuridad. El silencio. Mi corazón.

Me saco el móvil del bolsillo mientras avanzo por el sendero que conduce al cementerio de Arthur junto al río Ballantyne, que serpentea por las afueras de Cabo Masacre para desembocar en el mar. He tardado un par de horas, pero por fin he reunido valor suficiente para quitar el modo no molestar después de que Nolan no apareciera por mi casa, como creía que haría. Y luego he tenido que hacer acopio de aún más coraje para mirar las últimas notificaciones del Discord de los Buscasabuesos. Más especulaciones sobre la muerte de Sam y Vinny. Más conversaciones sobre venir al pueblo. Más furia agitando el torrente de preocupación que me recorre las entrañas. Al final, he dejado el móvil y me he quedado contemplando el ajedrez que tengo en el salón hasta que me he obligado a moverme.

En el fondo esperaba que Nolan viniera para discutirme el mensaje en el que le he pedido que se marche. Aun así, no ha venido. Quizá al final ha dejado de intentar que seamos algo que nunca podremos ser. Después de todo lo que ha pasado, ni siquiera yo estoy segura de que esté a salvo si se marcha, aunque es lo mejor que podría hacer. Así que espero que se haya ido. «Pero no es lo que yo quiero… es lo que los dos necesitamos», no hago más que

repetirme. Sin embargo, ese mantra se me clava en los pensamientos. Me perfora cada vez que se repite.

Me guardo el teléfono en el bolsillo y un largo suspiro se me escapa de los labios.

Es entonces cuando oigo un susurro entre el bosque, a mi derecha.

Me detengo y apunto con la linterna hacia los árboles y arbustos. No veo nada a través del denso muro de vegetación. Ni siquiera el movimiento de las ramas y las hojas.

Paso una vez más la luz por la espesura y reanudo la marcha por el sendero.

Me dejo llevar por el ritmo; tomo la última curva antes de continuar por la franja que conduce hasta la carretera cuando lo vuelvo a oír.

Me paro de repente. Ni siquiera respiro. En el barro seco del camino hay huellas de animales. No sabría decir de cuándo son… puede que pasaran por aquí hace un ratito o hace horas. Pero reconozco las marcas del oso de inmediato.

Una rama cruje a mi derecha.

—Oso —digo con voz firme.

No aparto los ojos del bosque al dejar que la mochila se me deslice por el hombro. Saco la pala plegable de uno de los laterales y la monto con un clic. Nada se mueve a mi alrededor mientras envuelvo con los dedos el espray antiosos que llevo en el bolsillo.

—Ey, oso.

Se oye otro ajetreo de hojas y, aunque escudriño la oscuridad, no veo nada.

—Oso… —Saco el pulverizador del bolsillo—. Deberías saber que tengo sabor a arrepentimiento y sueños rotos.

Silencio.

Diviso la carretera. No puedo correr más deprisa que un oso. Debería defender mi terreno, esperar hasta que la bestia aparezca o se aleje.

Tengo los nudillos blancos de apretar el mango de la pala.

Levanto la lengüeta del activador y el clip de seguridad del espray.

—Me tomaré tu silencio como un acuerdo tácito de que no soy digna de que me comas.

Se me ha acelerado el corazón; la sangre me ruge en la cabeza. Con cada latido, siento que avanzo hacia un final tortuoso.

—Que le den —siseo y salgo corriendo por el sendero.

No miro atrás. No oigo si el oso me sigue. Ni siquiera estoy segura de si he gritado. Solo me centro en la carretera y corro.

Las botas crujen contra la gravilla del arcén. Cruzo el asfalto a la carrera. Llego al arcén opuesto cuando una forma negra emerge ante mí de entre los arbustos que hay junto al camino que lleva a la orilla del río.

Ni siquiera lo pienso. Tan solo activo el espray con la mano izquierda y muevo la derecha.

Un alarido de pánico rompe la noche antes de que mi pala golpee el rostro de Nolan.

—¿Qué coño haces? —grita este al caer de rodillas y taparse la cara con las manos.

—Ay, madre mía, lo siento…

—¿Por qué siempre me rocías mierdas?

Me arrodillo a su lado y bajo el arma y el repelente de osos; luego busco la botella de agua. Todavía me tiemblan las manos cuando le vierto el contenido por la frente.

—Pensaba que eras un oso.

—Pues está claro que no lo soy.

Aunque le rocío encima toda la botella de agua, no es suficiente para aplacar el dolor. Nolan suelta una retahíla de improperios mientras lo cojo del codo.

—¿Por qué estás compuesto de un porrón de kilos de músculo? —digo con los dientes apretados, tirando de él para que se levante.

—¿Por qué eres tú tan violenta conmigo?

—Viniste a matarme —replico pasándome su pesado brazo por el hombro y guiándolo hacia el sendero que dudo que pueda ver—.

Supongo que me caló hondo todo aquel discursito de: «No cometas ningún error; si yo caigo, te arrastro conmigo».

—Si no recuerdo mal, aquello fue cuando me rociaste la cara con el puto aerosol ese de ¡A la Mierda! El escozor era peor que este, por cierto.

Le doy unas palmaditas en el pecho y él gruñe.

—Cómo me alegro, Nolan.

La conversación se reduce a meras instrucciones y algunos improperios conforme avanzamos hacia el río. Cuando llegamos a la orilla, Nolan se desprende de la mochila, se quita la camiseta y se mete en el agua. Sale poco después para coger aire y volver a sumergirse, una y otra vez. La necesidad inmediata de aplacar su dolor y la culpa por haberle hecho daño se van desvaneciendo cuanto más tiempo pasa en el agua y algo peor las reemplaza: el miedo.

Nolan está aquí. No se ha marchado como le pedí que hiciera. Y voy a arriesgarme y a suponer que el humor de mierda que tenía al principio del día no ha hecho más que… empeorar.

Ese temor queda más que confirmado cuando sale del río y se vuelve. El pecho le brilla cada vez que se le alza con la respiración irregular, de la nariz le cae un hilillo de sangre iluminado por la linterna que hay en la orilla.

No aparta los ojos de los míos en ningún momento mientras sale del agua.

Quizá debería volver a disculparme. O a lo mejor ayudarlo a salir del río, aunque por cómo camina contra la corriente con los pantalones empapados bajos en las caderas diría que no necesita que le eche una mano. De todos modos, lo único que puedo hacer es quedarme ahí plantada. Siento que todos los órganos se me caen a los pies como piedras. Unos pies que tal vez deberían estar corriendo, pero están pegados a esta maldita orilla embarrada. Estoy atrapada en la ferocidad de su mirada; tengo demasiado miedo para moverme mientras el depredador se acerca cada vez más, cautivada por el peligro que entraña.

—¿De qué…?

Se limpia la sangre del labio.

—¿… coño…?

Más goterones que le caen de la nariz lo reemplazan.

—¿… vas?

Se detiene tan cerca que podría tocarme, pero no lo hace. Está furioso; me observa desde arriba con una intensidad tan férrea que me cuesta no hundirme bajo el peso de su mirada.

Nos quedamos un buen rato en silencio. El labio se me cuela entre los dientes. Este tic nervioso le llama la atención. A veces incluso consigue que me toque. Esta vez no. Y me da la sensación de que está esperando a que se me acabe la paciencia.

—Estás aquí —digo al fin con una despreocupación forzada.

Suelta una carcajada sin gracia, aunque no responde.

—Estoy… sorprendida.

Ladea la cabeza.

—¿Estás «sorprendida»?

Asiento una vez.

—Cierto. Porque me escribiste y me dijiste que me marchara. —Se acerca un poco más, como si intentara grabarme las palabras en el cerebro con esa furia implacable—. Por mensaje.

Trago saliva y casi sucumbo a las ganas de apartar la mirada.

—Sip.

Nolan cubre la distancia que nos separa con una sola zancada, se detiene tan cerca que huelo el río en su piel.

—Dímelo a la cara.

—Vale. —Enderezo los hombros y alzo la barbilla—. Lárgate de una puta vez de Cabo Masacre antes de que los Buscasabuesos asomen el hocico.

Una sonrisa perversa y preciosa aparece en su rostro y por fin desvía los ojos de mí para buscar entre las sombras que hay a mi espalda, solo por un segundo. Sacude la cabeza. Luego vuelve a clavarme la mirada, aún más brutal que hace unos instantes.

—No.

El aire se enrarece. Me cuesta coger aire, pero siento que me estoy ahogando desde dentro.

«No puedo tenerlo», me digo. «No es lo que necesitamos. Me hará daño. Nos hará daño a los dos».

Cada pensamiento se me incrusta más adentro, hasta que acabo con el pecho desgarrado.

—Deberías irte —susurro; la voz se me atasca en un nudo doloroso—. Deberías…

Noto un calor repentino cuando la mano callosa de Nolan me envuelve la garganta. Lo miro de nuevo a los ojos.

—Deja de decirme que me marche, joder. No voy a irme a ninguna parte —gruñe.

—Pero…

Me tapa la boca con la otra mano, siento su palma cálida y empapada contra los labios.

—Harper, por favor. —Hay mucho más que rabia y frustración en esas tres palabras. Hay desesperación. Deseo. Tal vez incluso miedo. Percibo su pulso acelerado contra la piel. Se me cierran los ojos cuando su tacto me roza a lo largo de la mandíbula—. Déjalo ya…

El tiempo se detiene. Al abrir los ojos, lo único que veo es él. Las palabras que está a punto de pronunciar laceran una marca indeleble en mi corazón antes de que salgan a la noche.

—Harper, estoy enamorado de ti —dice.

Mi grito se pierde en su palma. Lo agarro de la muñeca para apartarlo, pero no se mueve. Sacudo la cabeza, las lágrimas se me caen de las pestañas y él sigue el movimiento sin soltarme.

—No quiero escucharlo. No puedes cambiar cómo me siento. —Se centra en la humedad que me brilla en las mejillas—. No quiero que respondas nada —susurra, como si esperara que hablando más suave fuera a esconder el dolor que todavía oigo en su voz—. La cagué desde el principio. Sé que tengo que currármelo para compensártelo. No espero que tú sientas lo mismo por mí, y aunque sea así, no quiero saberlo.

Ladeo la cabeza; mi pregunta tácita se alarga entre mi ceño fruncido.

—No quiero dudar de si te has sentido presionada a decirlo. Y algo me hace pensar que no estás preparada si crees que un puto mensaje va a conseguir que me vaya. —La oscuridad le atraviesa el rostro antes de convertirse en ese tipo de anhelo que se parece al dolor físico. Lo siento, un eco en mi pecho, como si siguiera un hilo invisible que nos une—. Así que prométemelo, Harper. No sé si me quieres o no, pero prométeme que no me lo dirás. Al menos esta noche.

Me dejo caer contra su mano; la cubro con la mía, en un intento por asegurarle que lo comprendo a un nivel que jamás nadie podrá entenderlo. Sin embargo, su mirada severa no flaquea, no se desvía en ningún momento. Hasta que por fin asiento y murmuro mi juramento contra su piel. Un destello de alivio le inunda las pupilas cuando me mira a los ojos. Muy despacio, aparta la palma de mis labios, aunque no estoy preparada para que su piel me abandone.

—Eh… —Carraspeo. Me enderezo. Me paso las manos por las mejillas para secarme las lágrimas antes de volver a intentarlo—. Siento haberte arreado un palazo —me disculpo, pero tengo la voz demasiado rota como para sonar convincente—. Eres un puto grano en el culo, Nolan Rhodes.

Y entonces estampo mis labios contra los suyos.

Es un beso de sangre y angustia. Le envuelvo la cara con las manos y tiro de él hacia mí. Devoro sus palabras mientras todavía le cuelgan de la lengua. Gimo contra su boca. Puede que no me deje decir lo que siento. Ni siquiera estoy segura de saberlo a ciencia cierta. Solo sé que lo deseo como nunca he deseado a nadie. Lo necesito, como si fuera una parte de mí sin la que no puedo vivir. Así que se lo demuestro, con cada caricia, con cada mordisco y con cada gimoteo y estremecimiento de anhelo. Lo pego a mí y le demuestro todas esas cosas que sí sé.

Nolan nos aleja del borde del agua, con pasos lentos e inseguros, hasta que estamos en tierra firme. Se aparta con urgencia para

dejarme un beso en el cuello y cuela las manos por debajo de mi camiseta para agarrarme de la cintura. Aprieto los dedos contra las llanuras de su espalda y la otra mano se la hundo en el pelo.

—Creía que habías dicho que teníamos que mejorar nuestras habilidades de comunicación como enemigos acérrimos —susurro sobre sus labios.

—De acuerdo —dice antes de darme tal mordisco en el cuello que ahogo un grito—. Quítate la puta ropa. ¿Qué tal así?

—A mí me vale.

Me aparto solo el tiempo suficiente para deshacerme de la camiseta y dejarla caer al suelo, pero él no para de tocarme en ningún momento. Siempre hay un punto de contacto, ya sea el agarre de sus dedos firmes por debajo de mis costillas o la suave caricia que me sube por los costados. Con cuidado, me ayuda a quitarme el sujetador deportivo y lo lanza a una franja de hierba sin despegar los ojos de las barras de metal que me perforan los pezones.

—Creo que nunca voy a superar lo bien que te quedan esos putos piercings. —Me pasa el pulgar por debajo del pecho—. ¿Te duelen?

—Un poco. —Me encojo de hombros en un intento por contener el escalofrío que me provoca con el pulgar cuando vuelve a recorrerme la piel—. Pensaba que te ibas a pasar por casa esta mañana antes de que todo se fuera a la mierda para curármelos.

Aunque le dedico una sonrisa sugerente, no hay diversión en su expresión cuando me mira a los ojos.

—Lo siento —se disculpa. Al encogerme otra vez de hombros, sacude la cabeza—. No, debería haberme quedado. Sentía que me hacía falta un rato para pensar en todo lo que había pasado. Pero no me ayudó tanto como creía. Te necesitaba, era solo eso.

No tengo oportunidad de preguntar nada ni de decirle que entiendo lo que es necesitar tiempo, porque presiona los labios contra los míos, con urgencia y exigencia, y sus dedos encuentran la cremallera de mis pantalones vaqueros cortos. Me los baja junto con las bragas por las caderas y deja que caigan hasta mis botas de

senderismo. Apenas logro sacar un pie de la tela antes de que él se ponga de rodillas y me arrastre consigo. En un segundo, está tumbado bocarriba sobre la tierra húmeda y yo tengo las piernas abiertas alrededor de su cabeza mientras entierra la cara en mi coño con un gruñido feroz.

Con Nolan no hay espacio para las inhibiciones.

Le da igual que me haya pasado la mitad del día trabajando en el jardín o que esté cubierta de una capa de sudor. No creo que le importara una mierda si estuviera con la regla, si los dos estuviéramos embadurnados de sangre. Me consume y me devora como si me necesitara para vivir.

Me agarra las caderas con tanta fuerza que me hace moratones mientras succiona y muerde y acaricia y vuelve a empezar; me destroza el coño. Es la necesidad atávica personificada; su deseo es tan salvaje que ni siquiera él puede domesticarlo. Como si la piel fuera su jaula y el monstruo que se encuentra debajo siempre estuviera rozando la superficie, a un paso de liberarse. Cuando echo la cabeza hacia atrás gimiendo y suelto un grito impaciente, él emite un gruñido de aprobación y me obliga a separar más las piernas. Y, en cuanto muevo las caderas y le cabalgo la cara para perseguir el orgasmo que casi tengo al alcance de la mano, su monstruo se desata.

En un parpadeo, me doy de espaldas contra el suelo y el aire se me escapa de los pulmones con un «uf».

Contengo el aliento; el barro y la escasa hierba me enfrían la piel, me duele el clítoris por la necesidad que se le ha negado. Oigo el clic del cinturón de Nolan y apenas se ha bajado los pantalones y los calzoncillos por las caderas cuando ya se está agarrando la erección con toda la mano. Abre las piernas, se coloca delante de mi coño y me penetra hasta el fondo con una sola acometida.

—Cómo me estás torturando, joder —sisea antes de consumirme con un beso impregnado del sabor de mi flujo. Me embiste otra vez, con toda su dureza y longitud, y me roba un gemido de los labios—. Me he pasado todo el puto día pensando en tener tu coño en la cara

y vas y me mandas ese mensaje de los cojones. Y antes de que pueda terminar de leerlo… sorpresa, sorpresa… pones el maldito móvil en no molestar.

—Ya —consigo decir, incapaz de formar pensamientos coherentes porque me está follando sin piedad. Un gemido desvergonzado me vibra en los labios cuando me calienta la teta con la mano; está tan cerca del pezón que soy consciente del piercing, pero lo bastante lejos para que no me duela—. Aunque ha estado bien eso de no… hablar.

—Cierto. Porque es tan fácil solucionar los problemas sin hablar. —Intensifica el ritmo, el barro reseco me araña la espalda con cada embestida. La incomodidad se mezcla con el placer que se me acumula en el núcleo, un elixir de dolor y éxtasis que solo él logra mantener en un equilibrio perfecto—. ¿Sabes qué? A lo mejor tienes razón. Las palabras no son suficientes. —Baja las manos por mi cuerpo, se acerca más y más a mi centro con una lentitud agonizante. Digo su nombre como una plegaria, con la voz áspera—. Creo que me debes un grito.

Su pulgar encuentra mi clítoris y jadeo porque me estoy perdiendo en otra dimensión.

Aunque las palabras fueran suficientes, ya he perdido toda esperanza de encontrarlas. Sobre todo cuando me levanta las caderas del suelo y me penetra, o cuando me dibuja círculos alrededor del clítoris, o cuando se agacha para sellar mis labios con los suyos y me roba el aliento con un beso abrasador. Me folla como si me odiara. Pero, con cada roce, con cada caricia, con cada susurro contenido de mi nombre, sé que me quiere.

Cualquier pensamiento de hasta qué punto debería asustarme que sea así se aleja con una embestida y otra y otra, una cadencia que va acumulando más y más la tensión de mi interior, que acaba detonando. La euforia se traga todas las células de mi cuerpo. Arqueo la espalda sobre el suelo. Le clavo las uñas en la carne. Cierro con fuerza los párpados y unas volutas luminosas cruzan el lienzo negro. Y, justo como él quería, grito.

Nolan llega al mismo tiempo que yo; se estremece encima de mí. Hasta que no me suelta el hombro no me doy cuenta de lo fuerte que me ha mordido mientras se corría en mi interior. Aplaca el dolor con un beso lento. Solo pensar en verme mañana las marcas en el espejo me provoca una réplica de placer que me sacude entera al tiempo que él va reduciendo el ritmo de la penetración hasta detenerse del todo.

No se oye nada más en la noche, salvo el río y nuestra respiración entrecortada. Solo veo a Nolan; la piel le resplandece con una capa de sudor bajo la luz tenue de la linterna. Lo único que huelo y siento y deseo es a él.

—Acabamos de follar en el cementerio de un asesino en serie —susurro.

Suelta una carcajada, a la que le sigue un beso suave que me da antes de apartarse y salir de mi interior. Un escalofrío me recorre la piel al perder su calidez cuando se arrodilla.

—Si te soy sincero, no le veo ninguna pega. Para nada.

—Ya. Yo tampoco —digo.

Acepto la mano que me ofrece y, al incorporarse, me lleva consigo. Luego se sube los calzoncillos y los pantalones empapados antes de atenderme de inmediato. Se agacha y se coloca uno de mis pies en el muslo. Estoy hecha un asco, sigo con los vaqueros y las bragas colgando de un tobillo y tengo la espalda cubierta de barro seco. Pero a él le da igual. Se limita a desatarme la bota y a quitármela, deja mi ropa encima antes de pasar a la otra pierna. Me cuida con tal reverencia que me duele el pecho. Trago saliva, le pongo una mano en el hombro y se lo aprieto hasta que me mira a los ojos.

—Nolan…

Estudia mi rostro. Parece que encuentra algo, a lo mejor las palabras que yo no tengo claras en la cabeza como para soltarlas por la boca, y entonces, con cuidado, aparta mi mano.

—Mantén tu palabra, Harper —dice y me da un beso en los nudillos.

No estoy segura de que quiera, pero lo hago. Nolan me desnuda del todo. Luego me conduce más allá de la huella que ha dejado mi cuerpo en el suelo, lejos de las tumbas que hemos exhumado. Me lleva al río. Solo me mete hasta las pantorrillas y después se apoya en una rodilla.

Todavía debería rogarle que se marche. No quiero que acabe atrapado en el caos que he creado. Sin embargo, tiene pinta de que no puedo obligarlo a que se vaya. Aunque no parece lo correcto, él también quiere lo mismo que yo.

En silencio, cogiendo agua con las manos una y otra vez, me limpia el barro de la piel. Sin embargo, no puede limpiar todos mis pecados.

BULBOS

Nolan

—Siento que esa información me habría venido bien al principio de la velada —dice Harper mientras hunde la pala en el limo con más fuerza de la que tal vez sea necesaria.

Conseguimos trabajar rápido para exhumar las últimas víctimas de Arthur que yacen en el río Ballantyne; ya tenemos dos conjuntos de huesos apartados. A lo mejor podríamos haber dejado los dos que quedaban para mañana por la noche ahora que estamos seguros de que Sam y Vinny no nos están espiando, pero el cierre de la venta de la propiedad es inminente y cualquier día podrían aparecer por aquí más Buscasabuesos, así que hemos decidido quedarnos hasta que haga falta para acabar con esto de una vez por todas.

—Estaba ocupado recibiendo un puto palazo en la cara. —Hago el numerito de limpiarme la nariz con el dedo, aunque dudo que todavía me esté sangrando. Harper me lanza una mirada asesina antes de volver a centrarse en el agujero—. Tampoco me ha parecido un buen momento para sacar el tema cuando te estaba comiendo el coño.

Ella masculla algo ininteligible. Si la luz de la linterna fuera más potente, estoy seguro de que vería cómo el rubor le empieza a subir por el cuello.

—No creo que sea una buena idea.

—¿Comerte el coño?

—Cierra la puta boca. Sabes que me refiero a la movida de búsqueda y rescate a la que te ha arrastrado Yates. Comerme el

coño siempre es una idea magnífica.

Sonrío, echo una palada de tierra sobre la lona.

—Mira, a mí tampoco me entusiasma la idea, pero a lo mejor nos viene bien que me encargue de la búsqueda del turista que se cargó Arthur.

Harper resopla con sorna.

—No acabo de ver cómo nos puede ayudar que estés en el centro de la vorágine de policía y prensa.

—La fe que tienes en mí me inspira —digo impávido, y le lanzo una palada de tierra a la bota—. Puedo intentar dirigir la investigación hacia donde no es, siempre y cuando tenga cuidado. Hacer que los voluntarios se mantengan alejados de lugares como este. A lo mejor incluso tengo la oportunidad de plantar donde yo quiera las pertenencias del turista. Además, ya le he sacado partido a la situación… Tengo más información sobre lo que le sucedió a Vinny Meschino.

Harper me mira a los ojos.

—¿De verdad?

Aunque nunca lo admitiré delante de ella, que me mandara ese mensaje tan desanimado para cortar conmigo resultó ser útil. Me cabreé tanto que me lancé de cabeza a mi nuevo papel de líder; les sonsaqué todos los detalles que pude al sheriff y al resto de los locales.

—Sí. Yates se lo encontró en la destilería. Fue a investigar porque la señora Talbot, la del final de la calle, llamó para quejarse de que había luces en el edificio. Al parecer, el sheriff estaba preocupado de que fueran ladrones de cobre que estuvieran robando en las obras. Su teoría es que ya se habían peleado antes en el hostal. Que Vinny siguió a Sam a la destilería y lo empujó por la barandilla antes de que intentara matarlo a él.

—Yates —repite Harper sacudiendo la cabeza—. Sigo sin creerme que fuera él quien matara a Vinny.

—Me lo dijo él mismo.

—Vinny no tenía ninguna pinta de «voy a atacar al sheriff». Cuando le di en la cabeza, se limitó a colgarle el teléfono a Sam y no parecía muy entusiasmado con eso de ir a la destilería para entrevistarte bajo coacción.

—A lo mejor no, pero aun así quería contar la historia. Sabía que Sam me había secuestrado. Si de verdad le hubiera importado la ley una mierda, habría llamado a la policía.

Harper se muerde el labio; los ojos se le van al río mientras se apoya en la pala.

—Entonces…, si Vinny atacó al sheriff y este cree que es probable que también atacara a Sam, ¿significa que estamos a salvo?

—Yo no diría tanto, Harper. A saber lo que podría encontrar o averiguar todavía. Sí que vio la sangre en el aparcamiento y envió a un equipo para que la analizaran, así que no estoy tan convencido de que sea un inepto total.

Clavo la pala en el suelo, se oye un sonido que ya es familiar: el saco de centeno de polietileno que Arthur usó para deshacerse de todos los cadáveres que hemos localizado hasta la fecha. Los huesos parecen susurrar desde la tumba: «No estáis a salvo ni de lejos».

—Me voy a mudar a tu casa —anuncio.

Harper se queda mirando las sombras y, por un instante, espero que me suelte un no rotundo. Joder, cómo picaría eso. Llevo todo el día dándole vueltas a la posibilidad, pero el corazón se me ha puesto en modo frenesí al decirlo en voz alta. Aunque me rechace, no lo aceptaré, y mucho menos cuando su seguridad está en juego. Puede que ella también sea consciente de ello, porque dice:

—¿Durante cuánto tiempo?

Me rasco el pecho. Supongo que es mejor que un no, aunque tampoco ha sido una respuesta entusiasmada, precisamente.

—Hasta que sepa que lo peor ya ha pasado. —Dejo caer la mano a un lado—. De momento conservaré la reserva del hostal El Cabo, por si es demasiado para ti. Pero de verdad que creo que es más seguro así. Si los Buscasabuesos ignoran las muertes de Sam y

Vinny para terminar su trabajo sobre La Pluma, quiero estar contigo. Porque sé que en ese caso Arthur será su primer sospechoso.

Harper me mira fijamente durante un buen rato en silencio antes de asentir. Tal vez se alegre de que esté decidido a protegerla. O a lo mejor le preocupa que profane su santuario. No sabría decirlo viendo esa expresión estoica que tiene. Ambas posibilidades me reconcomen por dentro, consumen diferentes partes de mi ser.

—Cuéntame, ¿cómo vas a poner a Yates y a los voluntarios a cazar gamusinos exactamente? —pregunta al fin mientras rascamos el sedimento que queda en el saco. Harper agarra la cuerda deshilachada que cierra la bolsa y la saca del hoyo—. Podrías dejarles un rastro de huesitos.

Sus palabras se me meten en la cabeza; enraízan sin florecer, como si no tuvieran luz para crecer. Doy unos golpes con la pala en el fondo del agujero vacío, solo para asegurarme de que no queda nada más en la arena húmeda, y entonces lo vuelvo a llenar.

—Si te soy sincero, no lo sé. Ha sido un día de mierda con eso de que Yates se presentara en el hostal, el viaje relámpago a la comisaría, informar a los bomberos voluntarios y reunir todo el equipo. Me ha costado bastante aguantar el tipo. Aunque podemos sacarle beneficio si juego bien las cartas.

—Tal vez. Pero ¿y si se dan cuenta de que eres tú el que está saboteando la búsqueda?

A esa pregunta no sé qué contestar. No sería tan fácil que alguien llegara a esa conclusión, a no ser que cometa un fallo muy obvio, si bien tampoco sería la primera vez que me equivoco juzgando a la gente. Justo ahora tengo delante uno de esos errores de juicio.

—Tú… ten cuidado —dice al fin cuando el silencio se alarga demasiado—. Sé que tiene ciertas ventajas estar dentro, aunque también hay muchísimos riesgos. No me hace ninguna gracia.

—A mí tampoco, te lo aseguro.

Al girarse, veo que tiene una expresión de preocupación y duda, y es entonces cuando me doy cuenta de que tal vez no me cree. Es lo suficientemente lista como para no confiar en mí por completo.

Después de todo, le he dado multitud de razones para que no lo haga.

Eso tengo que cambiarlo.

Mis pensamientos se van por unos derroteros oscuros mientras veo a Harper meter los huesos en su mochila. ¿Cómo puedo alejar la búsqueda de las huellas que hemos dejado por todo el pueblo? ¿Cómo puedo mantener a salvo su pasado y sus secretos? ¿Cómo puedo protegerla sin destruir esta vida que ha cultivado con tanto esmero?

Las únicas respuestas viables que tengo ahora mismo son las que le harán daño. Obligarla a marcharse de Cabo Masacre. Que rompa la promesa que le hizo a este pueblo. Matar a Arthur, pues cada vez es más impulsivo y eso la pone en peligro.

Tal vez no me quede más opción que herirla para salvarla, pero no estoy seguro de cuánto dolor podrá soportar. O cuánto podremos aguantar nosotros cuando la relación crezca más allá de las grietas de esta base de mierda.

Harper se vuelve hacia mí con el medidor láser y una pregunta en las cejas fruncidas, y dejo a un lado mis preocupaciones.

—El último —dice en voz baja mientras me pasa el dispositivo. Desliza los dedos por los míos cuando lo suelta, un roce que parece intencionado.

Completamos la última exhumación casi en silencio. De todos modos, ahora mismo no necesitamos palabras… Este proceso ya lo hemos repetido infinidad de veces. Sacamos a la víctima de su tumba, que no es más que un saco de huesos sin nombre, y rellenamos el hueco a toda prisa.

Y luego nos quedamos en el límite de la llanura de barro para echarle un último vistazo al cementerio de Arthur.

Hemos sacado dieciséis cuerpos del fango. Hemos desenterrado secretos que dormían antes de que pudieran florecer. «No confundas edad avanzada con debilidad», me dijo Harper cuando el viejo me engañó para que sacara su maletín de asesino de donde estaba

escondido. «Arthur se ha pasado décadas perfeccionando su arte. Si acaso, la edad le ha dado ventaja».

La consternación me aprieta el pecho como una mala hierba enredada.

—Bueno —me rasco la barba incipiente de la mandíbula—, voy a arriesgarme y a suponer que este no es el único campo de juegos de Arthur.

Pese a que Harper intenta que la vergüenza no se le cuele en la expresión, se le ve en la comisura del ojo cuando recorre con la mirada el terreno inundable.

—Eh…, sí.

—¿Dónde debería evitar que fisgoneen los voluntarios? —pregunto volviéndome hacia ella, aunque ella no hace lo mismo.

Se aclara la garganta.

—A lo mejor el viejo granero de la destilería.

—¿La misma destilería que está plagada de policías? Genial.

—Y también la antigua mina de plata que hay en la carretera del lago Esmeralda.

—Dios.

—Ya… y, tal vez, lo mejor sea mantenerlos también alejados de la mansión Lancaster, obviamente.

—¿No me digas? —inquiero impávido—. Ahí es donde pensaba poner el cuartel general de búsqueda y rescate.

Harper por fin se gira hacia mí con una mirada seria. No estoy seguro de en qué momento me enganché a sacar ese desafío fiero que le ilumina los ojos, pero soy adicto y creo que ella también es consciente.

—Vámonos de aquí, fiambre —dice estampándome su mochila en el pecho—. Estoy lista para ir a casa.

Me cuelgo las dos mochilas a la espalda y encabezo la marcha por la oscuridad. Conduzco a Harper al SUV que he dejado aparcado entre las sombras del sendero sin salida que hay al final de la carretera. Cuando llegamos a la mansión Lancaster, ella lleva los huesos a la caseta de jardín que hay en la colina, cerca de la casona

principal, y ya por la mañana los pasará por la trituradora de madera. Mientras tanto, yo descargo el resto del material y nos reunimos en su casa.

—Me alegro de haber acabado por fin con las dichosas exhumaciones. Ha sido un día muy largo. Al menos hemos eliminado algunas pruebas del camino de la investigación —dice Harper, que va encendiendo las luces de camino a la cocina. Saca un tarro de cristal de una estantería que hay junto al fregadero y vierte lo que parece una mezcla de cacahuetes y gusanos en una taza de café desportillada—. Voy a echarle de comer a Morfeo para que no empiece a gritar «asesino» en cuanto amanezca. ¿A qué hora tienes que empezar a currar mañana?

—He quedado con Yates a las seis en Un Grano Náufrago para tomar café —respondo con una sonrisa triste—, así que al alba.

Ella solo masculla un «maldita sea» y sale por la puerta de atrás; ni se molesta en encender la luz del patio para deslizarse en la oscuridad. Yo me quedo plantado en medio de su salón; giro despacio y me fijo en los detalles que tan familiares me resultan ya, incluso reconfortantes. El tablero de ajedrez en el que únicamente ha movido el peón blanco, esperando la jugada del contrincante. El olor a palo santo que le gusta encender. Los libros de jardinería bien colocados en la estantería, sujetos por unos sujetalibros de madera con forma de cuervo.

Cojo un caballo negro del tablero de ajedrez y lo giro bajo la luz tenue. Me dan ganas de dejarlo, pero no en su posición inicial, sino delante de la hilera de peones negros. A ver si ella también juega. Sin embargo, siento que estaría mal. Sería intrusivo. Así que lo coloco en el mismo cuadrado donde lo he encontrado. Estos cachitos de Harper me tranquilizan, pero de repente siento que soy un intruso en su presencia.

Cuando vuelve a entrar en la casa, hace todo lo posible por ser hospitalaria, aunque parece moverse con rigidez y hablar con poca seguridad, como si estuviera diciendo lo que cree que debería decir. Cosas como «Coge lo que quieras de la nevera» y «Las toallas están

en el armario que hay al lado del baño». Seguirla por la casa conforme me explica dónde está todo lo que puedo necesitar hace que se intensifique esa sensación de intrusismo, más que cuando la espiaba desde las sombras mientras ella trabajaba en el jardín o cuando seguía todos sus pasos por Cabo Masacre. Solo consigo respirar del todo una vez nos detenemos delante del baño y dice que va a darse una ducha; luego, cierra la puerta tras ella con cuidado.

Me lavo los dientes en el fregadero. Recojo mis bolsas. Lucho contra las ganas de quemar todo lo que llevo dentro de la mochila, las armas que traje al pueblo con la intención de usarlas con ella. Y a continuación subo al piso de arriba mientras el agua todavía repiquetea sobre la cortina de la ducha.

Me he puesto unos pantalones de chándal finos y me estoy metiendo en la cama cuando oigo que sube por las escaleras con pasos suaves. Primero va a su habitación, luego sale y llama tres veces a la puerta del cuarto de invitados que he dejado entreabierta.

—¿Nolan…? —me llama; la luz de su cuarto que se cuela en el pasillo le enmarca la silueta—. ¿Qué haces aquí?

—Necesitas descansar y yo tengo que madrugar. —Me giro lo suficiente para que vea la tranquilidad en mi leve sonrisa—. No quieres que mi alarma te estalle en toda la cara a las cinco y media de la mañana.

Aunque se queda callada y nos separa toda la habitación, noto que está sorprendida y confusa. Cuando se mete el labio entre los dientes y baja la mirada hacia las sombras, salgo de la cama y me acerco a ella. No me mira a los ojos hasta que no la cojo de la mano.

—Harper, he venido aquí para cuidarte, no para asfixiarte. Solo quiero que tengas tu espacio. Al menos, todo el que pueda ofrecerte. —Le aprieto la mano, después le doy un beso en la mejilla y me detengo un instante a oler el jabón en su piel antes de darme la vuelta—. Descansa. Estaré aquí si me necesitas.

Ella sigue mirándome cuando me siento en el borde la cama y me paso una mano por el pelo. Me recorre el cuerpo con la vista, pasa

por las cicatrices que se me marcaron en la piel la noche que nos conocimos. Cuando por fin me mira a los ojos, asiente una sola vez.

—Buenas noches, Nolan —dice y cierra la puerta despacio.

Tardo un rato en escuchar sus pasos por el pasillo. Puede que me haya dejado a merced de mis sueños, pero siempre la tengo presente cuando sueño.

Su grito. Su mano extendida. El abismo de agua negra, el terror en sus ojos mientras se hunde en el mar. Nunca nado lo bastante rápido, nunca pataleo con la fuerza suficiente. Jamás la agarro a tiempo. Incluso debajo del agua, la oigo llamarme: «Nolan». «Nolan».

«… Nolan».

Cuando abro los ojos, tardo un segundo en reconciliar a la mujer que tengo delante con la de mis pesadillas. Harper está acuclillada junto a la cama; lleva el pelo recogido en una trenza suelta por encima del hombro; tiene las cejas fruncidas mientras yo parpadeo para desprenderme del sueño.

—¿Va todo bien? —le pregunto sentándome. Compruebo que está bien, al menos lo que puedo ver. No hay sangre. No hay rasguños. Solo una expresión en su rostro que dice que no está segura—. ¿Qué ha pasado?

—Nada. Estoy bien; es solo que…

No termina la frase; sus ojos se desvían a la puerta como si debiera volver a escabullirse por ella. Sin embargo, sacude la cabeza de forma casi imperceptible y se incorpora lo justo para meterse en la cama conmigo. Mi cerebro somnoliento tarda un momento en procesar lo que sucede: que esta chica quiere una conexión que no está preparada para pedir. Me quedo quieto, reticente a hacer la cucharita y a apartarla mientras ella se recoloca bajo las sábanas.

Cuando echo mano de la lámpara de noche para encenderla, ella me detiene.

—No hace falta —susurra.

—¿Estás segura? —pregunto, y ella asiente contra la almohada.

Me tumbo a su lado. Le paso un brazo por la cintura. Apoyo la palma por encima de su corazón. Tardo muy poco en quedarme dormido con su olor y su calor y su respiración regular y profunda contra mi pecho. Y, esta vez, no sueño con el mar. Ni con mi hermano ni con la sangre que le chorreaba por la boca y que formaba un charco en la carretera. Ni con el hospital ni con todo el odio y la venganza que me mantuvieron con vida. Por primera vez en mucho tiempo, no sueño nada.

Me despierto antes de que suene la alarma. Harper apenas se ha movido; su respiración es lenta y regular. Me quedo un rato contemplándola sin más y memorizo los detalles más insignificantes de sus rasgos. La curva precisa de su nariz. El lunar diminuto que tiene en la mejilla. El pelo rubio donde no ha llegado el tinte. «Casi entierro todos esos detalles en una tumba poco profunda», pienso.

Levanto el brazo. Salgo de la cama. La tapo con la colcha y enciendo la lámpara, por si acaso se despierta. Y luego me escabullo de la habitación sin hacer ruido.

Después de darme una ducha rápida, me quedo junto a la ventana de la cocina comiéndome una tostada con mantequilla de cacahuete mientras veo que Morfeo está picoteando los frutos secos y los gusanos que tiene en el comedero. Cuando me bebo el último trago del té, cojo la llave de repuesto que Harper debió de dejarme anoche en la encimera y voy a reunirme con Yates.

Nunca había visto la cafetería tan tranquila; he llegado unos minutos antes de las seis. Hay muy poca gente a la que reconozca: tres hombres que a veces ayudan a Harper a colgar las cestas de la calle principal y la dueña del supermercado que sabe cómo me llamo por todas las mierdas de acampada que he comprado para las exhumaciones. Ninguno de los clientes que no me suenan parece tener pinta de ser un Buscasabuesos; solo hay una pareja mayor con un panfleto del faro y una familia con dos críos. Y también está el sheriff Yates, cómo no, sentado a una mesa de dos junto a la ventana. Me saluda; un cruasán y una taza de té ya me están esperando en el sitio libre.

Compongo una sonrisa por encima del gruñido que quiere escapárseme de los labios y me acerco.

—Buenos días, hijo. Como ayer en la comisaría te tomaste Earl Grey en cantidades industriales, he asumido que querrías lo mismo —dice el hombre, señalando el asiento que tiene delante.

Me río y saco la silla; las patas de hierro arañan las baldosas del suelo.

—Gracias, es todo un detalle.

—Es lo mínimo que puedo hacer. —Se rasca el hombro; todavía lleva el cabestrillo—. No sabes cuánto te agradezco que te encargues de la búsqueda.

—Encantado de aportar mi granito de arena.

Secundo la mentira con una expresión que espero que transmita que estoy dispuesto a ayudar, aunque la verdad es que no estoy seguro. En realidad, estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para joder la búsqueda, pero al mismo tiempo me acojona un huevo que me pillen. Sin embargo, a juzgar por la sonrisa de Yates, ninguno de esos oscuros pensamientos se cuela por la máscara del engaño.

—Bueno —me mira mientras le da un buen trago a su café—, ¿tienes todo lo que necesitas? ¿Estás seguro de que hay que centrarse en el bosque que hay al norte de Simmons Loop?

—Sí, parece que a la gente le gusta mucho ir allí a pasear a los perros y la señora Evanston dijo que su marido había llevado al suyo por allí un par de veces.

—Es una de las cosas que no me acaban de cuadrar —dice Yates, rascándose la barba incipiente mientras aparta la vista y se queda mirando algo al otro lado de la calle. Cuando vuelve a centrarse en mí, sus ojos de camaleón parecen más claros que antes, como un reflejo descolorido del cielo matutino—. No me imagino a un perrillo tan pequeño volviendo solo desde el bosque al Airbnb de Maria. ¿Qué son? ¿Más de tres kilómetros por un terreno con el que el chucho no está familiarizado? De noche, nada más y nada menos. En un pueblo que no conoce. Es una hazaña tremenda, ¿no te parece?

—En realidad, son más de cuatro kilómetros, casi cinco —digo mientras arranco un trozo del cruasán, y me encojo de hombros como si nada mientras mastico—. Pero he comprobado el tiempo que hacía la última vez que vieron al señor Evanston y aquella noche había niebla, lo que hace que los perros olisqueen. Así que podría haber seguido el rastro hasta la casa.

Yates se muestra de acuerdo con un «ajá», aunque no estoy del todo seguro de que le convenza mi lógica.

—De todos modos, vamos a enviar varios voluntarios al Pico de la Viuda y a las inmediaciones del faro —continúo—. Mandaré también un equipo a la playa sobre las cinco y media, que es cuando está baja la marea. Hasta entonces, pueden buscar el rastro por el cabo.

—Sabía que eras el hombre indicado para este trabajo —dice Yates; parece que se queda tranquilo.

Le dedico una sonrisa tensa y vuelvo a centrarme en mi plato. Sigo mirando el bollo medio mordido cuando el sheriff da un manotazo en la mesa tan fuerte que los platos repiquetean mientras declara que sí que soy un verdadero chico de Tennessee, el «estado voluntario». Un botecito de mermelada se desliza hasta el borde y lo atrapo al vuelo antes de que se rompa contra el suelo.

—Lo siento. Menudos reflejos tienes, hijo.

—Gracias —respondo dejando de nuevo el tarrito sobre la mesa.

—¿Jugabas al fútbol en la universidad?

—Al rugby, la verdad.

Yates arruga los ojos en lo que parece un gesto de diversión.

—Ah, sí, se nota. Yo era más de artes en la universidad, aunque no te lo creas. Pero de vez en cuando también jugaba al rugby. —Se aparta de la mesa y se termina el café de un trago—. Vamos, deberíamos ponernos en marcha.

Le dice adiós al camarero con la mano y se despide de todo el mundo llamándolos por su nombre, luego sale de la cafetería delante de mí. El sol todavía está bajo en el horizonte, aunque el aire, pegajoso y húmedo, nos cubre como una membrana. Yates se seca la frente con un pañuelo y mira a nuestro alrededor con

parsimonia, como si estuviera revisando un paisaje conocido para asegurarse de que todo está en su sitio.

—Te acerco al centro de búsqueda y luego nos vemos ahí —dice cuando parece decidir que la calle es de su agrado—. Tengo que recoger al ayudante Collins para ir a la antigua granja Iver.

De repente me acuerdo de Arthur y pienso en la posibilidad de que tuviera otro cementerio del que Harper no sepa nada. Aunque me encantaría que el viejo cargara con la culpa del lío que ha montado y dejara libre a su pupila, sé que están demasiado implicados el uno con el otro para que esa idea se haga realidad. Sigo dándole vueltas a la cabeza cuando pregunto:

—¿La granja Iver…?

—Sí. Una cosa rarísima —dice mientras se rasca la sien con una uña casi rota—. El señor Porter tenía algunas bolsas de pruebas en su coche y en ellas ponía «carretera de Clarke». Y ese fue el último destino que buscó en el GPS del coche de alquiler.

—¿Qué tipo de pruebas? ¿Algo que robó de la comisaría?

Yates suelta una risita y me da una palmadita en el hombro, justo en la herida que me hizo McMillan con una estaca de metal antes de que Harper lo matara en el jardín. No se me ha curado del todo y el músculo sigue sensible.

—Puede que sea un sheriff de pueblo, pero no voy a permitir que un buscapleitos como Porter me robe pruebas delante de mis narices. —Me da otra palmada fuerte en el hombro, como si un imán lo atrajera a la herida, y echa a andar hacia la camioneta mientras me hace un gesto para que lo siga—. No, son cosas que debió de encontrar él y las guardó en bolsas. Un quemador de incienso, una navaja con pinta rara y una sudadera de Texas Tech. La última vez que estuve en la vieja granja Iver fue el otoño pasado, para arrestar a unos adolescentes que habían hecho botellón, aunque no recuerdo que hubiera nada así por ahí.

Un coche que pasa por la calle. La canción *country* que Yates empieza a silbar. Sus botas de vaquero arañando el asfalto. Todos

los ruidos se amortiguan mientras mis temores crepitan como llamas contra los confines de mi cráneo.

—¿Sabe qué? —digo cuando el sheriff echa mano de la puerta del copiloto—. No me importa ir andando. El centro está solo a un par de calles. No quiero que llegue usted tarde a la granja.

—¿Estás seguro? No es ninguna molestia.

Sacudo el brazo y me obligo a mostrar una sonrisa despreocupada.

—Sí. El paseo me vendrá bien. Andar me despeja la mente y me ayuda a revisar los detalles. No me gustaría pasar nada por alto, ¿sabe?

Yates sonríe; se pone las gafas de aviador antes de darle unas palmaditas al remolque del vehículo.

—Está bien, hijo. No sabes cuánto te lo agradezco.

Asiente por última vez y se monta en la camioneta. Un segundo después, una canción *country* suena por las ventanillas abiertas y el vehículo se aleja del bordillo. Echo a andar en la misma dirección con paso regular, a pesar de que me tiemblan las piernas. Incluso ese dolor constante de las heridas del atropello parece desvanecerse bajo el velo del pánico.

En cuanto la camioneta dobla una esquina y desaparece, me saco el móvil del bolsillo.

Abro YouTube. Reviso los últimos vídeos que he visto hasta que encuentro el que estoy buscando. Le doy al *play.*

—Hola a todos, soy Autumn Bower y esto son las camperaventuras de Autumn y Adam —dice Harper con una sonrisa cálida y acogedora, aunque cruza los brazos para protegerse del viento; tiene pinta de que hace frío. El pelo rubio le cae sobre la cara—. Vamos dentro de la Chevi G20 de 1985, Goonie para los amigos. Voy a enseñaros cómo nos mantenemos calentitos cuando hace frío.

La chica deja caer los brazos. Se acerca a la cámara.

Detengo el vídeo en la imagen de su sudadera de Texas Tech.

Levanto la vista del móvil y miro hacia el centro de Cabo Masacre. Siento que un agujero se me abre por dentro, dispuesto a tragarme entero. Porque no sé cómo voy a conseguir plantar pistas suficientes para alejar el rastro de Harper Starling cuando Autumn Bower está ahí pidiendo a gritos que la resuciten.

ENREDADERA

Harper

Me despierto porque la alarma del móvil no deja de sonar, pero parece estar más lejos de lo que debería. Cuando abro los ojos, tardo un rato en darme cuenta de que no estoy en mi cama. Otro en deducir dónde me encuentro. Y otro más en recordar cómo me metí en la cama con Nolan. Los últimos recuerdos de la noche salen poco a poco a la superficie. El calor en la espalda, el peso de su brazo en la cintura. Su mano en mi corazón. Ese que solo late porque él lo salvó, aunque estuvo años deseando aplastarlo.

Me toco el pecho, pero no arde con el mismo murmullo en mi piel que cuando me toca Nolan. Solo es un eco de su calor.

Miro el espacio vacío donde ha dormido, luego salgo de la cama y de paso apago la lámpara de noche que ha debido de encender para mí. Paro por fin la alarma, me pongo mis pantuflas de pingüino y cojo el móvil para bajar las escaleras hacia el santo grial que me llama. «Café».

Entro en la cocina para preparar la cafetera y me encuentro con que Nolan ya me la ha dejado lista. Lo único que tengo que hacer es encender el gas. En la encimera hay una nota escrita a mano con una letra afilada, los círculos y las líneas estrechas que ya conozco por su libro de *scrapbooking.*

Qué cosa más arcaica. ¿No quieres una Keurig?

Cojo el bolígrafo para escribir una respuesta, por si vuelve mientras estoy fuera.

Esta «cosa» hace un café tan espeso que se puede masticar. No me la quites. –H.

Mientras se hace el café, preparo el desayuno y relleno el comedero de Morfeo, que ahora mismo está lleno de pajarillos más pequeños que saldrán desperdigados en cuanto vuelva el dueño legítimo de su incursión para robar objetos brillantes o graznarles a los turistas. Cuando vuelvo a entrar en la casa, me llevo el café y la tostada al salón para poder disfrutar un poco de la telebasura con el *reality Sobreviviendo al amor.* Pero hay algo fuera de lugar que hace que me detenga.

Un recuerdo repentino se cierne sobre el tablero de ajedrez mientras miro el caballo negro. No suele estar ahí. Está frente a mi legión de peones blancos en la posición c6.

Me quedo inmóvil durante un buen rato, pero no en mi salón. Estoy sentada en la caravana; el humo del palo santo forma círculos entre Adam y yo.

—¿Cuánto han dicho que tardarían? —recuerdo haber preguntado mientras adelantaba el peón blanco para empezar la partida.

No me acuerdo de qué pieza movió Adam a continuación. Solo recuerdo su sonrisa, como si no fuera para tanto que el vehículo se nos hubiera averiado en una carretera remota sin asfaltar en medio de la nada, Texas. Se suponía que teníamos que volver a casa, a Lubbock, en dos días y sé que él tenía muchas ganas de ver a sus padres después de que nos hubiéramos tirado un año dando tumbos por ahí, pero se comportaba como si aquello solo hubiese sido un imprevisto sin importancia. Se adaptaba a los altibajos de vivir en la furgoneta, a la que apodamos Goonie. Se dejaba llevar por la corriente de la vida. Y yo pensé que podría flotar a su lado.

Me equivocaba.

Parpadeo para borrar la imagen de su cara antes de que esa sonrisa se convierta en la mueca de desesperación y terror que provocó la tortura. Esos últimos días todavía me atormentan por las noches, igual que sus gritos.

Noto un nudo en la garganta cuando dejo la taza de café. Limpio el caballo negro con el borde de la camiseta. Es una necesidad que me cuesta explicar. Siento que no puedo dejar que Nolan toque esta parte de mi pasado, porque, si lo hace, el mal que hay enterrado ahí abajo se arrastrará hasta el presente y se lo llevará como se llevó a Adam. Solo cuando percibo que las líneas que separan el pasado, el presente y el futuro han vuelto a dibujarse, coloco de nuevo el caballo en el lugar que le corresponde.

No enciendo la tele, ni me como la tostada, ni me termino el café.

No estoy segura de cuánto tiempo me quedo ahí sentada, luchando una batalla que en realidad no voy a ganar nunca si esos días de horror se me pegan como una sombra. Estoy tan sumida en mis recuerdos que me olvido de mi principal responsabilidad… hasta que un sonido abrupto interrumpe mi letargo.

«Ay, madre del amor hermoso, ¿cómo he podido perder la noción del tiempo, joder?».

—Mierda —susurro y me levanto del sofá de un salto. Dejo el desayuno sin tocar en la mesita de café y corro hacia la puerta trasera de la casa. Subo deprisa la ladera hasta los dichosos setos guiada por el ruido del podador.

Arthur está subido al penúltimo peldaño de la escalera, el bastón tirado en el suelo, ya que sujeta el podador de setos con las dos manos. Pongo suficiente distancia entre nosotros, por si acaso lo asusto y la máquina acaba en mi cara.

Me detengo en su línea de visión con los brazos cruzados.

—Hola, Arthur.

Tarda un rato en apagar el artilugio y reparar en mi presencia.

—Harper, tienes muchos talentos —empieza pasando la mirada de mí al alce que el otro día decapité por accidente—, pero convertir setos en obras de arte no es uno de ellos.

—Ya, intenté decírtelo. —Le tiendo una mano para ayudarlo a bajar y me rechaza con un aspaviento—. Dios santo, Arthur. Vas a hacerte daño. Por favor, baja de ahí.

—No. Cuando arregle esta atrocidad. No vamos a ganar el concurso a mejor jardín con un alce decapitado. Lo voy a transformar en dos chorlitejos picocorto.

—No, no vas a hacer nada. —Lo contradigo y estiro el brazo para coger el mango del podador antes de que le dé tiempo a encenderlo de nuevo. Sin embargo, es muy fuerte para ser un octogenario con dolor de rodillas y falta de vitamina B_{12}, entre otras cosas. No suelta el cacharro hasta que no lo retuerzo un poco—. Vas a bajarte de ahí antes de que te caigas y te rompas todos los huesos, y luego vamos a ir a desayunar y a que te tomes las pastillas.

Él frunce el ceño e intenta recuperar la podadora, sin conseguirlo.

—Ya he desayunado.

—Podrías haberme llamado, Arthur. Te lo habría preparado yo.

—No quería molestar en caso de que el señor Rhodes todavía estuviera en casa. ¿Estás segura de que no quieres que le corte las manos?

El rubor se me sube a las mejillas y capto un destello de diversión en los ojos del viejo. Le encanta dar en el clavo.

—Estoy segura de que lo disfrutarías, pero no, gracias. Bueno, al menos no esta mañana —digo, y por fin lo ayudo a bajar de la escalera.

Viendo la pulla que acaba de soltar sobre Nolan, hoy está más lúcido de lo normal. Aunque sé que no puedo esperar tanto del suplemento de B_{12} que está tomando, la esperanza se abre paso. «¿Y si el alzhéimer no está empeorando? ¿Y si era algo que se podía tratar desde el principio? A lo mejor no hace falta llevarlo a la residencia. Se podría quedar aquí, en la mansión Lancaster». Debo aplacar esas ideas antes de que se conviertan en un futuro que parece real, pero que dolerá cuando se haga añicos.

—¿Qué llevas puesto? —pregunta Arthur, que señala las pantuflas de pingüinos con el bastón una vez se lo devuelvo y le paso el brazo por el mío—. Estás ridícula.

—Son cómodas. Denúnciame.

—¿Qué le parecen a tu nuevo pretendiente?

Resoplo.

—¿Pretendiente? Sí que eres antiguo.

—Si no hago más que decírtelo.

—Bueno, realmente no me importa lo que piense de mis zapatillas.

—Respuesta correcta. —Me da unas palmaditas en la mano cuando echamos a andar hacia la mansión que se encuentra en lo alto de la colina—. Aun así, siguen siendo atroces. Puedes comprarte calzado apropiado.

—¿Incluso unos Christina Ricci?

—Stefano Ricci, Dios santo, grosera incorregible.

—Siempre he querido ser una grosera incorregible. Es mi misión en la vida, Arthur.

A lo mejor no se da cuenta, pero no solo le estoy buscando las cosquillas con las pullitas sobre los zapatos. Estoy poniendo a prueba sus límites. Sus recuerdos recientes, los que siempre son más volátiles y frágiles. Entre lo de Nolan y los Christina Ricci, me parece que merece la pena arriesgarse. Así que me aclaro la garganta y me digo:

—Hablando de misiones en la vida, ¿quieres contarme algo más de lo que pasó el otro día en el cementerio con el turista?

Arthur gruñe, clava el bastón en el césped con más fuerza de la necesaria.

—¿Aquel hombrecillo insignificante que tenía un demonio de bolsillo maleducado?

La esperanza de antes se me aferra un poco más a los huesos.

—Ese mismo, sí.

—Bueno, se lo merecía. Me pegó. Me podría haber roto la nariz, el muy bruto. —Se señala la cara con el mango del garrote, el lobo tallado enseña los dientes a los moratones oscuros—. Un hombrecillo terrible.

—¿Sabes su nombre?

—No recuerdo ese detalle. No era importante —dice ladeando la cabeza. Algo en el modo en que desliza los ojos de mí hasta la

puerta de roble cincelado de la mansión me hace pensar que no es buena idea inmiscuirse demasiado en el resto de los detalles de esa noche.

De todas formas, lo intento.

—Bueno, ¿y cómo empezó la cosa? ¿Fue cuando te pegó en la cabeza? ¿Y te dio antes de que intentaras pincharle el midazolam o después?

Arthur emite una carcajada y me suelta el brazo para entrar primero en el vestíbulo.

—Harper, jamás me has pedido todos los detalles de mis… aventuras. Igual que yo tampoco los necesitaba de las tuyas.

—Sí, pero nunca antes casi mueres en tus aventuras, que yo sepa. Es comprensible que quiera algo de claridad, sobre todo porque hay una operación de búsqueda y rescate siguiendo los pasos del señor Evanston.

Arthur gira despacio la cabeza y me mira.

—¿De verdad?

—¿Te he mentido alguna vez, Arthur? —Baja las cejas y muestra una expresión pensativa. Le toco el brazo para impedir que siga hacia el pasillo que lleva a la cocina—. Solo te lo pregunto porque intento no romper la promesa que hice de mantener a salvo Cabo Masacre. Y para mí la persona más importante de este pueblo eres tú. Necesito asegurarme de que no te pueden rastrear. Así que, dime, ¿es posible que alguien te viera con él? ¿Alguien podría relacionarte con su desaparición? ¿Con la parcela que la familia Lancaster tiene en el cementerio?

El ceño de Arthur se rinde; los pliegues del entrecejo se le suavizan, aunque las arrugas profundas todavía siguen en la piel, porque lleva décadas mirando mal a los groseros incorregibles de Cabo Masacre. Me pone la mano llena de marcas del sol encima de la mía y me da un apretón suave.

—Harper, nadie más nos vio.

Nos miramos a los ojos, decididos, sin pestañear. Está intentando convencerme. Y yo estoy intentando que me convenza. Arthur nunca

me ha mentido, ni siquiera cuando duele escuchar la verdad más sincera. Como cuando me contó el resultado de la primera visita al neurólogo.

—Me han diagnosticado alzhéimer —dijo sin más durante el desayuno. Apenas me dio un segundo para procesar lo que había dicho antes de ponerse a hablar sobre un turista gilipollas al que pensaba matar con una mezcla de brodifacoum con la que estaba experimentando. Datos fríos, inequívocos, sin edulcorar.

¿Por qué esto iba a ser diferente?

Sin embargo, un pensamiento germina en mi mente… Aunque quepa la posibilidad de que me esté diciendo la verdad, los secretos que compartimos son una enredadera: nos envuelven y nos constriñen. Nolan y yo podemos pasarnos el día desenterrando cadáveres o dejando pruebas falsas para alejar la búsqueda de la mansión Lancaster, pero siempre crecerán más secretos.

Trago saliva, como si notara esos zarcillos cerrándoseme alrededor de la garganta.

—De acuerdo —digo al fin.

Vamos a la cocina, donde le preparo un *chai latte* con leche de soja, el cual afirma que es casi tan bueno como el de Un Grano Náufrago. Casi. Me cuenta batallitas de un invierno duro de hace veinte años, cuando las tuberías de la mansión se helaron y el nuevo manitas del pueblo tuvo que venir a arreglarlas. El tío se pasó todo el rato hablando de las mujeres a las que quería follarse y luego intentó tangarlo para que instalara tuberías nuevas en toda la casa. Desde entonces, está enterrado debajo de la caldera.

Después, Arthur recuerda la actuación que vimos hace unas noches de *La bella y la bestia,* lo cual es buena señal. Siempre le cuesta más retener los recuerdos recientes. Incluso me asegura que ya se ha tomado la medicación. Lo compruebo, solo para cerciorarme, porque siempre le cuento las pastillas. Y, cuando lo acompaño al salón, tampoco necesita tanta ayuda.

La sonrisa se me ilumina un poco más al poner *La forza del destino,* de Verdi, de fondo mientras planeamos las mejoras que le

haremos al jardín. Noto los hombros algo más ligeros cuando decidimos que vamos a «aplastar a esa maldita *banshee* de Sarah Winkle», según palabras de Arthur. Quizá no debería dejar que su lucidez me guíe en estas aguas oscuras, pero se lo permito.

Al final, Arthur aparta los bocetos que hemos hecho y se va a su sillón reclinable favorito para echarse la siesta de media mañana. Le tiendo una manta por las piernas y, una vez me aseguro de que está cómodo, regreso a mi casa. Todavía le sigo dando vueltas a cómo podría ser el futuro cercano si sus síntomas estuvieran bajo control. Si tuviéramos más tiempo.

Me planteo escribirle a Nolan; hasta saco el teléfono para ver si él me ha enviado algo primero. Estoy empezando a redactar un mensaje cuando cruzo la puerta abierta de la parte de atrás y me doy cuenta de que a lo mejor no la he cerrado al salir corriendo hacia los setos.

—Asesino —dice mi propia voz desde el salón.

Me agarro el pecho; las rodillas me tiemblan de la sorpresa.

—Dios santo en una bici, Morfeo.

El cuervo grazna desde la mesita de café; me contempla con esa mirada de tinta antes de arrancar un trozo de mi tostada mutilada.

—Eso es mío. Y como te cagues en los muebles, te rapo al cero.

—Pájaro bonito asesino —dice, y salta sobre la taza para darle un sorbo al café abandonado.

—Por el amor de Dios, cafeína no.

—Asesino.

—De acuerdo, no te voy a desplumar, pero lárgate de aquí y llévate la comida que me has robado.

Me acerco despacio para empezar a guiarlo hacia la puerta; por desgracia, el cuervo tiene otros planes. Tira la taza de café antes de saltar al tablero de ajedrez y quedarse entre las piezas blancas y negras.

Cuando quiero salir corriendo hacia la cocina para coger un paño y limpiar el café, ya ha tirado la mitad de las piezas con la cola, mientras parlotea sobre asesinos y galletas. Cuando por fin cojo la

tostada, se me posa en la muñeca y puedo sacarlo fuera con su premio.

Suelto un suspiro profundo y vuelvo al salón. Limpio el café y las migajas y luego coloco de nuevo las piezas de ajedrez en su sitio. Peones. Una torre. El mismo caballo negro de antes. No avanzo el peón blanco dos sitios como hago cuando creo que puedo enfrentarme a los traumas del pasado que me siguen como un espectro. No estoy preparada para jugar.

Voy a ir a darme una ducha cuando el móvil me vibra en el bolsillo. Pero no es Nolan, como esperaba. Es una notificación de Discord.

Los Buscasabuesos.

Trago saliva; la sangre no me llega a las piernas.

Abro la aplicación y empiezo a pasar los últimos mensajes del chat general que anoche no pude leer. La sangre me ruge en los oídos al llegar a la página en la que están hablando de la muerte de Sam. Aprieto el móvil con fuerza; no estoy segura de lo que voy a encontrar mientras reviso los posts, avanzando hacia las entradas más recientes. Sin embargo, lo único que veo es pura especulación. Preguntas sobre qué les puede haber pasado a Sam y a Vinny. Teorías acerca de si la policía está encubriendo algo aún más siniestro. Una descarga de pensamientos sobre lo que sucedió en la destilería Lancaster. Pero no hay nada concreto. Nada demasiado aterrador.

Al menos hasta que llego al mensaje que ha enviado hace un rato el usuario KnightofTruth.

Es una imagen de una foto impresa en un trozo de papel. La fotografía de una mujer de espaldas que baja por la acera. Sé dónde se hizo esa foto… En la calle principal, aquí, en Cabo Masacre, a media manzana al sur de Los Mejunjes Mágicos de Maya. Sé el momento exacto en que se hizo: hace catorce días. Encima del papel hay algo escrito a mano:

«Parece molesta, tal vez haya estado llorando, anda rápido, se va de Los Mejunjes Mágicos de Maya».

KnightofTruth manda otro mensaje mientras yo todavía estoy mirando fijamente la pantalla con el corazón acelerado. «Acabo de enterarme de que Sam llevaba encima esta foto antes de morir. Es su letra, sin duda alguna. Esa chica debió de ser importante para su investigación. ¿Alguien sabe quién es?».

«No», responden unos cuantos.

Pero yo sí sé quién es.

Soy yo.

PLAGA

Nolan

Esto es un puto caos. Voluntarios y policía. El ruido de los *walkie-talkies* y el zumbido de un dron. La prensa merodeando por aquí como buitres. La mujer de Evanston en pleno ataque de pánico, y eso que todavía no sabe que es viuda. El ladrido constante del maldito perro.

Vine a Cabo Masacre para cometer un asesinato y disfrutar del *jacuzzi.* Me he quedado por una mujer que a lo mejor no me quiere y por el hombre al que mató su mentor.

No son precisamente las vacaciones que tenía en mente.

Me sirvo una taza de té y me meto un maldito sándwich de jamón york en la boca mientras me concentro en los mapas que tengo extendidos delante de mí en la mesa plegable. Después de una pequeña reunión en el centro de mando que hemos instalado en el aparcamiento de la biblioteca, he enviado a la mayoría de los voluntarios a Simmons Loop, pues estoy bastante seguro de que volverán con las manos vacías, a menos que Arthur Lancaster tenga otro cementerio clandestino del que Harper no me ha informado. Dejarán atrás los caminos más concurridos para abrirse paso entre colinas y ciénagas. Es un terreno duro y ya han avisado de que están avanzando despacio.

El resto de los voluntarios se han repartido entre el faro y el cabo. Dentro de un par de horas, al bajar la marea, un equipo se encargará de las playas estrechas que hay bajo los acantilados del promontorio… Otro lugar seguro en el que perderán el tiempo. Pero una sensación de pavor inminente se me aferra a la garganta

cuando los ojos se me van a otras zonas del mapa. Zonas que es posible que Yates me pida que incluya en la búsqueda. La mina de plata. Los terrenos de la destilería. Puede que incluso haya otros sitios de enterramiento de los que ni siquiera Harper está al tanto. Quizá acabo de mandar a un grupo de gente al epicentro de su perdición. Gruño. La migraña se me extiende por toda la cabeza. Me saco el móvil del bolsillo. Hay mensajes en el grupo de la familia. Actualizaciones de redes sociales que no sirven de nada. Y una notificación del Discord de los Buscasabuesos de hace treinta minutos. Se me hiela la sangre. Estoy a punto de abrir la aplicación, pero me detengo de repente cuando por el rabillo del ojo veo algo aún más terrorífico.

Unos andares familiares. El pelo largo y oscuro recogido en una cola de caballo alta que se balancea a un lado y a otro. El puto peto.

—Me cago en todo, Harper Starling —siseo.

El té salpica sobre el mapa cuando golpeo la mesa. Me da igual que se empape el papel; salgo corriendo hacia ella. La tía se abre paso entre los voluntarios, pero la agarro de la muñeca antes de que llegue a la mesa de registro.

—¿Qué cojones estás haciendo aquí? —medio susurro medio gruño una vez se da la vuelta para mirarme.

Esboza una sonrisa perversa y me saluda.

—Hola a ti también, bucanero de la búsqueda.

—No sé si es que no tienes habilidades de supervivencia o intentas provocarme un puto infarto.

—Tal vez ambas —dice saludando con la mano y con una sonrisa despreocupada a una mujer que pasa por nuestro lado. Cuando se gira para centrarse en mí de nuevo, hay un atisbo de incomodidad en su expresión—. Me pones un montón en modo trabajo, por cierto. El chaleco reflectante te resalta los ojos.

—No me lo puedo creer, joder.

La agarro otra vez de la muñeca y tiro de ella hacia fuera, para alejarnos de la multitud. No me detengo hasta que estamos lejos del alcance de los oídos de cualquier cotilla. En cuanto la suelto, se

cruza de brazos, con un aire de desafío. Me embriaga y me cabrea a partes iguales.

—¿Te importa explicarme qué haces en la puta boca del lobo? —pregunto.

—Lo mismo que tú, Nolan. Camuflarme. Me he dado cuenta de que la gente empezaría a hablar si no me unía a la búsqueda, sobre todo si eres tú el que la está organizando. ¿Te acuerdas de cuánto chisme hubo después de que fuéramos juntos a cenar? Ha venido todo el mundo y se han traído hasta al perro. Literalmente. —Hace un gesto con la mano hacia Reinona Asesina, la bestia desgraciada que ladra con una precisión de metrónomo desde los brazos de la señora Evanston. No me hace ninguna gracia admitirlo, pero Harper tiene razón sobre cómo se percibirá que ella se quede al margen, por mucho que lo odie—. He cumplido y he hecho una breve aparición, y ahora puedes ponerme con un equipo de poca visibilidad en el cual pueda fingir que me importa una mierda el tío que le pegó a Arthur en toda la cara. Misión cumplida.

—No hace ni media hora había periodistas por aquí —le advierto.

—Lo sé. Están en La Boya y la Baliza, hay dos por uno en almuerzos. Confía en mí, están entretenidos. Esos rollitos de langosta están… —Deja las palabras suspendidas en el aire y hace un *al bacio* dramático antes de volver a centrarse en mí. De repente, ese aire de diversión que traía ha desaparecido—. Te prometo que me habré marchado antes de que pidan el flan de caramelo de postre. De todos modos, quería ponerte al día. Ha pasado algo.

Ladeo la cabeza, entrecierro los ojos.

—¿No tendrá algo que ver con cierta sudadera de Texas Tech, un quemador de incienso o una navaja?

La incomodidad que distinguí en sus rasgos hace un rato se convierte en un destello de miedo.

—¿Qué…?

—Eran tuyos, ¿verdad? Bueno, de tu otra yo.

Se le mueve la nuez de la garganta al tragar saliva; se le tensan los hombros.

—Sí…, pero no. No he venido por eso…

—Ah. Entonces es por el Discord de los Buscasabuesos.

—¿Qué coño?

—¿Qué ha pasado? ¿Alguien ha terminado de organizar la excursión a Masacre? —pregunto mientras saco el móvil del bolsillo para comprobarlo por mí mismo.

—¿Por qué todavía cotilleas el Discord de los Buscasabuesos?

—Por lo mismo que tú, claro. Para tenerlos controlados.

Paso por los mensajes recientes. El corazón vuelve a estrellárseme contra el esternón cuando veo un nombre de usuario que reconozco y una foto que recuerdo haber visto en la habitación de Sam en el hostal El Cabo. Una en la que sale Harper a lo lejos, de espaldas a la cámara, mientras se aleja de Los Mejunjes Mágicos de Maya después de que discutiéramos porque me puse como un loco cuando se quemó la mano. Dios, fui muy capullo ese día; la estuve pinchando con eso de que Arthur era La Pluma y que mató a su propia hija. Aunque sigo sin creer que el viejo sea bueno para Harper, fue un golpe bajo por mi parte y encima le hice daño.

Me trago el ardor de los resentimientos y giro el móvil para que vea la pantalla.

—Igual que Sam te tenía controlada a ti. Puede que esta gente todavía no sepa quién eres o por qué eras importante para su documental, pero parece que están decididos a averiguarlo. ¿Y si llegan a la conclusión de que tuviste algo que ver con su muerte porque te estaba siguiendo? ¿Qué hacemos entonces?

Me acerco un paso, reduzco su espacio personal, y ella no recula. Cuanto más me aproximo, más se endereza, y lo único que me impide ponerme a gritar de la frustración y del miedo que siento por ella es el deseo repentino y abrumador que me invade de tirarla sobre la hierba y perderme en su interior. Y supongo que ella siente lo mismo.

Se me queda mirando los labios y se detiene ahí más rato del que debería.

—Es solo cuestión de tiempo si andas dando vueltas por ahí —susurro. El conjuro que crepita entre nosotros se rompe—. Ambos sabemos que van a venir, Harper. Y si estás en medio de una operación de búsqueda y rescate, ni todas las distracciones ni todas las pistas falsas del mundo van a salvarnos. Te encontrarán.

Nos quedamos atrapados en una guerra sin palabras, mirándonos el uno al otro fijamente. La tensión arde entre nosotros. Está en el aire; electricidad estática antes de una tormenta. Es el borde afilado de sus iris de plata. Está muy guapa cuando se pone desafiante. Nada hace que la desee más, pero nada me duele más que la idea de perderla.

—Justo las dos personas que andaba buscando —dice una voz a mi espalda, un golpetazo repentino de familiaridad que rompe nuestro momento privado. Una mano me da unas palmaditas en el hombro herido.

Cierro los ojos con fuerza, aplasto una maldición entre las muelas. Cuando los abro, Harper está centrada en el hombre que tengo detrás; una leve sonrisa le curva los labios, aunque es falsa. No se atreve a mirarme a mí. No se arriesga a decirme nada con la mirada.

—Buenas tardes, sheriff —saluda.

Me doy la vuelta para enfrentarme a Yates; me quedo justo entre Harper y él para que tenga que pasar por mí primero para llegar a ella.

—¿Cómo ha ido por la carretera de Clarke? —pregunto.

Si al sheriff Yates le revienta que le haya soltado a Harper una pista potencial de una investigación en curso, no lo deja entrever. Se limita a sonreírnos y desliza la mano hacia la empuñadura de la pistola enfundada.

—Bien, bien. No hay mucho de lo que informar, por lo menos por ahora. Esos sitios viejos y destartalados son como un imán para los adolescentes que quieren beber en alguna parte sin que les llueva encima o sin que los pille gente como yo. —Levanta el hombro sano; el otro lo sigue llevando en el cabestrillo—. Ser policía de un pueblo pequeño, ya sabes. Todos los años surgen los mismos problemas.

—Apuesto a que sí —respondo—. Bueno, Harper estaba a punto de marcharse…

—A la mesa de voluntarios —me interrumpe la susodicha. Apenas contengo las ganas de girar la cabeza para mirarla—. He pensado en apuntarme, ¿sabe?

—Por eso esperaba verte —le dice Yates.

—Vaya, ¿en serio?

—Creo que deberíamos añadir dos nombres a la búsqueda. Uno es un hombre que se llama Sean McMillan. Un turista. Lo tuvimos una noche en comisaría porque montó un numerito en el hospital el 15 de junio. De hecho… —Yates se detiene, se saca una libretita negra del bolsillo y pasa las páginas—. Harper, creo que tú estabas ahí cuando sucedió. Llamaste a una ambulancia para Arthur Lancaster y estuviste con él en el hospital aquella noche, ¿correcto?

Me giro lo suficiente para mirarla, pero ella sigue con los ojos clavados en Yates.

—Sí, estuve allí. Vi a un tipo que empujó a una enfermera.

—Sí, el mismo. —Yates nos muestra una sonrisa débil—. Lo soltamos a la mañana siguiente con una citación para el día 18; por desgracia, no se presentó en comisaría como debería haber hecho… Me imaginé que estaría borracho o echándose una siesta para evitarnos, teniendo en cuenta que ese no fue el primer roce que tuvo con la ley. Pero resulta que tendría que haberse ido del motel La Cabeza del León hace tres días y su familia rellenó ayer el formulario de persona desaparecida. Harper, ¿viste u oíste algo durante el altercado que nos pueda indicar dónde buscar?

La aludida levanta los ojos al cielo, como si estuviera rebuscando en su memoria. Sacude la cabeza y vuelve a centrarse en el sheriff.

—Nada que yo recuerde, lo siento. El tío no hacía más que gritar sobre que la gente le decía que se calmara. Nada más.

—Ya, eso me parecía a mí. —Yates cierra la libreta y se la guarda otra vez en el bolsillo. Se da unas palmaditas sobre la tela, las cuales va deteniendo conforme arruga las cejas grises en un gesto pensativo. El corazón me late a doble velocidad—. Pero, dime…, ¿es

posible que sí que recuerdes algo sobre Jake Hornell? Después de debatirlo con el consejo municipal, hemos decidido añadirlo también a la lista de desaparecidos. Por lo que tengo entendido, tú fuiste una de las últimas personas que lo vio antes de que desapareciera. Sería el 6 de junio.

—¿En serio?

—Bueno, eso creo. ¿No es cierto, señor Rhodes?

Yates me observa a mí ahora con la cabeza ladeada como un perro curioso. Y aunque mantiene una expresión neutra que da escalofríos, no me da la impresión de que sea el *golden retriever* desaventurado que Harper piensa que es. Bajo su mirada hay un filo que se parece más bien al de un pastor belga calculando cuánto tardará en clavarte los dientes en el cuello. La incomodidad me recorre la columna vertebral cuando dice:

—De hecho, cuando viniste a mi despacho a hablar de Sam Porter, me parece que hablamos de que pilotabas el dron. Y de que estaba molestando a Harper, si mal no recuerdo.

Joder. Eso nunca se lo he contado a ella.

Me aclaro la garganta; siento que la sorpresa y el cabreo de Harper me laceran el hombro.

—Eso es, señor.

—Ya sabía que me acordaba bien. —Yates sonríe, se da un golpecito en la sien—. No era fácil conseguir algo de Sam, pero logré que me diera esas imágenes el día antes de que se cayera en la destilería. No tuve ocasión de verlas hasta anoche. Harper, parece que tuviste una conversación amistosa con Jake en la puerta del gimnasio.

Una oleada de ira me recorre las venas y me ciega. Aunque me fijo en la sonrisa agradable del sheriff y esos ojos de camaleón, que parecen más verdes de lo normal, como si reflejaran el chaleco reflectante, en realidad estoy centrado en algo del pasado. En la imagen de Jake abrazando a Harper. El recuerdo de la necesidad que se apoderó de mí. La urgencia de arrancarle los brazos.

—Sí, nada del otro mundo —dice ella; su voz suena a que se encoge de hombros, despreocupada.

Por mucho que intento anclarme a esas palabras y sacarme de esta espiral, todo queda en agua de borrajas cuando Yates insiste:

—Yo suponía que Hornell y tú teníais algo. ¿No dijo Bert que os vio juntos un par de veces como en una cita?

—Yo no diría que fueran citas necesariamente… —niega Harper mientras a mí me sube la temperatura del cuerpo—, solo fuimos al karaoke de La Boya y la Baliza un par de veces. Todo el mundo va al karaoke… ya lo sabe.

—Pero creía que Bert había dicho que hace poco estuvisteis en el Bruma Nocturna —persiste Yates.

—No. A lo mejor lo confunde con Nolan. —Harper me toca la mano, que hasta ahora no me había dado cuenta de que tenía apretada en un puño.

«Me cago en mi vida».

Me han metido el cerebro en una batidora y Yates está pulsando todos los botones que le da la gana. Cuando vuelve a centrarse en mí, no tengo ni puta idea de qué cara estoy poniendo. Tal vez tengo pinta de que quiero despellejarlo y ponerme su piel como si fuera un puto abrigo. Pero si se da cuenta, no lo deja ver. Se limita a asentir y a sonreír con los labios apretados.

—Bah, seguramente tengas razón —dice, y hace un gesto como apartando el tema—. Es bastante difícil seguirles el hilo a todos los cotilleos del pueblo, ¿sabes?

—Dímelo a mí.

—Bueno, quizá fuera lo mejor que Hornell y tú no llegarais a nada. Es mucho mejor quedarse con un buen chico, como aquí el amigo Rhodes —dice Yates agarrándome el brazo con una mano fuerte antes de volver a centrarse en Harper—. Entonces, ¿el señor Hornell no comentó qué pensaba hacer ese día cuando lo viste? ¿A lo mejor alguien con quien fuera a quedar…?

—Nada que yo recuerde, no. Solo hablamos del gimnasio. Pero si me acuerdo de algo más, le avisaré.

Yates ensancha la sonrisa y se levanta la visera de la gorra, como si fuera la puta caricatura de un policía de pueblo. Es como si estuviera haciendo los movimientos que se supone que tiene que hacer el hombre que se encuentra dentro del uniforme.

—Te lo agradezco, Harper. —Señala con la cabeza la tienda principal del centro de mando para que lo sigamos.

Le lanzo una mirada de descontento a Harper antes de que sigamos a Yates, y ella me dedica una de acero afilado y determinación de depredador. «Compórtate», dice solo con entrecerrar los ojos.

Aprieto los dientes y miro hacia delante.

—Hornell tenía la mala costumbre de meterse en líos cuando bebía —explica Yates mirando hacia atrás, más a mí que a Harper, mientras nos abrimos paso entre la muchedumbre—, aunque parecía que iba por el buen camino desde que lo multaron por conducir borracho hace seis meses.

—¿No cree que a lo mejor solo se ha ido de fiesta? La gente así suele acabar apareciendo.

Eso es mentira. Sí que suelen aparecer, pero, cuando llevan desaparecidos tanto tiempo como Hornell, lo hacen en una bolsa para cadáveres.

—Sí, eso pensaba yo también. Sin embargo, la alcaldesa opina que debemos añadirlo a la búsqueda, sobre todo porque la señora Evanston está armando una buena en el pueblo y azuzando a la prensa. Si nos ponemos a buscar a uno, pero no al otro, la gente hará preguntas.

—Por supuesto —respondo, y miro hacia atrás, a Harper, para continuar nuestra conversación en silencio.

«Que te largues de aquí mientras puedas, joder», expreso bajando las cejas. La respuesta que Harper me da sin palabras claramente dice: «Vete a la mierda». Entorno los ojos y, cuando vuelvo a mirar al frente, casi me como la espalda ancha del sheriff. Contengo un gruñido al descubrir el obstáculo que nos impide el paso.

El puto perro.

La señora Evanston se aferra a ese diablillo irritante como si fuera un salvavidas y le pregunta al sheriff Yates, con los ojos rojos e hinchados, si hay alguna novedad sobre la búsqueda de su marido. Me siento mal por ella, aunque su perro sea un carcayú escondido en el pelaje de un bichón maltés que cabría en una taza de té. Esa horrible bola de pelo se ha pasado toda la mañana intentando atacar a todo el mundo que se le pone a distancia de mordida, al menos cuando la señora Evanston no lo tiene sujeto con su agarre de hierro.

A todo el mundo menos a Harper.

En cuanto la ve, la actitud de la fierecilla cambia por completo. Gimotea. Sacude las piernas diminutas. Le araña el brazo a su dueña.

—Está bien, está bien —dice la señora Evanston, ajustando el arnés de Reinona antes de dejarla en el pavimento—. ¿Qué neura te ha dado?

La perra sale corriendo hacia Harper y levanta las patitas para que la coja en brazos.

—Oh —exclama Harper, y es la primera vez que noto un temblor de inseguridad en su voz. Se agacha para acariciar a la perra. Reinona intenta subírsele al regazo mientras le lame la mano con entusiasmo—. Hola, cosa bonita. ¿Quién eres tú?

La señora Evanston frunce el ceño al acercarse; pasa la mirada de Harper al sheriff de una forma que no me gusta ni un pelo.

—¿Ya… conocías a Reinona? ¿La habías visto?

—No, es que…

—¿Estás segura?

—Me acordaría…

—Parece que te conoce; no se comporta así con nadie, salvo con la familia. —A la señora Evanston le brillan los ojos por las lágrimas. El pulso le late en el cuello mientras da un paso adelante y se agacha para mirar mejor a Harper. Se me tensan las manos de las ganas que tengo de impedir que se acerque más, aunque me quedo

plantado en el sitio con Yates a mi lado observando la escena—. Por favor, estoy buscando a mi marido, Peter. Se llevó a Reinona a dar un paseo, pero no volvió. Estaba la pobre sola en el césped. Quizá los viste, hace dos noches…

—Lo siento —dice Harper incorporándose de nuevo. Le pone una mano en el hombro a la mujer, que está temblando—. No los vi. A lo mejor ha olido la cecina que llevo encima para los cuervos. ¿Puedo?

Como si llevara toda la vida haciéndolo, se saca un trozo de carne deshidratada de uno de los bolsillos del peto y estira la mano. Reinona clava la mirada en la chuche y enseguida se sienta como si estuviera en el maldito concurso de perros de Westminster. Sigo sin haber decidido si esa cecina es de ternera de verdad. Por lo que sé, podría estar dándole a Reinona un trocito del propio Peter Evanston. No me debería resultar adorable, aunque sea mórbido, imaginarme a Harper metiendo lonchas de Peter en un deshidratador…, pero en cierto modo me lo parece.

Me paso una mano por la cara. «Hostia puta, ¿qué estoy haciendo con mi vida?».

—Me cago en mi vida —dice Yates después de soltar un largo silbido mientras la perra devora la chuche y hace una pirueta antes de mirar a la chica con los ojos brillantes de adoración—. Eres la que susurra a los animales, Harper. ¿Eras entrenadora de perros profesional antes de venir a Cabo Masacre? ¿O lo hacías como *hobby* de pequeña?

Harper detiene la mano cuando iba a metérsela en el bolsillo, solo un segundo. Entonces se saca otro trozo de cecina del bolsillo y se lo da a la perra, y Yates la observa con una sonrisa amable, sin malicia en los ojos; solo con lo que cualquiera diría que es admiración. Es imposible que sepa que, de pequeña, Harper soñaba con ser entrenadora de animales o del fatídico concurso de talentos de sexto, cuando el perro Pips se cagó en el escenario. Aunque ella sigue teniendo la marca de esa casualidad escrita en la cara, en los labios prietos y en el músculo que se le tensa en la mandíbula.

—No —responde al fin con una sonrisa forzada mientras se limpia las manos en el peto—. Supongo que solo se me da bien.

—Sin duda eres una chica con muchos talentos, Harper Starling —afirma Yates y, antes de que pueda descifrar nada de la expresión de la susodicha, se vuelve hacia la señora Evanston—. Soy consciente de que es un momento muy difícil para usted, señora, pero haremos todo lo que esté en nuestra mano para encontrar a su marido. Y la mantendremos al tanto de las novedades, se lo prometo. Ahora, ¿por qué no va con el ayudante Collins y come algo? Hemos traído magdalenas veganas. Están en la cantina.

Yates lo saluda con la mano mientras la señora Evanston asiente temblando y recoge a Reinona, que retoma los ladridos en cuanto se encuentra en manos de su dueña. Nos quedamos mirando a Collins, que la acompaña cogiéndola del codo y la ayuda a abrirse paso entre la multitud. Cuando ya no pueden escucharnos, Yates vuelve a centrarse en nosotros.

—Qué pena —dice chasqueando la lengua y sacudiendo despacio la cabeza—. Y justo en plena temporada turística. —Suelta un largo suspiro y nos hace un gesto con la mano para que lo sigamos—. Venga, chicos. Vamos a echarles un vistazo a esos mapas.

Harper y yo intercambiamos una escueta mirada punzante antes de seguirlo en fila india para volver a la tienda central. El hombre se detiene en la mesa, se fija en las manchas de té que hay en el mapa y en mi termo abierto. Es la primera vez que veo una fisura de verdad en su compostura. Con cuidado, aparta el papel empapado de la mesa de plástico rayado; tiene una expresión tan fría que quema.

—La próxima vez limpia el estropicio, señor Rhodes. Trata la propiedad de la policía con respeto.

Podría arrancarle la tráquea con mis propias manos. Desgarrarle la carne y los tendones para que su sangre chorree en el suelo. Y, aun así, me siento como si fuera un adolescente delincuente y me hubieran pillado fumando en los baños del instituto.

—Lo siento, señor.

—Ten más cuidado la próxima vez.

Coge un puñado de cordones del escritorio. Con la ayuda de Harper, que sujeta el papel, lo cuelga en la entrada de la tienda con unos ganchitos para que se seque antes al sol. Luego da un paso atrás y supervisa el terreno.

—Ahora que tenemos dos desaparecidos más, debemos ampliar también el radio de búsqueda. Teniendo en cuenta que tanto McMillan como Hornell era unos bebedores entusiastas, tal vez tengamos que empezar con eso en mente. Rhodes, ¿tienes voluntarios suficientes para enviar a un grupo que empiece a revisar el bosque de detrás del motel La Cabeza del León? Justo al sur de este hay un sendero que lleva al lago Loon. Hay menos de un kilómetro del motel al agua. A lo mejor decidió darse un chapuzón y no salió.

Harper y yo nos acercamos para mirar por encima del hombro del sheriff y escudriñamos el mapa.

—Podría ir yo. Me conozco la zona bastante bien —propone Harper con una voz fría y firme, como si no le importara lo más mínimo que Yates dijera que no—. Tengo que pasar por la mansión a ver cómo está Arthur, pero luego puedo reunirme allí con el equipo si te sobra gente, Nolan.

Es una puta genia. Debe de tener algo de McMillan que puede colocar en el lago, algo que explique fácilmente que desapareciera porque se ahogó borracho. A juzgar por el mapa, el lago Loon parece una extensión de agua lo suficientemente grande como para que un equipo busque un cuerpo en el fondo y salga con las manos vacías. Cojo aire para aceptar su propuesta cuando Yates me interrumpe.

—En realidad —dice, el tono afilado que tenía antes en la voz se ha suavizado—, nos vendrías bien aquí. —Pasa el dedo por el papel y se detiene en la destilería Lancaster—. El edificio principal de la destilería está fuera de los límites de la investigación, pero Lukas y tú os conocéis muy bien el terreno y los alrededores. Te agradecería mucho que te pelearas un poco con él para que nos eche una mano.

Debería disponer de un par de horas de sobra, teniendo en cuenta la situación.

—Sí…, claro —responde Harper y no se me escapa el deje de decepción en sus palabras—. Puedo intentarlo.

Yates echa un vistazo hacia atrás y le sonríe, como si fuera su alumna favorita, mientras que yo sigo siendo el idiota que está castigado. Casi me deja de latir el corazón cuando se la queda mirando más de lo que debería. No es nada lascivo ni violento, pero de todas formas siento un cosquilleo incómodo en la base del cráneo.

—Genial —dice el hombre al fin—. Nos sería de gran ayuda. Asignaremos unos cuantos voluntarios que vayan para allá y otro grupo se dirigirá a La Cabeza del León. A lo mejor Bob puede encargarse de ese grupo. ¿Has tomado nota, Rhodes?

Reprimo las ganas de decirle que deje de meter las narices en la búsqueda que me pidió que coordinara, ya que es el sheriff, después de todo. Aun así, me toca las pelotas tener que aceptarlo con un:

—Sí, señor.

—Excelente. —Me da una palmadita en el hombro—. Ahora, a trabajar.

Me clava los dedos en el músculo del hombro por enésima vez y va hacia la entrada de la tienda con grandes zancadas, pero se detiene de repente. Mientras se gira, hay una pausa siniestra. Como si el tiempo se hubiera convertido en una prisión tan mortífera como una espada.

—Ah, a lo mejor tenemos que añadir un tercer tipo a la lista, pero que esto quede de momento entre nosotros. Parece que solo estuvo aquí de paso hace un par de semanas; sin embargo, no llegó a casa. Tenía algunos antecedentes penales, por desgracia. ¿Alguno de los dos ha oído hablar de un tal Bryce Mahoney?

Ambos decimos que no. No obstante, aunque yo digo la verdad, sé que Harper miente. Lo sé por la venilla que le aparece en la sien. Lo sé por la tensión de sus labios cuando se obliga a no

mordérselos. Se me retuercen las tripas al saber que tiene otro secreto enterrado que está listo para salir a la luz.

—Me lo imaginaba —dice Yates y se levanta el sombrero lo suficiente para rascarse la cabeza—. No me hace mucha gracia que nos pongamos a buscarlo ya, porque Masacre no fue la única parada de su viaje por carretera. No hay que molestar más a la alcaldesa Patel, a menos que haya una razón de peso, así que no se lo digáis a nadie. —Asentimos y Yates curva los labios en una sonrisa que me atormenta—. Quién habría dicho que se montaría tanto follón en un pueblecito tranquilo como Cabo Masacre, ¿eh?

—Ya —contesto, y contengo el impulso de lanzarle una mirada asesina a Harper—, quién lo habría pensado.

Yates ensancha la sonrisa y luego sale de la tienda dejando atrás un silencio tan denso que podríamos atragantarnos.

No sé qué hay en la destilería Lancaster. O dónde. O cuántos cadáveres o qué tipo de pruebas puede haber allí. Pero sé que no puedo detener a Harper. Sobre todo cuando tiene esa expresión, esa determinación tan afilada que penetra las capas de miedo y frustración que nos separan.

—Debo participar en la búsqueda —susurra adelantándose a cualquier «pero»—. No tengo elección.

—Tienes que confiar en mí. No ahora, lo entiendo —digo volviéndome hacia ella para mirarla a la cara—. Pero no puedo ayudarte si ando a tientas entre tus sombras.

La expresión se le suaviza, solo por un instante. Luego parece centrarse en el peso que cae a plomo en el espacio que nos separa.

—Tengo que irme —dice.

Y antes de que me dé tiempo a suplicarle, se aleja y me deja en la oscuridad.

PROPAGACIÓN

Harper

Soy la peor casi novia del mundo.

No le conté a Nolan lo de Bryce Mahoney. Siendo sincera, ni siquiera se me pasó por la cabeza. Tampoco es que se me ocurriera que tenía que saberlo, a pesar de que sujetaba un trozo de su tibia envuelta en aluminio cuando nos conocimos. ¿O me estoy mintiendo? ¿A lo mejor sí que me lo planteé y decidí no contárselo?

Las palabras de Nolan me resuenan en la cabeza. «Tienes que confiar en mí». ¿De verdad sería todo más fácil si lo hiciera? ¿O solo me arriesgaría a ponerlo a él en el punto de mira de un pasado que me está pisando los talones? ¿O todavía hay un miedo latente adormecido en algún rincón de mi interior porque podría tenderle la pala para que me entierre si comparto hasta el último de mis secretos? Después de todo, vino aquí para matarme. ¿Qué haría con semejante poder?

Desconozco la respuesta a todas esas preguntas.

He perdido a todas las personas que he amado y ahora estoy perdiendo a Arthur poquito a poco cada día, pues se está desmoronando a cámara lenta. No sé si puedo soportar querer y perder a alguien más. Sobre todo porque sé que el amor me consumiría. Por eso he salido de la tienda y me he alejado de Nolan cuando me ha suplicado que confíe en él.

Suspiro y levanto la vista hacia la destilería. Las puertas están cubiertas con la cinta policial y hay un agente patrullando el perímetro. A través de los cristales emplomados se ve un equipo de investigadores forenses con trajes de protección. El corazón me

tiembla por debajo del esternón. A saber qué encuentran o qué se nos pasó por alto a Nolan y a mí. No me siento culpable por haber matado a Sam, solo satisfecha. Es la misma sensación de realización que me embarga cuando me pongo en la puerta de la mansión y miro hacia el jardín decorativo. Pero todavía tengo el miedo a que me pillen clavado en el cerebro como si fuera una espina.

—Espero que acaben pronto —dice Lukas deteniéndose a mi lado. Cuando alzo la cabeza para mirarlo, tiene la preocupación tan incrustada en los rasgos que parece que se le ha mudado a la cara y ha empezado a pagar el alquiler—. Como no se den prisa, no voy a tenerla lista para el festival Sabores de Terror.

—Mira el lado bueno: estamos en Cabo Masacre, le vendrá bien al negocio. A lo mejor puedes incluir la destilería en el *tour* de Fantasmas y Cementerios de Masacre. Invéntate bebidas nuevas. Whisky Espectral. La Banshee Barbitúrica. Mataborrachos de Masacre…

—Dios, Harper. Eso es muy macabro. Aquí ha muerto gente.

—Eh, lo único que vende mejor que las tetas es la muerte. Al menos en este pueblo.

Lukas ladea la cabeza.

—¿Eso crees?

—Lo sé. Henry lo está petando con Cadáveres a Medida. He oído que se ha comprado un barco nuevo —digo.

Lukas suelta un «mmm» pensativo. Me juego lo que sea a que mañana por la mañana tendrá concebido un plan de negocio completo con esa idea.

—A lo mejor tienes razón. Aunque no estoy seguro de qué le parecerá al aguafiestas.

—Deberías preguntárselo. Te apuesto lo que quieras a que le encantaría poner su granito de arena. —Intento no sonar demasiado alegre cuando me vengo arriba—. La verdad es que me estoy planteando si los suplementos de vitamina B_{12} le están ayudando con los problemas de memoria. Ha tenido una mañana estupenda.

Lukas tan solo me dedica una mirada breve; se esfuerza por ocultar la compasión de sus ojos.

—Por las mañanas suele estar mejor.

—Sí, pero ha recordado cosas que ocurrieron hace poco, no solo cosas del pasado lejano.

Lukas se gira para mirarme a la cara; esta vez no disimula su pena con una máscara.

—Harper, es que no quiero que te hagas ilusiones y que luego te explote en la cara. Ambos sabemos lo que significa su diagnóstico. Aunque la B_{12} le venga bien…, y de verdad espero que sí, los síntomas no van a estabilizarse para siempre. —Lukas me pone una mano en el brazo y a mí me pican los ojos—. Mira… tengo cita para ir a ver Pinos Susurrantes en agosto, cuando con suerte las cosas vuelvan a su cauce con la inauguración de la destilería. Me encantaría que vinieras conmigo a verlo, en serio. Le he estado echando un vistazo al programa de cuidados de la memoria y, llegado el momento, cuando tú y yo estemos de acuerdo, creo que le vendría muy bien estar allí.

Siento como si unos cuchillos se me deslizaran por la garganta al decir:

—Sí. Por supuesto. Quiero estar ahí.

Bajo la mirada a la hierba y la mantengo ahí mientras permanecemos en silencio. Noto el sabor de la sangre antes de darme cuenta de que me he mordido el labio. Cuando me lo toco, los dedos se me manchan de color carmesí.

—Ay, Harper. Dios, me tienes tan preocupado —dice Lukas abrazándome. Huele a serrín y a vainilla y cierro los ojos cuando me dejo llevar por ese gesto tan reconfortante.

—No lo sientas, Lukas. Sé que estás haciendo lo correcto. Es solo que… —Carraspeo antes de que se me rompa la voz. No es un futuro al que ninguno de los dos quiera enfrentarse y soy consciente de que él no tiene más ganas que yo de verse en esa tesitura—. Es que es jodido que te cagas. Y triste. E injusto.

—Sí. Es una putada. Pero vamos a dar juntos cada paso, ¿de acuerdo? —Me estrecha más fuerte. Le devuelvo el apretón—. Sabes que eres como una hermana para mí y que te quiero, ¿verdad?

Asiento contra su pecho.

—Yo también te quiero.

Nos quedamos un buen rato así, meciéndonos como la hierba. Siento que parte de la tensión se me afloja del cuerpo, y que a Lukas también le pasa. Le doy un último achuchón y lo suelto.

—Venga. —Fuerzo una sonrisa mientras recojo la mochila del suelo y me la coloco a la espalda—. Vamos a ponernos con la búsqueda antes de que la gente empiece a pensar que nos vamos de cita al Bruma Nocturna.

—Qué asco.

—Asquerosísimo.

Nos sonreímos el uno al otro, luego nos acercamos al pequeño grupo de voluntarios y extendemos el mapa en la mesa de pícnic destartalada que hay detrás de la destilería para decidir cuál es la mejor ruta para recorrer el terreno. Convenimos repartirnos por toda la propiedad para cubrir primero las zonas de pasto y de árboles dispersos, así mañana nos adentraremos en el terreno más duro, ya que dispondremos de más horas de sol.

Avanzamos de forma metódica por el claro en grupos pequeños, con los ojos en el suelo, buscando pistas de McMillan o Hornell que sé que no vamos a encontrar. Me desvío hacia los edificios anexos de la destilería, mido los pasos y, por el rabillo del ojo, no pierdo de vista al grupo. Sin embargo, por mucho que parezca que estoy con ellos, me encuentro en otra parte. Me llaman los huesos crujientes del edificio en ruinas. Me convocan los cristales rotos que ocultan los secretos de una leyenda anónima. Tengo mi propio objetivo. El granero.

Nunca he entrado, pero Arthur me ha hablado de él. Es el primer sitio donde empezó a enterrar cuerpos. Escondió aquí a su primera víctima cuando tenía dieciséis años, antes de heredar la riqueza, las propiedades y los negocios del legado Lancaster. Sé que aquí no hay

nada de McMillan ni tampoco de los demás, claro. Este cementerio secreto quedó abandonado mucho antes de que se cerrara la destilería, pues Arthur no pudo soportar hacerse cargo del negocio tras la muerte de Poppy. Aunque, en cierto modo, siento que lo correcto es comprobarlo ahora y enterrar algo especial aquí.

Me deslizo por el lateral del edificio sin que nadie me vea y me dirijo hacia la puerta, cerrada con una barra de acero y un candado enorme. Por suerte, tengo la llave maestra de todas las cerraduras secretas de Arthur. Me saco las llaves del bolsillo, selecciono una llave Abloy sin inscribir y luego la introduzco en las muescas. Miro a mi alrededor por última vez, quito el cerrojo y entro en el granero.

El aire está cargado con el olor a mosto, humedad y polvo de centeno. De las vigas cuelgan telarañas. Por el suelo hay tirados sacos vacíos, las fibras de polietileno mordisqueadas por unos roedores que murieron hace mucho bajo las tablas de madera. Paso la punta de la bota por uno de los sacos podridos para limpiarle el polvo a las letras. Son iguales que los que sacamos del río Ballantyne llenos de huesos. Aunque me siento aliviada porque conseguimos desenterrar todos los cuerpos antes de que se firmara la venta de la propiedad, sería ingenua si pensara que no estamos en peligro. Sobre todo porque bajo mis pies hay enterrados dieciséis cadáveres.

—Ay, Arthur —digo después de suspirar—. Me estás haciendo pagar todas las bromas que te he hecho sobre los Christina Ricci, ¿a que sí?

Ahora no puedo hacer nada con estos cuerpos; tan solo esperar que estén tan hondos y viejos y descompuestos que nadie los encuentre. Pero al menos parece que nadie ha tocado nada.

Me acerco a un escritorio que hay debajo de una de las ventanas y reviso los papeles amarillentos que hay esparcidos por encima. Recibos con los bordes doblados. Un libro de registro de las entregas de cereales; el cuero está cubierto de un moho con cierto aspecto de terciopelo. Cojo un *Almanaque del granjero* y le limpio el polvo a la cubierta. «Previsiones meteorológicas de todas las regiones»,

anuncia, junto con guías de pesca, secretos del zodiaco, tablas de plantación e incluso «misterios del universo». Resoplo, pero paso las páginas de todos modos hasta que llego a una que tiene un marcapáginas. En la página sesenta y ocho hay un artículo titulado «Historia de dos barcos», un relato sobre un velero de un solo mástil llamado El Hijo del Jueves que batió el récord de velocidad que hasta entonces había ostentado durante ciento treinta y cinco años un barco mucho más grande, La Nube Voladora. No obstante, lo que me interesa es la página sesenta y nueve. Falta la parte inferior de la hoja y arriba hay una nota escrita por encima de la letra de imprenta:

¡Cómo brillas, paisaje inundado, alumbrado por los rayos que perforan el cielo nublado!

No es la letra de Arthur. No sé qué significa, ni quién lo escribió ni por qué. Tiene algo extraño que resulta escalofriante, como si hubiera estado pensado para desintegrarse aquí, no para que nadie lo descubriera. Siento que estoy colándome en algo privado. Una correspondencia que ha quedado para la historia, donde está claro que Arthur quiso que se quedara, junto con todo lo que no pudo soportar mantener con vida cuando Poppy murió.

Suelto el almanaque. Luego vuelvo al centro de la estancia; dejo que la mochila se me escurra de los hombros antes de dejarla en el suelo con cuidado. Miro hacia atrás como si alguien me estuviera vigilando. Pero estoy sola.

Abro la cremallera y saco el maletín de asesino de Arthur.

—No creo que lo vayas a necesitar más, viejo —susurro mientras acaricio los petirrojos repujados en el lateral de la bolsa de cuero.

Detengo los dedos sobre la cremallera antes de abrirla. Las emociones se me arremolinan en el pecho cuando miro el adorado *Libro de los muertos,* un libro encuadernado en cuero donde Arthur llevaba el registro de los venenos, lugares de enterramiento y nombres de toda la gente que ha matado. Hay páginas y páginas de

teorías de lo que sucedió con La Pluma después de que asesinara a Poppy, décadas dedicadas a perseguir a un fantasma. Contiene una angustia que no soporto leer. Siento que está mal que me consuele tener entre las manos este registro tanto de sus crímenes como de ese duelo que no ha superado. Pero así es.

Abro el libro por la última hoja en blanco y miro la bolsa de plástico que llevo en la mochila abierta, en la que está la ropa de Peter Evanston. Quizá debería apuntar su nombre en el libro. Un último asesinato. Sin embargo, no me parece igual que los demás. No parece típico de... Arthur. Este libro es el trabajo de su vida, más que cualquiera de las empresas que ha llevado, más que su querido jardín. Mantener a salvo Cabo Masacre fue su misión y sé que sintió que había fallado cuando perdió a su hija. Y, durante todos los años que han pasado, ha intentado compensarlo. Peter Evanston no parece pertenecer a su legado.

Cierro el libro con un suspiro. Rebusco en el maletín para sacar un par de viales de veneno y me los guardo en la mochila. Luego subo por la vieja escalera que hay clavada a la pared y oculto el maletín y la ropa del señor Evanston en el altillo; los meto en un hueco que hay entre las vigas y las tablas del techo. Le echo un último vistazo al escondite, bajo y recupero mi mochila.

Estoy a punto de ir hacia la puerta cuando oigo a dos personas hablando al otro lado de la ventana. Pero lo que de verdad me llama la atención no es que haya gente tan cerca del sitio donde estoy husmeando, sino la tensión que envuelve una voz familiar.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Lukas.

—Me han dicho que necesitabas ayuda buscando a un par de personas desaparecidas —responde una mujer. Hay cierta preocupación en su tono, una disculpa que no ha pronunciado flota en el aire.

—No me refiero a aquí en plan «aquí». Aquí en Cabo Masacre.

—Eh… Me surgió la oportunidad de…

—¿Cuánto tiempo te quedas?

Vaya con Lukas. No es nada propio de él interrumpir a alguien, a menos que sea yo cuando Arthur está a punto de lanzarme a los leones criticones. Pero detrás de esas palabras entrecortadas se oyen mil pensamientos: miedo y vergüenza, anhelo y dolor. Y madre mía. No tengo ni que limpiar la mugre de la ventana para saber con quién está hablando.

El amor de su vida, el no correspondido. La chica de la que ha estado pillado desde que era pequeño. La razón de su virginidad autoimpuesta. Creo. Eso todavía no lo he decidido.

Maxine Yates.

Me acerco de puntillas a la entrada y echo el cerrojo a toda prisa antes de rodear el edificio corriendo para poder hacerle de celestina a Lukas Lancaster…

Aunque primero se las tengo que hacer pasar canutas, claro.

Cuando doblo la esquina, Lukas y Maxine están tan tiesos que cualquiera diría que los he pillado enrollándose, aunque se encuentran a casi medio metro de distancia. Y ahora entiendo ese posible celibato autoimpuesto. Maxine es guapísima. Tiene unas largas ondas pelirrojas que se ha apartado de la cara y le caen por la espalda como una cascada. Se puede percibir un cuerpo delgado bajo la camiseta de tirantes de seda y unos vaqueros que parecen demasiado caros para patearse una propiedad en ruinas. Tiene los pómulos altos, la piel pecosa y una naricilla perfecta. Todo en ella resulta delicado. Aun así, sus ojos de un color azul polar muestran la verdad. Esta mujer es lista. Puede que por fuera parezca pulcra y correcta, pero eso solo es la funda de una cuchilla más afilada.

Ya me cae bien.

Estoy bastante segura de estar lanzando chiribitas perversas por los ojos cuando me acerco a Maxine y a Lukas, que tiene pinta de sentirse incomodísimo.

—Hola —saludo acercándome a ella—. ¿Has venido a la fiesta?

—Supongo que sí. —Esboza una sonrisa avergonzada mientras Lukas dice:

—Yo no lo llamaría «fiesta» precisamente.

Después de dedicarle una mirada crítica a Lukas, la chica me estrecha la mano con energía.

—Soy Maxine.

—Ah, Maxine. Hola. Encantada de conocerte. Yo soy Harper —respondo. Lukas me está perforando la mejilla con los ojos, pero yo no hago más que ensanchar la sonrisa—. Eres la hija del sheriff, ¿verdad? He oído hablar mucho de ti.

Se pone roja por debajo de las pecas. Casi siento las ganas que tiene de mirar a Lukas para comprobar su nivel de incomodidad, aunque se contiene.

—Espero que solo cosas buenas.

—Ah, sin duda. Salvo aquella vez que Lukas y tú cubristeis la casa de Sarah Winkle con papel higiénico. —«Y aquella vez que te fuiste de Cabo Masacre en plena noche y rompiste el frágil corazón de Lukas Lancaster»—. Pero, aparte de eso, sí. Solo cosas buenas.

Ella esboza una sonrisa resplandeciente que le ilumina toda la cara.

—Me había olvidado de aquello. Mi padre me hizo quitar todo el papel y limpiarle el enlucido con agua a presión. ¿Sigue siendo una zorra arisca?

—Sí, cómo no. Para mí, con esa broma, te convertiste en la heroína del pueblo.

Miro a Lukas, que parece querer fundirse con el suelo y desaparecer. Puede que sea incluso mejor que lanzarlo a los leones criticones de Arthur.

—¡Es Maxine! —exclamo sacudiendo las manos.

Lukas carraspea; el dolor enjaulado y el anhelo y el deseo se debaten tras esa máscara de indiferencia.

—Sip. Gracias por la observación.

—Esto es genial —comento mientras señalo hacia el camino que se adentra en la propiedad. La chica echa a andar conmigo; Lukas nos sigue como una sombra taciturna—. Bueno, Maxine, ¿qué te ha traído a Cabo Masacre? ¿Has venido a ver a la familia?

—Llámame Max. Y he venido por trabajo, aunque siempre viene bien ponerse al día con la familia y los amigos.

Lukas tose como si se acabara de atragantar con el aire. Cuando nos giramos a mirarlo, nos hace un gesto con la mano.

—Me he tragado un bicho —espeta, todavía tosiendo—. Se me ha quedado atascado en la garganta.

—Qué asco. —Lukas me lanza la mirada más letal del mundo. Respondo con una sonrisa antes de volverme hacia nuestra acompañante—. Bueno, decías que venías por trabajo. ¿A qué te dedicas?

—Pues me dedico a la hostelería —contesta. Sus ojos cristalinos adquieren un brillo de determinación. Intuyo que es una mujer que tiene algo que demostrar y eso me gusta—. Trabajo para Propiedades Viceroy: vamos a construir un nuevo resort *boutique* en el río Ballantyne.

Se me van los ojos a Lukas, que parece tan sorprendido como yo.

—¿El terreno que era de Arthur? —pregunto centrándome otra vez en Max.

—Sí, eso parece. Empecé a trabajar la semana pasada, así que me he enterado de camino aquí. —Max suaviza los delicados rasgos cuando se vuelve para mirar a Lukas—. ¿Cómo está Arthur? ¿Se encuentra bien? Debe de tener, ¿qué?, ¿ochenta y siete años?

—Ochenta y ocho, en realidad —responde Lukas—. Está más o menos. Tiene alzhéimer. Pero todavía vive en casa, de momento. Sigue encabezonado en derrotar a Sarah Winkle en el concurso anual de jardinería.

Max se tambalea. Se lleva la mano al corazón. No es un mero gesto de empatía. Parece que la noticia la ha aturdido de verdad; frunce las cejas, el brillo se le acumula en la línea de las pestañas.

—¿Alzhéimer? Madre mía, lo siento muchísimo. Arthur es un hombre muy dulce y maravilloso.

No sé si alguna vez he escuchado a alguien referirse a Arthur como un «hombre dulce y maravilloso». Ni siquiera a Lukas. Ni siquiera yo. Dios, hasta te puedo garantizar que él mismo tampoco

se describiría así. Incluso tal vez hasta le cabree enterarse de que alguien dice eso de él. Pero Max parece convencida de la percepción que tiene del viejo, porque no hace más que repetirlo mientras se pasa un dedo con una manicura perfecta por debajo de las pestañas.

—En general está bien —aclara Lukas, que extiende una mano para tocarle el brazo, inseguro. La llama de los ojos le arde con más intensidad, pero la ahoga al apartar los dedos—. Harper vive en la casa anexa y lo ha estado ayudando mucho.

Max se vuelve hacia mí con una sonrisa agridulce.

—Eso está genial. Estoy segura de que te lo agradece muchísimo.

—Menos cuando me meto con él por sus zapatos —digo, y me gano una carcajada tintineante de la chica.

Reanudamos la caminata por el sendero; a ambos lados el resto de voluntarios recorren los prados cubiertos de maleza y el bosque. Avanzamos en silencio, con los ojos en el suelo, pero dudo que Lukas y Max se estén centrando en la búsqueda más que yo. Y no ayudo demasiado si me quedo entre ellos.

Apoyo una rodilla en el suelo y me toqueteo los cordones; cuando me levanto y los alcanzo, me coloco al otro lado de Lukas para que se quede en medio.

—Arthur se ha alegrado mucho de que este sitio resucite. ¿Sabías que Lukas ha estado reformando él solito el edificio principal de la destilería? —pregunto una vez volvemos a pillar el ritmo de la caminata.

—Yo no diría que…

—Pues sí, lo cierto es que sí —interviene ella cuando Lukas intenta dispararse en el pie.

Él suena sorprendido de verdad y puede que incluso un tanto esperanzado cuando dice:

—¿Lo sabías?

—Me he mantenido al día de unas cuantas cosas, sí. —Se le ponen tan rojas las mejillas que tiene que apartar la mirada—. Me

parece genial que le vuelvas a dar uso. ¿Todavía te quedan botellas de aquel whisky reserva Lancaster de chocolate?

Lukas suelta una larga bocanada de aire y se pasa una mano por el pelo negro y corto.

—Tal vez. He estado tan ocupado poniendo todo a punto y en marcha que no me ha dado tiempo a comprobar todos los barriles que hay en la vieja bodega.

—¿Te acuerdas de aquella pijamada cuando teníamos nueve años y nos colamos en el estudio de Arthur para probarlo?

—¿Y que le di un trago y lo escupí por encima de todas las putas notas que tenía en el escritorio? Sí, lo recuerdo. —La sonrisa brillante de Lukas se vuelve algo agridulce—. No sabía a chocolate.

—Nop —dice Maxine; su voz parece un eco de la sonrisa de Lukas.

Aunque por un instante albergo la esperanza de que este recuerdo compartido le dé un empujón a la conversación, no es así. Un silencio pesado cae encima de nuestro grupo antes de que me lance a intentarlo otra vez.

—¿Sabes? Hace un rato Lukas y yo estábamos hablando de nuevas ideas comerciales para cuando la destilería esté en marcha, como por ejemplo incluirla como parada en la ruta de fantasmas. A lo mejor deberíais hacer piña para desarrollar un menú de cócteles usando los whiskys Lancaster o Lukas podría ponerle el nombre de tu hotel a una nueva tanda.

Lukas vocaliza la palabra «no» al mismo tiempo que a Maxine se le ilumina el rostro, así que es incapaz de ver cómo ha reaccionado él.

—Ay, Dios mío, sí. Es justo el tipo de cosas que me interesan. Quiero lograr que el hotel encaje de verdad en Cabo Masacre, ¿sabes? Apoyarme en la historia y el ambientillo, así que cualquier colaboración con la destilería Lancaster vendría genial.

—Hala, ¡qué guay! —exclamo, y doy unas palmaditas mientras a Lukas casi se le salen los ojos de la cara—. Sé que Lukas siempre

está buscando nuevas ideas de negocio. Justo a tiempo, ¿verdad, Lukas?

—Eh…

Me saco el móvil del bolsillo.

—Ay, perdón, me están llamando. —Es mentira—. Será mejor que conteste. Es Nolan. —Otra mentira—. Qué ganas de escuchar todas las ideas que se os ocurran. Me ha encantado conocerte, Max… Estoy segura de que nos veremos pronto.

Eso sí que es verdad.

Me despido con la mano y finjo que desbloqueo el teléfono y acepto la llamada, luego me doy la vuelta y me alejo. Digo unas cuantas frases falsas e intercalo algunas pausas hasta que me detengo bajo las ramas de un roble. Entonces me pongo a revisar las notificaciones. Un post de Instagram de Cabo Masacre alabando el jardín de Sarah Winkle. Zorra confabuladora y lameculos. Otra actualización del servidor de Discord, y el corazón se me sube a la garganta mientras abro la aplicación. Menos mal que solo es una charleta sobre La Pluma llena de especulaciones y datos incorrectos, y nadie ha sacado mi nombre a relucir. Todavía. Y luego un mensaje de Lukas.

> Eres la peor mentirosa de la historia de los mentirosos. No te llamaba nadie.

Le lanzo una sonrisilla de suficiencia a la pantalla y escribo la respuesta.

> Soy una mentirosa MARAVILLOSA, cuando quiero. Y también soy una celestina estupenda. Así que guarda el puto móvil y habla con la chica para que os podáis enamorar, echar un polvo y vivir felices y

> comer perdices, por el amor de Dios. Eres insufrible.

> Cada día te odio más.

> Ese es el espíritu.

Me guardo el teléfono en el bolsillo y me alejo de la parejita a propósito. No me pierdo detalle de sus interacciones, pero no me acerco demasiado para no presionarlos. Aunque tampoco es que importe. A pesar de mi impresionante habilidad de alcahueta, el par de dos se separa diez minutos después de mi llamada imaginaria y cada vez se alejan más y más. Me voy un rato para comprobar cómo está Arthur y hacerle una cena rápida; para cuando vuelvo a la destilería, Maxine se ha pirado de nuestra expedición. No puedo culparla.

Ya es de noche cuando los pocos voluntarios que quedamos admitimos que los enjambres de mosquitos y moscas negras nos han derrotado. Espero mientras todos se marchan y me quedo a solas con Lukas.

Me giro hacia él, y estoy bastante segura de que sabe lo que le voy a decir antes de que abra la boca.

—Te quiero como a un hermano, Lukas Lancaster, pero eres tonto.

Y entonces lo dejo ahí plantado para que se lama las heridas sin curar en la oscuridad.

Son casi las nueve de la noche cuando cruzo la puerta de casa. Me llega un mensaje de Nolan justo cuando voy hacia la cocina con pasos cansados. «Llego a tu casa en diez minutos», dice, y le respondo con un pulgar hacia arriba mientras saco una cerveza de la puerta de la nevera. Ni siquiera me molesto en comer algo o en quitarme el peto, el cual está salpicado de barro seco y zarzas. Sí que extiendo una manta encima del sofá limpio, me tumbo y pongo *Sobreviviendo al amor* porque necesito vaciarme el cerebro.

Lo siento antes de verlo. La carne se me hiela por debajo de la epidermis.

En el tablero de ajedrez, el caballo negro está en la casilla c6.

HUIDA

Nolan

Permanezco sentado en el coche de alquiler; las luces del salpicadero iluminan la página en blanco de mi libro de *scrapbooking.* Más allá de la ventana, la oscuridad cae como una mortaja. Pero a través de ella, asomándose entre las hojas del denso follaje, se ve la luz de la casa de Harper.

Doy golpecitos con el bolígrafo en la página, marcando el tiempo mientras miro la vivienda, perdido en mis pensamientos. Y entonces le pongo título a la página.

Harper, 26 de junio.

Sé que recordaré los eventos más importantes, como las exhumaciones o las localizaciones que nombró donde hay otras víctimas de Arthur. Lo que me da miedo es perder los matices en el mar de caos en el que estamos metidos. Los pequeños detalles que me den más información sobre cómo romper sus murallas defensivas. Si reúno esos detalles, podré ver el conjunto. Y es una tarea que me tranquiliza. Como si la estuviera honrando en estas páginas que primero estaban pensadas para su destrucción.

Noche de karaoke en La Boya y la Baliza.
El Bruma Nocturna.
El gimnasio.
BM y McM: ¿todavía tiene algo?

Las descripciones son escuetas, información suficiente para refrescarme la memoria. Apunto todo eso de lo que no debería perder el hilo, como que mencionó la noche del karaoke con Jake Hornell y si tendrá o no pistas que la relacionen con McMillan y el tal Bryce Mahoney, sea quien sea. Y añado lo que he observado de ella hoy. «Vena en la frente», dice una nota. «No se muerde el labio, intenta que no me dé cuenta de que está estresada».

Me acuerdo de las notas que encontré en la habitación de Sam cuando me colé, las que anotó en las fotografías impresas de Harper, una de las cuales está ahora en el Discord de los Buscasabuesos. Supongo que mis apuntes no se diferencian tanto de los suyos. Ni tampoco mi objetivo: encajar todas las piezas y conectar la Harper que conozco con los fantasmas de su pasado. Cuando cierro el cuaderno y me lo guardo en la mochila, me pregunto si será invasivo catalogar estos detalles y seguir sus pasos. Pero lo que dije iba en serio. No puedo ayudarla si estoy atrapado en la oscuridad.

Con un suspiro hondo, salgo del SUV y voy hacia la casita. Al llegar a la puerta, dudo antes de meter la llave de repuesto en la cerradura o coger el pomo. Siento que es demasiada presión para ella asumir sin más que puedo entrar y salir como si fuera mi casa. Al menos por ahora. Así que cierro la mano en un puño y llamo tres veces a la puerta con suavidad. Unos segundos más tarde, Harper abre la puerta confundida.

—Ey —saludo.

—¿Por qué no has usado la llave?

A lo mejor le estoy dando demasiadas vueltas a las cosas, a juzgar por la profunda confusión que tiene escrita en la cara. Después de todo, es una persona práctica.

—No quería molestar.

Ella entrecierra los ojos.

—Pero vives aquí.

—Temporalmente.

Dios. No sé si lo estoy mejorando o empeorando. Su enfado adquiere un borde letal.

—Cierto. Bueno, por ahora, puedes entrar sin más, Nolan. —Abre del todo la puerta y da un paso atrás—. ¿Quieres una cerveza? Justo iba a hacer algo de cena.

—Claro —digo, y me detengo lo suficiente para darle un beso en la mejilla al pasar. El alivio me sacude los huesos cuando ella se deja caer contra mi roce—. Voy a echarte una mano.

Me quito las botas y la sigo, pero ella se detiene de repente en medio del salón y se gira para mirarme. Abre la boca, la cierra y la vuelve a abrir, como si las palabras se le hubieran quedado atascadas en la garganta.

—¿Pasa algo? —inquiero.

La pregunta apenas me ha pasado por los labios cuando dice:

—¿Tú has movido el caballo negro de mi tablero de ajedrez?

Miro hacia el tablero. El peón blanco que ayer había avanzado dos espacios ha vuelto a su sitio, la partida se reinicia. El desconsuelo me cae sobre los hombros. Debe de significar mucho más para ella de lo que yo creía. A lo mejor tiene una forma particular de colocar las piezas y, cuando yo moví el caballo ayer, lo puse mal. Quizá un par de milímetros demasiado hacia un lado o girado un poco en el ángulo equivocado. Si ese tablero es su modo de sentir que tiene el control de un mundo que parece caótico o si está relacionado con su pasado traumático, a lo mejor he profanado su santuario con el más mínimo cambio.

—Sí —respondo—, lo moví. Lo siento, no me di cuenta de que tenía algún significado. —Aunque me preocupaba que se enfadara, parece aliviada, por sorprendente que resulte.

—Creía que me estaba volviendo loca —contesta soltando un largo suspiro—. No pasa nada. Es solo… una cosa. Mía.

Esboza una leve sonrisa; tiene los rasgos menos marcados por el estrés cuando señala la cocina con la cabeza. Odio tener que hacer estallar su recién encontrada burbuja de consuelo, pero entre nosotros sigue habiendo muchos obstáculos que debemos superar. Espero hasta que abre dos cervezas y me indica que corte las verduras; entonces digo:

—Creo que tenemos mucho de qué hablar.

—Sí —admite sin levantar la mirada del pescado al que le está quitando la espina—. Por ejemplo, ¿has conocido a Maxine Yates en el centro de voluntarios? Lukas casi implosiona en la destilería. Nunca lo había visto tan descolocado. Está pilladísimo de ella desde que tenía siete años. El tío también es un manta. He intentado hacer de celestina, pero se ha estampado en cuanto ha echado a volar solo.

Contengo una sonrisa porque no quiero por nada del mundo que ella la vea, por si acaso se cree que esa táctica logra despistarme.

—Más bien tenía en mente que empezáramos por Bryce Mahoney, aunque sin duda a eso tenemos que volver.

El rubor le sube por el cuello y carraspea.

—Ese tío. Ya.

—Déjame adivinar. ¿Ha pasado por el Monstruo de las Galletas y ahora está sirviendo de abono a tus galardonadas flores?

—Sí. En su mayoría.

—¿Qué quieres decir con «en su mayoría»?

Harper se encoge de hombros; sigue sin mirarme a los ojos. Por un momento creo que no va a responder o que va a darle la vuelta a la tortilla, como le gusta hacer si la presionan. Sobre todo cuando dice:

—¿Recuerdas cuando nos conocimos en El Grano?

Por supuesto que me acuerdo, joder. En cuanto crucé la puerta de la cafetería, me sentí atraído hacia ella como un imán. Fue lo único que vi, aunque estuviera de espaldas a mí. Ese pelo oscuro y brillante. Esas piernas largas, los músculos fuertes y definidos. Incluso esas putas botas. ¿Desde cuándo las botas de trabajo son sexis? Recuerdo que intenté decir algo ingenioso o divertido, pero lo que se me ocurrió fue: «¿Me recomiendas algo?».

Y, en cuanto se dio la vuelta, germinaron las primeras semillas de mi obsesión. Una obsesión que ha seguido creciendo a pesar de todos los planes que estuve organizando con cuidado durante cuatro años. Una obsesión que no quiero que se acabe nunca.

Carraspeo.

—Sí, creo que me acuerdo —digo—. Parecías un tanto… aturullada. A lo mejor te gustó lo que viste cuando te diste la vuelta.

Eso hace que me gane una mirada punzante, un intento de ocultar el rubor fiero que se le ha subido a las mejillas.

—O a lo mejor es porque no tenía en la mano un bocata de fiambre…

—De eso me di cuenta enseguida.

—… sino la tibia cortada de Bryce Mahoney con una placa de titanio. Digamos que fue una chuche que al Monstruo de las Galletas no le hizo mucha gracia.

La miro fijamente con cara de póker, procesando la información. Un hueso humano envuelto en papel de aluminio. Eso es lo que llevaba en el bolso. Y sacó el hueso en medio de una cafetería abarrotada de gente para buscar unas monedas sueltas. Y luego afirmó que era un bocadillo.

—¿Qué? —dice siguiendo el hilo de pensamientos que no he pronunciado en voz alta—. Nadie hace preguntas a menos que parezcas sospechoso.

—Tu explicación de las rodajas de fiambre fue un tanto sospechosa.

—Y, aun así, no la pusiste en duda. Así que… —Se encoge de hombros y se gira para mirarme. Se me acerca; me clava los ojos en los labios de una forma que provoca que la polla se me ponga dura en cuestión de segundos—. A mí me parece que ese es tu problema.

Sé lo que está haciendo: azuzando el fuego de la necesidad que siempre arde por ella. Distraerme de la seriedad de todo lo que amenaza con machacarnos. Y, de todas formas, suelto una risita; me inclino hacia su calor.

—¿Y dónde está ese hueso ahora? Porque me imagino que no pretendías colocarlo en tu lecho de flores junto a un gnomo del jardín.

—Los gnomos de jardín son demasiado chabacanos para el gusto de Arthur Lancaster. —Da un paso atrás, se vuelve a centrar en el

pescado y lo pone en una bandeja de cerámica—. Está en mi bolso.

—Tu bolso. ¿Te refieres al que está ahí, junto a la puerta principal?

Desvía los ojos a los ganchos de la pared donde está colgado el bolso con el que la vi aquel día, al lado del chubasquero Arc'teryx. Ladea la cabeza; luego se vuelve hacia mí para lavarse las manos.

—Sí.

—Aquello fue… ¿hace tres semanas?

—Me distraje un poquito. —Me mira por encima del hombro y me lanza una sonrisa sarcástica—. Un gilipollas llamado Nolan Rhodes vino al pueblo a matarme y dejó una cabeza cortada en mi comedero para pájaros. He estado demasiado ocupada dejándolo por los suelos básicamente en todo.

Espero hasta que se centra de nuevo en el fregadero para pasarle un brazo por la cintura y levantarla del suelo. Su grito de sorpresa se transforma en una carcajada cuando le clavo los dedos en el costado y le hago cosquillas.

—Dios, ¿por quién me tomas? ¿Cómo iba a seguir en el bolso? Está en el congelador, detrás de las chuletas de cerdo —consigue decir entre jadeos y risitas—. No soy una aficionada, a diferencia de otras personas que se dejan engañar por asesinos ancianos y acaban esposados por un tío de fraternidad con ínfulas que se dedica a jugar a los detectives en internet.

—Te informo de que soy un asesino metódico —digo contra su cuello mientras se parte de la risa—. Estás en peligro.

Pero antes de que me dé tiempo a procesar lo que está pasando, estira el brazo hacia atrás y me agarra del lóbulo de la oreja. Una punzada de dolor sigue al tirón fiero que me da. Cuando la suelto, coge de la encimera el cuchillo que estaba usando yo, me rodea y me pone el acero afilado en la garganta.

Su sonrisilla de satisfacción es una droga dura.

—Lo siento, eso último no lo he pillado —gruñe ladeando la cabeza—. Has dicho que estoy ¿qué?

—En peligro —repito tras una larga pausa.

—Ah, cierto. Peligro. ¿Estás seguro…?

Le quito el cuchillo de la mano y lo lanzo lejos, sin apartar los ojos de los suyos cuando aterriza con un tañido en la puerta de roble. Un segundo después noto un escozor en el punto en el que debe de haberme rozado la piel. Me toco y me encuentro una gota de sangre esparcida por los dedos.

Observo a Harper con una mirada de depredador. A ella le brillan los ojos con un resplandor demoniaco bajo la luz tenue.

—Ups —dice.

En ese instante que se queda suspendido entre nosotros, se me ocurren mil cosas que podría hacerle a Harper Starling. Pero ninguna de mis fantasías se comparará jamás con su realidad. No puedo evitar caer en ese desafío fiero y ese peligro perverso y esas distracciones magistrales. Nunca nadie me ha consumido como ella. Quiero empujarla. Castigarla. Ver hasta dónde me permite llegar. Porque con cada gramo de dolor y miedo del que disfruta, con cada reto que se propone y consigue, me destruye. Desmonta la coraza del hombre que era cuando vine aquí y me convierte en algo nuevo.

—Tienes tres segundos para salir de la cocina. Si no, te vas a poner de rodillas y te vas a atragantar con mi polla —digo.

A Harper le brillan los ojos. Sé cuánto le ponen mis amenazas, cuánto va a mojar las bragas con mis palabras. Mi polla presiona contra los vaqueros.

—Uno…

Se le tensan los labios porque no consigue contener una sonrisa.

—Dos…

—Ya han pasado tres segundos. Tienes una destreza excepcional para contar despacio.

—Tres.

Me acerco a ella, la arrincono en la esquina y se le desata la sonrisa. Está salvaje. Desinhibida. Preciosa que te cagas. Y es mía.

Me suelto el cinturón y lo dejo colgando, luego me desabrocho el botón de los vaqueros. El resto lo va a hacer ella.

—De rodillas, Harper.

—Voy a decirte una cosa —dice agarrando los dos extremos del cinturón para acercarme más. Un dolor constante me late en la erección—. Voy a atragantarme con tu polla como una putita desesperada si me cuentas un cuento.

Entrecierro los ojos.

—Si quieres que te narre *La comunidad del anillo* mientras te follo la boca, vas a llevarte un chasco.

—No. —Me pasa la mano despacio a lo largo de todo el pecho.

Me acaricia los abdominales, vaga por los pantalones hasta que me agarra el miembro con una fuerza repentina y sorprendente. Aspiro una bocanada de aire que huele a ella. Su risa suave me llena la cabeza. Juro que incluso noto su sabor, igual que en el río; tengo su flujo grabado en la memoria. Se me cierran los ojos por un instante cuando se aferra mejor a mi erección.

—Conoces muchos de mis secretos. Y yo conozco muy pocos de los tuyos. Así que quiero que me cuentes uno mientras te chupo la polla. Háblame del primer hombre que mataste. Cuéntame algo sobre Marc Beaumont.

Estoy seguro de que la oscuridad que habita en mí asoma a mis rasgos ante esta petición. No obstante, Harper no muestra ningún miedo. Tan solo me empuja para que dé un paso atrás y me suelta la polla para coger la cremallera. Sin embargo, se detiene cuando la agarro de la muñeca.

—Chst, chst —digo.

Hay un destello de inquietud en su mirada. Creo que le preocupa que rechace su propuesta, porque tiene tantas ganas de hacer esto como yo. Y a lo mejor sí que me lo planteo por un instante… Aunque sé que ella aprobará mi oscuridad, algunas partes son más difíciles de confesar que otras. Pero de lo que no se ha dado cuenta aún es de que me resulta casi imposible negarle nada.

—Primero ponte de rodillas.

Se le iluminan los rasgos cuando contiene una sonrisa y acepta la mano que le ofrezco mientras la guío al suelo.

Le acaricio la mejilla antes de enderezarme para mirarla desde arriba. Es tan perfecta, joder. Arrodillada ante mí, esperando paciente mis indicaciones y, aun así, dominando todo este momento. Sabe que le daré justo lo que me ha pedido. Y también sabe que, con una sola palabra, me detendré. Pero lo más importante es que entiende que mi obsesión hacia ella solo clavará más hondo las garras cuando le confiese mis pecados más oscuros.

Sin embargo, no soy un puto santo. Va a tener que ganárselo.

No dejo de mirarla a los ojos mientras me quito el cinturón de los vaqueros.

—Inclínate hacia delante. Las manos detrás de la espalda.

Me observa con atención, pero hace lo que le pido: pone una mano encima de la otra. Me coloco a su lado, le sujeto las muñecas con el cinturón y hago un nudo prieto. Cuando termino, vuelvo a plantarme frente a ella, que sigue justo como la he dejado.

—Chasquea fuerte los dedos tres veces —le ordeno, y ella lo hace—. Eso es lo que vas a hacer si quieres que pare, ¿entendido?

—Sí.

—Buena chica. Ahora, enderézate. —La sangre se me acelera cuando obedece.

Rara vez hace justo lo que le he pedido, siempre opta por el pinchazo de dolor que le implica el castigo. Sin embargo, su obediencia me resulta tan excitante como su cabezonería. Retrocedo un paso, me pongo las manos en las caderas para que no se me caigan los pantalones. Me duele la polla de la necesidad desesperada de hundirme en su calor.

—Bájame la cremallera.

Harper alza una ceja, pero cumple con la orden sin rechistar. Clava los ojos en los vaqueros y se me acerca de rodillas; tiene que ir despacio para no perder el equilibrio. Cuando por fin se detiene delante de mí, se inclina un poco para poder atrapar la lengüeta de metal con los dientes. Y, joder, es al mismo tiempo lo que más me ha excitado y cabreado en la vida. Harper suelta la cremallera. La vuelve a agarrar. Abre unos cuantos dientes de metal. Y lo repite

otra vez. En el proceso me roza el miembro y se le escapan ruiditos de frustración. Aprieta las manos atadas y centra todos sus esfuerzos en esta tarea en apariencia tan simple y que solo habría llevado unos segundos si la hubiera dejado. No se rinde, no se detiene hasta que acaba.

Cuando termina, se echa para atrás y me clava esos iris de plata con una paciencia inquebrantable. Alargo el momento. A lo mejor yo también quería castigarme un poco al negarme algo con lo que llevo fantaseando desde los primeros días que pasé en Cabo Masacre, a pesar de que vine a estrangular a Harper Starling con mis propias manos. Me he despertado muchas veces soñando que me sumergía en las profundidades de su boca mientras mi semen le llenaba la garganta y he intentado convencerme de que eran pesadillas. O a lo mejor no es masoquismo. Tal vez solo tengo miedo de lo que piense de mí si le revelo mi preciada verdad y le cuento mi historia más oscura.

Aprieto los dientes. Veo en su rostro que es consciente de ello, pero no hace ninguna pregunta ni expresa ninguna preocupación. Me llevo las manos a la espalda por encima de la cabeza y me quito la camiseta; luego dejo caer los brazos a los lados.

—Bájame los pantalones —le ordeno.

Harper se concentra en el vaquero negro; se acerca más, me roza el abdomen con la nariz y la frente. Me estremezco. Estoy seguro de que se ha dado cuenta, aunque hace como si no percibiera el efecto que ha provocado en mí con un toque tan sencillo y fugaz. Toda su atención está centrada en bajarme los pantalones por las caderas y los muslos. Cuando llega a la altura de las rodillas, le digo que se detenga.

—Ahora los calzoncillos —ordeno.

Ella no pierde tiempo en complacerme. Agarra con los dientes la cinturilla de los gayumbos. Siseo cuando me tira de un par de pelillos del sendero que conduce a mi erección. Aunque la verdad es que espero que tire del elástico lo máximo posible antes de soltarlo para que me dé en la polla, pero no lo hace, por sorprendente que

pueda parecer. Sigue mordiendo la gomilla y arrastra la prenda hacia abajo para liberar mi erección. Cuando tengo los calzoncillos en las rodillas junto con los vaqueros, se echa hacia atrás y me observa con atención.

Me detengo; intento descifrar su expresión. E intento mostrarme tal y como soy.

—Abre la boca —digo al fin.

Ella alza una ceja.

—Hemos hecho un trato.

—Lo sé. —Le paso la mano por el pelo. Poco a poco, la agarro con fuerza de la nuca—. Cumpliré con mi palabra.

—Como me cuentes alguna movida hobbit, te muerdo.

El fantasma de una sonrisa me revolotea en los labios, pero no cuaja. Sobre todo porque la necesidad que me recorre el cuerpo es tan desesperada que casi me resulta dolorosa. Harper se humedece el labio pasándose la lengua sin ninguna prisa. Al final, abre la boca.

—Érase una vez… —empiezo la narración mientras le empujo la cabeza hacia mí. La electricidad me crepita en la columna vertebral cuando noto la primera voluta de su exhalación en la punta del pene— un chico llamado Nolan.

Le pongo la punta en la lengua y me introduzco en su boca. Joder, esto es mucho mejor de lo que me imaginaba. Sus labios carnosos. Su calor húmedo. Esos ojos como el metal clavados en mí, esperando a consumir mis pecados.

—Hace años, tenía ciertos impulsos muy oscuros. Quería hacerle cosas horribles a gente despreciable para castigarla por sus fechorías. Y la persona a quien más daño ansiaba hacerle se llamaba Marcus.

Harper masculla una nota de afirmación mientras me deslizo aún más en su boca.

—Marcus era una de esas personas perversas que disfrutaban pegando a la gente para robarle el dinero. —Salgo despacio hasta que la punta está en los labios—. Les hacía daño a los animales.

Provocaba incendios. Era una bomba de relojería que nadie sabía desactivar.

Me detengo, se me acelera el pulso. Cuando respiro hondo, el olor del limón y las hierbas de la comida que hemos dejado olvidada me llena los pulmones. Entre las cejas de Harper aparece una arruguilla; está esperando a que continúe.

Vuelvo a introducirme en su boca.

—Su pasatiempo favorito era acosar e intimidar a cualquiera que considerara débil. Burlarse de la gente que era diferente. Gente como mi hermano, Billy.

Esta vez no salgo. Sigo adelante, obligándola poco a poco a que me acepte más y más profundo hasta que le entran arcadas. Pero ella persevera, se adapta a mi longitud. Miro fijamente las profundidades de sus ojos acuosos cuando digo:

—Marcus Urkhart.

La confusión le cruza los rasgos cuando me aparto. Y luego cae en la cuenta. Por un momento, me pregunto si debería habérselo dicho antes. ¿Cómo puedo esperar que confíe en mí si yo no he hecho lo mismo? Sin embargo, ella suaviza la expresión, como si agradeciera que se haya abierto una puerta. Creo que incluso veo el atisbo de una sonrisa oscura en sus ojos.

—Sé que viste en mi libro la lista de gente que maté para vengar la muerte de mi hermano. Pero Marc Beaumont no fue el primer hombre al que asesiné. —Me deslizo hacia fuera hasta la punta de mi miembro—. Fue Marcus Urkhart, que solo tenía dieciocho años.

Le agarro la cabeza con más fuerza y me introduzco del todo, pero no soy el único que empuja. Harper también succiona, se le hunden las mejillas, la saliva le brilla en los labios. Comienzo a moverme con una cadencia lenta que empieza en sus labios y acaba en el fondo de su garganta. Disfruto de cada gimoteo y gemido que se le escapa, de cada giro que hace con la lengua alrededor de la punta cuando casi me libero de su boca.

—Mi hermano pequeño, Billy, tartamudeaba de pequeño —continúo al ritmo de mis embestidas—. Y Marcus lo atormentaba

por ello. Incluso mucho después de que se le quitara. A pesar de que Marcus era de mi edad y nunca compartieron clase, Marcus encontró el modo de hacerle *bullying* a mi hermano. En el pasillo. En el baño. De camino a casa.

Empujo con fuerza al confesar una de las cosas de las que más me arrepiento… y Harper acepta la intrusión con un gemido bajo y sin vergüenza alguna.

—Marcus fue especialmente cruel con Billy durante unas semanas, después de que otra de las personas a las que le encantaba acosar se mudara a otra ciudad. Y yo era consciente de que lo trataba mal. Pero no pensé en los riesgos. Si lo hubiera hecho, habría acompañado a Billy a casa aquel día y a lo mejor esta oscuridad no me habría consumido.

Me estremezco, ya no por los recuerdos ni por la culpa. Es por el placer que se apodera de mí, que constriñe el dolor hasta que lo atenúa. Un gemido me resuena en el pecho mientras Harper atiende la punta de mi polla con mimo antes de metérsela más adentro.

—Un día, se suponía que Billy tenía que ir al entrenamiento de fútbol antes de cenar —continúo; cierro los ojos con fuerza mientras la euforia en aumento me atraviesa entero—. Vivíamos en un pueblo muy pequeño y tampoco es que Billy fuera un niño… Tenía catorce años e iba a casa de sus amigos con la bici a todas horas.

Harper suelta un «mmm» alrededor de mi carne. Un escalofrío me recorre la piel.

—Mis padres todavía estaban trabajando y yo estaba motivadísimo porque me acababa de sacar el carnet de conducir, así que me ofrecí para llevarlo al entrenamiento. Cuando no volvió a casa después de clase, yo… no pensé nada. No se me ocurrió hasta que era ya tarde y no respondía el teléfono.

El placer que me embarga de la cabeza a los pies contrasta con el horror de mi recuerdo. Pero, en cierto modo, en el calor de Harper, encajan, como si ella aplacara las heridas que nunca se me curaron.

—Recuerdo el pánico que me entró porque no contestaba a las llamadas. Cogí las llaves del coche de mi madre, me senté delante

del volante y con una aplicación localicé el móvil de Billy. Estaba solo a un par de calles. En un callejón. Entre un contenedor de reciclaje y un taller cerrado. Cuando llegué, Billy tenía el teléfono en la mano ensangrentada, cubierto con su propia sangre.

Me detengo. Harper sella los labios alrededor de mi erección mientras me obligo a contener la rabia bajo el éxtasis.

—Por las heridas que tenía en los nudillos y en el antebrazo, supe que había devuelto los golpes. Pero la herida que tenía en la cabeza era grave. Estaba claro que quien le había pegado había pensado que no saldría de aquella y lo había arrastrado a aquel rincón oscuro para que muriera. En cambio, no lo hizo. Billy todavía estaba en coma cuando deduje lo que la policía no había averiguado… Vi a Marcus dos días después en el instituto con un ojo morado. Me miró de una forma que… lo supe sin más. Había atacado a mi hermano. Decidí ahí mismo, en el pasillo, que iba a matarlo. En mi cabeza no había ninguna reserva.

Cierro los ojos y Harper suelta un ronroneo prolongado a modo de aprobación que me vibra por toda la extensión de la erección. Esto es lo que ella quiere. Lo que necesita de mí. No solo mis pecados turbios y mis confesiones crudas. Desea que la oscuridad me parezca una bendición.

Y así es.

Suavizo el ritmo, solo un poquito. Aprieto el puño entre su largo pelo oscuro. Intento controlar las embestidas mientras le follo la boca, pero mi contención se deshace a cada segundo que pasa. Sus leves gimoteos de necesidad y sus notas de placer… Harper me hace seguir, me lo ruega sin palabras. Cuando abro los ojos y bajo la vista, ella tiene la mirada clavada en mi cara a pesar de que las lágrimas le caen más allá de las pestañas y está roja del esfuerzo.

—Fui al registro estatal de agresores sexuales —digo con los dientes apretados—. Busqué nuestro código postal y saqué la foto y la dirección del pedófilo de mierda que encontré más cerca. Un tío llamado Clinton Taff. Fue facilísimo colarme en su apartamento

cuando no estaba y robarle pruebas suficientes para que lo relacionaran con mi crimen.

Y, Dios, qué subidón de adrenalina cuando me fui de su piso bajando los cinco tramos de escaleras, era como una droga. Ahora también noto ese subidón, me recorre el cuerpo mientras me deslizo en la lengua de Harper. Le follo la boca como si hubiera estado ahí, conmigo. La habría reclamado en las escaleras del edificio de Taff sin soltar la bolsa en la que me llevé sus cosas. La habría puesto de rodillas y me habría empapado de cada gramo de placer. Ella me habría consumido, mirándome desde abajo tal y como hace en este momento. Sin juicio, sin terror, sin asco. Con aceptación.

—Solo tardé un día en encontrar a Taff y robarle. Y, al día siguiente, maté a Marcus. Murió antes de que Billy se despertara en el hospital.

Echo la cabeza hacia atrás y gimo; el placer amenaza con apoderarse de mí; aumento el ritmo. Harper debe de pensar que voy a correrme antes de que termine la historia, porque cierra la boca lo suficiente para arañarme la polla con los dientes a modo de aviso. Cuando vuelvo a posar los ojos en ella, me devuelve una mirada implacable. Y leo todo lo que quiere decir en esas profundidades de mercurio. «No te calles, Nolan. Necesito esto tanto como tú».

Trago saliva; intento mantener a raya el orgasmo que está listo para echárseme encima. Harper me reprende con un gruñido agudo; es una advertencia para que no me corra sin haber terminado la historia. Ladea la cabeza en el ángulo justo para que mi polla entre más y luego asiente con un gesto levísimo. «Cuéntamelo todo».

Una sola idea se me pasa por la cabeza: «Moriría por esta mujer».

Cierro la mano en su pelo y pierdo el control.

—Lo seguí después de clase —digo mientras le embisto la boca. Mantiene los labios firmes alrededor de mi polla y gime, rogando más—. Lo pillé en el mismo callejón en el que encontré a Billy. Me acerqué con sigilo. Le hice una llave. Tampoco era tan fuerte. —Otro ruidito de aprobación de Harper; este tiene un deje oscuro—. Se

echó a llorar, me suplicó que lo dejara marchar. Prometió que no volvería a hacerlo. —La electricidad me provoca cosquillas en la base de la columna vertebral. Se me tensan las pelotas—. Le dije: «He venido a asegurarme de que así sea». Y luego apreté con todas mis fuerzas.

La euforia me recorre las venas cuando los primeros hilillos de semen se vierten en su garganta. Revivo esos momentos mientras eyaculo en ella. El calor pegajoso del cuello de Marcus contra mi brazo. Las sacudidas de sus músculos. Lo débiles que tenía las extremidades al caer inconsciente. El último siseo de aire cuando estuve seguro de que estaba muerto y dejé que se desplomara en el suelo. Esparcí las pruebas robadas que conectarían a Clinton Taff con Marcus Urkhart, le eché un último vistazo a la justicia que había impartido y me alejé.

No hubo culpa. Ni remordimientos. Solo satisfacción. Igual que ahora.

El corazón me late en los oídos, amortigua el sonido de los gemidos contenidos de Harper cuando las últimas gotas de semen le caen en la lengua. Las pestañas mojadas se le pegan las unas a las otras; tiene el pelo enredado en mi mano floja y los labios hinchados alrededor de mi polla. Está hecha un desastre. Un desastre precioso, fiero, una diosa de otro mundo.

Me libero. El sudor pegajoso me cubre la piel. Me tiembla el cuerpo de las réplicas del orgasmo. Y entonces me pongo de rodillas y con cuidado apoyo la frente en su hombro. Noto que me he quitado de encima un peso que no sabía que llevaba a cuestas. También me siento aliviado cuando ella deja caer la cabeza sobre la mía.

—Yo estaba al lado de Billy cuando se despertó un par de días después. Le hice prometer que no le diría a nadie que quien lo atacó fue Marcus y le dije que les diera la descripción de Taff. Igual que él me hizo prometer que sería mejor persona —susurro. Me escuece la garganta. Los ojos. Al principio no me lo esperaba y se me ocurre que tal vez sí que me arrepiento un poco por las cosas que he

hecho. Pero no es eso—. Sabía que debía de haber algo mal en mí cuando no me arrepentí por haber asesinado a Marcus. Sin embargo, quería ser una persona a la que Billy admirara. Y lo intenté durante mucho tiempo. Es solo que… no soy buena persona.

—Tienes razón —dice Harper, dejando caer más la cabeza—. Una buena persona confiaría en que otra impartirá un castigo. Una buena persona aceptaría el destino de sus seres queridos por el bien de las normas de la sociedad.

Me da un beso en el cuello; luego se aparta y me obliga a mirarla a los ojos.

—Tú aceptas tus pecados y exiges que otros se enfrenten a los suyos. Tú impartes justicia con tus propias manos. Tú rompes las reglas cuando estas nos constriñen. Tú desafías al destino. Tú salvas a la gente que quieres y, cuando no puedes hacerlo, la vengas.

Se inclina más y apoya la frente en la mía. Y aún veo la determinación en sus ojos, brillando en las sombras.

—Tú eres un villano, Nolan Rhodes —dice—. Y no me gustaría que fuera de otro modo.

SOMBRA INTENSA

Nolan

Estoy tumbado en la cama de Harper, que descansa la cabeza en mi pecho; su respiración es profunda y regular. La luz de mi teléfono es lo único que le ilumina la piel. Las lámparas están apagadas. La luz del pasillo sí que está encendida, pero apenas se adentra medio metro en la habitación a través de la rendija de la puerta abierta.

Aunque ella duerme profundamente y yo también debería hacerlo, he estado cotilleando el Discord de los Buscasabuesos como un obseso.

No he encontrado nada, por mucho que me haya esforzado en desenterrar detalles sobre el documental de Sam en varios canales. Sam guardaba sus secretos con celo, igual que hizo conmigo cuando le hablé sobre La Pluma y el documental. Dejó caer pistas para incentivar la especulación, pero nunca confirmó nada. Al menos, no a mí y tampoco encuentro nada en el servidor.

Reviso la última notificación que ha llegado hace treinta minutos. KnightofTruth ha subido la misma foto de ayer en la que sale Harper en la calle principal, de espaldas a la cámara y con una bolsa al hombro.

KnightofTruth: Voy a averiguar quién es esta chica.
A lo mejor es la clave de lo que le ha ocurrido a Sam.

Sam no debió de contarle muchos detalles sobre lo que estaba haciendo, pero está claro que estaba más unido a este usuario que a otros si le envió una foto de Harper días antes de morir. Y quién sabe qué más podría tener en su poder, listo para alimentar a los

seguidores que parecen gravitar a su alrededor como si fuera el próximo líder de los Buscasabuesos. Podría tener más imágenes. Más teorías. Quizá incluso es igual que Sam: una persona que sabe cómo contar una historia para emocionar a sus seguidores.

Cierro los ojos con fuerza. A lo mejor sabe tan poco como deja ver en internet. Sin embargo, mi instinto me dice que es un cazador y que solo es cuestión de tiempo que siga el rastro que lleva hasta nuestra puerta. Y, entonces, ¿qué? ¿Cuánto tardará en encontrar a Harper y hablar con ella, igual que hizo Sam en el teatro? Si eso pasa, estará a un paso de hacer que toda su frágil vida se desmorone.

Cierro la aplicación de Discord y entro en la de mensajería; abro el último intercambio que tuve con mi hermana, Amelia.

> Ey, Caramierda. Espero que te vaya bien en
> tu retiro junto al mar. Pilla rayos de sol.
> Hasta puedes echarte novia. Te acuerdas de lo que es eso,
> ¿verdad?

Pensativo, doy unos golpecitos en el extremo del móvil. Sé por qué me ha escrito. Se acerca el aniversario del accidente. Y he dejado claro que nunca estaré en casa en esa fecha. Siempre he estado «de vacaciones», tachando otro nombre de mi lista. En realidad, no soporto la angustia en el rostro de mi familia. No saben lo de mis cacerías anuales, por supuesto, pero sí que no consigo quitarme de encima la culpa de haber sido el que sobrevivió. Mucho menos en esta época del año. Da igual lo que digan o lo fuerte que me abracen o cuánto me animen con sus sonrisas cansadas: sus intentos por tranquilizarme nunca me aportan paz.

Aunque me planteo dejar el teléfono, me trago la incomodidad y le escribo una respuesta.

> ¿Los rayos de sol? Sí. Me acuerdo
> de lo que son.

Siempre ha sido un ave nocturna, así que mi hermana responde de inmediato.

> Serás bobo. Sabes que me refería a lo de la novia. ¿Cuándo fue la última vez que echaste un polvo?

> No quiero hablar de esto con mi HERMANA PEQUEÑA.

> Bueno, yo tampoco quiero hablar de ello con mi HERMANO MAYOR, pero me preocupa que hayas huido para meterte a monje o que te estés tirando a una de tus ex en un alarde de desesperación.

> Por favor, que no sea Gisèle. CUALQUIERA menos Gisèle.

Suelto una carcajada, lo cual hace que Harper se remueva a mi lado.

> No voy a volver con ninguna de mis ex. Y tampoco voy a meterme a monje.

> … ¿¿¿Eso significa que has conocido a una chica???

> MADRE MÍA, deberías invitarla a la boda de Corrie el 24 de julio. Porque vienes, ¿verdad?

Joder. Tengo menos ganas de pensar en volver a Tennessee que en los Buscasabuesos o la búsqueda o Yates. Es como si todo el mundo intentara sacarme de aquí a empujones o gritos, y yo lo único que quiero es quedarme con Harper.

El corazón me araña las costillas cuando entro en bucle. Le mando un rápido «buenas noches» a mi hermana, luego me obligo a dejar el móvil en la mesita y me esfuerzo en no pensar en las cosas que no puedo cambiar en una sola mañana. Así que me centro en lo que sí puedo ver y tocar, cosas que son reales y están presentes. Como Harper.

Me la quedo mirando fijamente durante un buen rato, aspirando su aroma y consolándome con su respiración regular. Sé que ella verá la misma notificación de Discord cuando se despierte. Igual que sé que está preparada para luchar contra los lobos que acechan, aunque debería salir corriendo.

Se me vuelven a ir los ojos al móvil. La tentación de buscar todo lo que pueda sobre la milagrosa huida de Harper de la casa de Harvey Mead me atormenta de manera constante. Ya he cruzado demasiadas veces la línea cuando se trata de ella. La he espiado por la ventana. La he seguido por toda la ciudad. Lo de la puta cabeza en el comedero para pájaros a lo mejor fue un golpe bajo.

Pero, por alguna razón, cotillear su historia pública me parece una violación. Los detalles que en realidad quiero saber (que necesito saber) son los que solo están en su cabeza. ¿Cómo se escapó de la casa de Harvey Mead? ¿Adónde fue cuando se marchó Lubbock? ¿Qué sucedió después de que nos cruzáramos en Maryland y cómo tiró por la borda su antigua vida una vez llegó a Cabo Masacre? Sam debe de haberle seguido la pista a parte de esa información. KnightofTruth podría hacer lo mismo, si no lo ha hecho ya, mientras nosotros vamos diez pasos por detrás.

Estrecho a Harper un poco más fuerte, como si un adversario invisible pudiera arrebatármela en medio de la noche. Y al final, después de un buen rato, me duermo.

A la mañana siguiente, me despierto en una cama vacía.

Me enderezo de golpe y toco el sitio donde debería estar ella. Las sábanas están frías. Estoy a punto de pronunciar su nombre cuando la oigo maldecir en la planta de abajo y suelto el aire que tanto tiempo he estado conteniendo.

Cuando llego a la cocina, ya ha hecho su café y mi té. Está sacando un plato de gofres del horno, donde debe de haberlos mantenido calientes.

—Estaba a punto de despertarte —dice mientras echa tres gofres en otro plato, que me pasa por encima de la encimera—. He pensado que te vendría bien comer algo antes de ir a la búsqueda.

—Gracias.

Le doy un beso en el pelo y llevo los dos platos a la mesa de comedor; ella me sigue. Aunque me dedica una sonrisa débil cuando se sienta en la cabecera de la mesa a mi lado, debajo todavía hay estrés: reluce bajo la delgada máscara que lleva puesta.

—Imagino que te has puesto al día con Discord.

—Sí —confirma, y coge el sirope de arce para cubrir su plato de gofres con el líquido ámbar—. No puedo decir que me haga mucha ilusión.

—A mí tampoco. Creo que lo mejor es dejar el hueso de Bryce donde está, por ahora. No sabemos los planes que está haciendo la gente en privado para venir a Masacre y sin duda tu casa va a ser como un imán para ellos, ya que es el lugar donde se cometió el último asesinato conocido de La Pluma.

Harper asiente. Frunce el ceño.

—Oye, y si dijera: «Ey, a lo mejor es un buen momento para marcharse del pueblo», tú me responderías… —Me callo cuando Harper me lanza una mirada asesina—. Ya, eso me parecía. ¿Y si te llevas a Arthur a unas vacaciones largas?

—Nunca se va de vacaciones. «Los turistas son odiosos y no quiero estar entre ellos» —dice alardeando de su mejor imitación del viejo antes de apuñalar un trozo de gofre—. Por qué ser un turista cuando puedes quedarte aquí y matarlos por diversión, ¿verdad?

—Cierto… Excepto cuando hay varias personas desaparecidas, una búsqueda activa para encontrarlas y unos detectives aficionados van a venir al pueblo en tropel. Creo que, en este caso, estaría justificado hacer un crucero.

Ella se encoge de hombros.

—No va a pasar en la vida.

—Me lo temía.

Le doy vueltas a la leche del té y dejo que la cuchara repiquetee contra la cerámica como el insoportable paso del tiempo. Harper entrecierra los ojos porque le molesta el sonido.

—Tenemos que sacar de aquí algunas de las pruebas y empezar a encauzar la búsqueda hacia donde nos interesa.

—Justo estaba pensando lo mismo —concuerda ella—. La camisa de McMillan está escondida en el cobertizo. Iba a dejarla en el lago Loon antes de que Yates me jodiera los planes. Pero sí que saqué el maletín de Arthur y la ropa de Evanston y los oculté en un lugar seguro en uno de los edificios anexos de la destilería.

—Ya suponía que tenías algo de McMillan; por eso entretuve a los voluntarios en el lado este, donde el arroyo desemboca en el lago. Si me das la camiseta, puedo colocarla en la orilla oeste durante la próxima comprobación rutinaria. Esperemos que así Yates asuma que McMillan se metió en el lago en esa zona y nunca salió.

Harper le da vueltas a la idea con la boca llena de gofre y luego asiente.

—¿Y qué me dices de Evanston? —pregunto.

Ella se encoge de hombros.

—Creo que deberíamos dejarlo en paz por ahora. Sería un tanto sospechoso que dos prendas de ropa aparecieran de repente en poco tiempo, aunque sea en zonas completamente diferentes. Más allá del Loop, el terreno es bastante duro. Si te alejas del camino, solo hay kilómetros y kilómetros de bosque denso. Muchas ciénagas y lugares en los que te puedes perder.

Respondo con un «ajá» y me echo hacia atrás en la silla.

—No me convence demasiado la idea de que la gente perderá la motivación si no encuentra nada.

—Y al ayuntamiento no le convencerá demasiado que la búsqueda de Evanston se alargue indefinidamente. No es el primero que se pierde por el bosque, ¿sabes?

—No me cabe ninguna duda. —Suelto una carcajada y corto un trozo de gofre—. Aun así, necesitamos escenarios viables para Mahoney y Hornell —digo observándola, y ella se queda contemplando el plato fijamente con aire pensativo—. Y para ti.

Me mira a los ojos.

—¿Qué pasa conmigo?

—Te comportas como si estuviera al tanto de toda tu vida, pero no es así, Harper. —Dejo los cubiertos y que pase un segundo que se alarga—. Es posible que Sam supiera más de ti que yo. Y no hay forma de asegurarnos de que KnightofTruth no le vaya a la zaga. Ya que no estás dispuesta a marcharte de Cabo Masacre, a lo mejor sería un buen momento para que confíes en mí solo con un poquito de información, para que podamos decidir qué ocurrirá si descubren quién eres en realidad.

—¿De verdad tengo que creerme que no buscaste una mierda sobre mí en Google cuando estabas desmembrando a un tío para metérmelo en el comedero para pájaros ni cuando me seguías por todo el pueblo con drones?

—En realidad, fue solo un dron.

Suelta una carcajada y le da un trago al café.

—Creo que no tenemos tiempo para contarte toda la historia de mi vida antes de que debas irte a buscar y rescatar gente que ya está muerta.

—Sacaré tiempo para un detallito.

A Harper se le tensa la mandíbula. El silencio cae sobre la mesa como un mantel.

Comemos sin hablar. A ella le cuesta mirarme a los ojos. No sé hasta qué punto insistir sin que sienta que la estoy presionando. No sé cómo gestionar que soy una persona de mierda que no distingue obsesionarse por una presa del amor. Y no sé cómo querer a alguien que tiene miedo de recibir amor. Ambos nos hemos enfrentado al miedo y al sufrimiento y hecho cosas espantosas, pero no he visto ni sobrevivido a los mismos horrores que ella. A lo mejor, cuando te liberas de ese terror con garras y dientes, acabas metido en un

laberinto. Te conviertes en alguien intocable para el amor y toda la pérdida que este conlleva. Y, con el tiempo, te cuesta aún más encontrarte a ti mismo.

—Harper, no quiero que me cuentes toda tu vida —digo.

Me meto la mano en el bolsillo y saco algo que quería devolverle, aunque nunca me parecía el momento oportuno. Le abro la mano y le coloco en la palma la esclava de plata. «A^2BC», dice la inscripción. Uno de los dos, o Adam o ella, debía de llevar esta pulsera que Morfeo soltó en el fregadero hace un par de semanas para regalarle a Harper algo brillante. Ella la observa con un gesto tenso y, cuando me mira a los ojos, los suyos están llenos de lágrimas—. Solo quiero un cachito de ti.

Le cierro la mano y la aprieto antes de recoger mi plato y mi taza para llevarlos a la cocina.

—Tengo que irme —digo comprobando el reloj—. Gracias por el desayuno. Volveré como a las…

—Fue culpa mía. —Su voz apenas es poco más que un susurro, pero me detiene como si me hubieran clavado un dardo en el pecho—. Harvey Mead.

Cuando me vuelvo hacia ella, ha dejado la pulsera en la mesa y la mueve como si fuera una serpentina. Siento cosquillas en el uróboro de mi brazo, como si Harper estuviera recorriendo sus líneas. Se remueve, se da una bofetada en la mejilla, se obliga a llorar.

—Le rompió las dos piernas a Adam cuando intentamos escapar. Y los días se sucedían uno detrás de otro… Dijeron que habían pasado tres semanas. En la oscuridad me parecieron años.

Vuelvo a la mesa con pasos lentos y medidos. No aparto los ojos de Harper en ningún momento mientras me siento en la silla que he dejado vacía.

—Eh… —Sacude la cabeza; los lagrimones que le ruedan por las mejillas caen en el plato—. Cuando me desperté aquel último día, Adam tenía fiebre. Hacía frío en el sótano. Harvey nos había quitado la ropa antes de lanzarnos ahí y siempre teníamos frío. Pero ese día Adam estaba ardiendo. Sudando. Sufriendo. Así que aporreé la

puerta de hierro. —Le da un puñetazo a la mesa de madera, un sonido repentino. Los cubiertos repiquetean en su plato—. «Tiene una infección». —Le da otro porrazo a la mesa—. «Necesitamos medicinas». —Otro golpe—. «Por favor, déjalo salir». —Otro batacazo. Otro.

Da un golpe tras otro. No la detengo, porque veo que por fin se abren las rajas de una herida sin curar, que supura veneno. Tan solo le pongo la mano en la rodilla por debajo de la mesa y dejo que siga dando porrazos hasta que acaba, hasta que tiene los ojos hinchados de las lágrimas.

—Y entonces el monstruo vino, tal y como yo le había pedido —susurra—. Vino y se llevó a Adam y no pude luchar con la fuerza suficiente para salvarlo.

Se deshace en sollozos, abrumada por las atrocidades y la culpa que solo ella puede ver. Y no la abrazo. Es ella la que arrastra la silla hacia atrás. Se agarra a la mesa como si fuera un salvavidas. Se me sube al regazo y se lanza a mis brazos, que la esperan con una desesperación liberada tan profunda que siento que me ahogo en ella. Como si fuese un mar y yo no pudiera salvarla.

—La motosierra… Mead lo desmembró —dice—. Estaban justo encima de mí. Oía trozos de Adam cayendo al suelo. Los gritos. Mead riéndose. Y si hubiera esperado… solo un poquito más…

—Lo que sucedió no es culpa tuya. Solo intentabas ayudarlo —digo acariciándole el pelo.

Ella sacude la cabeza contra mi hombro.

—Pero ellos nos habrían sacado. No pasó ni una hora. Si hubiera esperado una hora…

No hace más que repetirlo. «Si hubiera esperado, ellos nos habrían sacado».

Eso no tiene sentido. Autumn Bower se fue por su propio pie de la granja en ruinas de Harvey Mead después de quemarla hasta los cimientos. Más de once kilómetros. Descalza.

¿O esa fue la historia que le contó a la policía?

—¿Quién? —pregunto—. ¿Quién os habría sacado?

Cuando la aparto lo suficiente para mirarla a los ojos, está casi irreconocible. No por las rojeces de la piel o el reguero de lágrimas o los ojos hinchados. Es por la desesperanza que reflejan. No hay ni rastro de ese desafío que la define. No está ese sarcasmo que le ilumina los rasgos, dispuesto a que su lengua afilada lo suelte. De repente parece muy delicada, terriblemente vulnerable.

—¿Había alguien más? —pregunto—. ¿Alguien…?

—Harper.

Se oyen tres golpes fuertes en la puerta de atrás. Miro a tiempo de ver la cabeza del lobo del bastón de Arthur llamar por última vez. La interrupción provoca que la furia me arda en la punta de la lengua. Me trago una maldición punzante.

—Harper, ¿has cogido tú el portafiltros de la máquina de café?

Ella se seca los ojos con las manos y, como no sirve de mucho, intenta hacerlo con el borde de la camiseta. No es menos obvio que ha estado llorando. Inspira hondo, pero no para tranquilizarse…, sino para resetear. Se está volviendo a poner la armadura.

—Voy dentro de un minuto a ayudarte —dice lo bastante alto para que el viejo la oiga.

—Y también la canela. ¿Qué has hecho con la canela? —inquiere él desde el otro lado de la puerta, pero a lo lejos, como si no se hubiera acercado más de lo que da el bastón.

—Dame un segundo…

—Y también la soja.

—Así que básicamente has perdido todos los ingredientes para hacerte un café con leche —dice Harper bajándose de mi regazo para ir hacia el fregadero.

—No, café tengo. Necesito… todo lo demás.

—Ahora mismo voy, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, vale. Esperaré —refunfuña Arthur y, si soy sincero, no sé si está disgustadísimo porque se ha retrasado su hora del café con leche o si siempre es así de gruñón.

Harper ni suspira ni se queja; tan solo abre el agua fría y se la echa en la cara. Pero ¿yo? Yo me las veo y me las deseo para

tragarme las ganas de protestar. Me levanto, aunque me quedo donde estoy, controlando el impulso de correr hacia la puerta y llevar yo a la casa al viejo, para que ella pueda tener un ratito para recuperar la compostura en privado. Quiero dar un paso al frente y arreglar algo que sé que solo rompería.

Harper se seca la cara con un puñado de servilletas y, cuando se gira para observarme, casi toda la máscara ha vuelto a encajar en su sitio. Pero no toda. Sigue teniendo una mirada atormentada, los ojos rojos y cansados.

—He perdido a todas las personas que he querido —admite. No se acerca ni un paso y yo tampoco—. Incluso a Arthur. A veces no recuerda quién soy. —Aparta la vista y, al mirarme de nuevo, vuelven a brillarle las pupilas por las lágrimas—. Tengo miedo de quererte, Nolan. Creo que no sobreviviría si te perdiera.

Quizá sus palabras deberían romperme el corazón. Sin embargo, lo que hago es flotar. No está diciendo que no vaya a quererme ni que no pueda hacerlo, ni siquiera que no lo haga ya.

—No pasa nada. Lo entiendo.

Hay cierto alivio en sus rasgos. Tampoco mucho. En la preocupación que le frunce el ceño ondea una pregunta que se entrelaza con su miedo: «¿De verdad eso es suficiente para ti?».

Por fin me aproximo y me detengo lo bastante cerca para tocarla, aunque no lo hago.

—Harper, eres la persona más valiente que he conocido. Sobre todo cuando se trata de mí.

Me agacho, le doy un beso en la mejilla húmeda y fría y me marcho.

I.
CORNEZUELO

Yates

Tiempo después…
26 de agosto, 7:59 a. m.

Palo santo.

Eso es lo que se había quemado en el quemador de incienso con forma de medialuna que encontramos en la bolsa de pruebas que tenía Sam Porter en el maletero, según el informe del laboratorio. Es lo que flota en el salón de la casa de Autumn Bower, como si estuviera impregnado en el enlucido de las paredes.

Quizá debería estarles agradecidos a Sam y a Vinny. Descubrieron lo que yo fui incapaz de ver: que Harper Starling es algo más que un eco de la hija que le arrebaté a Arthur. Es en realidad el fantasma de otra persona, y la mujer que ha estado viviendo en su mortaja es mucho más de lo que parece.

Un trueno sacude las ventanas cuando me detengo delante de la fotografía en la que sale Autumn de niña con sus padres. La cojo de la estantería con los guantes. No hay polvo en los bordes. Ni el cristal está sucio. Era la viva imagen de la inocencia. Un lienzo en blanco impoluto en el que todos los horrores y las pérdidas del mundo han estado pintando desde entonces.

Me he visto todos los vídeos de Autumn Bower. He diseccionado cada artículo de periódico. He rajado todas las máscaras que se ha puesto para echar un vistazo por debajo de la superficie.

Que se me escapara su pasado no es solo un recordatorio puntual de mi propia capacidad de errar, sino otra prueba más de que Autumn Bower se merece su sitio en Cabo Masacre. Está preparada para la metamorfosis. Pero es lo que a veces ocurre con las crisálidas. Se pueden… atascar un poquito. En ocasiones tienes que intervenir para quitar las capas y obligar a la criatura a salir a la luz.

Dejo la foto y me giro para contemplar la siguiente que hay en la estantería. Es Autumn con el disfraz que ha llevado desde el día que apareció por Cabo Masacre. Pelo oscuro. El peto negro. Una sonrisa medida. Está al lado de Arthur Lancaster; sujetan el trofeo del concurso de jardines por encima de la cabeza. La mansión Lancaster ejerce una gran atracción. Puedo sentir su núcleo derretido cuando miro los ojos castaños de Arthur, congelados en el tiempo.

«¡Mi hija no!», grita desolado desde mis recuerdos. Todavía lo veo con claridad, como si estuviera observando a través de las ventanas de la casa, igual que hice aquel día hace casi treinta años. Entonces era tan formidable como ahora…, pero en todos estos largos años casi se ha roto contra el suelo, retorcido por el sufrimiento. Se meció arrullando la cabeza sin vida de su hija entre los brazos, su cuerpo desnudo cubierto con mi poética y sangrienta escritura mientras el niño lloraba en el piso de arriba. «Mi preciosa Poppy no».

Estoy agradecido por aquel momento. No solo por la satisfacción que todavía recuerdo del arte que creé de la muerte, sino por el camino al que me llevó.

Aparto la mirada de Arthur y paso a la siguiente foto. Autumn con el señor Nolan Rhodes. El líder entusiasta de la farsa de la operación de búsqueda y rescate. El protector rabioso. La última capa de la crisálida.

Veo el reflejo de mi sonrisa en el cristal.

Se me van los ojos al tablero de ajedrez que hay sobre la mesa, al lado de la estantería; las piezas están colocadas para una nueva partida.

Y luego cojo el caballo negro de la b8 y me lo meto en el bolsillo.

TRASPLANTAR

Harper

Arthur y yo estamos de pie delante del seto que se supone que es un chorlitejo picocorto. Tenemos la cabeza ladeada y estudiamos la cúspide de este elaborado jardín mientras una llovizna repiquetea en la capucha de los chubasqueros. Cuando mi mentor se apoderó de mi alce fallido, no me esperaba que esto fuese a ser el resultado. Y a juzgar por su débil «¡Contempla!», que ha soltado hace un rato al detenernos delante de los pájaros podados, él tampoco.

Espero a que se haya bebido un buen trago de café para declarar:

—Parecen dos penes.

Él escupe un poco de café con leche por el césped y me mira. Es probable que le ofenda más haber perdido un trago de expreso que el comentario fálico, teniendo en cuenta que solo tiene permitido tomar un café de verdad al día antes de que lo obligue a cambiar al *chai,* como acordamos.

—En absoluto.

—Eso no quiere decir que me esté quejando. Mola. O sea, que estoy a tope con la imaginería fálica. Pero no sé si la alcaldesa Patel apoyará unos setos de penes para celebrar el décimo aniversario del concurso de jardinería, ¿sabes?

El viejo suelta un suspiro profundo y pesaroso.

—Es cierto que parecen dos penes.

—¿Cómo vamos a arreglarlo? —pregunto cuando echamos a andar hacia la mansión.

—Todavía no estoy seguro —responde clavando el garrote en el césped húmedo—. Pero tenemos que encontrar una solución rápido.

Esta mañana me han notificado que la primera ronda del jurado comenzará la semana que viene. El consejo electoral nos visitará el 7 de julio.

—Joder.

—Ya te digo.

—Vamos a ver, ¿por qué me dijiste que podara los setos? Eso para empezar.

—Porque creí que tendrías algo de talento artístico, teniendo en cuenta que antes te dedicabas a hacer vídeos y tal. —Sacude la mano arrugada hacia mí—. Está claro que me equivocaba.

Resoplo; le dedico una sonrisa burlona.

—Arthur, hacer vídeos no tiene nada que ver con trabajar el follaje para darle forma de animales.

Me responde con un gruñido.

Nos quedamos callados cuando entramos a la casa y nos dirigimos a la cocina. Arthur se sienta en el rincón del desayuno y abre el periódico mientras yo me pongo a preparárselo. Al sentarme delante de él, los titulares de la primera página me asaltan como un dardo cargado de temores. «La investigación de homicidio continúa en la destilería Lancaster», dice uno; Arthur masculla algo sobre que los asesinatos son buenos para el negocio en Cabo Masacre y estoy tentada de darle la razón, aunque de un tiempo a esta parte me acojona bastante estar en el extremo de producción de tal negocio. «El segundo día de la búsqueda del turista desaparecido», proclama otro titular por encima de una foto de Evanston sonriendo, y me acuerdo de Nolan en el centro de mando. Puede que el sheriff del pueblo sea un vago de cuidado y a lo mejor está ya preparado para cancelar la búsqueda y poder irse de pesca y barbacoas, pero aun así me perturba imaginarme a Nolan pasando tanto tiempo con él.

—¿Al inepto del sheriff lo atacaron en mi destilería? —dice Arthur, que me mira con ojos afilados por encima del borde del periódico.

—¿Te refieres a la destilería de Lukas? —La ocurrencia hace que me gane una mirada asesina y contengo la sonrisilla que se me quiere escapar—. Eso parece.

—Ajá. —Da unos golpecitos en el borde del papel, sin apartar los ojos de los míos—. Resulta extraño que unos investigadores aficionados se ataquen el uno al otro y luego vayan a por el sheriff, ¿no?

Me encojo de hombros e intento no ponerme roja.

—Así son los misterios de la vida.

Arthur resopla.

—¿Y qué pasa con ese gremlin obtuso que tenía esa horrible excusa de perro? ¿Sigue en el congelador? —pregunta mientras sigue leyendo la continuación del artículo en la página siguiente.

—No. Digamos que este año las dalias florecerán.

—Bien.

Arthur pasa la página con cierto estilo; está claro que se ha cansado de pensar en investigaciones de homicidios y personas desaparecidas. Debería pincharlo a ver qué más recuerda de esa noche, solo para asegurarme de que no hemos olvidado nada que pueda salir a la superficie como un cadáver hinchado.

O a lo mejor debería contarle lo de los Buscasabuesos y que siento que la jaula se está cerrando a mi alrededor a cada segundo que pasa. Debería compartir el miedo que se me cuela por debajo de la piel, ver si es capaz de drenar lo que parece una herida infectada. Pero, en lugar de decir nada de eso, le pregunto algo que nunca le he preguntado a Arthur Lancaster:

—¿Cuándo supiste que estabas enamorado de Vivian?

Él alza la vista y se me queda mirando fijamente. Por un momento, me planteo si se habrá olvidado ya de su esposa. Han pasado tantos años desde que falleció… Fue incluso antes de que perdiera a Poppy a manos de La Pluma y se encargara de criar a Lukas él solo. Los ojos se le van a la esquina de la estancia y me pregunto si la está buscando en sus recuerdos. Intentando rememorar su risa. El color de sus ojos. Deja el periódico mientras juguetea con los bordes, luego traga saliva y dice:

—El mismo día que apareció en Cabo Masacre.

No me esperaba una respuesta tan clara y, mientras le acerco el bol de yogur y rodajas de fresa, tomo notal mental de contarle más tarde a Lukas lo lúcido que está su abuelo. Cuando me siento a la mesa enfrente de él, no hace caso ni de mí ni de la comida.

—¿Lo supiste desde el primer día?

—Desde el primer momento —especifica, y baja la vista a la mesa—. Nunca creí que fuera posible. ¿Cómo iba a enamorarse alguien como yo? Y de alguien que ni siquiera conocía.

—¿Acaso tú…? —empiezo a preguntar, pero me callo. Arthur me mira con un interrogante fruncido en las cejas—. ¿Te preocupaba cagarla?

Suelta una carcajada, un sonido raro y preciado.

—Por supuesto. Constantemente.

—¿Y aun sí dejaste que ocurriera?

—Intenté impedirlo —dice, y levanto las cejas para animarlo a continuar—. Descubrí que era imposible. Por mucho que necesitara a Vivian, ella también me necesitaba a mí. Resultó que no podía negarle nada que ella quisiera, daba igual cuánto me esforzara.

Asiento. Se me forma un nudo en la garganta al recordar la conversación que he tenido con Nolan esta mañana. Si le ha decepcionado que le dijera que tenía miedo, no lo ha dejado ver. Pero debe de haberle escocido. ¿Y cuántos golpes se puede llevar alguien antes de acabar rindiéndose? Hasta Nolan Rhodes debe de tener un límite, eso seguro. ¿Y si no soy tan valiente como Arthur? ¿Y si no consigo soltar mi miedo y querer a Nolan como se merece?

Estoy tan perdida en estas dudas que no me doy de que Arthur ha movido la mano hasta que la pone encima de la mía.

—¿Qué es lo que de verdad quieres preguntarme? —dice.

Parpadeo para apartar el muro de lágrimas que me nubla la vista.

—¿Lo volverías a hacer, a pesar de todo lo que has perdido?

El eco de una sonrisa se instala en los rasgos del hombre. Me aprieta la mano.

—No puedo escapar de la desesperación de ver cómo decaía la salud de Vivian. Ni del dolor de cómo me arrebataron a Poppy.

Siempre llevaré conmigo la rabia y la frustración de pasarme años buscando a su asesino y no encontrar ni rastro, como si nunca hubiera existido. Sin embargo, los momentos de felicidad que compartimos y los recuerdos que todavía tengo hacen que el sufrimiento merezca la pena. Lo volvería a hacer mil veces.

Me da unas palmaditas en la mano y la aparta. Asiento para darle las gracias; no estoy preparada para expresarle mi gratitud con palabras. No obstante, Arthur sabe lo que necesito. Levanta el periódico de la mesa y crea una cortina entre nosotros para permitirme controlar las lágrimas antes de que caigan.

—Sé que no tienes padres a los que hacerles estas preguntas —dice desde el otro lado. Baja el periódico lo suficiente para asomar un ojo—. Pero siempre puedes preguntármelo a mí, Harper. Si quieres.

—Vale —susurro.

—¿Quién es el hombre del que no estás enamorada, por cierto…?

Me quedo mirando el titular del periódico; me trago un nudo doloroso.

—Se llama Nolan. Coincidisteis brevemente en el teatro. Nolan Rhodes.

—Sí, por supuesto. El señor Rhodes. —Arthur pasa la página del periódico—. Si decides que no lo quieres de verdad, tengo algún veneno en ese maletín que te niegas a devolverme. Puedes usarlo si te apetece.

No ve mi sonrisa agridulce, ni la lágrima que se me cae de las pestañas y se me desliza por la mejilla.

—Lo tendré en cuenta. Gracias, Arthur.

Se acerca el yogur. Un leve gruñido es su única respuesta.

Cuando continúa con su rutina matutina, voy al pueblo a abastecerme en la tienda de Maya. Llevo la bolsa de tela colgada del hombro y la capucha puesta para protegerme de la llovizna.

Las calles están tranquilas. Piso con las botas los charcos poco profundos a un ritmo que me calma. La lluvia fría es reconfortante, por extraño que parezca; aun así, la preocupación por Nolan se abre

paso en mis pensamientos. Me pregunto qué estará haciendo. Tal vez imponiéndose en la búsqueda; es la imagen de la autoridad, aunque la esté usurpando en secreto. El deseo se me retuerce en el vientre cuando me lo imagino en el centro de mando, inclinado sobre mapas, dando órdenes por el *walkie-talkie*. A lo mejor está andando con paso decidido por el bosque y ese chaleco reflectante. No sé qué narices me pasa, porque eso me pone un montón. Es el caos y la seguridad cubiertos por un envoltorio atractivo y reflectante. Con hoyuelos. Es desagradablemente sexi.

Me saco el móvil del bolsillo trasero y abro los mensajes.

> ¿Llevas el chaleco reflectante?

La respuesta de Nolan es inmediata.

> Eeeh, sí.

> ¿Y el walkie-talkie ?

> Sí… ¿Eso es bueno o malo?

Al parecer, es bueno. Antes de que pueda decírselo, empieza a escribir un nuevo mensaje, así que lo dejo en espera hasta que me llega su respuesta.

> ¿Vamos a hacer algún jueguecito de rol en plan búsqueda y rescate? ¿Tengo que perseguirte por el bosque con el chaleco puesto?

> No…

> Sin duda ese «no» ha sido un «sí».

La conversación deriva en lo hermoso de la vida cotidiana. ¿Qué deberíamos cenar? ¿Vemos una peli o el siguiente capítulo de

Sobreviviendo al amor? Y después de un rato me doy cuenta de que le estoy sonriendo al móvil. No soy ese tipo de chica… Al menos, creía que ya no lo era. Una chica que envía mensajes para tontear o que se duerme con la luz apagada o que se ríe en brazos de un hombre. Una chica que se enamora. «Lo volvería a hacer mil veces», repite la voz de Arthur en mi cabeza.

Cualquier día podría perder a Nolan. El sufrimiento y la pérdida persiguen al amor como una sombra. Sin embargo, la calidez, la necesidad, las palabras más insignificantes para las declaraciones más importantes… Esos simples alientos de tiempo logran que la vida sea algo más que mera existencia. A lo mejor, a pesar del riesgo que suponen, merece la pena florecer un breve instante al sol.

Y no importa que pueda pasar de los setos fálicos y el miedo a que me descubran a hablar sobre el amor con mi mentor, un asesino en serie anciano. En cierto modo, la presencia de Nolan se entrelaza con todo ello, ancla cada parte de mí en su sitio.

Cuando llego a la calle principal, Nolan se ve obligado a volver al curro y me guardo el móvil en el bolsillo para centrarme en mi destino. Con este tiempo, hay muy poca gente en la calle. Aunque me planteo pasar a tomarme un café, Un Grano Náufrago parece estar abarrotado, sobre todo con caras que no conozco. Y la idea de que los Buscasabuesos vengan al pueblo se me mete bajo la piel como una espina. Podrían estar aquí mismo, esperando a montar el puzle roto de Sam.

Me quedo en la acera contraria, a pesar de lo que me tienta la cafeína, y continúo mi camino hacia Los Mejunjes Mágicos de Maya. La cara de Jake Hornell me mira fijamente conforme me acerco, pues su cartel de desaparecido está pegado en el poste telefónico que hay junto a la entrada de la tienda; la imagen está arrugada en los bordes, donde el agua se ha colado por debajo del celofán.

Cuando entro en el local, Maya está detrás del mostrador, observando concentradísima unas fórmulas químicas que tiene esparcidas ante ella. De fondo suena una canción *indie* deprimente; las letras sobre un amor caótico se entrelazan con el intenso olor a

jazmín. Maya se sube por el puente de la nariz las gafas de montura dorada y me mira con esos ojos de obsidiana.

—Ah, hola, Harper.

—Ey. —Me bajo la capucha y me detengo junto al mostrador. Intento descifrar las fórmulas garabateadas en el papel como si fuera a entenderlas mejor del revés. Siendo sincera, quizá así sí que me entero de algo—. ¿Qué tienes entre manos?

—Jodebichos 2.0. —Descansa la barbilla en la mano con un suspiro de derrota; las largas trenzas negras caen sobre la página—. La fórmula original viene genial para los mosquitos, pero no para los tábanos. Quiero hacer algo que repela ambos, sin derretirle la piel a la gente —dice rodeando un componente, y luego dibuja una calavera con dos equis como ojos.

—Qué pena. Derretirle el pellejo a la gente suena divertido y útil al mismo tiempo.

Maya se ríe con disimulo.

—Podrías usarlo con el tal Nolan.

—Me lo dicen mucho. Así que estás al tanto, ¿eh?

—Lo sabe medio pueblo. El Bruma Nocturna, nena. —Maya ensancha la sonrisa cuando yo entorno los ojos—. La tía Irene dice que vais en serio.

Cojo una cesta de detrás del mostrador; no la necesito: lo hago solo para esconder el rubor que se me ha subido a las mejillas.

—Es un turista.

—Hay unos dispositivos increíbles que se llaman «teléfonos». También hay otros conocidos como «aviones».

—Sí, sí, sí —respondo de camino a la sección de casa y jardinería de la tiendecita.

La campanilla de la puerta suena a mi espalda. Giro la cabeza para echar un vistazo rápido antes de meterme en el pasillo. Veo que entran dos hombres y una mujer que no conozco. Miran a Maya, que cacarea el «hola» cantarín que reserva para los turistas.

—… pero es un inútil, así que supongo que, cuando vuelva al curro, será todo un mojón de mierda —comenta uno de los

hombres.

—Yo estoy pensando en borrar todos mis correos —responde la mujer. Los oigo coger una cesta y luego el frufrú de una chaqueta a mi lado en el pasillo—. Para empezar de cero, ¿sabes? Si alguien necesita algo de verdad, ya escribirá.

—Al menos Sam y Vinny han tenido la decencia de morirse cerca del Día de la Independencia —dice el tercero en discordia. La descarga inmediata de adrenalina que provoca la presencia de los Buscasabuesos me impide reaccionar ante esta declaración tan insensible como lógica—. Me quedaban pocos días de vacaciones.

—Charlie, ¿qué coño…?

—Más te vale no decir esas tonterías cuando vengan los demás. ¿Te imaginas si lo escucha Willow?

—Pues claro que no voy a decir nada. Tengo poca IE, pero no tan poca.

—¿Tanto te cuesta no hablar como si estuvieras en una consultoría? «IE». —La mujer resopla—. «Tenemos que alterar el mercado, centrarnos en mayor detalle en el objetivo más sencillo» —imita su voz mientras el otro se parte de risa.

—Eso es desconcertantemente preciso. Ahora, venga —dice el tío que no es Charlie—, vamos a movernos. Quiero salir de aquí antes de que empiece a llover de verdad.

Mi foto en el canal de Discord se me pasa por la mente; el pánico se apodera de mis tripas.

Se hace el silencio en la tienda mientras me coloco un mechón de pelo largo y oscuro detrás de la oreja y me cubro con la capucha. Cojo un bote del fungicida llamado «No Te Pases de Hongo» y echo a andar hacia el principio del pasillo con la esperanza de poder soltarle a Maya algo de dinero en el mostrador y largarme por patas. Pero, cuando casi he llegado al final, el chirrido de unas suelas húmedas sobre las baldosas hace que me dé la vuelta en dirección contraria.

—Mirad, chicos —dice Charlie desde otro pasillo—. Jugo Resucitamuertos Resacosos. Nos va a venir bien si queremos

sobrevivir a Emma interpretando *My Heart Will Go On* la noche del karaoke en el pub.

—Cierra el pico —le espeta la aludida mientras Charlie se ríe.

—Eres consciente de que no hemos venido aquí de juerga, ¿verdad? —inquiere el otro.

—Sí, pero nunca sabes qué podrás descubrir con un par de cervezas y una canción de Céline Dion, Tylor —responde Charlie.

—Vamos a sobrevivir a los próximos días, ¿vale? —contesta Tylor. No me hace falta levantar la vista para saber que es el que ha empezado a recorrer mi pasillo.

Mantengo la cabeza agachada. La sangre me ruge en los oídos; amortigua el sonido de la música. Finjo que leo la etiqueta del bote que tengo aferrado, pero en realidad lo estoy mirando de soslayo a él. Lo único que veo son sus botas empapadas. Los vaqueros con las marcas de la lluvia. Me niego a alzar más la vista y arriesgarme a toparme con sus ojos. Me tiembla la mano al coger una botella. Ni siquiera le presto atención a lo que he cogido. Tengo que usar hasta el último gramo de fuerza de voluntad para quedarme en el sitio y no dejarme llevar por las ganas de correr.

Sobre todo cuando se detiene justo detrás de mí.

«¡A la mierda!», dice para sí mismo. Aunque sé que debe de estar leyendo la etiqueta del mejunje de Maya, me provoca tal subidón de adrenalina que cualquiera diría que me lo ha dicho a mí. Doy un paso lento hacia el extremo del pasillo; me detengo al oír que los otros dos vienen parloteando por ahí.

Me quedo atrapada en un espacio estrecho, demasiado asustada para moverme, pero también demasiado acojonada para quedarme quieta. Me planteo la posibilidad de huir por la salida de «solo personal autorizado» que hay en la pared del fondo cuando la voz de la mujer se oye cerca del mostrador.

—Por casualidad no sabrás quién es esta persona, ¿verdad? —pregunta Emma.

Puede que la pausa que le sigue solo dure un segundo, pero parece una eternidad. No me hace falta ver lo que está enseñándole

a Maya para saber que es mi foto, la misma que está en el Discord de los Buscasabuesos. O quizá sea una peor. Que yo sepa, KnightofTruth podría haber encontrado una toma mejor, una en la que salga mi cara.

No puedo ignorar la alarma que me chilla en la cabeza. Cierro los ojos con fuerza. Aguanto la respiración.

—¿Basándome en su nuca? Eeeh, no. No —responde Maya. La sospecha está entretejida en su voz—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Sois polis o algo?

—No —se burla Charlie—. Somos mejores.

Casi oigo que Emma entorna los ojos.

—Somos de un grupo de investigación que se llama Los Buscasabuesos.

—Ah, vale. —Maya chasquea los dedos—. El grupito del tipo ese que mató al otro tipo e intentó también matar al sheriff, ¿verdad?

—No exactamente.

—Entonces… ¿sois de otro grupo?

El tipo que tengo detrás suspira y se da la vuelta, sus pasos van hacia sus compañeros.

—Investigamos los casos fríos que la policía de pueblos como este no ha podido resolver por sí misma —explica Tylor; su voz aplaca la tensión que se palpa en la tienda—. No estamos seguros de lo que les sucedió a Sam y a Vinny en realidad, pero nos encantaría averiguarlo y creemos que la mujer de la foto podría saber algo más sobre lo que estaban buscando nuestros compañeros. ¿Estás segura de que no la reconoces?

Maya habla con un tono firme:

—Lo siento, tío. Ni idea de quién es.

—De acuerdo. No obstante, si se te viene algo a la cabeza —hace una breve pausa—, así es como puedes ponerte en contacto con nosotros.

Oigo la charla entrecortada de los tres mientras dejan las compras en el mostrador. Unos interminables minutos después, suena la

campanilla de la puerta y lo único que queda es la suave música que surge de los altavoces.

—Se han ido —dice Maya—. Ya puedes salir.

Me pica el sudor del cuello; el calor del miedo se me ha quedado atrapado en la capucha. El impulso de correr hacia la puerta de atrás casi se apodera de mí, pero consigo acercarme a Maya. Despacio. Dolorosamente despacio.

—Gracias —digo mientras dejo la cesta en el mostrador. Ni siquiera soy capaz de mirarla a la cara. Por alguna razón, el ardor de las lágrimas me empieza en la garganta—. No tenías por qué hacerlo.

—Sí, sí que tenía. —Su mano delicada me toca el brazo y por fin alzo la mirada para encontrarme con la suya—. Eres de aquí. Una masacreña… masacrense… masacre…

Le dedico una sonrisa débil y a ella le brillan los ojos.

—¿Masacradora…? —propongo.

—Sí. Me gusta. Una masacradora. —La diversión de su rostro se convierte en algo más serio cuando se me acerca—. Llevo viendo a gente así desde que era una cría. Vienen a resolver algo que más valía que se quedara en el pasado. Quieren hacerse famosos y no les importa joder a nuestro pueblo en el proceso. Pero nosotros cuidamos a los nuestros. Menos a Sarah Winkle, esa puta zorra…

Resoplo.

—Todo el mundo sabe que Arthur no es La Pluma. Puede que sea un viejo bastardo y gruñón, pero es nuestro viejo bastardo y gruñón. La gente de aquí sabe cuánto quería a su familia. Cuánto sufrió cuando murió Poppy. Cuánto se esforzó durante años por encontrar al asesino mientras criaba a Lukas él solo. Y todo el mundo ve todo lo que haces por él. ¿La gente como esos gilipollas que se acaban de largar? Ven a un cascarrabias brillante, excéntrico y solitario y deciden atar unos cuantos cabos sueltos y encasquetarle los muertos. No quieren entender. Solo vienen porque creen que se volverán famosos a costa del dolor y del sufrimiento de nuestro pueblo. Así que antes me muero que darles algo.

Hay muchísimas cosas que ella no sabe. Sobre mí. Sobre Arthur. Sobre este pueblo. Pero sé que su corazón está donde el mío. En Cabo Masacre.

—Lo aprecio mucho, de verdad. Gracias, Maya.

Se le ilumina un poquito la cara mientras saca los dos botes de mi cesta y me dice el total.

—A mí me parece que esos imbéciles se van a ir pronto. Quizá lo mejor será que no llames demasiado la atención, si puedes.

—Sí —digo, y suspiro—. Puede que tengas razón.

—¿Hay alguna posibilidad de que te quedes en otra parte? Tu choza es una especie de punto caliente, ¿sabes?

Tengo que admitir que también le he estado dando vueltas a esa idea, pero ir y venir de otra parte que no esté en la propiedad para cuidar a Arthur me parece igual de malo. Tal vez incluso peor. Los sitios como el hostal El Cabo y el motel La Cabeza del León solo aumentarán las posibilidades de tener a un Buscasabuesos de vecino.

—Estaré bien —digo pagándole en efectivo.

—Si necesitas algo de la tienda, me escribes y te lo llevo yo. Me puede acompañar la tía Irene. Le encantaría ver a Arthur. A lo mejor podríamos almorzar en la mansión.

Sonrío mientras acepto el cambio.

—A él también le encantaría. Y si dice que no, miente.

—¿Se nos unirá un tal Nolan…?

—Por Dios.

—La tía Irene dice que pasa todo el tiempo libre en tu casa, cuando no está organizando la búsqueda.

—Me voy ya.

Cojo la bolsa del mostrador y voy hacia la puerta, inspeccionando la calle desde el escaparate al pasar. Las aceras están vacías, la lluvia bombardea la calle con goterones. Estoy a punto de abrir la puerta cuando Maya me llama. Habla tan bajo, tan insegura, que tengo que girar la cabeza para mirarla.

—¿Sabes…? Una vez pillé a Jake Hornell mirando por mi ventana —dice. Una leve sonrisa aparece y se desvanece en su rostro, como si estuviera avergonzada por algo que nunca fue culpa suya, para empezar—. Al principio no estaba segura de lo que había oído, ¿sabes? El sonido viaja de forma diferente por la noche. Es como si la oscuridad jugara contigo.

Trago saliva, aparto la mirada, aprieto el pomo de la puerta con más fuerza. Me miro fijamente los nudillos blancos.

—Sí. Es así.

—Lo oí antes de verlo. Se estaba masturbando fuera, entre los arbustos, mientras yo cocinaba. Aunque tampoco es que importe lo que yo estuviera haciendo, ¿sabes? Pero, aun así. —Se encoge de hombros—. Salí corriendo con un cuchillo y lo asusté. Llamé a la policía, aunque ya sabes cómo va la cosa. El caso es que… me acojonó un huevo. Me sentí… violada. Pasé un par de noches en el hostal, hasta que se me pasó lo peor del miedo. Sin embargo, nunca se fue del todo. Hasta el día que fui a por fresas a tu casa.

Recuerdo los detalles de aquello con una claridad perfecta. Nolan sujetando las manos cortadas de Jake. Yo pegándome al pecho la cabeza decapitada y sin ojos. La interrupción imprevista de Maya. Cuando me preguntó si participaba en la carrera de coches sin motor y yo hice una broma absurda sobre lanzarme de cabeza. Fingí que ya había hecho las partes de silicona de un cadáver copiloto con material de Cadáveres a Medida.

Un par de días después hice a Muerticia, la copiloto cadáver, y le puse dos coletas. Pero era más que obvio que la cabeza que sujetaba aquel día no era la misma. ¿Maya me vio en la carrera? ¿Se dio cuenta de mi error? ¿Se percató de algo y empezó a hacerse preguntas? ¿O fue el olor? ¿O el modo en que me comporté aquel día cuando llegó y me pilló en un momento tenso con Nolan? ¿Fue el miedo en mis ojos…?

—Todos los días contemplo el cartel de desaparecido y pienso: «Me alegro de que se fuera». —Las palabras de Maya me sacan de la espiral—. A lo mejor no es algo bueno ni está bien, pero es cierto.

—Cuando la miro a los ojos, ella sonríe—. Gracias por pasarte, Harper. ¿Nos vemos luego?

Quizá sospecha más de lo que está dispuesta a confesar en voz alta. No obstante, a juzgar por el modo en que me sonríe ahora, estoy segura de que nuestra conversación nunca pasará de esto. Y no lo digo solo por ella, sino también por mí. Jamás se lo mencionaré a Arthur, que tal vez ni lo recuerda, ni a Nolan, que podría considerar a Maya una amenaza para nuestra seguridad. Este momento será un suspiro fugaz del tiempo y estoy agradecida de que haya pasado, porque no me siento una extraña en este pueblecito macabro. Me siento una masacradora.

Asiento una sola vez, temblando.

—Sí. Hasta luego.

Con la capucha bien calada, salgo a la lluvia y cojo aire de forma temblorosa. Echo a andar hacia casa, aunque me detengo cuando me acerco al poste telefónico. La puta cara sonriente de Jake me devuelve la mirada. Tenía pinta de ser como cualquier otro mazado de gimnasio idiota y la gente se lamentaría y diría que era «un buen tío de verdad» si supiera que está muerto, aunque yo sé que tenía más de una multa por conducir borracho y que le acabaron quitando el carnet, y también es obvio que espiaba a muchas mujeres del pueblo. Cierta furia cobra vida en mi sangre. Una que nunca se sacia de la justicia que solo se puede impartir por la fuerza. Puede que yo no lo matara, pero pienso lo mismo que Maya. Cómo me alegro de que ya no esté, joder.

Inspecciono la calle. No hay nadie en la acera ni mirando desde las tiendas.

Despego el cartel, hago una bola con él, lo tiro en la papelera y me voy a casa.

FORRAJE

Nolan

—Menudo corte te has hecho afeitándote, hijo —dice el sheriff cuando entra en la tienda de mando y mira fijamente la marca del cuello que me hizo anoche Harper con el cuchillo.

Me doy la vuelta y compruebo uno de los mapas.

—Cosas que pasan —respondo.

—Menudas cuchillas de afeitar hacen hoy en día… —Yates silba y se quita el sombrero para sacudirle la lluvia—. Dentro de nada harán esos chismes con diez cuchillas. La tuya tenía que ser extraancha; es un buen tajo.

—No, es solo por el modo en que la pasé, supongo. En fin… —Intento dejar a un lado este escrutinio señalando un punto en la zona de búsqueda del lago Loon—. La última vez que hablé con Bob, su grupo estaba a menos de medio kilómetro de esta escarpadura. Teniendo en cuenta el tiempo que hace y lo que van a tardar en volver, creo que deberíamos abandonar por hoy. No quiero que se les pase por alto algo crítico con el chaparrón.

Son solo las dos y media de la tarde, pero espero que un par de horas de aguacero borren las huellas que haya podido dejar esta mañana cuando he ido a visitar al equipo de búsqueda y luego me he acercado hasta la orilla oeste a colocar la camiseta de McMillan en un saliente rocoso cerca de la sección más profunda del lago. Así mañana encontrarán las «pruebas» de que se ahogó borracho.

Solo quiero volver a casa y darme una puta ducha de agua caliente. A ser posible con Harper. Aparte del breve intercambio de mensajes que hemos tenido esta mañana, no he hablado con ella y

me está carcomiendo por dentro. Como mínimo, podría estar revisando las notas del libro de *scrapbooking,* aprendiendo más sobre el enigma que vine a asesinar. Y me pone furioso que todo el tiempo lo esté pasando aquí por culpa del sheriff Yates.

—Bueno, a lo mejor a la señora Evanston no le hace mucha gracia si todavía ronda por aquí… Es bastante temprano para dejarlo por hoy —dice mientras mira su reloj—. Pero quizá no te equivocas con lo del tiempo. No queremos que nadie se resbale y se haga daño, sobre todo en los peñascos. Las rocas son muy traicioneras cuando se mojan, así que tal vez lo mejor sea retirar al grupo que está en la orilla del agua.

—Lo haré. Y la señora Evanston ha vuelto al Airbnb.

—Bien. Esperaba no ver por aquí a esa pesadilla de perro. Qué raro cómo se comportó con Harper, ¿no?

Cierro la mano en un puño a un lado de mi cuerpo. Hay algo insidioso en el modo en el que lo ha dejado caer, como si intentara que me comiera la cabeza. Es posible que solo me lo esté imaginando; la obsesión que siento hacia ella me tiene la mente nublada. Sin embargo, cada vez que este tío pronuncia su nombre, me entran ganas de abrirle la mandíbula y arrancarle la lengua. Dios, sería tan satisfactorio pisotear ese pedazo de carne ensangrentado. Me borro la sonrisa oscura de la cara antes de que esa idea enraíce.

—Supongo que tiene mano con los animales.

Yates suelta una risita y me da unas palmaditas en el hombro. No hay nada en su gesto que parezca correcto, como si hubiera un significado oculto en sus palabras:

—En eso no te equivocas.

Sonríe. Luego se va hacia la entrada de la tienda. Abro la boca, casi estoy a punto de preguntarle qué ha querido decir cuando ordena:

—Cancélala. Vete a descansar. Nos vemos mañana temprano… Tengo un par de voluntarios que se quieren sumar.

Yates desaparece; me deja con la lluvia que repiquetea sobre la lona y la montaña de trabajo que todavía me queda por hacer. Me pongo a llamar a los equipos de búsqueda y recojo el material; no sé cómo, son casi las cuatro de la tarde cuando por fin me siento en el coche de alquiler y miro fijamente el parabrisas, preguntándome cómo narices he acabado en esta movida.

Puto Yates. Puto McMillan. Puto Jake Hornell, ese mazado de gimnasio capullo. Puto Arthur. Estoy tan cabreado con él porque se cargara a Evanston… Si no lo hubiera hecho, tal vez no me hubiese metido en este lío de narices. Y toda esta mierda no hace más que interponerse en lo que necesito. A Harper. Una ola de rabia se apodera de mí, tan profunda y cegadora que le doy un puñetazo al volante antes de darme cuenta de que he cerrado la mano.

Arranco y voy a la mansión Lancaster.

Cuando entro en la casa anexa, no hay ningún rastro reciente de Harper, salvo el palo santo que arde en el quemador de incienso. La ventana de la cocina está abierta y Morfeo se encuentra de pie en el alféizar, picoteando un trozo de cecina que tiene sujeto con la pata. Me suelta un graznido, pero no sale volando; a lo mejor está demasiado cómodo ahí, pues el saliente lo protege de la lluvia.

—No estoy seguro de que te lo merezcas —le digo acercándome despacio, midiendo los pasos. Me mira mientras destapo el bote de cecina y dejo otro trozo cerca de donde está—. Pero a ella le caes bien. No te chives de mí.

—Galleta asesina —grazna el cuervo.

—Creía que teníamos un acuerdo y no te ibas a chivar, cabrón. Y los ingredientes de esto no me inspiran mucha confianza —añado limpiándome los dedos con un trapo.

—Ñam, ñam —dice el pájaro con la voz de Harper. Es una réplica perfecta, aunque tiene un cierto vacío escalofriante—. Galleta buena para mí.

Entorno los ojos.

—Está bien. Aunque un día de estos te voy a enseñar nuevas palabras para que no seas tan… asesino.

Me alejo del córvido insolente; inspecciono la estancia en silencio una vez más a ver si hay rastro de dónde puede estar Harper. Dudo que esté trabajando en el jardín con este tiempo, así que imagino que estará en el piso de arriba.

—¿Harper…?

—¿Sí…? —responde su voz insegura desde el fondo del pasillo.

Cambio de rumbo: en lugar de ir hacia las escaleras me dirijo al baño. Tal vez debería dejarla a solas… tampoco es que necesite que me ponga a rondar la puerta mientras está en el servicio, pero algo en su voz me parece que no está… bien.

—¿Estás bien? —pregunto tras detenerme delante de la puerta y llamar con los nudillos.

—Por supuesto.

Está claro que no está bien.

—¿Puedo entrar?

Se hace el silencio por un segundo. Algo metálico aterriza en la porcelana y, un segundo después, hay un roce suave. Su voz suena teñida de una amargura fingida cuando dice:

—Sí. Como quieras. De todos modos, es una mierda.

Cuando abro la puerta, Harper no se gira para mirarme. Está agarrada al borde del lavabo. Hay un par de tijeras al lado del grifo, y a sus pies hay esparcidos largos mechones de su pelo negro.

No sé de qué va esto. Lo que significa. Si se encuentra bien. Si es una decisión práctica o es consecuencia del trauma. Quizá ambas opciones. Me acojona un huevo lo que se le pueda estar pasando ahora mismo por la cabeza y no estoy seguro de cuál es la mejor forma de preguntárselo. Aunque sí sé una cosa. Está preciosa. El borde despuntado de su nuevo corte *bob* muestra la elegante curva de su cuello y la inclinación de la mandíbula. Los mechones despeinados le dan un aire de justiciera, apocalíptica, dura. Pero es algo más que su aspecto. Es la expresión de determinación al mirarse al espejo.

—No puedo deshacerlo —dice sin mirarme a los ojos. Agarra las tijeras y me las tiende, aferrándolas con fuerza—. ¿Puedes…? ¿Por

favor?

Harper nunca me ha pedido ayuda. No como tal. Cuando dijo lo de las exhumaciones, me tenía entre la espada y la pared. Exigió que participara a cambio de mi libro y, aun así, estoy bastante seguro de que su intención era matarme antes de cumplir su parte del trato. A veces, todavía me cuesta creer dónde estamos ahora. Me he pasado los últimos cuatro años desesperado por coger un cuchillo y arrancarla de mi vida. Y ahora estoy a punto de quitarle unas tijeras porque me preocupa lo que se le esté pasando por la mente.

Me llevo las manos a la espalda por encima de la cabeza y me quito la camiseta, la cuelgo del toallero y luego acepto las tijeras. Sin embargo, antes de terminar lo que ha empezado, las dejo en la estantería y cojo un cepillo y un coletero. Ella me mira en el espejo; tiene los ojos un tanto enrojecidos, pero también una expresión estoica.

—¿Qué necesitas? —pregunto cepillándole el pelo muy despacio.

—Por atrás que no parezca que le he dado lo suyo al Monstruo de las Galletas.

Suelto una carcajada.

—No era eso lo que quería decir.

—Mmm… ¿Qué tal a una caja llena de armas?

—Tampoco me refería a eso, pero eso a lo mejor se puede arreglar.

Cuando le paso el cepillo por el pelo, suaviza la expresión. Le doy un minuto; lentamente, repito el movimiento unas cuantas veces; le dejo que piense otra respuesta. Le acaricio el cuello con la punta de los dedos. Aletea los párpados antes de cerrarlos y respirar hondo. Me inclino un poco más hacia ella, dejo que cada palabra caiga despacio en su oído.

—¿Qué necesitas?

Tarda un buen rato en pensárselo. No cambio nada en la cadencia del cepillado, pero me fijo en las pequeñas variaciones que veo en su reflejo. La arruga que aparece y desaparece entre sus cejas. El

modo en que la tensión se desvanece de sus hombros. El pecho subiendo y bajando a un ritmo firme. Todavía tiene los ojos cerrados cuando por fin dice:

—Si dijera «seguridad», debería marcharme de Cabo Masacre. Si dijera «que mi pasado no me persiga», entonces debería enfrentarme a él de una vez. Pero esas dos cosas significan romper las promesas que hice y eso no es algo que esté dispuesta a hacer. Y si digo «te necesito a ti» —añade mirándome a los ojos en el reflejo—, me hago vulnerable, tengo algo que perder. No soy lo bastante fuerte para obligarte a marcharte ni lo suficientemente valiente para pedirte que te quedes. Así que a lo mejor lo que necesito son cosas que no debería tener.

Dejo el cepillo y divido en secciones el cabello a la altura de la nuca; el resto lo recojo en una cola. Cojo las tijeras y un mechón de pelo, luego hago el primer corte.

—He llamado a mi jefe. Le he contado lo de la búsqueda y le he dicho que es posible que se alargue más del 19 de julio, cuando se supone que tengo que reincorporarme al trabajo. Le he pedido más tiempo para quedarme y ayudar y él ha accedido a que por ahora lo vayamos viendo semana a semana con Yates. Y también he alargado la reserva del hostal, por si necesitas espacio. Así que no me voy a ir a ninguna parte todavía.

Harper traga saliva.

—Todavía.

Seguimos con los ojos clavados en el espejo. El caso es que, cuanto más tiempo paso aquí, más me cuesta imaginarme que tenía otra vida. Un trabajo. Una casa. Tomando copas con los amigos, llamando a mi hermana, sudando en el gimnasio, conduciendo a casa de mis padres en el campo para cenar con ellos una vez al mes. Visitando la tumba de Billy. Planeando la muerte de Harper Starling. Tal vez haya enterrado la idea de vengarme de ella, pero ¿de verdad puedo tirar toda mi existencia por la borda a cambio de una nueva en Cabo Masacre? ¿Y es lo que ella querría? Es mía… lo sé hasta la

médula. No obstante, ¿cómo estarán las cosas en un par de semanas? ¿En un par de meses? ¿Dentro de un año?

Le deslizo las tijeras por el cuello y corto el siguiente mechón.

—Ya han llegado algunos Buscasabuesos —dice antes de que pueda comentar en voz alta lo de quedarme o marcharme—. He visto a tres en la tienda de Maya.

El metal afilado corta un mechón, las ondas caen a mis pies. Tres, me cago en la puta. Me trago un repentino ataque de furia y sigo cortando.

—¿Te han visto?

—No. Llevaba puesta la capucha y parece que solo tienen esa foto mía. Al menos por ahora.

—¿Dónde se alojan?

—Yo qué sé —dice—. Tenían pinta de gente con trabajo corporativo, así que supongo que en el hostal El Cabo. Pero, por lo que estaban hablando en la tienda, solo van a quedarse una semana. Me he quedado con sus nombres: Emma, Charlie y Tylor.

Gruño por lo bajo mientras sigo cortando. Por un instante, fantaseo con la idea de clavarle estas mismas tijeras a alguien que no conozco en el ojo. Tomo nota mental de comprobar el registro de huéspedes del hostal en cuanto pueda. Estoy seguro de que es algo que a Harper le encantaría hacer, a juzgar por el suspiro de abatimiento que suelta.

—Así que supongo que estaré un par de días intentando no llamar mucho la atención —añade—, pero he pensado que debería tomar precauciones adicionales. De ahí esta… situación. —Se pasa la mano alrededor de la cabeza dibujando un halo y yo corto el siguiente mechón, luego igualo las sutiles irregularidades de longitud de la primera sección de pelo—. Imagino que, si van por el pueblo enseñando la dichosa foto, alguien acabará señalándome. Así que he pensado que no sería tan malo no encajar con la foto a primera vista, en caso de que alguien venga a cotillear por aquí mientras estoy fuera.

—Es un buen plan —respondo apretándole el hombro.

La tensión de sus rasgos se suaviza en el reflejo, solo por un instante.

—Eso espero, aunque me inquieta que Arthur se confunda cuando me vea.

Baja la mirada al lavabo; la preocupación ha vuelto a los pliegues del entrecejo. Un cabreo familiar me sube al pecho, algo que no pasaría si el viejo no la tuviera aquí atrapada. Pero, antes de que pueda seguir esa espiral de pensamientos crueles, me dice:

—Por cierto, ¿dónde aprendiste a cortar el pelo?

—Tuve una novia que estudiaba estética. Supongo que me apunté algunos trucos mientras ella practicaba.

Una mirada de oscuridad absoluta le cruza los rasgos y me dan ganas de comérmela con patatas. Sus celos son como puta hierba gatera. Una grieta en su armadura y lo único que quiero es abrirla más y meterme dentro.

—Siempre había cabezas de maniquíes por casa —continúo.

—Ahora tiene mucho más sentido lo de la cabeza decapitada en el comedero para pájaros.

—Puede que en algún momento le hiciera un cambio de *look* a alguna cabeza. Una vez, Gisèle…

—¿Gisèle? —repite Harper girándose lo suficiente para mirarme mal con los ojos entrecerrados.

—Estoy intentando cortarte el pelo —digo moviéndole la cabeza para que mire al frente—. En fin, sí. Gisèle. Era francesa. Resulta que una vez estábamos los dos…

—Cierra la puta boca, Rhodes. —Se da la vuelta y se esfuerza por quitarme las tijeras. Las levanto para que no llegue, mi risa llena el pequeño espacio. Me clava una mirada mordaz en los pezones y juro que me arden—. Cabrón. Intentas ponerme celosa.

—No intento una mierda. Lo he conseguido. —Vuelvo a reírme cuando prueba a quitarme las tijeras por segunda vez. Suelta un gruñido de enfado que me resulta adorable—. No las toques. No he terminado de cortar.

—Claro que sí. Devuélvemelas… Ya lo hago yo. —Trata de coger las tijeras por tercera vez, pero yo ya la he atrapado por la cintura con el otro brazo y la pego contra mí—. Me juego el cuello a que ni siquiera se llamaba Gisèle. Seguro que era algo así como Karen o Lauren, joder.

La hago caminar hacia atrás hasta que la acorralo contra el lavabo y entierro la cara en la calidez de su cuello.

—Fue hace mucho tiempo. No te tiene que importar lo más mínimo —digo contra su piel—. Pero me gusta que te pongas celosa.

Le doy un beso en el pulso acelerado; la aprieto más por la cintura mientras se estremece. Me agarra los brazos de tal forma que da la sensación de que está haciendo algo más que sujetarse. En cierto modo siento que se está dejando llevar. A lo mejor me está permitiendo entrar.

—¿Por qué te gusta? —pregunta sin aliento cuando le vuelvo a besar el cuello.

—Quizá me viene bien para el ego.

—No creía que tuvieras ningún problema de ego, señor «Te encontraré en los confines más remotos del infierno».

Me aparto lo suficiente para envolverle la cara con las manos; las tijeras todavía me cuelgan de un dedo, son un borrón plateado que veo por el rabillo del ojo. Pero toda mi atención está en sus pupilas, esos pozos de resiliencia y miedo, de fuerza y vulnerabilidad. Antes creía que había estado enamorado. Cuando miro a Harper Starling, sé que me equivocaba.

—Todavía puedo encontrarte en los confines más remotos del infierno si lo necesitas —digo acariciándole la mejilla con el pulgar, apartando los pelillos cortados que se le han pegado a la piel.

Ella pone las manos encima de las mías. Se deja caer contra mi tacto.

—Ya estás en el infierno —dice.

Cuando tira de mí para darme un beso, creo que tal vez no soy la única persona que está enamorada. A lo mejor solo necesita más tiempo para saber que esto es real. Otra grieta en su armadura. Otra

raja en el caparazón. Pero no puedo obligar a esas fisuras a abrirse en su escudo. Es ella quien tiene que romperlas para dejarme entrar.

Me acaricia la lengua con la suya una última vez, termino el morreo y le doy un beso en la punta de la nariz antes de girarla para que se quede de cara al espejo.

—Déjame acabar —susurro quitándole el coletero con cuidado para deshacer la coleta y liberar la siguiente sección de pelo.

Corte tras corte, se vuelve menos irregular, hasta que el resultado final parece que está hecho a propósito. Mi preciosa Harper; el desafío y la determinación le brillan en los ojos.

Nos pasamos el resto del día como lo pasaría una pareja normal. Echamos un polvo en la ducha. Cocinamos juntos en la cocina. Harper pone *Sobreviviendo al amor* en la tele y yo finjo que animo a todas las parejas que ella odia hasta que me salta encima y me obliga a confesar. Va a ver cómo está Arthur mientras yo friego los platos y, cuando vuelve, nos vamos a la cama, abrazados el uno al otro.

A la mañana siguiente, me despierto antes que ella. Ni se mueve cuando voy hacia la cómoda, donde me ha dejado espacio en cada cajón para mi ropa. Saco un par de pantalones de trabajo grises que sé que le gustan, aunque no lo admita, y una camiseta de tejido técnico para soportar la humedad sofocante que hace en Maine a principios de verano. Al abrir el cajón de la ropa interior, hay lencería nueva a un lado, todavía con la etiqueta de la *boutique* Luz de las Estrellas de la calle principal. Un tanga de encaje morado con sujetador a juego. Un *body* rojo de rejilla. La polla se me pone dura solo de imaginarme cómo le brillarán los piercings de los pezones bajo la tela fina. Le echo un vistazo a la cama; duerme como un tronco, y tomo nota mental de hablar con ella sobre si la puedo despertar follando. Dios, como le ponga, no me recuperaré en la vida.

Cojo otro *body* de encaje negro solo para ver cuánto cubre, pero justo debajo hay una caja de joyería que me llama la atención. Harper rara vez se pone joyas y se me ocurre que a lo mejor podría

comprarle alguna si le gustan. Entonces abro la caja y me doy cuenta del error que he cometido. Saco un reloj de hombre roto, un TAG Heuer Autavia con la esfera rajada; las manecillas no se mueven y la fecha, el 25, apenas se ve a través del cristal partido. Le doy la vuelta. «Por la aventura», dice la inscripción del dorso.

Debió de ser de Adam.

No son celos lo que me reconcome mientras guardo el reloj en la caja y la cubro con la lencería. Cuando cierro el cajón y me vuelvo hacia mi Harper durmiente, lo único que siento es que me duele el corazón. Sé que el dolor y la culpa todavía la atormentan. Y sé que siempre estarán ahí.

Me acerco a la cama en silencio y me arrodillo a su lado, oigo la respiración lenta y profunda que se le escapa de los labios entreabiertos. Luego le doy un beso suave en el pelo y salgo.

Los primeros rayos del amanecer cubren el suelo de la casa con una luz grisácea. Preparo la cafetera para Harper. La imagen del maldito reloj todavía me atormenta cuando arranco una hoja de la libreta que hay al lado de la tostadora. Empiezo a escribir, pero no estoy seguro de si es demasiado. O no es suficiente. Sin embargo, me recuerda a ella.

Lo vi cuando salí del hospital. Es la composición musical escrita más antigua... se titula Epitafio de Sícilo. La letra se me quedó grabada y ahora me recuerda a ti:

Mientras vivas, brilla,
no temas nada en absoluto.
Que la vida dura poco,
y el tiempo exige el final.

Doblo la nota por la mitad, luego cojo mi equipo y me voy.

Pero mi día no empieza en la búsqueda. Mi día arranca en el hostal El Cabo.

Aparco en mi plaza favorita y me detengo un rato a contemplar el mar que se extiende más allá de los acantilados, como siempre. Cuando llegué, mi sangre revivió solo de pensar en llevar la venganza a la puerta de Harper. Y ahora la necesidad de protegerla me consume.

Bajo del vehículo y voy hacia recepción.

Apenas son las cinco y media de la mañana cuando entro y, tal y como esperaba, Irene no está en el mostrador. Se encuentra en la cocina, empezando a preparar el desayuno para los huéspedes que probablemente todavía estén durmiendo. Aprovecho la oportunidad para deslizarme detrás del mostrador y abro el libro de reservas para comprobar quiénes han llegado últimamente.

Charlie Abbott + dos huéspedes (Emma, Tylor)

Harper tenía razón… Se van dentro de una semana. Y están los tres en la habitación 116, la *suite* que está al lado de la mía.

Justo lo que necesito, joder… que Irene les cuente que piloté el dron para ayudar al querido líder de su secta. Casi la estoy escuchando ahora mismo. «¿Sabíais que el señor Rhodes fue con Sam a grabar para su documental? Nolan es especialista en búsqueda y rescate. ¡Antes del accidente era bombero! Su número de la Seguridad Social es…».

—Dios —siseo cerrando el libro.

Ladeo la cabeza, disfruto del pop que hacen las vértebras para soltar la tensión. Ayuda, pero no es suficiente. Lo que dijo ayer Harper resuena en mi cabeza: «A lo mejor lo que necesito son cosas que no debería tener». Tal vez tiene razón, porque lo que de verdad necesito es matar a los huéspedes de la habitación 116 y pintar las paredes con su puta sangre. Estoy bastante seguro de que solo así conseguiré dormir en paz esta noche.

Suspiro; me paso una mano por la cara. Estoy a punto de salir del mostrador de recepción para ir al centro de búsqueda y rescate cuando oigo dos voces que vienen por el pasillo.

—… y entonces iré a cambiarme. Tylor y yo podemos reunirnos contigo en el comedor —dice una mujer al tiempo que me oculto en las sombras de la oficina—. Estoy segura de que a Irene no le importará que estemos aquí de tranquis un ratito mientras esperamos a que esté el desayuno.

—Sí, me parece un buen plan. ¿Quién es el tío con el que dijo el sheriff Yates que teníamos que hablar para apuntarnos a la búsqueda?

—Rhodes —responde ella—. Nolan Rhodes.

La piel se me hiela cuando echo un vistacillo por la puerta. Un hombre con pantalones cargo y botas de senderismo y una mujer en pijama pasan por el vestíbulo, llevan mochilas. Y una de esas mochilas tiene un parche… un parche en el que pone «Los Buscasabuesos».

Son Emma y Charlie.

Entre los dos sujetan el asa de una nevera pesada. Cruzan la puerta y salen al amanecer, y los pierdo de vista. Deben de ser los nuevos voluntarios que Yates mencionó ayer. No me pareció que le hiciera mucha gracia esta gente… Al menos esa es la impresión que me dio aquella vez que me planté en su despacho con el poscolocón de las setas y un plan a medio cocer para proteger a la mujer que vine a matar. Estoy seguro de que aún le caen peor después del encontronazo, porque todavía no se le haya curado la herida del brazo. A lo mejor le han mentido y le han dicho que son unos visitantes con buenas intenciones y ganas de ayudar. O quizá ha llegado a la conclusión de que no se meterán en sus asuntos si los entretiene con la búsqueda. En cualquier caso, el resultado es el mismo. Se acercan un paso más a nuestros secretos. Y eso hace que yo solo piense una cosa: «Harper está en peligro».

Tengo los brazos apretados a los lados. El cuerpo me vibra de la tensión cuando la mujer regresa y cruza el vestíbulo sin levantar la vista del teléfono. Una vez estoy seguro de que ya se encuentra en el pasillo, me deslizo fuera de la oficina, voy hacia la puerta y la cierro a mi espalda sin hacer ruido.

Me detengo justo delante del hostal. Inmóvil. Con los músculos rígidos. Observo al hombre que está más allá del aparcamiento, de pie en el borde del acantilado. Tiene el teléfono levantado. Le está haciendo una foto al amanecer.

Corro directo hacia él con paso ligero y casi sin hacer ruido.

El tiempo se detiene. Oye los pasos que doy contra el granito. Baja el móvil y empieza a darse la vuelta. Tiene una sonrisa en la cara, como si esperara a alguno de sus amigos. Su expresión se transforma en confusión un segundo antes de que me abalance sobre él. Y luego en miedo cuando nos tiro a los dos por el borde del acantilado.

Caemos juntos. Él grita. El impacto al golpear el agua me sacude todas las heridas del cuerpo que nunca se me llegaron a curar del todo. Pero la adrenalina eclipsa el dolor. Y el propósito.

El hombre patalea a mi espalda cuando nos sumergimos en el agua fría. Intenta salir a la superficie y dejarme atrás en el ajetreo de la espuma, pero lo agarro por la garganta y nado hacia las profundidades. El tío está en forma. Por desgracia para él, tarda un segundo de más en procesarlo todo: la incredulidad de que alguien lo haya tirado por el acantilado. La percepción de que nos estoy arrastrando más adentro. Darse cuenta de que lo voy a matar. Esos breves retrasos se van apilando y me dan ventaja.

Cuando quiere empezar a defenderse de verdad, ya casi ha perdido.

Intenta darme puñetazos. Patadas. Gritar. Un torrente de burbujas se le escapa de la boca, el agua ahoga sus súplicas aterradas. Pero yo mantengo la calma, conservo el aire. Le aprieto la garganta con más fuerza y me centro en mi destino…: la nada negra que se cierne bajo nosotros. Y no me detengo, al menos no hasta que siento el primer espasmo de su cuerpo y la debilidad de sus miembros.

Observo su rostro mientras el final se apodera de él. Es igual que aquel día con Harper: el modo en que el terror se disuelve y la biología reemplaza a la emoción. Los rasgos se le suavizan. Se le

pierde la mirada. El ritmo de las convulsiones del cuerpo se ralentiza, las últimas burbujas se arrastran de su boca hacia la superficie, más allá de donde alcanza su mano flácida. Lo suelto cuando estoy seguro de que no es una treta. Se lo lleva la corriente, suspendido en el profundo azul, y pataleo hacia la luz con el último rastro de oxígeno que me queda.

Salgo a la superficie cogiendo una gran bocanada de aire y miro hacia el horizonte, donde las nubes están pintadas de tonos amarillos y rosa pálido. Aunque sé que no debería, y que a lo mejor he acabado con un peligro para resucitar otro, una sensación de calma me invade. Sé que no durará mucho en este sitio. Aun así, la saboreo.

Todavía recuerdo cuando saqué a Harper del agua; el olor del mar hace que los recuerdos afloren a la superficie. Me acuerdo del primer latido que dio bajo mi pulso cuando la resucité. El alivio. El propósito que se apoderó de mí en ese momento y que nunca me abandonará. Supe que haría cualquier cosa por que su corazón siguiera latiendo, para mantenerla a salvo de un mundo que parece querer que sufra.

Fui yo el que dijo que teníamos que dejar de matar, pero romperé todas las normas por ella. Incluso las mías.

Le echo un último vistazo al sol naciente que se alza por encima del agua negra, me doy la vuelta y nado hacia la orilla.

RELIQUIA

Harper

—Bueno… ¿has hablado con Max desde el otro día? —pregunto mientras coloco una etiqueta de precio en uno de los expositores de la destilería Lancaster.

La sala de catas todavía huele a pintura fresca y a madera; aún hay una fina capa de yeso que se empeña en agarrarse al suelo. Pero también se nota el tufillo a desinfectante que entra por la puerta abierta. Como la investigación de la escena del crimen concluyó anoche, Lukas tiene permiso para volver al edificio, así que esta mañana había que arrimar el hombro para que dentro de un par de semanas se pueda celebrar la inauguración previa a la apertura. Ya es casi mediodía y un equipo de limpieza especial sigue frotando las manchas de sangre del suelo de cemento que hay junto a los alambiques.

—Parecía que tenía ganas de hablar.

No alzo la vista para ver la mirada con la que sé que Lukas me está taladrando la mejilla.

—No —responde—, no he sabido nada de ella.

—Qué pena. Creía que se me daba bien hacer de celestina. Pero a ti se te da fatal pilotar en solitario.

Le echo un vistazo de reojo mientras deja una caja de botellas a mi lado. Tiene el ceño fruncido y le tiembla un músculo de la mandíbula. Como no contesta a mis provocaciones, me vuelvo hacia él.

—¿Sabes? Tampoco es tan inesperado que se plante en Cabo Masacre. Después de todo, su familia vive aquí. No creerías de

verdad que nunca te toparías con ella, ¿no?

Cuando levanta la cabeza y me mira, muestra una expresión de tormento. Intenta hacer como que está cabreado, pero le sale forzado.

—Lleva sin venir por aquí como… cinco años. Y antes de eso solo venía en Navidad. ¿Por qué crees que no salgo de la mansión entre Nochebuena y Año Nuevo?

—Creía que te flipaban muchísimo las pelis de Hallmark.

—¿A quién no le gustan? —masculla centrándose de nuevo en la caja. Un rubor adorable le sube a las mejillas, lo que consigue que la balanza de mi debate interno sobre si Lukas es virgen se incline hacia el sí.

—Mira —le pongo una mano en el brazo para que deje lo que está haciendo—, no sé lo que pasó entre vosotros, pero fue hace mucho tiempo. Ahora sois personas diferentes. Parece maja y tú también eres muy majo… por lo general, menos el otro día, que te comportaste como un capullo… y ahora los dos estáis viviendo en Cabo Masacre. Además, ya sabes cómo son las cosas por aquí cuando se acaba la temporada de turistas. Os vais a ver a todas horas, te guste o no. Así que, ¿por qué no hablas con ella? Tomaos un café en El Grano. Haced un cadáver a medida. Deja que el agua pase para que podáis coexistir.

Lukas suelta un largo suspiro con los labios entreabiertos y deja caer la cabeza.

—Agh. A lo mejor tienes razón.

—Suelo tenerla —digo haciendo como que me sacudo el polvo de los hombros.

—Y odio cuando la tienes… Te vuelves una engreída de mierda.

—Gracias. —Hago una reverencia—. Es justo lo que pretendía. Deberías escribirle ahora mismo.

—Y tú deberías irte a que te follen.

—Ese es el espíritu.

Sonrío y le doy un puñetazo suave en el brazo, luego sigo con lo mío en el expositor.

—Hablando de follar —comenta Lukas—, he oído que ese tal Nolan está pasando mucho tiempo en tu casa.

Ahora me toca a mí sonrojarme. Contengo las ganas de mirar el móvil a ver si tengo algún mensaje del susodicho. Intento encogerme de hombros como si no me importara, pero estoy segura de que Lukas ve a través de mí.

—Sí. Por ahora. Sin embargo, toda su vida está en Tennessee, así que… no sé.

Aunque lo digo como si nada, me cala muy hondo en las cámaras del corazón. No puedo decir que no me haya imaginado ambas vidas: la que le espera en Tennessee y la que podríamos tener juntos aquí.

A Lukas se le iluminan los ojos con picardía, se endereza y dice:

—Existen los aviones.

—Eso me han contado.

—¿Vais en serio?

—¿Por qué quieres saberlo?

Sonríe, disfrutando hasta el último segundo de lo incómoda que estoy.

—No sé. Llevas muchísimo tiempo soltera.

Extiendo la mano.

—Hola, Cazo. Me llamo Sartén.

Él me la aparta de un manotazo y me río.

—Está bien, no me cuentes todas las novedades de tu relación. Ya me las dirá Irene. Es solo que… —Me coge de la mano antes de que pueda dejarla caer a un lado. Una puerta de coche se cierra en la distancia, pero no desvío los ojos de la mirada de emoción que me devuelve Lukas—. Espero que se porte bien contigo, solo eso. Eres la hermana que nunca tuve. El tío es intenso. Parece de los que tienen el jardín lleno de cadáveres o algo así. Y lo digo literal.

Suelto una risotada. Lukas es tan increíblemente cegato que estoy segura de que no sabe hasta qué punto tiene razón, pero aun así siento que la adrenalina me recorre las venas.

—Vale, de acuerdo. —Entorno los ojos—. Tendré en cuenta tu consejo, Lancaster.

Tres golpes fuertes en la puerta de acero de recepción nos asuntan a los dos. Lukas me suelta la mano y vamos al vestíbulo, donde abre la puerta y se encuentra con la amenazante intensidad de Nolan Rhodes.

—Hola —es lo único que dice este mientras Lukas susurra «intenso» a mi lado para que solo pueda escucharlo yo.

—Ey —saludo y me saco el móvil del bolsillo para comprobar si me ha llamado o enviado algún mensaje, pero no hay nada. Cuando vuelvo a mirarlo a los ojos, en cierto modo, parece que ese borde castaño de sus iris verdes se ha vuelto más oscuro—. ¿Va todo bien?

Nolan saluda a Lukas con un breve asentimiento de cabeza antes de centrar esa atención de depredador en mí.

—Seguiré colocando las botellas. Tomaos vuestro tiempo —dice Lukas antes de cruzar el vestíbulo para volver a la sala de catas.

—¿Qué pasa? —pregunto enfrentándome a Nolan una vez más—. ¿Han encontrado algo?

Él suelta una carcajada, pero tiene un deje de locura. Cuando se pasa la mano por el pelo, noto el leve aroma del mar en el aire.

—¿Podemos hablar en algún lugar? ¿En privado…? En plan muy en privado.

—Eeeh, claro. Conozco un sitio.

Miro hacia atrás una última vez, acepto su mano y dejo que la puerta se cierre sin hacer ruido a mi espalda. Me dirijo de camino al granero. El equipo de búsqueda ha vuelto otra vez a rastrear el terreno y, pese a que ya se han adentrado hacia el bosque que rodea la propiedad, he decidido que durante los próximos días me esforzaré por evitarlos… Aunque me haya cortado el pelo, no estoy dispuesta a comprobar si eso logra que no me reconozca cualquier Buscasabuesos que pueda aparecer. Y tampoco quiero arriesgarme a hablar con Nolan al aire libre cuando está claro que no es él mismo.

—¿Pasa algo malo?

Se le van los ojos hacia el bosque, donde los voluntarios gritan de vez en cuando el nombre de los desaparecidos.

—Te lo digo en un minuto.

—¿Por qué no me has escrito?

—Se me ha jodido el móvil —dice. Al interrogarlo con la mirada, se le oscurece la expresión.

—Cierto. Asumo que me lo contarás en un minuto —respondo, a lo que él asiente una sola vez. Ambos miramos a nuestro alrededor conforme nos acercamos a la puerta del granero, y Nolan monta guardia mientras abro el candado—. ¿Cómo me has encontrado?

—Tengo mis métodos. —Lo miro de soslayo y desmonto su farol; él entorna los ojos—. Está bien. Primero fui a tu casa y luego me colé en la mansión…

—Nolan —siseo empujando la puerta para entrar. Está igual que lo dejé el otro día: sacos de cereales por el suelo, el escritorio con los papeles amarillentos, la película de polvo que cubre el cristal de las ventanas—, Arthur tiene dos cámaras de seguridad que casi nunca comprueba. Pero como piense que le has robado los putos Christina Ricci y te vea colándote, te cortará los dedos y te los dará de comer.

—Genial. Ahora hablamos de eso. El caso es que no te encontré allí, así que pensé en preguntarle a Lukas. Y *voilà.*

Cierra la puerta a su espalda; nos encierra dentro de la caseta. Las motas de polvo revolotean en el sol matutino que se cuela en la estancia y el olor a aire rancio trae consigo otro tufillo a mar cuando Nolan se me acerca un paso. La intensidad que irradia parece vibrar a lo largo del hilo invisible que nos une. Tiene pinta de querer follarme. O matarme. Y no estoy segura de cuál de las dos opciones me pone más.

—Bueno —enderezo los hombros en un intento de recuperar el control frente al repentino deseo que se me arremolina en el vientre—, ¿qué narices pasa…?

—He matado a un Buscasabuesos —espeta; le brillan los ojos con un estallido de emoción que es incapaz de ocultar.

Parpadeo. Abro la boca. La cierro de nuevo. Respiro hondo y lo vuelvo a intentar.

—¿Que has… qué? ¿Has perdido la cabeza?

—Nadie me ha visto. Y ya creen que ha sido un accidente.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es lo que ha dicho Yates por la radio cuando ha avisado de que llegará tarde a la búsqueda. «Un turista idiota se ha acercado demasiado al acantilado y se ha caído al mar».

—Qué oportuno —digo cruzándome de brazos y entrecerrando los ojos—. Y supongo que has sido tú quien lo ha empujado y se ha asegurado de que no salía a la superficie a respirar. —Se encoge de hombros; no estoy segura de si me siento furiosa o tengo una envidia loquísima. O ambas—. Fuiste tú quien dijo que se acabaron los asesinatos.

Nolan se rasca la barba incipiente y estoy convencida al noventa y nueve por ciento de que es un leve intento de esconder el hoyuelo que amenaza con revelar lo emocionado que está. Y, si soy sincera conmigo misma, eso me asusta. De repente, me preocupa que la presión de la búsqueda y la presencia constante de Yates hayan erosionado su fuerza de voluntad. Pero ¿Nolan? Parece que a él no le inquieta. Al menos por esa sonrisilla de lado que se le escapa.

—Ya, bueno. Era la oportunidad perfecta para que pareciera un accidente. No podía desaprovecharla. —Se acerca un paso, un cazador aproximándose a una presa herida—. Además, no me planteé que te diera pena la desaparición de otro Buscasabuesos de este mundo de mierda. Y estoy seguro de que así el resto estarán entretenidos.

—Ha sido un puto riesgo. Sobre todo ahora —digo.

—Parece que tal vez estás un poquito celosa —contraataca. Lo miro fijamente; me arden las mejillas y la expresión chulesca con la que me observa no hace más que iluminarse—. Creía que habíamos dejado claro que me gusta cuando te pones celosa.

Por lo general, me mantengo en mi sitio con Nolan, incluso cuando se me acerca poco a poco con esa intensidad asesina escrita

en la cara. Pero, en esta ocasión, doy un paso atrás. En cuanto lo hago, una chispa famélica prende en sus ojos.

—Te podrías haber hecho daño. Te podrían haber visto.

Él ladea la cabeza; frunce el ceño, aunque sigue sonriendo.

—Creía que te alegraría. Normalmente eres tú la impetuosa… Pensaba que te gustaría lo que estás provocando en mí.

—¿Que yo soy la impetuosa? —Doy otro paso atrás y Nolan da uno al frente—. ¿Cómo te fue matando a Jake Hornell, por cierto? Algo me dice que no te pasaste una hora planeándolo.

Nolan sonríe, como si mencionar el asesinato le trajera buenos recuerdos.

—Tienes razón, no lo planeé. Y fue satisfactorio que te cagas.

Retrocedo otro paso en las sombras y él vuelve a seguirme, replicando cada uno de mis movimientos. No puedo decir que me arrepienta de los asesinatos que he cometido, sobre todo porque me parecían muy justos. Muy merecidos. Pero Nolan me mira ahora como si a él le provocara euforia. Como si le diera la vida. Como si se alimentara del miedo que siente en mí. Y darme cuenta de ello es como si me clavaran un cuchillo… A lo mejor no solo busca justicia o venganza; tal vez necesita saciar esa ansia que no hace más que aumentar con cada asesinato.

Y no estoy segura de qué dice eso de mí, pues no solo me parece aterrador, sino cautivador.

A Nolan se le ha borrado la sonrisa, dejando tras de sí calor y deseo y hambre, mientras yo apoyo la espalda en un mostrador que hay contra la pared. Él se agarra al borde de madera y me atrapa.

—Si tengo delante de las narices la oportunidad de alejarlos de ti, la voy a aprovechar, Harper. Y estoy más que dispuesto a romper todas las reglas para hacerlo.

Me mira los labios al tiempo que abre los suyos en un aliento irregular. Es la primera vez que comprendo hasta qué punto sería capaz de llegar por mí si se lo pidiera. O incluso sin que se lo pidiera. Cazaría a cualquiera. Mataría a cualquiera. Torturaría a cualquiera. Y lo disfrutaría.

—Tienes que follarme ahora mismo antes de que te dé una patada y salga corriendo como si la vida me fuera en ello —digo sin aliento.

Nolan encuentra mis muñecas y las sujeta con fuerza. Su atención inquebrantable, su diversión oscura, esos malditos hoyuelos arrogantes… Me está consumiendo y lo sabe.

—Qué mona, creyendo que puedes escaparte. —Se acerca un poco más, hasta que marca con los labios un sendero a lo largo de todo mi cuello. No es un beso, sino una caricia larga y lenta que consigue que un escalofrío me recorra toda la columna vertebral—. A lo mejor algún día te dejo que salgas corriendo… solo para poder perseguirte —me susurra al oído.

Me suelta las muñecas, me acaricia delicadamente el muslo con la punta de los dedos, bordeando la cadera para encontrar un hueco y meterse por debajo de la camiseta. Ligero como una pluma, me hace cosquillas a lo largo de la cinturilla de los pantalones cortos, sube por el abdomen y recorre la parte inferior del sujetador. Me baja la copa y me rodea el pezón, lo que provoca que un estallido de necesidad se me acumule en el vientre.

—No estoy seguro de por qué sigues con la ropa puesta si tan desesperada estás por que te folle —dice rozando la barra de titanio hasta la bolita del final.

—Entonces a lo mejor deberías quitármela. ¿O eso es algo que no está a tu altura ahora que has matado a un hombre que tal vez no se lo merecía?

Esta lengua tan afilada que tengo hace que me gane un mordisco aún más afiliado en el punto en que el pulso se me acelera en el cuello.

—Me gusta que lleves el pelo más corto. Fácil acceso —susurra Nolan, y calma el mordisco con un beso—. Pero voy a follarte hasta que esa boca tan sabionda que tienes solo pueda decir mi nombre.

Con un movimiento rápido, me quita la camiseta por la cabeza. Apenas he soltado el aire cuando el sujetador también cae al suelo. Me deshago de los zapatos dando patadas antes de que Nolan me

levante el tiempo suficiente para bajarme los pantalones y las bragas y luego me vuelva a dejar donde estaba, con el culo en el borde de madera y las piernas abiertas. Tengo escrita la evidencia de mi deseo en cada centímetro de piel: el coño reluciente, los pezones duros. La carne de gallina que me recorre los brazos, el pulso acelerado en el cuello. No podría esconder la necesidad desesperada que me provoca Nolan ni aunque quisiera.

Se lleva las manos por detrás de la cabeza y se quita la camiseta; luego la lanza a las sombras. Se suelta el cinturón. Se desabrocha los pantalones. Se baja los vaqueros y los calzoncillos. Se escupe en la mano y se sacude la polla con movimientos largos y lentos.

—¿Te doy miedo?

¿Me lo da? No estoy segura de que sea fácil responder a esa pregunta. Me lo daba cuando apareció por Cabo Masacre. Pero el peligro que acecha en su interior tiene algo que llama a la oscuridad que hay enterrada en mí. El miedo y el deseo siempre han estado entrelazados cuando se trata de Nolan. Sin embargo, el dolor físico no es lo que me acojona. Él sabe cómo darme justo lo que anhelo y dónde están los límites.

Lo que temo es que podría romperme el alma en cachitos irreparables, tantos que la brea pegajosa de la violencia y la venganza no serían capaces de pegarlos de nuevo. Eso es lo que me aterra de Nolan Rhodes.

—A lo mejor me das miedo en el sentido que importa —confieso al fin.

—Pero un poquito de miedo sí que te gusta, ¿verdad? Un poquito de dolor. —Coloca la punta de la polla en mi entrada y juguetea con uno de mis piercings; tira de él lo suficiente para que sienta un intenso estallido de ternura mientras me penetra—. Te juro que me aprietas más cuando tienes miedo y te hago daño.

—Y yo te juro que la polla se te pone más dura cuando lo haces. —Mis palabras le pisan los talones a un gemido. La sonrisa de lado de Nolan se oscurece con un matiz perverso. Me clava los dedos en

los muslos y me obliga a que me abra más ante el sonido de mi jadeo desesperado.

—Joder —sisea—. Mira abajo.

Hago lo que me pide. Apenas me ha metido la polla hasta la mitad. Al salir del todo, la suave piel rosa de su erección está cubierta de mi flujo. Soy incapaz de apartar la mirada cuando vuelve a penetrarme y esta vez se adentra más hondo.

—Estás hecha para mí, Harper. Igual que yo estoy hecho para ti. Mira cómo me tomas a la perfección.

Siento que se me derrite la piel; la electricidad me hace cosquillas. Los dos miramos cuando me agarra los muslos y me mantiene las piernas abiertas; luego se desliza para entrar todo lo que le permito. Cada embestida es tan lenta que agonizo. Cada roce me hace desear más.

—Quiero sentir hasta el último centímetro de ti —dice Nolan; su voz es tan suntuosa como el caramelo caliente. Me suelta la pierna para deslizar la mano por mi flujo y después dibuja una línea sobre mis labios. Me mete los dedos en la boca con un ademán posesivo—. Voy a llenarte esta boquita tan bonita hasta que te atragantes.

Le succiono los dedos al tiempo que los saca. Va bajando por el centro de mi cuerpo con una caricia, deteniéndose para rodear una de las barras que me atraviesa los pezones antes de arrastrar los dedos hacia abajo y dibujar círculos por encima de mi clítoris.

—Llenarte este coño precioso hasta que grites mi nombre.

Gira con firmeza sobre mi clítoris mientras gimo, luego lleva la mano más allá de mi entrada, donde su polla se introduce despacio en mi interior, para apretar con cuidado los pliegues de mi culo.

—Llenar este agujero terso hasta que chorree mi semen.

Se me escapa de los pulmones una exhalación temblorosa cuando juega con la entrada; presiona, pero no empuja.

—Eso nunca lo he hecho —confieso.

Nolan me mira a los ojos y el ritmo perfecto de sus embestidas vacila por un instante. El hambre de sus pupilas es absoluta. Intenta

tragárselo y a continuación dice:

—¿Te gustaría probarlo algún día?

Asiento. Con él quiero intentarlo todo. Quiero ver cuánto puedo soportar. Forzar todos los límites e ir más allá, y luego encontrar nuevos límites que superar.

Detiene los dedos en mi agujero con una presión firme. Asiento otra vez y, una respiración después, se desliza en mi interior. Es una sensación extraña; me gusta. Y mientras reanuda la cadencia de embestidas profundas, moviendo los dedos con suavidad al mismo ritmo, ya he decidido que quiero más.

—Te prepararemos. Para asegurarnos de que puedes tomarme —dice introduciendo un segundo dedo. Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos con fuerza. Me agarro a su hombro para no moverme del borde del mostrador y me acerco la otra mano al clítoris—. Y luego voy a destrozar cada centímetro de ti hasta que seas mía, incluido este culito prieto. Ahora mira abajo y no cierres los ojos.

Joder, me encanta cuando se pone mandón. A veces me gustaría rebelarme. Otras, quiero obedecer. Y sé que a él le encantan ambas opciones, pero nada le satisface más que sentir que se ha ganado mi sumisión.

—Primero haz que me corra una vez y a lo mejor me planteo la segunda —digo apoyando la cabeza en la pared de atrás y dejando que se me cierren los párpados.

El gruñido que llena la estancia me hace esbozar una sonrisa. Ahogo un grito cuando me rodea el pezón con la boca y juguetea con la barra de metal y la lengua. Sigo teniéndolo un poco sensible, un pellizco de dolor. Y me encanta.

—Qué buena chica eres —susurra contra mi piel. Me recorre el pecho con un lametón largo y lento, luego juega con la barra del otro pezón—. ¿Crees que te mereces correrte dos veces?

—Considera que es tu penitencia por asesinar y divertirte sin mí —respondo metiéndole la mano por el pelo y sujetándolo de la nuca para retenerlo contra la teta.

Suelta un gruñido de aprobación contra mi carne. Me folla más fuerte. Mueve los dedos más rápido. El orgasmo se acerca poco a poco, mi control se va deshilachando mientras trato de aferrarme al placer creciente.

—Y deja de intentar darme celos.

Otro de los gemidos de Nolan retumba contra mi pecho y tomo nota mental de darle la vuelta a la tortilla y empezar a darle más órdenes, porque creo que le ha gustado esa orden de nada, por lo que sea. Sus embestidas se vuelven un castigo, incluso desesperadas. Me succiona el pezón con fuerza. Me toco el clítoris con más intensidad, con un movimiento más febril. Le ruego que no pare, ya que cada nervio de mi cuerpo se prende fuego y se desmorona en un estallido de placer segador.

Nolan suaviza el ritmo, pero no se detiene, mantiene la cadencia justa para arrancarme el orgasmo. Cuando intento apartar los dedos del clítoris demasiado sensible, él me los pone de nuevo en su sitio y me mira a los ojos.

—Teníamos un trato —dice apretando los dientes mientras me penetra más hondo.

Tiene escrito en la cara cuánto le está costando contenerse. La desesperación del orgasmo que no ha liberado acecha tras las cejas gachas, tras la mandíbula tensa. Pero se toma su tiempo para traerme de vuelta. Adopta un nuevo ritmo. Tiembla bajo mi tacto cuando recorro el mapa de sus cicatrices. Susurra pensamientos oscuros. Exigencias peligrosas. Promesas depravadas.

—Harper, eres guapísima, joder. Eres lo único en lo que pienso, todas las noches y todos los putos días. Me consumes, maldita sea —dice; su voz áspera se me clava en la mente, que se desmorona—. Quiero hacerte sufrir por lo que me has hecho.

Embiste con la polla. El movimiento de sus dedos. Mis propias caricias circulares. El ritmo y la presión se intensifican. La desesperación sin sentido toma el control. Y solo una idea clara permanece: tiene razón. Encajamos a la perfección el uno con el otro. Está hecho para mí, igual que yo estoy hecha para él. Ya era

consciente de que no había nadie, ni en la tierra ni en el infierno, como Nolan Rhodes. Pero es la primera vez que caigo en la cuenta de que no puedo mantenerlo alejado de mi ser. Porque ya está aquí, enraizado en esta oscuridad sin luz.

Me corro con intensidad, mirando hacia abajo justo como él quería. Se introduce todo lo dentro que se lo permito, llenándome con su semen. Yo observo cada embestida. Disfruto de cada caricia. Me deleito con cada cántico susurrado de mi nombre y cada vez que desliza con suavidad la punta de los dedos por mi piel cubierta de sudor.

—Creía que ya habíamos cumplido el trato —dice Nolan cuando echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos para recuperar el aliento.

Al abrirlos de nuevo, él baja la mirada a donde estamos unidos. Con unos movimientos lentos y largos de la polla, se retira, pero sigue con los dedos metidos en mi culo. Un segundo después, atrapa el semen que me gotea del coño y lo mete dentro.

—La próxima vez, lo aceptarás todo.

Otro estallido de necesidad ya está floreciendo en mi pecho mientras me folla el culo despacio con los dedos para meterme el semen. Ha vuelto a guiarme la mano al clítoris cuando mi móvil suena a mi lado en el mostrador.

—Responde —me ordena cuando frunzo al ceño al ver el «Contacto desconocido» que aparece en pantalla—. Eso no significa que yo vaya a parar. Y tú tampoco.

Trago saliva y asiento; luego deslizo el dedo por la pantalla para aceptar la llamada.

—¿Diga?

—Hola, Harper —saluda el sheriff Yates con su tono afable de siempre—. ¿Te lo estás pasando bien?

Arrugo el entrecejo. Miro a mi alrededor, como si pudiera estar acechando en las sombras del pequeño edificio.

—Eeeh… ¿Perdona?

El sheriff Yates se ríe.

—Con Lukas. Irene mencionó que ibas a ayudarlo a organizarlo todo para la gran inauguración de la semana que viene. He supuesto que estarías catando ese reserva Lancaster que recuperó del almacén, según Irene. —Suelta un silbido bajo al otro lado del teléfono—. Tampoco te culparía… Me han dicho que es maravilloso.

—Cierto… Supongo que lo tendré en mente la próxima vez que Lukas se queje de lo lento que es el proceso. —Contengo un gemido cuando Nolan se desliza más adentro, como si estuviera un tanto celoso, pero se negara a admitirlo—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—En realidad busco al señor Rhodes. Me han dicho que ha ido a ver cómo iba la partida de búsqueda de la destilería, pero no me contesta al teléfono.

—Claro. Lo he visto hace un rato.

Miro a Nolan a los ojos para transmitirle en silencio que la llamada es para él; sin embargo, no le importa una mierda. Me mete los dedos con una embestida más dura para trasladarme su propio mensaje: «Mira abajo». Vuelvo a centrarme en el movimiento de su mano y de la mía mientras sigo dibujándome círculos sobre el clítoris.

—Espere un segundo, que voy a buscarlo.

—Eres un encanto —dice Yates—. Gracias, Harper.

Aprieto la mandíbula al separarme el teléfono de la oreja, pero no silencio la llamada por si al sheriff le parece sospechoso. Aparto la atención de mi cuerpo el tiempo suficiente para dibujar con los labios las palabras «sheriff Yates». A Nolan se le oscurece la mirada; apenas asiente una vez, sin cambiar en absoluto el ritmo de sus embestidas o la atención plena que me dedica. Cuando parece que ha pasado el tiempo necesario, le paso el teléfono, consigo controlar la voz lo mínimo para decirle una frase de mierda sobre que el sheriff Yates quiere hablar con él.

—Nolan al habla. —Pone el altavoz mientras me mete otro hilillo de semen en el culo. Me atraganto con un gimoteo—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Hola, hijo. Espero no interrumpir lo que estés haciendo en la destilería —responde Yates.

—No se preocupe, en absoluto. Para nada.

Empiezo a bajar el ritmo de las caricias en el clítoris y Nolan me lanza una mirada asesina en respuesta. Se convierte en una sonrisa perversa cuando reanudo mis esfuerzos.

—¿Le ha pasado algo a tu móvil? He intentado llamarte.

—Sí, se me ha caído. Ahora mismo pido uno nuevo. ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

—Eso me temo. Lamento mucho ocupar tus vacaciones con esto —dice, aunque no estoy segura de cuánto entiende Nolan, ya que me mete la lengua en la boca con un beso abrasador—. El caso es que, si no te importa asegurarte de que Selma tiene todo bajo control con el equipo de la destilería, me gustaría que te pasaras por la comisaría. Tengo unas cuantas preguntas para ti.

Nuestro beso se rompe. Tengo a Nolan tan cerca que podría contar todos los tonos de verde y marrón que hay en sus iris. Pero no distingo miedo en sus ojos. No lo siento en su tacto, sigue sin bajar el ritmo.

—Por supuesto —afirma—. Estaré ahí en cuanto pueda.

—Tómate tu tiempo, hijo. Oye, si Harper todavía está por ahí, ¿te importa pasarle el teléfono, por favor?

—Lo haré. Hasta luego.

Nolan sigue con el teléfono levantado mientras yo me tomo un segundo para respirar y digo:

—Ey, sheriff, ¿puedo ayudar en algo?

—Tengo que hacerte una petición bastante extraña.

—¿Ah? —respondo; Nolan me mete los dedos en el culo con embestidas aún más fuertes. Cuando me vuelven a flaquear las caricias sobre el clítoris, me pone el teléfono en la mano libre y me releva. Es una batalla evitar que se me escape un jadeo—. ¿De qué se trata? —consigo decir. *A duras penas.*

—Me preguntaba si no te importaría pasarte por mi casa una noche de estas para hacer una barbacoa. Maxine está… Bueno, le

está costando un poco volver a hacerse a Masacre. Muchos de sus amigos de la infancia se han ido y los que todavía siguen aquí tienen una vida diferente. Ya sabes cómo son estas cosas. Puede llevar un tiempo acostumbrarse. Mencionó que te había conocido el otro día y supongo que me estaba planteando… —Yates no termina la frase y suelta una risita—. Parece que estoy organizando una quedada de juegos. Sois dos mujeres adultas. Estoy seguro de que os veréis por el pueblo. A veces resulta difícil dejar de ser padre; olvídate de lo que he dicho…

—No me supone ningún problema. —Me cuesta pronunciar la frase, pues estoy reprimiendo un orgasmo que se me acumula en lo más profundo de mi centro—. Me encantaría pasarme por ahí. Dígame fecha y si hace falta que lleve algo.

—Eso es genial. A ver si me entero de qué horarios tiene y te digo. Y puedes venir tal cual, no es necesario que traigas nada. Te lo agradezco, Harper. Que tengas un día estupendo.

Mascullo un adiós a medias y cuelgo la llamada justo cuando Nolan se lanza a reclamar mis labios con otro beso brutal. Me arrebata todo lo que me queda dentro. El aire de los pulmones. Los pensamientos de la cabeza. El control de mi cuerpo. Se lo lleva todo y me deja con un único miedo. «¿Y si la necesidad obsesiva de Nolan de consumir mi cuerpo y mi alma eclipsa su pensamiento racional… o acaso ya está pasando?».

Empujo esa pregunta a algún lugar remoto de mi mente, ya le daré vueltas en otro momento. Y cuando me desmorono viendo los destellos de las estrellas, cierro los ojos con fuerza; mi gemido se pierde en los labios de Nolan. Cuando las réplicas del orgasmo disminuyen, por fin sale. Apenas me reconozco a mí misma en mi propio cuerpo. Soy un amasijo de sudor y músculos temblorosos y pensamientos fracturados. Y de repente me preocupa haberme obsesionado tantísimo con Nolan como él conmigo. Porque la ausencia de miedo que he visto en sus ojos hace un rato no me hace querer huir o esconderme. Ha sido embriagadora.

—Supongo que más me vale que me vaya —dice Nolan.

Va hacia el viejo fregadero, se lava las manos en el agua sucia que escupe y luego se las seca con un trapo. Cuando termina, se ocupa de mí; me limpia con un paquete de pañuelos que se saca del bolsillo, me besa el cuello para aplacar el mordisco que me ha dejado marca, con cuidado me coloca en el suelo y me ayuda a vestirme. Me coge el móvil para pedirse uno nuevo y a continuación me dedica una sonrisa, el primer atisbo de preocupación asoma a sus ojos.

—Todo va a salir bien, ¿vale?

Asiento, pero no puedo obligarme a poner cara de que no pasa nada.

—Vale —es lo único que consigo decir—. Nos vemos esta noche, ¿no?

—Por supuesto.

Tras darme un último beso, se da la vuelta y sale del granero. Espero, me acerco al escritorio que hay debajo de la ventana y me agarro al borde mientras veo a Nolan cruzar el campo para ir a buscar a Selma Dayton.

Una vez desaparece, dejo caer la cabeza. Cierro los ojos. Juraría que todavía lo siento ahí fuera. Como si fuera capaz de encontrarlo incluso en la oscuridad. Ya no estoy segura de dónde empieza él y dónde acabo yo, como si esa línea estuviera emborronada y no pudiera dibujarse de nuevo.

Un largo suspiro se me escapa de los pulmones. Cuando abro los ojos, los papeles del escritorio se sacuden bajo las últimas corrientes de mi exhalación. La llamada de Yates. El asesinato de Nolan. Incluso la volatilidad que muestra Arthur últimamente. Todo parece diferente a como se suponía que tenía que ser. Mi pequeño mundo aquí en Cabo Masacre se ha inclinado sobre su propio eje. Es como si la fuerza gravitatoria de una estrella oculta me estuviera atrayendo a su órbita. ¿Acaso seré capaz de librarme de su atracción? ¿O es que el choque es inevitable?

Me detengo, le doy vueltas a esa espiral de miedos antes de marcharme del granero al fin y cerrar detrás de mí.

Sin embargo, hasta más tarde esa misma noche no me doy cuenta de que faltaba algo en todas esas preguntas que giraban sin respuesta. Y no estoy segura de si es un truco de mi memoria o si de verdad es cierto.

Cuando abrí los ojos, los papeles del escritorio se sacudieron.

Pero el almanaque había desaparecido.

GERMINAR

Nolan

Hasta que no aparco el coche delante de la comisaría de Cabo Masacre no me entra el pánico de verdad.

Seguro que cualquier persona razonable se largaría del pueblo echando leches e intentaría huir a una isla perdida en la otra punta del mundo y no se volvería a saber nada de ella. Por lo visto, yo no soy ese tipo de persona, porque al coro de mi monólogo interior no parece importarle una mierda la supervivencia.

«¿Y si Yates ha descubierto pruebas de los delitos de Harper?».

«¿Y si ha encajado las piezas de dónde se encontraba Arthur cuando mató a Evanston?».

«¿Y si alguien escuchó los gritos amortiguados de McMillan? ¿O ha informado a la policía de lo extraño que es que se use tanto una trituradora de madera?».

«¿Y si los Buscasabuesos han rastreado su verdadera identidad y han informado a las autoridades?».

«¿Y si se me pasó algo por alto en las pertenencias de Sam y Vinny que pueda guiar a Yates hasta Harper?».

La respuesta a estas preguntas y sus repercusiones me dan vueltas en la cabeza cuando entro al aire acondicionado de la comisaría.

—¿Señor Rhodes? —saluda el agente de recepción al detenerme delante de su escritorio. Intento no parecer culpable cuando asiento—. El sheriff Yates estará con usted en un momento. Está terminando de hablar con alguien en su despacho. Puede sentarse.

Pues vaya mierda. Eso no me tranquiliza en absoluto sobre que esto solo sea una visita de cortesía.

El agente señala las sillas de plástico marrón que hay en el vestíbulo a lo largo de las ventanas y murmuro un gracias antes de tomar asiento. El sonido amortiguado de la voz autoritaria al mismo tiempo que amigable de Yates se cuela por la puerta cerrada de su despacho y otro subidón de miedo me inunda las venas de adrenalina.

Dejo caer la cabeza y me miro los dedos entrelazados con los brazos apoyados en las piernas.

¿Cómo cojones he acabado aquí? Puede que la primera vez que vine a la comisaría me echara la bronca a mí mismo por pensar con la polla. Pero esta vez sé la verdad. No es mi polla lo que motiva mis acciones imprudentes. Es mi corazón. *Y eso es peor, joder.* No hay forma de detenerlo ni de convencerlo para que entre en razón.

Estoy mirando la puerta del despacho del sheriff cuando delante de él sale una mujer con los ojos hinchados y un pañuelo. Sé que ahora es cuando más necesito a mi mente racional.

—Ah, Rhodes —dice Yates mientras los ojos enrojecidos de la mujer me observan. Sé que le está poniendo cara a un nombre que ya conoce—. Gracias por venir. Entra al despacho y enseguida estaré contigo, hijo.

—Por supuesto, señor —digo y saludo con la cabeza a la mujer al pasar. No me devuelve el gesto; tiene la mirada vacía del sufrimiento.

—Te agradezco mucho que hayas venido, Emma. Sé que es un momento difícil, perder a tu amigo Charlie de ese modo, y puedo asegurarte de que estaremos aquí para responder a cualquier pregunta que tengas —dice Yates. Miro hacia atrás y veo que le pasa una tarjeta de visita—. Este es mi teléfono. No dudes en llamarme cuando lo necesites.

—Gracias —contesta ella con una voz débil.

Me quedo junto a la puerta del despacho y la veo alejarse; el sheriff solo se vuelve para mirarme una vez que la mujer

desaparece. Suelta un silbido bajo.

—Menudo diita. Y ni siquiera es mediodía. —Me pone la mano en la espalda y señala el escritorio con la cabeza—. Adelante. Vamos a charlar un poquito.

Me trago otro nudo de miedo y me centro en mi destino: la misma silla en la que me senté la primera vez que vine a la comisaría. El asiento sigue caliente por la mujer que se acaba de ir. Yates se sienta frente de mí, se da unas palmaditas en el brazo que todavía lleva en cabestrillo.

—Estoy harto de tener que escribir todos esos informes con una sola mano, te lo juro.

Le dedico una leve sonrisa. «Qué comentario tan raro cuando hay gente muriendo», quiero decir, pero me callo.

—Claro —es lo único que consigo decir.

—Lo bueno es que ya estamos cerrando la investigación del homicidio del señor Porter y el señor Meschino. —Yates se centra en la pantalla del ordenador—. Los resultados del laboratorio han confirmado que la sangre que había en el aparcamiento del hostal era la de Meschino. Parece que empezaron la refriega ahí y acabaron en la destilería. —Me mira y suelta un suspiro hondo—. Al menos es probable que la prensa se tranquilice dentro de poco. Enseguida se cansarán de la búsqueda.

Asiento, pero no puedo decir que me sienta mucho más cómodo sentado aquí ahora que hace unos segundos.

—Eso estaría bien.

—También tengo los resultados de las pruebas que encontramos en el coche de Porter —continúa sin apartar los ojos de la pantalla del ordenador mientras hace clic con el ratón unas cuantas veces. La alarma constante del nombre de Harper brama aún más fuerte en mi mente conforme Yates lee por encima los datos que tiene delante—. Palo santo en el quemador de incienso. Un pelo rubio, aunque no era de Sam y no encaja con los registros del estado de Maine. ¿Te suena algo de todo esto, teniendo en cuenta que tenías cierta cercanía con el señor Porter?

—No, señor.

Yates suspira.

—Eso me parecía a mí. —Cuando ladeo la cabeza intentando averiguar si eso ha sido una pulla velada, él me lanza una sonrisa débil—. Por lo visto, Porter era de esos que no le decían a su mano derecha lo que hacía con la izquierda. Por desgracia.

—Sí… Yo le pregunté un par de cosillas sobre el documental en el que estaba trabajando, pero parecía reticente a divulgar demasiado. Algo sobre un asesino en serie famoso. La Tuna… La Bruma… La Algo…

Un destello de algo siniestro parece iluminarse en los ojos camaleónicos de Yates antes de desaparecer tras una mirada dura.

—La Pluma. Un prolífico y talentoso asesino en serie cuyo último asesinato conocido tuvo lugar aquí mismo, en Cabo Masacre, hace casi treinta años. Y luego desapareció sin más. Desde entonces, tiene loquitos a la gente como los Buscasabuesos. —Vuelve a centrarse en el ordenador y hace clic con el ratón—. Bueno, sean lo que sean esas pruebas del coche del señor Porter, no estoy seguro de cómo se relacionan con un caso frío. Todavía.

La última palabra de Yates se queda colgando en la estancia como un eco amenazante mientras él sigue revisando archivos. Podría ser el pelo de Harper. Podría ser de Adam. Podría ser algo que Yates conecte con el pasado del que ella ha intentado escapar con tanto esfuerzo si la cosa escala a nivel federal. Y su expresión estoica no me indica qué podría estar planeando hacer o si mis miedos son fundados.

—Bueno, en cualquier caso —dice Yates rompiendo mi torbellino de pánico cuando se apoya en la silla—, ¿cómo va la búsqueda?

Suelto un largo suspiro, un hilo de alivio que se me cuela en las venas con el cambio de tema y la expresión de Yates, que de repente parece cansado de hablar de Sam Porter.

—No le sabría decir, sinceramente. Hay tantos desaparecidos y tantos lugares potenciales en los que buscar que hay demasiadas piezas móviles. —Yates asiente, como si eso fuera lo que

esperaba—. Pero los voluntarios son geniales. Son muy dedicados… Estoy seguro de que es cuestión de tiempo que aparezca algo.

En uno o dos días como máximo, alguien debería encontrar la camisa de McMillan junto a las rocas, ahora que he enviado a las partidas de búsqueda en esa dirección.

—Me alegro de oírte decir eso —responde Yates—. ¿Va todo bien en el hostal El Cabo?

Me encojo de hombros.

—Supongo que sí, ¿por qué?

—Daryl Winkle te vio alejándote con el coche del hostal poco después de que nos llamaran porque había un cuerpo en el mar. Dijo que ibas empapado.

«Puto Winkle».

Siento que me acaban de aporrear con una maza. Winkle no puede haberme visto lanzar a Charlie por el precipicio, porque si no ya estaría esposado, eso lo tengo claro. Pero debe de haber estado cerca y por dentro me recrimino por ser tan impulsivo, pues el subidón de paz que me ha dado el asesinato se ha desvanecido hace mucho.

Ni siquiera sé qué cara tiene ese cabrón de Winkle; tengo que averiguarlo para poder darle un puñetazo en toda la jeta.

—Bueno, llevaría el pelo mojado —respondo; esa efímera e ingenua sensación de alivio se evapora mientras busco una explicación plausible—. He vuelto al hostal a darme una ducha para no despertar a Harper. Su caldera hace un ruido atroz.

Tomo nota mental de comprarle un calentador que no necesita para nada solo para cubrir mis huellas.

—Qué raro —dice Yates, abriendo una carpeta de manila de la que saca una nota. Levanta el borde del papel para que no pueda leerlo desde el otro lado del escritorio—. Irene ha dicho que esta mañana no te ha visto en el hostal.

Una bruma de sudor me cae por la nuca y resisto las ganas de secármelo.

—Yo tampoco la he visto, pero la he oído en la cocina. Trabaja bastante duro.

Yates asiente, le da la vuelta a la nota antes de revisar otros papeles.

—Eso está claro que sí. —Levanta los ojos para clavarlos en los míos como espinas—. ¿Has visto a alguien más esta mañana? ¿Tal vez a algún otro huésped?

El escrutinio de Yates parece demasiado mordaz para alguien que supuestamente está cansado de las responsabilidades que implica su cargo, así que controlo todas mis microexpresiones faciales: apretar los labios, fruncir las cejas un poquito, apartar la mirada hacia arriba y hacia la izquierda, hacia los paneles moteados del techo.

—No que yo recuerde. Era bastante temprano y he entrado y salido muy rápido. He oído algunas voces en la habitación de al lado, pero no lo suficientemente altas como para identificar una conversación en concreto. —Vuelvo a mirar a Yates y me encojo de hombros—. Lo siento.

—Entonces, ¿no has visto a nadie junto al borde del acantilado? ¿Ni has escuchado ningún ruido que proviniera del agua? ¿Una salpicadura? ¿Un grito tal vez?

No me acuerdo de ese momento en el que me he lanzado por el precipicio agarrado a un desconocido, sino de Harper. El corazón me retumba como un trueno mientras revivo la escena una y otra vez. Ella desapareciendo por el borde del acantilado. Ella gritando mi nombre. Los nervios en la boca del estómago al lanzarme a por ella. Y luego el silencio atronador cuando salí a la superficie solo.

—No, señor —digo. Parpadeo para alejar el recuerdo que todavía atormenta mis pesadillas casi todas las noches—. Nada.

Yates respira hondo y suelta el aire despacio.

—Bueno… —Guarda de nuevo los papeles en la carpeta; vuelve a posar los ojos en mí mientras la cierra—. Al parecer, nadie más ha oído nada. El pobre señor Abbott debió de acercarse demasiado al borde y se resbaló. No me extrañaría que solo estuviera intentando hacer una foto y se cayera… A los jóvenes de hoy en día les

preocupa más sacar la toma perfecta para las redes sociales que su seguridad.

—Sí, no sería la primera vez que nos pasa en el curro.

En realidad, sí sería la primera vez. Eso ha sido una mentira.

—Hablando del tema, ¿has dicho que se te ha roto el teléfono? ¿Qué ha ocurrido?

Esbozo una de esas sonrisas de «ha sido un día de mierda» con la esperanza de que se compadezca y vea que estamos en el mismo barco.

—Uno de esos accidentes tontos. Se me ha caído cuando estaba saliendo de casa.

Yates ladea la cabeza. No parece que esté de humor para mostrar compasión.

—¿Incluso con esa carcasa tan elegante que llevabas? Creía que eran buenas para los golpes.

—Y lo son —digo obligándome a no juntar las cejas ante su escrutinio perspicaz—. Se me ha caído bocabajo contra una piedra irregular, supongo.

—Entiendo. —Balancea la silla un par de veces; un silencio perturbador cae sobre nosotros. Si es un cebo, no pienso picar. Dejo que el momento de silencio se alargue hasta que da un manotazo en la mesa y sonríe—. Bueno, si hay algún cambio y te acuerdas de haber oído o visto algo esta mañana, avísame, ¿vale?

—Por supuesto, señor.

Se levanta de la silla e imito su movimiento.

—El hombre que se ha caído por el acantilado y la mujer que se acaba de marchar forman parte del mismo grupo de investigación *amateur* que Sam Porter y Vinny Meschino. Se apuntaron como voluntarios para ayudar en la búsqueda antes del accidente de esta mañana. Pese a que no me hace mucha gracia que esta gente venga al pueblo y remueva las cosas en busca de problemas, pensé que al menos podría tenerlos entretenidos en algo útil si se unían a la búsqueda. Estos tipos no aceptan los hechos así como así, aunque sean irrefutables. He informado a Emma antes de anunciar de

manera formal que mañana se cierra la investigación por asesinato y sospecho que necesitaré tu ayuda para mantenerlos ocupados y que no me toquen las narices.

Asiento y fuerzo una sonrisa.

—Por supuesto.

Yates me pone una mano en el hombro con ese ademán tan paternal que le encanta; siempre acierta en la herida profunda que me hizo McMillan en un intento por salvarse el pellejo y que todavía no se me ha curado.

—Aunque está claro que la joven Emma no está de humor para patearse el bosque buscando a gente desaparecida, hay otro tipo del trío que aún está dispuesto a echar una mano. Se llama Tylor. Irá esta tarde al centro de mando para reunirse contigo.

—¿Y va a dejar tirada a su amiga? —pregunto, esperando que Yates llame al tal Tylor para sacarle la idea de la cabeza—. La he visto muy disgustada, lo cual es entendible, dadas las circunstancias. ¿No cree que sería más sensato hacerle compañía?

—No podemos juzgar lo que hace la gente para capear el dolor, hijo. —Me aprieta más el hombro—. Algunas personas necesitan silencio y soledad, como Emma. Tylor necesita distraerse.

Tiene razón, por supuesto. Harper y yo somos la prueba viva de que no hay una única forma de gestionar la pérdida de alguien. Pero suena muy hipócrita cuando lo dice él, como si lo hubiera sacado de un libro de autoayuda y creyera que es lo que tiene que decir, sin pensarlo de verdad.

Me suelta el hombro y sonríe cuando asiento; luego señala hacia la puerta.

—Nuestro amigo Tylor parece inofensivo. A esos buscachuchos les gusta ladrar detrás del teclado sobre todas las cosas que creen que saben, pero si los pones en el mundo real de una investigación o de una búsqueda, se quedan tan indefensos como una camada de gatitos.

No estoy seguro de si estoy de acuerdo con esa analogía, sobre todo después de mis encuentros con Sam; aun así, le lanzo a Yates

una sonrisa para darle la razón antes de echar a andar hacia la puerta de la oficina.

—Ey —dice a mi espalda—, hace tiempo que quería preguntarte cómo te hiciste esa cicatriz tan fea de la nuca. Debe de ser una buena historia.

La mano se me va por acto reflejo al tejido cicatrizado, como si pudiera ocultarla y que no la viera. Si Yates escarba en lo que pasó en Maryland hace cuatro años, con su acceso y sus contactos, podría desenterrar toda la historia. La mía. La de Billy. La de la mujer que nos atropelló. La de la verdadera Harper Starling.

—Un accidente con la bicicleta de montaña —miento, y le dedico a Yates una mirada breve hacia atrás. Toda mi atención se centra en la salida que tengo delante e intento no salir corriendo. Lo único que me hace avanzar con paso firme es Harper. Cada movimiento que hago, cada mentira que se me desliza por la lengua, nada de eso lo hago ya por mí, sino por ella—. Tonterías de críos, haciendo trucos que no debería haber intentado. Parece peor de lo que fue.

Yates chasquea los dedos.

—Ah, cierto. Porter mencionó algo de que hacías bicicleta de montaña cuando le hice una visitilla.

Me tambaleo. Me acaba de atrapar en un dominó de mentiras. No estoy seguro de si Sam habló con Wallie de Deportes Acuáticos sobre la bicicleta de montaña que aseguré haber alquilado aquí cuando me vio el moratón oscuro del brazo en el hostal El Cabo. Y si lo hizo, no sé qué más podría haberle contado.

Abro la boca… ¿para decir qué? No lo sé. Sin embargo, Yates se me adelanta.

—Bueno, suerte con el resto de la búsqueda de hoy, hijo. Luego me pasaré a ver cómo vas.

Me giro. Muestra la sonrisa paternalista que suele ostentar, tanto que le ha dejado unas arrugas sutiles en la piel, pero no le llega a los ojos. Me tiende una mano y la acepto.

—Gracias por pasarte —dice—. Y saluda a Harper de mi parte. A veces me preocupa que esté con Arthur… Cuántas responsabilidades

se echa la pobre encima teniendo en cuenta cuál es el diagnóstico. Y su pasado.

Sacude la cabeza y me libera la mano. Frunzo el ceño. Un pinchazo de un nuevo miedo se me clava en el corazón.

—¿Qué quiere decir? —pregunto—. No pensará en serio que es La Pluma, como piensan todos esos investigadores aficionados, ¿verdad?

El sheriff suelta una risita sacudiendo la cabeza.

—No, no. No creo que sea La Pluma. —Se acerca un paso. Se inclina un poco. Hay una chispa en sus ojos que no es capaz de ocultar, el destello de un cazador oliendo a una presa a lo lejos. El temor de antes me vuelve a clavar las garras, la sospecha de que este hombre sea más de lo que parece. Y mis miedos no hacen más que aumentar cuando añade—: Pero la muerte de su esposa, por otro lado… Bueno, eso fue algo que nunca pude demostrar.

Una nueva ronda de preguntas me empieza a dar vueltas en la cabeza. ¿Qué hizo Arthur? ¿Harper lo sabe? No tiene pinta de que ella… Arthur conoce sus secretos más fundamentales, ¿por qué no iba a saber ella los suyos? Y si lo sabe, ¿por qué no me lo ha contado?

Tenso los puños a los lados del cuerpo.

—Una historia que ya te contaré otro día, chico —zanja Yates. Hay un extraño brillo de triunfo en sus ojos antes de que me dé unas palmaditas en el brazo—. No es nada de lo que tengas que preocuparte, solo una teoría que es mejor dejar en el pasado. Y Harper sabe cuidar de sí misma. Que tengas un buen día.

El hombre echa a andar hacia su despacho. Y con una sonrisa falsa que no llega a ver, me doy media vuelta y cruzo las puertas para salir al sol.

Tiene razón. Tal vez sea mejor dejarlo en el pasado.

Pero en Cabo Masacre nada permanece enterrado durante mucho tiempo.

II.
RAÍCES

Yates

Tiempo después…
26 de agosto, 8:04 a. m.

—Bueno —digo mientras me subo hasta la frente el ala del sombrero empapado de lluvia—, al menos eres coherente con eso de guardar las cosas bajo los tablones del suelo.

Autumn es una criatura sentimental. Me ha resultado útil. Una sorpresa inesperada. Pero también es una capa de su crisálida que debo arrancar para que se transforme.

Meto la mano en el escondite de la habitación de invitados de la casa anexa y saco los objetos escondidos. Encuentro un mapa de Oregón; detrás hay garabateadas partidas de tres en raya. Salió en el vídeo treinta y seis de las camperaventuras de Autumn y Adam, cuando Goonie se averió en el camping de la costa. Hay una taza de las cuevas de Carlsbad con el logo del murciélago y el borde mellado. Adam la usaba en casi todos los videoblogs después de que pasaran por Nuevo México, incluso después de romperse. Una caja de zapatos llena de pases de aparcamiento. Recibos de campings. Hasta una tira de fotos en blanco y negro de un fotomatón, cuatro instantáneas de amor en una línea.

Retazos de lo que era su vida antes del catalizador que provocó su metamorfosis. Harvey Mead.

He visto muchas mierdas a lo largo de mi vida. Aunque Cabo Masacre fuera un pueblo «normal», seguiría teniendo una buena

ración de momentos turbios. Muertes y accidentes, peleas en público y violencia escondida tras puertas cerradas. Y yo tengo mis propios pasatiempos para añadirle color al paisaje de muerte que me rodea. Mis asesinatos son arte. O lo eran, antes de que sacrificara mi estilo para permanecer oculto. Pero Harvey Mead… era un monstruo diferente. Tosco. Cruel sin propósito. Un bruto, poco más que un animal que mataba impulsado por una necesidad atávica.

Observo las fotos que sujeto con la mano enguantada; no aparto la mirada de la sonrisa reluciente de Autumn. Y luego me las guardo en el bolsillo interior de la chaqueta a cambio de un recuerdo mío.

—Se diría que la bruma tu mirada vela —recito en voz alta. No tengo que leer el poema escrito en el relato del barquito que surcó los mares hacia la gloria rompiendo el récord de La Nube Voladora—. ¡Misteriosa, atenta centinela! ¿Es azul, gris o verdemar?

Guardo las pertenencias de Autumn en la mochila y cierro la cremallera; luego coloco la alfombra sobre los tablones con una palmadita.

—Tierna, soñadora y cruel a su vez, reflejo de la lánguida palidez del cielo.

TRILLAR

Nolan

En cuanto salgo de la comisaría de Cabo Masacre tras el interrogatorio informal sobre la muerte de Charlie, no voy al centro de mando, aunque sé que Yates se encargará de preguntarle a alguien a ver si he llegado. Y tampoco voy a la casa anexa ni a la mansión Lancaster ni a la destilería, a pesar del tirón que siento en el pecho y que me ruega que encuentre a la mujer que se halla al otro lado de este hilo invisible.

Me dirijo al cementerio.

Reduzco la velocidad cuando llego a la verja, que está abierta para que entren los visitantes, pese a que a primera vista no veo a nadie por aquí. Bajo la ventanilla y miro a un lado y otro de la carretera vacía; tampoco se oye nada. Está todo tranquilo y silencioso bajo el sol de principios de verano. Nadie sospecha que el cementerio fue el verdadero escenario en el que Peter Evanston pasó sus últimos momentos de vida. A mí me parece un sueño febril, y eso que estuve presente. Lo que sucedió aquí hace apenas unas cuantas noches podría no haber sido más que una ilusión.

Respiro hondo y cruzo las puertas; conduzco por el sendero que sube hasta la colina y hacia la parcela de la familia Lancaster.

El lugar está sereno; desde aquí se ve la extensión del resto del cementerio y algunas casas vecinas. Aquí hay pruebas, si eres lo bastante observador: hierba pisoteada, marcas en la cuneta, como si hubieran arrastrado a alguien. Pero el cementerio no está dentro de la lista de búsqueda y mi intención es que siga siendo así. Y Harper dice que Arthur está empeñado en que nadie lo vio.

El problema es que no confío en él tanto como ella.

Echo un último vistazo a mi alrededor y entro en la parcela de la familia Lancaster, que está rodeada por una verja baja de hierro forjado. Es probable que algunas de las tumbas daten de la fundación de Cabo Masacre. Pero hay dos, una junto a la otra, que son las que me interesan.

Sobre la más reciente hay un ángel llorando; tiene la cara oculta entre las manos en un gesto de desesperación. Es la lápida de Poppy, el sufrimiento inmortalizado en mármol. Pero la que hay al lado es la que he venido a ver: Vivian Sophia Lancaster. El ángel de la lápida extiende la mano hacia el cielo. Está impoluta, no hay musgo ni se ve descolorida, a pesar de que han pasado más de treinta años.

Hay flores (no cortadas, sino que crecen directamente en el lecho) que rodean la losa de mármol. «Le mie colpe travolgerà l'oblio, ma l'amor mio… non muor», reza la inscripción bajo su nombre. Falleció apenas dos años antes que su hija; solo tenía cincuenta y tres años.

Me quito la mochila del hombro, saco mi libro de *scrapbooking* y apunto los detalles de la lápida. Estoy a punto de guardarlo y volver al coche cuando veo que algo brilla por el sol a mi izquierda.

Una pulsera de plata.

Con el libro todavía en la mano, me acerco al memorial. Es poco común: está hecho de mármol de jade y tallado con forma de luna creciente. Hay unas pulseras sin inscripción colgadas de una serie de ganchitos incrustados debajo de la curva de la luna. Una de ellas me resulta familiar. Tiene grabado «A^2BC».

«Adam Cunningham», muestra el rótulo de la piedra siguiendo la forma de la luna. Sin fecha, sin epitafio. Nada más.

Dejo caer la cabeza y suelto un largo suspiro.

Harper debe de haber traído la esclava después de que se la devolviera. Me pregunto si vendrá muy a menudo a llorar su pérdida. Si le habla a Adam en voz alta, como hago yo cuando visito la tumba de Billy. Si llora o le entra la nostalgia al acordarse de su sonrisa.

No estoy celoso. Sé que lo que Harper pasó con Adam ha dejado una herida indeleble en su alma. Fracturó su existencia y tal vez esa herida nunca se cure del todo. Me despierta una pena impotente. Pero, si soy sincero, también siento lástima por mí mismo. Porque es posible que jamás me quiera como yo la quiero a ella. Tal vez perdió la capacidad de amar y quedó sepultada entre las cenizas en algún punto de Texas. Tal vez no todos los retazos de Autumn Bower salieron de aquella casa con vida.

Estiro un dedo y toco el panel de plata de la pulsera; la veo balancearse bajo la luz. Todavía recuerdo el dolor que atisbé en su mirada cuando se la dejé en la palma de la mano. No me cuesta imaginarme la oleada de emociones que debió de sentir cuando vino a dejarla en su sitio.

Siento una punzada de angustia en el pecho, cojo el boli y dibujo más o menos lo que veo: la curva de la piedra, el nombre en mayúsculas. Los recuerdos que cuelgan bajo el sol estival.

Una vez termino el boceto y guardo el cuaderno en la mochila, el sonido de un aleteo llama mi atención hacia lo alto de una cruz de granito que hay más allá de los confines de la parcela de la familia Lancaster. Un cuervo se atusa las plumas de las alas antes de detenerse para mirarme.

—¿Morfeo? —pregunto; miro hacia la lápida antes de volver a centrarme en el pájaro—. ¿Has venido a por más regalos para Harper?

El ave me observa sin decir nada.

Permanezco así un momento, contemplando al cuervo, que retoma la tarea de colocarse bien las plumas iridiscentes. Y luego, con la presencia pesada del sheriff Yates merodeando por los recovecos de mi mente, me marcho del cementerio.

Lucho contra el impulso de buscar a Harper y me obligo a ir al centro de mando, que se encuentra en el aparcamiento de la biblioteca. Muchos de los voluntarios han hecho el descanso para comer, aunque sea más bien tarde. La busco entre la muchedumbre; soy incapaz de evitarlo o de no sentirme decepcionado por no verla,

a pesar de que también me cabrearía encontrarla aquí. O más bien estaría más cabreado aún. Sigo algo aturdido por el encuentro con Yates y por este día que se ha torcido tanto que todo está patas arriba.

Y estoy seguro de que tengo pinta de ser tan amenazador como me siento.

Camino a grandes zancadas entre la multitud, saludo con la cabeza y fuerzo sonrisas cuando reconozco a alguien… Bert, que se está zampando un perrito caliente. Bobby, con quien he hablado brevemente de pasarme por su tienda a recoger algo en lo que he estado trabajando para Harper. Selma, que encabeza la búsqueda en la destilería. Maya está repartiendo muestras gratis de Jodebichos a los voluntarios y le pido que le envíe un mensaje a Harper por mí para avisarla de que estoy en el centro de mando antes de seguir adelante. Cambio de rumbo para evitar la mirada de la señora Evanston, que lleva esa bola de pelo demoniaca entre los brazos, y del periodista que le está haciendo una entrevista lacrimógena cerca de la tienda de registro, y sigo caminando hacia mi destino.

La biblioteca.

La avalancha de aire frío y el olor a libros me dan la bienvenida cuando entro en el espacio tranquilo, un alivio del calor de esta estresante mañana que todavía me corre bajo la piel. Voy directo hacia el mostrador de recepción y pido un pase de invitado para los ordenadores, luego me siento en una de las cabinas vacías e inicio sesión.

Me meto en los archivos del periódico local, *El Cronista de Cabo Masacre,* y retrocedo hasta la semana de la muerte de Vivian Lancaster. Hay un obituario extenso en el que se listan los muchos logros que consiguió en vida, encabezado con su foto. Es preciosa, tiene unos rasgos delicados y una sonrisa ancha y espontánea; el mar brilla al fondo. No se nombra la causa de la muerte ni tampoco nada que explique por qué en lugar de llevarle flores se pide a la gente que haga un donativo a una reserva natural. Compruebo un artículo tras otro de las siguientes semanas, pero no doy con nada

que indique que Yates esté llevando a cabo una investigación o preguntando sobre el modo en que murió Vivian. Tras ampliar la búsqueda, el único detalle relevante que encuentro es una carta anónima en la sección de opinión después de que Arthur fuera nombrado ganador en el primer concurso de jardinería que se celebró hace diez años. Me jugaría el cuello a que la autora es Sarah Winkle, teniendo en cuenta el título: «El jardín venenoso: una competición de trato preferente».

—Dios —siseo al leer por encima la carta mordaz en la que afirma que el pleno del ayuntamiento se estaba cubriendo el culo cuando le concedió el trofeo a alguien que se sabe que asesinó a su esposa, aunque en ningún momento nombra a Arthur directamente—. Menuda zorra.

—Shhhh.

Levanto la vista y me encuentro con los ojos de la mujer que tengo delante. Es la misma que me encontré hace un par de semanas en la tienda cuando dudaba si comprar un dispositivo que repele los bichos para las exhumaciones nocturnas con Harper. Sonrojado, susurro:

—Lo siento. Sarah Winkle.

La mujer resopla y se vuelve a centrar en su pantalla.

—Uuuf. Sí que es una zorra de cuidado.

Imagino que ya me he puesto en ridículo lo suficiente y que es probable que no localice nada más que me resulte útil, así que me voy de la biblioteca y regreso al centro de mando con la determinación de que esta noche llegaré al fondo de todo esto. La idea de sacarle el tema a Harper provoca que se me revuelvan las tripas de la ansiedad. Estoy bastante seguro de que la cosa no va a salir bien y esa preocupación me atormenta cuando entro en la tienda. En cuanto me encuentro entre las paredes de lona blanca, aprieto el puño contra la mesa de plástico y suelto un largo suspiro.

—Me cago en la hostia puta —siseo. La migraña me rasca el cráneo como si intentara abrírmelo—. Menudo día de mierda.

—La verdad es que ahí tengo que darte la razón —concuerda una voz desconocida. Un vaso de té para llevar aparece en mi campo de visión. Levanto la cabeza y me encuentro con los ojos de un hombre de treinta y tantos. Es de piel clara, pero está rojo por el calor, y una capa de sudor le brilla entre los mechones de pelo castaño que ya va clareando—. Dicen que bebes té. He pensado que a lo mejor te venía bien una taza.

El dolor de cabeza me suplica que beba un sorbo. Sea quien sea este tío, se ha ganado ese punto a su favor que sin duda está buscando.

—Gracias. Es todo un detalle.

—Eres Nolan Rhodes, ¿verdad?

—Sí. —Le tiendo la mano.

—Gracias por permitir que me sume a la búsqueda. —Siento su palma pegajosa cuando me estrecha la mano—. Soy Tylor.

Las alarmas se me disparan en la cabeza.

—Siento muchísimo lo de tu amigo.

—Gracias —responde, y me suelta la mano con una sonrisa débil y fugaz—. Te has enterado, ¿eh?

Me encojo de hombros, me acerco el té a los labios y soplo el vapor mientras decido cuánta información me guardo y cuánta puedo dejar caer.

—Es un pueblo muy pequeño. Todo el mundo se entera de todo enseguida —contesto después de darle un trago que me quema el paladar—. ¿Estás seguro de que quieres unirte hoy? Te garantizo que esto va a seguir en marcha durante un tiempo. No hace falta que te precipites.

Tylor sacude la cabeza, es un gesto definitivo. Decidido.

—No. Me voy a volver loco como me quede de brazos cruzados en el hotel, dándole vueltas a qué narices habrá sucedido. Y esto es lo que Charlie habría querido. —Sus ojos marrón claro escanean el espacio que hay a mi espalda, como si estuviera catalogando cada detalle antes de centrarse de nuevo en mí—. Llegar al fondo de la cuestión.

—«Llegar al fondo de la cuestión», ¿eh? —Suelto un silbido bajo que me recuerda un poco demasiado a algo que haría Yates—. Bueno, eso puede llevar un tiempo. Cabo Masacre no es el pueblo más sincero del mundo.

—Sí. Eso ya lo sé. Por cierto —dice, y se mete la mano en el bolsillo interior de la chaqueta. Saca un trozo de papel doblado. Ya sé lo que es antes de que me lo pase por encima de la mesa—, por casualidad no sabrás quién es esta mujer, ¿verdad?

Cojo la foto, le lanzo al chico una mirada suspicaz.

—¿Eres poli o algo?

—Estoy con los Buscasabuesos. —Me dedica una sonrisa recelosa, a juego con mi gesto interrogante—. Es un colectivo de investigadores *online.* Nos especializamos en resolver casos fríos. Creemos que esta mujer tiene algo que ver con el motivo que trajo aquí a mis amigos Sam y Vinny.

Miro la imagen de Harper alejándose de la cámara, la misma que estaba en el canal de Discord. Cada segundo que pasa tengo que esforzarme para no arrugar el papel con mi puño de hierro.

—No puedo decir que la conozca, no. ¿De dónde ha salido la foto?

—La tenía Sam —dice inexpresivo, como si no estuviera dispuesto a compartir más sobre los métodos poco ortodoxos de su líder caído. Quiero preguntarle cómo ha conseguido la imagen… si Sam se la envió antes de morir o si la ha obtenido por otra fuente, pero no lo hago, no me gustaría levantar sospechas fisgoneando demasiado.

—¿Se la has enseñado al sheriff?

A Tylor se le oscurecen los ojos.

—No, es que… —Mira a su alrededor antes de volver a centrar la atención en mí—. No estoy seguro de que lo que sucedió entre Sam y Vinny fuera como dice. Y tampoco de que se pueda confiar en él.

—¿Por qué no?

—Los conocía desde hacía años —explica Tylor; me clava los ojos en los míos como si me rogara empatía—. El año pasado resolví un caso con ellos. Sé cómo trabajaban juntos. Es que no me imagino un

mundo en el que se volverían el uno contra el otro como afirma Yates. No sé… —No termina la frase. Sacude la cabeza—. A lo mejor quiere barrer debajo de la alfombra para no perder a los turistas. Pero hay algo que no encaja.

Miro una última vez la imagen de Harper y se la devuelvo a Tylor. Tengo que luchar contra todos los instintos de mi cuerpo para no hacerla pedazos y metérsela por la garganta hasta que se asfixie. Tiene razón en que Sam no murió como Yates parece creer, por supuesto. Y no puedo negar que siempre me ha resultado bastante extraño que Vinny atacara a un sheriff con tanta brutalidad. Hay algo que sí que parece fuera de lugar. A pesar de que Sam me esposara y me apuntara con la pistola, no me dio la sensación de que quisiera matarme… solo conseguir la fama con mi muerte.

—Bueno —señalo con la cabeza el papel que Tylor se guarda en el bolsillo—, me temo que no puedo ayudarte con esa mujer. Pero te puedo incluir en el turno de voluntarios. Sígueme.

Encabezo la marcha hacia el mostrador de registro y me detengo delante de Maddison, la joven camarera de la cafetería que se ha estado encargando de la lista de voluntarios.

—Tengo uno nuevo para ti, Maddison. —Señalo hacia el hombre que tengo al lado—. Este es Tylor…

—Knightsbridge —dice él y por un instante me quedo inmóvil.

KnightofTruth; una luz se enciende en los oscuros recovecos de mi mente.

—Tylor Knightsbridge —repito. Muestro lo que espero que sea una sonrisa encantadora cuando Maddison pasa la mirada del uno al otro, intentando averiguar por qué esto ha sido raro.

Aunque estoy desesperado por clavarle los dedos a Tylor en el cuello y arrancarle la columna vertebral, necesito transmitir confianza, así que suavizo la sonrisa y dejo que se me escape un poco el acento al decir:

—¿Por qué no lo pones con el grupo de Simmons Loop? Les vendría bien una mano extra.

—Por supuesto, Nolan —dice Maddison, y el rubor le sube a las mejillas.

Me vuelvo hacia Tylor.

—Tengo que seguir con lo mío, pero estás en buenas manos. Gracias de nuevo por unirte a la búsqueda, sobre todo teniendo en cuenta las circunstancias.

No me quedo el tiempo suficiente para procesar lo que sea que haya respondido Tylor. Le doy una palmada en el brazo y me alejo para perderme en el caos de la muchedumbre.

Los voluntarios y sus preguntas. Los periodistas acechando como buitres. El olor a perritos calientes y café amargo. Por una vez, hasta estoy agradecido de que la señora Evanston haya traído a ese perro incansable. Quiero distraerme de Vivian y de Tylor y del resto de mierda que parece amontonarse a mi alrededor. A lo mejor me encantaría dejar de preocuparme un ratito sobre cómo sacarle a Harper el tema de que es posible que Arthur matara a su mujer.

Por desgracia, no funciona.

Durante el tiempo que me paso dándole vueltas a cómo abordar el asunto, me doy cuenta de que nunca esperé enamorarme de alguien tan complejo y tan amortajado en secretos. Sus propios secretos. Los del pueblo. Los de su mentor. Incluso los míos. Por alguna ingenua y absurda razón, pensé que el amor sería fácil… un río tranquilo que serpentea por la vida. No una tormenta en medio de la noche que te destroza. La mayoría de los días, no sé si estoy en el buen camino o rumbo a mi condena.

Es lo último que pienso cuando agarro el pomo de la puerta y entro en casa.

Me recibe la música y el olor a comida que se mezcla con el incienso que arde junto al tablero de ajedrez. Harper está cantando en la cocina. Dios, canta fatal, pero no le importa. Me encanta eso de ella. Morfeo está haciendo ruiditos en la ventana abierta mientras ella le deja un trozo de cecina sospechosa; entonces, el pájaro me ve y grazna.

—Ay, Dios —exclama Harper al darse la vuelta y verme—. Casi me matas del susto.

—Lo siento —respondo, suelto la mochila y me quito las botas. Voy a la cocina a saludarla con un beso antes de sacar una cerveza Blackstone de la nevera. Engullo un amasijo de nervios con el primer trago—. ¿Cómo ha ido el resto del día?

Harper se encoge de hombros. Está rompiendo las hojas de albahaca en trocitos para esparcirlas por la pizza casera que ha sacado del horno.

—He hecho todo lo que he podido para arreglar los setos. Me ha llevado toda la tarde. La primera ronda del jurado es mañana.

—Estoy seguro de que han quedado genial. —Me apoyo en la encimera a su lado y ella me lanza una mirada vacilante—. Más geniales que antes.

—Eso es muy generoso por tu parte. Y también erróneo sin duda alguna. —Harper lleva la pizza a la mesa y la sigo; cada latido es un golpe siniestro en mi pecho—. ¿Y tú qué tal? ¿Cómo te ha ido con Yates? Estaba preocupada por ti. Menuda mierda no haber podido llamarte —dice señalando la caja sin abrir del nuevo teléfono, que debe de haber llegado mientras yo estaba en la búsqueda—. Gracias por pedirle a Maya que me escribiera, por cierto.

—Claro. —Es lo único que consigo decir. Harper me dedica una mirada de preocupación antes de centrarse en cortar la pizza. Le doy un sorbo a la cerveza y me pongo un trozo en el plato, pero de repente se me ha quitado el apetito y me han entrado náuseas—. Estoy bastante seguro de que el tal Tylor es KnightofTruth, teniendo en cuenta que su apellido es Knightsbridge. Tienes que prometerme que no pasarás por el centro de mando hasta que se haya largado, porque es voluntario.

Harper abre los ojos como platos y las cejas le suben por la frente.

—¿En serio…? —pregunta, y asiento—. Joder. Qué suerte tuve en la tienda de Maya.

—Sí. Mucha. Y también me ha enseñado tu foto, la misma del servidor de Discord.

Harper resopla con la boca llena de pizza antes de bajarla dándole un buen trago a su cerveza.

—Como me hayas delatado, te rajo las pelotas.

Solo consigo soltar una risa débil ante su broma, pero ella parece que no se da cuenta, porque se queda mirando al centro del salón mientras masculla pensativa y en silencio.

—Con Yates bien —continúo—. Me ha preguntado si he visto u oído algo en el hostal El Cabo. Al parecer, Daryl Winkle me vio irme de allí en coche con el pelo mojado. He conseguido darle una excusa sobre que tu caldera no va bien y que me he dado una ducha en el hostal. Tengo que comprarte una nueva, por cierto.

—Puto Winkle —gruñe Harper dejando la botella con más fuerza de la necesaria—. Es que lo haría cachitos, a él y a esa guarra con la que está casado, y los metería en el Monstruo de las Galletas. Creo que le haría un favor a todo el puto pueblo.

Harper contempla el plato con mala cara, presa de esa rabia asesina tan adorable. Me acuerdo de la carta de Sarah Winkle al periódico al tiempo que corto el borde de mi pizza.

—Sí. Dudo que a nadie le importara. —Respiro hondo, como si estuviera a punto de arrancar la gasa que se ha pegado a una herida, y me lanzo a decir—: Yates también ha mencionado algo que me gustaría hablar contigo.

Ella me mira de soslayo, suspicaz. Empieza a masticar más despacio hasta que se detiene del todo.

—Lo dices como si me lo fuera a pasar pipa.

—Sí… —Un último trago de cerveza se me desliza por la garganta mientras Morfeo grazna en el alféizar de la ventana como pájaro de mal agüero. Me obligo a observar a Harper, aunque temo el dolor que podría ver en sus ojos—. Yates ha comentado algo bastante perturbador sobre Arthur. Que sospecha que estuvo implicado en la muerte de su esposa, pero que no pudo demostrarlo.

El silencio que sigue a mis palabras es como un cuchillo que se me clava en la carne. Harper no aparta la mirada, no se resiste. Apenas parpadea.

—¿Qué ha dicho exactamente?

—Solo que le preocupaba que estuvieras con Arthur. No ha especificado qué sucedió, se ha limitado a hacer alusiones. Y no he encontrado nada destacable cuando he buscado.

—¿Que has buscado? —repite, y yo asiento. Entrecierra los ojos hasta que se le convierten en dos rajas suspicaces—. ¿Cómo, si no tenías teléfono?

Contengo las ganas de alejarme de su escrutinio. No estoy seguro de por qué tengo la sensación de que he cometido un error garrafal, pero así es.

—He ido a la biblioteca.

Harper se apoya en el respaldo de la silla y me observa durante un largo y tortuoso momento. Lo único que hace es mover la cerveza muy despacio encima del posavasos; extiende la condensación con los dedos.

—¿Por qué no me has preguntado a mí?

—¿Te acuerdas de que no tenía teléfono? —le rebato, esforzándome para que el sarcasmo no se me cuele en las notas oscuras de la voz. Aun así, creo que lo percibe. La furia le arde en los ojos de acero. La agarro de la muñeca antes de que pueda cortar la pizza y me sorprende un poco que me permita sostenerla—. Te lo estoy preguntando ahora, Harper. ¿Qué pasó?

Siento que el aire se me ha quedado atascado en los pulmones. Transcurre un instante que parece quedarse suspendido cuando dice:

—Arthur mató a su mujer. Porque ella se lo suplicó.

Harper se suelta de mi agarre y se lleva la cerveza a los labios para darle un buen trago. Siento que los dedos se me tensan en la ausencia de su tacto. Sabía que tenía que haber algo tras las insinuaciones de Yates, pero no me esperaba esto. Cuando Harper

me mira a los ojos, los veo atormentados, como si fueran capaces de reflejar el dolor de Arthur.

—Vivian tenía cáncer de pecho, y la metástasis había llegado a los huesos. Él me contó que sufría tanto que no podía ni salir de la cama. Se lo rogó durante semanas hasta que por fin él cedió. —Siento que otra capa se desprende de su armadura cuando continúa—: Le dio midazolam. En el informe del forense aparecieron restos, aunque nunca lo relacionaron con Arthur. Que yo sepa, Yates ni siquiera lo intentó. Primera noticia que tengo de que sospechara algo. Al menos, Arthur me contó que nadie hizo preguntas.

A lo mejor es algo que se inventó para que Harper no se escapara de su red. O puede que sea la verdad. Pero, si lo es, ¿significa que la mujer a la que quiero corre menos peligro? ¿Y si el viejo se confunde, se queda atrapado en el eco de un recuerdo e intenta hacerle daño a Harper? ¿O si le exige que haga algo que ella no es capaz de soportar?

—¿Por qué iba a mencionármelo Yates si no trató de relacionar a Arthur con la muerte de Vivian?

—No lo sé —responde sin más.

—Quizá fue como dijo y ni siquiera había pruebas suficientes para empezar a investigar. Y está preocupado por ti. Porque yo también lo estoy. —Apoyo la mano en la suya y, esta vez, aunque intenta soltarse, no le permito que se escape—. Arthur es un hombre brillante y capaz. Y también peligroso.

Harper endereza los hombros.

—No para mí.

—¿No? —pregunto, y ella sacude la cabeza—. ¿Nunca?

Esta vez se queda quieta y sé que debe de haber algo que no está dispuesta a compartir.

—Fue peligroso para ti cuando me manipuló para que le diera su bolsa de asesino. La misma que tú estabas guardando porque eras consciente de que podría hacer algo imprudente. Y entonces él fue e hizo justo lo que tratabas de evitar que hiciera. —Me acerco un poco más y ella la baja la mirada—. Es por eso por lo que estamos

metidos en todo este embrollo de búsqueda y rescate, ¿recuerdas? Te puso en medio de todo eso de lo que has estado intentando escapar.

Harper niega con la cabeza.

—No es eso —susurra; me mira a los ojos solo un instante. El desafío de su mirada queda cubierto por un brillo atormentado—. Lo que le hizo a Evanston fue un error. Lo entiendo. Soy consciente del riesgo en que nos ha puesto a todos. Pero me necesita y no lo voy a abandonar.

—No intento hacerte daño —digo, y ella se muerde el labio como si estuviera obligándose a contener una respuesta mordaz—. Pero ¿y si algún día te confunde con Vivian? ¿O con otra persona? —Le suelto la mano para apartarle el pelo de la cara con la caricia más leve y ella cierra los ojos por un segundo—. Él es consciente de que está perdiendo recuerdos. Su identidad. Sabe que no hay cura. ¿Y si te pide lo mismo que Vivian le pidió a él? ¿Cómo te sentirías?

Harper se está desmoronando delante de mis ojos; tiene las cejas arrugadas y el ceño fruncido mientras mira nuestras manos. Se esfuerza por no llorar. Y me siento culpable por ello. Quizá pensó que cenaríamos pizza y tomaríamos unas cervezas y veríamos ese concurso de la tele tan adictivo y que tanto le gusta. No que tendría que escucharme soltar de manera tan cruda todas las cosas que seguro que a ella también le preocupan. Pero no soporto la idea de que se quede atrapada en las promesas que le hizo a un hombre que podría estar manipulándola en todo momento.

Me levanto, sin dejar de tocarla, y me agacho para envolverla entre los brazos.

—Lo siento —susurro, aliviado de que me pase las manos por la espalda—. Sé cuánto te preocupas por Arthur. Pero tiene la capacidad de hacerte daño en muchos sentidos. Y eso me cuesta, Harper. De verdad que sí.

Ella no dice nada. No asiente, no se mueve. Tampoco me suelta, hasta que no pasa un buen rato y la pizza está fría y la cerveza se ha calentado bajo el aire húmedo del verano que entra por las

ventanas abiertas. Cuando por fin vuelvo a sentarme, tengo la impresión de que le he abierto otra herida a una mujer que ya cuenta con demasiadas cicatrices.

Recogemos la cena sin haberla terminado. Ponemos *Sobreviviendo al amor,* aunque no lo vemos. Vamos a la cama, y no nos dormimos hasta que hemos pasado un buen rato en silencio.

Cuando por fin oigo que Harper respira profundamente a mi lado y se desliza en los sueños, me quito su mano del pecho y la dejo sobre la cama, donde debería estar mi cuerpo.

Me quedo de pie junto a su forma dormida, observándola un instante, y entonces me marcho.

MADURAR

Harper

Mi móvil vibra en la mesita de noche. Medio inconsciente, rechazo la llamada sin molestarme en comprobar quién es.

Pero no pasa nada, porque solo es el asesino en serie anciano más persistente del mundo.

Deslizo el dedo por la pantalla para aceptar la segunda llamada de Arthur y le gruño un «hola» grave al teléfono.

—¿Por qué estás dormida? —exige saber.

Miro el reloj y luego compruebo el móvil como si aquel pudiera mentir.

—No son ni las seis de la mañana, Arthur. A esta hora sueles estar roncando.

—Yo nunca ronco.

—Eso díselo a los Christina Ricci.

—Harper… —Los insultos que masculla se interrumpen cuando me aparto el teléfono de la cara y bostezo. Entiendo algo sobre una desgraciada incompetente mientras me froto los ojos y me desperezo; luego me vuelvo a acercar el móvil al oído—. Es 7 de julio. Hoy es la primera ronda del jurado del concurso de jardinería.

—No van a venir hasta la una en punto, Arthur. Ya he limpiado los setos. —Y es cierto. Me llevó toda la tarde. No fue tarea fácil intentar que cada uno de ellos tuviera una forma de pelota razonable. Al menos ya no parecen pollas, supongo.

—Ya lo sé. Están…

Torcidos. Horribles. Una maldición para la humanidad. Estoy preparada para que diga todas las opciones, pero para lo que no

estoy preparada es para «magníficos».

Me enderezo y me paso una mano por el pelo desaliñado; me sigue resultando raro llevarlo tan corto.

—Son redondos y ya.

—¿De qué estás hablando? Los estoy viendo ahora mismo. El alce…

—Arthur, te digo esto con muchísimo amor, pero ¿te has equivocado de pastillas? ¿Sigues durmiendo? ¿Es posible que tengas sueños lúcidos?

—Por Dios santo, Harper. Tú ven a verlos. Y trae café. Pero nada de esos cafés con leche aguados. Trae un expreso de verdad.

Tras decir eso, me cuelga.

—Por Dios.

Me levanto de la cama y me visto antes de bajar las escaleras para empezar con mi rutina matutina. Nolan ya ha preparado la cafetera y la ha dejado en los fogones, como hace todas las mañanas desde que decidió que se mudaba. Y siempre me deja una notita.

Buena suerte hoy. Intenta no enviarle una tarta de dedalera a Sarah Winkle.

Suelto una carcajada. Mi sonrisa se vuelve un gesto nostálgico cuando paso un dedo por encima del dibujillo sencillo a boli que ha hecho de unas dedaleras. En realidad, no ha sido una noche fácil después de que me dijera que le preocupa si estoy a salvo con Arthur. Hubo momentos en los que quise replicar con dardos afilados. «Tú no lo conoces como yo. Tú no eres de aquí. Esto ya ha sido bastante duro». No obstante, la verdad es que sí creo que Nolan lo está haciendo lo mejor que puede. Aunque la tensión que no hemos expresado se cierne sobre nosotros como un velo, algo cálido me brota en el pecho al mirar su nota. No es un callejón sin salida. Es un tira y afloja para ver cómo podemos coexistir en el

mismo tablero cuando en realidad no entendemos muy bien el juego.

Doblo el papel y lo guardo en el cajón que hay al lado del armario de las especias, con el resto de notas que he ido conservando.

Nolan ocupa mis pensamientos durante una versión abreviada de mi rutina mañanera mientras se hace el café. Cuando está listo, sirvo el expreso para Arthur, me preparo para mí un café instantáneo bastante mierda y me llevo las dos tazas al jardín trasero de la casa; Arthur me espera junto a la verja.

—¿Te has cortado el pelo? —pregunta cuando cruzamos la puerta principal del jardín de la finca.

Una punzada de angustia se me cuela entre las costillas, una puñalada en el corazón. Me ha visto varias veces desde que me lo corté y tenía las esperanzas muy arriba, porque no comentó nada en las últimas visitas que le hice. Creía que ya no era novedad. Que sería algo que recordaría, incluso al final del día, ya que los atardeceres le cuestan y los síntomas empeoran.

—Pues sí, me he cortado el pelo.

—Te queda bien —dice, y asiente una vez—. Aunque está claro que has usado la podadera de setos.

—Ja, ja —respondo mientras un destello se le ilumina en los ojos nublosos—. Veo que esta mañana estás muy animado.

—La verdad es que sí. Has hecho una obra de arte.

Nos detenemos en el borde del jardín de la mansión. Arthur extiende los brazos y gira sobre sí mismo poco a poco; la cabeza de lobo de su bastón le enseña los dientes a la exposición de criaturas del bosque. Hay un oso y un osezno junto a la entrada principal. Un cisne en el centro de la glorieta. Un zorro sentado entre las hortensias, observando a la ardilla que hay cerca de la fuente. Y delante de nosotros, en lo alto de la colina, se encuentra un alce majestuoso, tal y como Arthur quería.

—Has hecho un trabajo ejemplar, Harper. Realmente ejemplar.

—Eh… —Ya está. Eso es lo único que consigo decir. Una capa de lágrimas me nubla la vista. Arthur me estudia como si fuera una

máquina estropeada. Me saco el móvil del bolsillo y empiezo a escribir un mensaje. Primero a Lukas.

> Por favor, dime que has sido tú el que ha arreglado todos los setos de mierda mientras dormía…

Y su respuesta es casi inmediata.

> ¿Se suponía que lo tenía que hacer?

> Lo digo en serio.

> Y yo también…

Se me escapa un gimoteo cansado; los hilos de mi fuerza de voluntad se rompen uno tras otro. Me sorbo la nariz y me seco los ojos con el dorso de la mano antes de hacer una llamada.

—Ey —dice Nolan, que responde al segundo tono—. Qué temprano te has levantado…

—¿Has arreglado tú los putos setos? —suelto.

—Eeeh… bueno… el de lo alto de la colina parecía que eran dos pollas y luego eran dos bolas que daban mucha pena, así que se me ocurrió que era mejor reemplazarlos. De hecho, empecé a trabajar en ello hace un tiempo, cuando las dos vergas todavía tenían forma de alce demoniaco, pero ¿acaso hace falta llevar la cuenta?

—Sí que la llevas.

—Vaya que sí. Mi alce es una puta obra de arte.

Las lágrimas se me escapan y le doy la espalda a Arthur mientras él me llama preocupado.

—¿Y la ardilla? —pregunto.

—Me pareció que quedaba mejor que el trapezoide derretido que habías hecho.

—¿El zorro?

—Mira, creo que tenemos que trabajar en tu destreza a la hora de podar setos. Quizá puedas apuntarte a un curso. En serio, parecía algo satánico antes de que lo convirtieras en otra esfera torcida. Que, en cierto modo, también tenía pinta satánica.

Me río, pero él todavía pilla esas notas de angustia enterradas en el sonido.

—¿Cómo? —consigo decir al fin—. ¿Por qué…?

—Les pedí a los Bobs que me echaran una manilla. Bobby me dejó hacerlos en su casa y Bert me ayudó a traerlos con el camión. Bob se ha pasado toda la noche reemplazándolos conmigo. La unión hace la fuerza, ¿sabes? —Casi lo oigo encogerse de hombros al otro lado de la línea, esa indiferencia ensayada de sus gestos cuando intenta fingir que algo no es para tanto—. En cuanto al porqué, sé cuánto significa para ti el concurso de jardines. Pensé que los nuevos setos te harían feliz.

Los setos no me hacen feliz. Nolan me hace feliz. No solo porque me deja notas por la mañana o me prepara el café o se pasa no sé cuántas horas podando setos para hacer una puta ardilla porque sabe que es importante para mí. No es solo porque esté dispuesto a tener conversaciones difíciles o que se arriesgaría por mí. Es todo lo que tiene que ver con él. La oscuridad. La luz. Los puntos en los que se cruzan. Son incluso esos malditos hoyuelos asesinos. Es saber lo difícil que es arrancarle una risa. El modo en que se siente mi corazón cuando se ríe.

Levanto la vista al maldito alce majestuoso; el sol del amanecer se le cuela entre las astas y se vierte en mis lágrimas y entonces me doy cuenta de que estoy enamorada de Nolan Rhodes.

—Eso… ha sido un detalle muy bonito —consigo decir; apenas controlo la voz—. Yo, eh… gr-gracias…

—¿Estás bien?

—Sí, tengo que colgar —suelto de una, y corto la llamada.

Me quedo mirando fijamente la pantalla mientras se oscurece. Las palabras estaban justo ahí, las tenía en la punta de la lengua, hasta notaba su sabor dulce. Casi se lo digo… Quería decírselo…, pero, si

las pronuncio, ¿cómo evito que me roben lo que siento? En el pasado fue tan fácil decir «te quiero», cuando no me daba cuenta de que era igual de fácil que te destrozara perder a la gente que te importaba.

Cada vez que lo he dicho en voz alta, lo he perdido. No creo que pueda soportar perderlo a él también.

El móvil me vibra en la mano; las lágrimas caen sobre el cristal mientras leo el mensaje.

> Te quiero, Harper. Aunque nunca puedas decírmelo.

Me aprieto el teléfono contra la frente y las fisuras de mi corazón se abren un poco más y luego me deshago en un torrente de lágrimas.

—Harper —me llama Arthur y me giro al escuchar su voz. Apoyo la cabeza en su hombro y me pasa un brazo frágil a la vez que me da palmaditas en la espalda—. Mi querida Harper. ¿Qué pasa?

Me aferro a él, sollozando contra su chaleco de cachemira.

—No he podido evitarlo.

—¿El qué no has podido evitar?

—Enamorarme de él.

—¿Enamorarte de quién?

—De Nolan —respondo llorando aún más fuerte.

—Ah, el del teatro. Iba a cortarle las manos —dice y asiento contra su hombro. En cierto modo, duele aún más que lo recuerde—. Pero cuando él te sostenía, tú te estabas apartando.

El poco control que me queda se me escapa.

Tiene razón. Nolan me hizo revivir como un ciclón, pero también es la luz en la tormenta. El faro al que aferrarme en aguas turbulentas.

—Estás asustada —continúa Arthur, que me da otra palmadita paternal después de permitirme llorar un buen rato contra su cachemira—. Tienes todas las razones del mundo para estarlo. Yo también tenía miedo.

—Tú no le tienes miedo a nada —digo, y consigo controlarme lo suficiente para apartarme y mirarlo a los ojos.

—Sabes que eso no es cierto. Tenía miedo de enamorarme. Tengo miedo de perder esos recuerdos. Tengo miedo de haber fallado, de no haber hecho lo suficiente para proteger a gente inocente, porque no pude encontrar a La Pluma. Tengo miedo de estar volviéndome peligroso yo también. De perderme a mí mismo cada día. —Me pone una mano cálida sobre el reguero de lágrimas que me cae por la mejilla. Forma una línea firme con los labios mientras intenta controlar el brillo que se le acumula en los ojos—. Tenía miedo de querer a otra hija cuando ya me habían arrebatado una. Tengo miedo de olvidarte, mi Harper.

Me aferro a los brazos de Arthur. Noto el hueso. Apenas queda ningún músculo ahí. He visto las fotos de cuando era joven. Un hombre esbelto, fuerte, férreo. Soy incapaz de detener el lento e implacable paso del tiempo, pero sí que hago una promesa que sé que puedo mantener.

—Si algún día me olvidas, yo te recordaré. Y nunca te olvidaré.

Él asiente temblando y, al hacerlo, una lágrima se le cae de las pestañas, la cual se lleva la poca compostura que había conseguido recuperar sobre mí misma, y vuelve a abrazarme. A lo mejor se ha ablandado con el tiempo y la enfermedad, si bien, solo hasta cierto punto. Se aparta un ratito después. Se aclara la garganta y su voz retumba con gravedad cuando dice:

—Manos a la obra.

Me da una última palmadita en el brazo y se va hacia el cobertizo, dejándome espacio para que me recomponga mientras él también se toma un momento para hacer lo mismo. Tarda más de lo que debería en rebuscar en la caseta para localizar la cesta de guantes y las tijeras de podar que están junto a la puerta. Cuando regresa, siento que otro vínculo nos ha vuelto a unir. Como si hubiera encontrado de repente algo que había desaparecido, aunque a lo mejor siempre lo había tenido en la mano.

Y entonces hacemos lo que ha dicho Arthur: nos ponemos manos a la obra.

Pero su definición de «ponernos manos a la obra» es más bien «Harper trabaja mientras Arthur supervisa y masculla entre dientes». Sin embargo, disfruto cada minuto que paso con él en el jardín. Desbrozo, podo, rastrillo y cubro con mantillo, y Arthur se queda a mi lado todo el tiempo, hablando sobre los planes que tiene para el año que viene y sobre unos setos aún más grandiosos. Cuando llega la hora de la comida, estoy segura de que hemos hecho todo lo que podíamos para asegurarnos de que entramos en la final del concurso.

La primera ronda del jurado siempre es la más fácil. Solo vienen el presidente de la asociación de jardinería, un hombre agradable que se llama Don y al que parece que Arthur le cae bien, y un par de miembros del consejo municipal que no tienen mucha influencia. En realidad, esta ronda solo es para descartar los jardines que no tienen demasiado lustre para que la alcaldesa no tenga que juzgar cincuenta jardines feos en la ronda final de agosto. ¿Tienes el jardín lleno de malas hierbas? No…, estás dentro. ¿Hay cacas de perro en el césped? No…, estás dentro. ¿Tus setos parecen penes? No…, sin duda estás dentro; y, siendo realistas, es probable que te acepten aunque parezcan pollas. La inspección solo dura veinte minutos y, cuando los jueces se marchan, llevo a Arthur a la mansión para que disfrute de esa siesta en el sillón reclinable que se tiene más que merecida.

—¿Sabes…? —dice mientras lo acomodo—. Podría matarlo, si quieres.

Le pongo la manta sobre las piernas y le dejo el móvil cerca.

—¿A quién?

—Al señor Rhodes.

—Creo que estoy bien, gracias.

—Parece que te gustan las manos, así que podría cortarlo justo por la cintura y así te las quedas. Incluso podrías alimentar a esa

horrible alimaña que llamas «mascota» con sus entrañas. —Arthur baja las cejas y muestra una expresión fiera—. Rata del aire infecta.

—Eres un gran amigo. —Me agacho y le doy un beso en la mejilla—. No te acerques a mi rata del aire.

—Date una ducha. La necesitas.

Me alejo hacia la entrada de la sala.

—¿Por qué no me das una patada en el culo con tus Christina Ricci? —Giro la cabeza para guiñarle un ojo antes de desaparecer en el pasillo.

Todavía no he llegado al vestíbulo cuando responde con una retahíla de insultos desfasados y mi corazón ocupa más espacio en el pecho que ayer.

Me paso un rato vagando por la casa principal, haciendo cosas que a Arthur le cuesta hacer por sí mismo. Limpiar las telarañas polvorientas del saliente de la entrada y del antiguo despacho en el que rara vez entra, cambiar la bombilla de uno de los apliques que hay junto a la puerta, cubrir una raja que se ha abierto en la base de la ventana del vestíbulo. Cuando por fin vuelvo al jardín trasero, Morfeo está en su comedero, arrancándole una tira a un pedazo de carne que tiene atrapado entre las garras. Cloquea tres veces a modo de saludo y me acerco tan despacio que me deja que le acaricie las plumas que le brillan en la cabeza.

—Tiene una pinta deliciosa, pájaro asesino —digo mientras le da otro picotazo a su premio—. ¿De dónde has sacado… lo que sea eso?

—Asesino —responde mi propia voz.

—Tiene sentido. ¡Que aproveche!

Le acaricio las plumas una última vez y voy hacia la casa.

Es extraño volver a casa y sentir la ausencia de Nolan cuando no está por aquí. Este sitio siempre lo he sentido como mi hogar, pero en realidad no lo es. No tengo nada asegurado. Ni siquiera pago alquiler. Una vez Arthur fallezca, podrían ponerla en venta, que yo sepa, a pesar de que me haya dicho que me ha incluido en su testamento.

Pero, en cierto modo, desde que Nolan se ha mudado, esa sensación de hogar ha cambiado. Ya no siento que es la casa de otra persona y yo la he cogido prestada. Siento que es nuestra. Nuestro sofá en el que nos sentamos a ver *Sobreviviendo al amor,* donde Nolan finge que odia a mis parejas favoritas hasta que uso la ventaja de las cosquillas para sonsacarle la verdad. Nuestra cocina donde cocinamos juntos y hablamos sobre la búsqueda y todas las cosas que nos asustan. Nuestro dormitorio donde follamos en la oscuridad, donde me tira del piercing de los pezones o me azota el culo o me muerde la carne hasta que le suplico que me suelte.

Y cada día que pasa, tengo más ganas de decirle cómo me siento en realidad.

Me quito las botas de trabajo de una patada y echo a andar hacia el baño para darme una ducha, todo ello mientras pienso en cómo pronunciar esas palabras en voz alta. Pero oigo un ruido en la puerta principal. Retrocedo y corro hacia la entrada, quito el pestillo y abro, esperando ver a Nolan al otro lado.

No es él.

El sheriff Yates está de pie en mi puerta, con una navaja suiza de colorinchis agarrada; tiene sacado el destornillador y levantado hacia mí.

—Joder —digo llevándome la mano al pecho—. Me ha asustado.

—Lo siento muchísimo, señorita Harper. —Desvía la mirada a la herramienta y la baja antes de cerrar la barra de metal; luego se guarda la navaja en el bolsillo que tiene en el cinturón—. Me he fijado en que la aldaba estaba un poco suelta. Se me ha ocurrido apretarla antes de que se estropee la puerta. No pretendía asustarte.

Miro la cabeza de león de latón, el aro que la bestia tiene entre los dientes. No recuerdo que estuviera suelta. Tampoco la uso nunca, y la gente que viene de visita, menos. A lo mejor es que no tengo muchas visitas o sienten que es demasiado fuerte y anticuada y por eso no la utilizan. Le doy un toquecito con el dedo; ahora parece que está bien sujeta.

—Gracias, es todo un detalle —digo con una sonrisa forzada.

—Encantado de ayudar. —Yates se quita el sombrero y se pasa una mano por el pelo corto y gris—. ¿Te importa que entre un minuto?

—Eeeh, claro. —Abro del todo la puerta y me aparto del umbral—. Pero, si busca a Nolan, está con sus cosas de búsqueda y rescate.

El hombre ensancha la sonrisa, como si intentara tranquilizarme, aunque me da la sensación de que en cierto modo está disfrutando de tenerme en vilo. Llevo cuatro años en Cabo Masacre y esta es la primera vez que me quedo a solas con él. Aunque Arthur y yo hemos hablado muchas veces de la suerte que es que resulte ser un incompetente en su trabajo, no deja de ser perturbador recibir al sheriff del pueblo en mi casa.

—Ah, ya lo sé. Está bastante ocupado. —Yates entra y observa el salón—. Por lo menos, de momento.

Se dirige hacia el tablero de ajedrez, ajeno a la flecha que me acaba de clavar en el pecho. A menudo se me pasa por la cabeza que Nolan se marchará de aquí, pero no hablamos mucho sobre ello, aunque la búsqueda podría alargarse de manera indefinida para mantenerlo aquí. En cambio, si no es el caso, ¿qué ocurrirá con nosotros? ¿Un fugaz amor de verano? ¿Una futura relación a distancia? ¿Otro atropello que nos lleve a la casilla de salida antes de volver a separarnos?

—¿Juegas? —pregunta Yates sin darse la vuelta; se cierne sobre el tablero con las manos agarradas a la espalda. Me da la sensación de que esta visita inesperada tiene un objetivo claro que no es hablar de ajedrez. Es como si me hubieran lanzado al tablero con él y ahora me veo obligada a jugar.

—Antes sí. —Reprimo las ganas de pedirle que no toque las piezas cuando desentrelaza los dedos y extiende la mano. Sin embargo, no va a por las piezas. Agarra la caja de palo santo que hay junto al quemador de incienso y la olfatea—. ¿Usted sí?

Yates gira la cabeza y me dedica una amplia sonrisa.

—De vez en cuando.

Respondo con una sonrisa fugaz y asiento; contengo el impulso de arrancarle la caja de las manos. A lo mejor nota lo cabreada que estoy o es solo coincidencia, pero la deja en su sitio.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber? Tengo café, agua, ¿cerveza?

—¿Sabes? No me importaría tomarme una cerveza. Técnicamente esta tarde no trabajo. Es mi aniversario. Tengo que quitarme el uniforme y llevar a Fiona a cenar.

—Felicidades. —Voy hacia la nevera y saco dos botellines de la Blackstone que tanto le gusta a Nolan—. ¿Vais al Bruma Nocturna?

—Cómo lo sabes. —Yates asiente para darme las gracias cuando abro el botellín y se lo paso. Le da un trago y luego aleja la botella para examinar la etiqueta—. Es cerveza de la buena. De la fábrica de Tennessee, ¿eh?

—Sí. La favorita de Nolan.

—Vaya —dice y le da otro tiento—. El chico tiene buen gusto. —Yates me lanza una sonrisa breve, pero no le llega a los ojos—. Hablando del Bruma Nocturna, siento si te puse en una mala posición con Rhodes el otro día cuando mencioné que creía que Jake te había llevado a cenar allí.

Le doy un traguito a la cerveza; uso esta escueta pausa para organizar mis pensamientos. Estoy bastante segura de que lo ha nombrado para volver a sacar el tema y los nervios se me acumulan en el estómago.

—No pasa nada, no le molestó.

—¿Estás segura?

No. En absoluto.

—Sí.

—Rhodes parece protector hacia ti…

Me siento en el sillón mientras Yates se acomoda en el sitio favorito de Nolan en el sofá. No encaja aquí sentado. Demasiado oficial. Demasiado desconcertante. Pero él se reclina en los cojines como si fuera su lugar de toda la vida.

—¿Eso cree?

—¿Tú no?

«Por supuesto que sí, joder… el tío está obsesionadísimo conmigo. Y me encanta».

Me encojo de hombros bajo el peso de la mirada escudriñadora de Yates.

—Supongo que nunca lo había pensado.

Él asiente, aunque no es para darme la razón. O no está de acuerdo con esta respuesta tan poco comprometedora o no me cree. A lo mejor ambas opciones.

—No hay ninguna posibilidad de que te acuerdes de algo más de lo que hablaste con Jake cuando lo viste, ¿verdad? ¿No sabes adónde iba o qué estaba haciendo?

—No. —Finjo decepción—. Lo siento.

—El maldito era incapaz de no meterse en líos. Primero lo de conducir borracho, luego sus pinitos como Peeping Tom. Menudo desperdicio. —Yates pasa la mirada del ajedrez a mí—. ¿Sabías eso?

—Sabía lo de que conducía borracho —confirmo y reprimo las mentiras que estoy tentada de soltar con un trago de burbujas amargas.

—Bueno, digamos que me alegro de que hayas acabado con un buen chico como Rhodes. Aun así…, espero que Hornell aparezca por arte de magia después de pasarse un par de semanas de jarana o que los grupos de búsqueda encuentren algo. Al menos me gustaría cerrar un asunto pendiente. —Suelta un suspiro profundo, como si esto solo fuera un inconveniente que interrumpe su verano de pesca—. Menuda putada, ¿verdad? Gente que se cae por un acantilado y se ahoga en el mar. Ese pirado de Meschino me apuñala en el hombro después de matar al señor Porter. No hay ni rastro de Evanston ni de McMillan ni de Hornell. Y el tal Mahoney… He estado en contacto con las comisarías de los condados vecinos, pero parece que nadie ha encontrado pistas sobre él. Bueno, aparte de que tiene antecedentes penales porque se comportó de una forma muy turbia con algunas mujeres en otros estados.

—En fin, al menos Nolan tiene mucha experiencia con las desapariciones —digo. Yates se pasa los dedos por las arrugas de la frente—. Estoy segura de que tarde o temprano acabará apareciendo algo.

El hombre asiente y me dedica una leve sonrisa de cansancio.

—Sin duda su jefe lo tiene en muy alta estima, por lo que he hablado con él. Ha sido muy generoso permitiendo que Rhodes se quede por aquí y nos eche una mano. Estoy convencido de que están deseando que regrese al trabajo, teniendo en cuenta la temporada y tal. Espero que podamos dejar que vuelva a casa en un par de semanas. —Yates levanta el botellín hacia mí a modo de brindis, quizá para romperme el corazón—. ¿Seguiréis juntos cuando se marche?

Le doy un trago a mi cerveza solo para evitar estampársela en la cabeza. Quiero decirle que no es asunto suyo. Pero no se lo digo, claro. Lo que sí hago es responder una vez más con sinceridad:

—No lo sé.

—Ya, lo entiendo. Esas relaciones a distancia pueden matar a cualquiera. —Cuando me mira a los ojos, me ofrece una sonrisa comprensiva. A lo mejor es consciente de que lo que ha dicho se me ha clavado entre las costillas como una puñalada. A lo mejor no. Pero retuerce el cuchillo al añadir—: ¿Cómo va Arthur con los síntomas del alzhéimer? Max mencionó que Lukas estaba barajando algunas residencias para llevarlo.

—Está bien, gracias —respondo—. La verdad es que ha mejorado desde que estuvo ingresado en el hospital.

Yates suelta un silbido bajo y sacude la cabeza antes de darle un buen tiento a la botella.

—No logro imaginar a Arthur Lancaster en una residencia, eso lo tengo claro. —Suelta una risita; desvía los ojos para mirarme. Casi parecen del mismo tono que los míos bajo esta luz y, por alguna razón, me resulta inquietante—. Me imagino que mantendría entretenidos al resto de pacientes y al personal. Seguro que tiene muchas historias que contar. Ha visto de todo en Cabo Masacre.

—Sí… Lleva aquí mucho tiempo.

Yates sonríe y esta vez parece que se le iluminan los iris con un destello que la mayoría de las veces no está ahí.

—Por supuesto. Dile que no se preocupe, que esos dichosos investigadores no van a husmear por aquí. Si vuelven, los mantendré ocupados. —De repente, se le ensombrece el gesto—. Qué pena lo de su hija. Supongo que no vendrá mucho por esta casa, ¿no?

—No. —Dejo el botellín sobre un posavasos; observo la condensación que se acumula en la base mientras la giro despacio—. No viene mucho.

—Me lo suponía. Quizá sea lo mejor, teniendo en cuenta que no me parece que Rhodes sea muy fan del viejo. Bueno —Yates también deja su cerveza, luego se da una palmada con las manos en las rodillas y se levanta antes de que pueda preguntarle qué quiere decir—, será mejor que me vaya. Después de todo, tengo una cita tórrida con la señora Yates. Gracias por la cerveza.

—No hay de qué.

Parece que mi corazón deja de intentar saltarme a la garganta cuando me pongo de pie y sigo al sheriff a la puerta. Una parte de mí desea poder escribirle a Nolan y contarle esta conversación. Pero otra sabe qué camino va a tomar como se lo cuente. Dudo que el sheriff Yates llegara vivo a mañana y entonces el caos sí que se apoderaría de Cabo Masacre.

—Oye —dice el hombre mientras abre la puerta—, ¿sería posible que me prestaras un par de días esa trituradora de madera que tienes? He venido con la camioneta… Me la podría llevar ahora, si no te importa.

Mi corazón duplica sus esfuerzos por salírseme de la boca.

—Eeeh… Va por TDF, no es de gasoil.

—No pasa nada —insiste con una sonrisa imperturbable—. Le puedo pedir el tractor a Bert. Tengo unos cuantos maderos secos que necesito hacer picadillo.

—Claro. Déjame que se lo comente a Arthur. Quería que me deshiciera de los setos fallidos que acabamos de reemplazar. —La

mentira me sale sola, pero me preocupa que, aun así, Yates se haya fijado en el breve instante de duda en mi voz; cada sílaba me ha parecido fuera de lugar. Sobre todo porque toda esta visita me ha puesto nerviosa. Este hombre parece más observador de lo que creí en un principio. Más… mordaz, como si fuera un depredador que hiere a su presa sin estar preparado para matar. *Todavía*—. Te avisaré en cuanto acabe.

Yates se pone el sombrero y asiente, extiende los labios un poco más hasta enseñar las puntas romas de los caninos.

—Te lo agradezco mucho, Harper —dice.

Se levanta ligeramente la visera del sombrero y se marcha.

DRAGAR

Harper

El sol brilla implacable sobre la calle principal; el calor deforma el aire por encima del alquitrán. Le doy un sorbo a mi botella de agua mientras miro hacia el final de la calle y cuento las cestas que todavía me faltan por colgar.

Doce.

Un gruñido me retumba en la garganta. Me pica la frente por debajo de la gorra del festival Sabores de Terror. Tengo el cuello de la camiseta cortada empapado de sudor.

Y cuando cambio el peso de un pie a otro, soy más que consciente del *plug* anal que llevo metido en el culo.

Hay muchísimas otras movidas en las que debería centrarme, como por ejemplo que he visto al tal Tylor salir de Un Grano Náufrago con Emma, ambos con sus vasos para llevar. Van hacia la biblioteca, seguro que a unirse a la búsqueda después de la pausa para comer. Me he pasado la semana siguiéndolos, esperando que se marcharan tras la muerte de Charlie.

Pero no.

Lo que ha pasado es que los de su calaña han surgido como setas, así que me bajo la gorra cuando me acuerdo del resto de Buscasabuesos que ahora no solo se alojan en el hostal El Cabo, sino en el motel La Cabeza del León y en el *bed-and-breakfast* que hay en la calle Ortolan. Tylor los ha convocado en Discord como si fuera el puto flautista de Hamelín, los ha puesto a escarbar en la muerte de Sam y Vinny y en las desapariciones mientras Emma y él intentan sonsacar información en la búsqueda.

El vial de veneno que saqué del maletín de Arthur parece cantarme desde los confines de mi mochila. Sería muy satisfactorio echárselo a Tylor en el café y ver cómo se retuerce hasta que se vaya al otro barrio, a pesar de que lo más sensato es ceñirse al decreto de Nolan de «se acabaron los asesinatos». Un mandato al que él mismo no se sometió, lo cual es otra de las cosas a las que no dejo de darles vueltas. Todavía me reconcome la conversación que tuve hace un par de días con Yates en mi casa, sobre todo ese comentario desconcertante respecto a la actitud de Nolan hacia Arthur. Pero la verdad es que no se equivoca. Sí que me he fijado en el destello de cabreo que le cruza la mirada cuando mi mentor se planta en casa y nos interrumpe. He visto la tensión en sus manos y que las cierra en puños cada vez que me pide que me marche del pueblo y le digo que no puedo… que Arthur me necesita.

Sin embargo, ahora mismo, me siento impotente, incapaz de cambiar nada.

Lo mejor que puedo hacer es centrarme en las cosas que sí puedo controlar, como rociar al Monstruo de las Galletas todos los días con el limpiador ¡A la Mierda! y luego triturar madera de verdad, para variar, en caso de que Yates aparezca otra vez sin avisar para recoger la máquina. O terminar los preparativos del festival Sabores de Terror que se celebra el mes que viene y después volver a ocultarme como un animal enjaulado que anhela una liberación visceral. Como mínimo, mi juguete anal es una distracción estupenda frente a la borrasca que parece arremolinarse a nuestro alrededor.

«Voy a destrozar cada centímetro de ti hasta que seas mía, incluido ese culito prieto».

Carraspeo para controlar las fantasías antes de que la promesa de Nolan haga que me palpite el clítoris. Me cuesta más de lo que debería centrarme en la discusión interminable de los tres Roberts: Bob, Bobby y Bert. Al menos hasta que me doy cuenta de que están debatiendo sobre la desaparición de Jake Hornell.

—Fue Tiburónides —dice Bert, pasándose una mano por las gotas de sudor que brillan en su pelo gris alborotado. Señala a Tylor y a Emma con la cabeza antes de que doblen la esquina hacia el centro de mando—. Es lo que les conté ayer a esos dos fisgones cuando empezaron a preguntarme por Jake. Se lo llevó el tiburón. Me juego la licencia de pesca.

Bob resopla entornando los ojos.

—Acepto la apuesta.

—Nah, yo creo que Bert tiene parte de razón. Jake iba a surfear al Murb —responde Bobby haciendo un gesto con la mano más o menos hacia donde está la playa Melmurby, justo al sur del promontorio de Cabo Masacre. Desenrolla una banderola que anuncia el festival gastronómico del mes que viene y se la pasa a Bert, que la alcanza desde la escalera en la que está para reemplazar la bandera de la feria, que cuelga lánguida en el aire húmedo—. ¿Cómo sabes que Jake no fue para allá y Tiburónides se lo zampó?

—Se le encogió el pene, eso es lo que pasó —replica Bob apoyándose en el camión cisterna—. Desapareció a principios de junio. Por mucho que hoy haga un calor de mil demonios, sabes tan bien como cualquier otro que el agua no se calienta hasta agosto. Pero ¿en junio? Se le subieron tan arriba las pelotas que se atragantó.

—Hay una dama presente —objeta Bert.

—No soy una dama. —Resoplo, y me señalo las piernas, cubiertas de manchas de tierra y una capa de sudor. Intento quitarme la peor mancha con el guante de jardinería, y acabo ensuciándome más—. Por favor, continúa, Bob. Creo que estábamos hablando de pollas.

—Eso es. De un frío que encoge las pollas. Demasiado frío para surfear.

Bert baja de la escalera y entorna los ojos mientras se vuelve hacia Bob.

—Es probable que llevara un neopreno de invierno, idiota. Julio Flores surfea aquí en marzo.

—Pff —se burla Bob—. Por Dios, qué oportuno que olvides mencionar que Julio Flores sobrevivió a un accidente de paracaidismo cuando el paracaídas no se le abrió del todo y a la semana siguiente superó el récord del concurso de comer chile en el Sabores de Terror cuando todavía tenía las dos piernas rotas. Ese tío le daría un puñetazo al tiburón en toda la cara y volvería a la orilla surfeando en su cadáver. No lo puedes usar como referencia para las movidas que hace la gente normal.

—Bueno, yo sigo pensando que fue Tiburónides. Pero tienes razón en lo de Julio. Ese chaval le daría una patada a Thanos en el culo él solito.

Bobby ladea la cabeza.

—¿Quién es Thanos? ¿El nuevo camarero de La Boya y la Baliza?

—No, idiota. Es de *Los Vengadores.*

—¿Qué es eso?

—¿Los cómics? ¿Y las películas?

—Si fuimos a ver la peli, Bobby —interviene Bert—. Estábamos sentados juntos en el cine…

—Se durmió…

—Yo no me acuerdo de nada de eso…

—Mirad —dice Bert, y levanta las dos palmas hacia sus dos mejores amigos en un intento por lograr que se callen—. El caso es que a Jake Hornell se lo comió un gran tiburón blanco y Julio Flores le daría un puñetazo en toda la cara a Tiburónides en una versión real de *Sharknado* y luego Harper empezaría a salir con Julio.

El agua que estaba a punto de tragarme me sale por la nariz. Los Bobs se lanzan de cabeza a una nueva discusión antes de que yo pueda toser y decir:

—¿Perdonad?

—Tengo que admitir que yo veo a Harper y a Julio dándose el sí quiero —continúa Bob—. Pero está el tío de los setos.

—¿Qué tío de los setos? —pregunta Bert rascándose la barba de varios días.

Un largo suspiro muy sufrido se escapa de los labios de Bob.

—El turista, idiota. El de los árboles finolis que llevaste a casa de Arthur.

—Sí, idiota —suelta Bobby, que está eufórico porque al fin no es el único objetivo de las puyas bienintencionadas de Bob—. Se llama Riddick.

—¿Riddick…? —Bob resopla y sacude la cabeza mientras se vuelve hacia Bobby—. El de *Las crónicas de Riddick.* ¿Lo dices en serio, joder?

Nadie se da cuenta del rubor que me tiñe las mejillas de color carmesí. Todos están mirando a Bobby, que ladea la cabeza como un perro confundido.

—¿Qué son *Las crónicas de Riddick*?

Bob suelta un suspiro de exasperación y se pellizca el puente de la nariz antes de volverse hacia Bert, que tiene pinta de desconcertado.

—Que la chica está saliendo con el turista de búsqueda y rescate que la sacó del agua. Y no se llama Riddick, por el amor de Dios. Se llama Rhodes.

Bert se rasca la cabeza.

—¿Y eso quién lo dice?

—Cualquiera que estuviera la otra noche en El Bruma Nocturna, para empezar…

—Oooh, El Bruma Nocturna, entonces eso es serio…

—Y Rhodes, probablemente. Y Harper también si la dejarais meter baza, par de idiotas.

En cuanto la palabra «idiotas» sale de la boca de Bob, tres pares de ojos se vuelven hacia mí expectantes. Paso la mirada de un Bob a otro; me arden las mejillas.

—¿Qué…?

—¿Estás saliendo con el tal Rhodes de los arbolitos o no? —inquiere Bert.

Cambio el peso de un pie al otro y me cago en todo; el *plug* anal casi está gritando el nombre de Nolan.

—Yo… él… es, bueno…, complicado.

Bob suelta una carcajada.

—Esas son las mierdas que dice uno cuando trata de autoconvencerse de que es más informal de lo que en realidad es.

Joder. Esa flecha se ha clavado demasiado cerca. Me paso la mano por el brazo, como si pudiera arrancarme esas palabras de la piel.

—O a lo mejor es complicado sin más, Bob.

—Siempre podrías intentar algo menos complicado —afirma Bert—. A lo mejor con alguien del pueblo, como Julio. Te garantizo que le daría un puñetazo en toda la jeta a un tiburón por ti.

—Nolan podría darle un puñetazo a un tiburón —digo alzando la barbilla.

—¿Y qué tal Lukas? Es un buen chico.

—No. Ni hablar. —Sacudo la cabeza y me quito los guantes para ir enumerando con los dedos todas las razones por las que no podría funcionar—. Para empezar, es como mi hermano. Segundo, está coladito por Maxine. Tercero, es Lukas.

Bob sonríe como si hubiera caído en una trampa; es una sonrisa que Bobby y Bert también copian. Empiezo a pensar que toda esta conversación era una maniobra de distracción.

—Entonces, lo que estamos escuchando es que, después de todo, las cosas con el tal Rhodes no son tan complicadas.

Un poco de sangre me cae a la lengua cuando dejo de morderme el labio. A lo mejor tiene razón, aunque no sea consciente de que en este caso «complicado» implica algo más que los desafíos habituales del típico «no somos nada». Asesinatos. Secretos. El interés esporádico de matarse el uno al otro.

Pero quizá la cosa no es tan complicada, a pesar de las razones que llevaron a Nolan a mi puerta. Cada día que pasa, me cuesta más recordar el terror que sentí aquel día en que apareció en mi jardín con las manos de Jake bien aferradas. Como mínimo me cuesta recordar ese miedo sin el deseo que implicaba. Y ahora está viviendo en esa misma casa. Me prepara el café. Me deja notitas. Cocina conmigo. Por lo menos… de momento…

«Tennessee». Un susurro se me cuela en los pensamientos como una amenaza, junto con los comentarios que soltó Yates cuando vino a verme a casa, algo que todavía no he conseguido contarle a Nolan por miedo a que se lance a una matanza sangrienta.

—Mirad —digo, y me desprendo del nudo de ansiedad levantando las pesadas cestas de flores para encasquetárselas a Bert—, no voy a hablar de mi vida amorosa con tres raritos. Uno ni siquiera sabe quién es Thanos. No se puede confiar en vosotros.

Bob sonríe cuando me giro hacia él.

—Así que «vida amorosa», ¿eh?

—Cierra la puta boca y riégame las flores, chismoso cotilla. —Los tres se ríen cuando me doy la vuelta y echo a andar hacia mi mochila, que he dejado a la sombra del toldo rayado de la *boutique* Luz de las Estrellas. Miro hacia atrás y añado—: Y está claro que Tiburónides mató a Jake. Tengo una corazonada.

No hace falta más para que el trío se enzarce en otra discusión y dejen de prestarle atención a mis escapadas románticas. Saco una barrita de granola y mastico cada bocado con más fuerza de la que tal vez sea necesaria mientras los veo colgar la nueva cesta de flores que he creado a juego con el tema del Sabores de Terror de este año: «Amor y otros asesinos: celebrando el romance en Cabo Masacre». Begonias de color rojo sangre, petunias color cereza y una cascada de corazón sangrante.

Si soy sincera conmigo misma, cosa que tal vez no sea mi pasatiempo favorito, Nolan es lo primero en lo que pensé cuando se anunció el tema hace un par de semanas, cuando todavía estábamos exhumando cadáveres y apenas nos hablábamos. Tenía a Nolan en mente cuando elegí cada flor. Cada vez consumía más y más mis pensamientos hasta que, no sé cómo, se convirtió en una presencia en cada segundo que pasaba. Incluso si no está, aparece ahí. Y a lo mejor lo más complicado de esto es lo mucho más difícil que debería ser. No debería ser así de fácil enamorarse del hombre que vino a destruirme. Pero parece que no puedo evitarlo.

Se me escapa un suspiro profundo que no me sirve de nada para aclararme los pensamientos mientras observo a los tres Bobs recoger y pasar al siguiente poste. Estoy a punto de coger la mochila y seguirlos cuando de pronto me sumo en una inmovilidad rígida.

El *plug* anal me vibra en el culo.

Una pareja de turistas pasa por delante de mí y les dedico una sonrisa débil y saludo con la mano. No me da tiempo a preguntarme si habrán oído el leve zumbido del juguete cuando este aumenta la intensidad de repente.

—Hostia puta —siseo y apoyo una mano en la pared de ladrillo de la *boutique* Luz de las Estrellas para no caerme.

—¿Estás bien, Harper? —grita Bobby desde el final de la calle mientras los otros dos se preparan para colgar la siguiente cesta.

—Todo bien —respondo y le hago un gesto con la mano.

—¿Vienes?

Me atraganto con una carcajada.

—Sip. Dame un minuto. —La vibración del *plug* sube otro nivel y aprieto los labios para que no se me escape un gimoteo. Cuando estoy más que segura de que podré hablar sin que me tiemble la voz, añado—: ¿Por qué no empezáis sin mí y luego descansamos en El Grano?

A Bobby se le ilumina la cara frente a la perspectiva de tomarse un café y me levanta los dos pulgares antes de volverse hacia sus amigos. En cuanto se da la vuelta, me saco el móvil del bolsillo de los vaqueros cortos. Estoy a punto de desbloquear la pantalla para enviarle un mensaje a Nolan cuando su contacto aparece como llamada entrante.

—¿Riddick? —resopla al otro lado de la línea—. No me jodas.

—«Eres dueño de lo que matas» —respondo poniendo la voz más grave de lo normal.

—Por favor, no me compares con Vin Diesel.

—Si te soy sincera, yo creo que te das un aire a Karl Urban Vaako.

—Gracias, joder.

—Así que… —digo girándome despacio para pasar la mirada por las tiendas y los coches aparcados en la calle principal. Aunque escudriño cada rostro, no veo a Nolan por ninguna parte—. Me estás stalkeando.

—Te estoy cazando. Y a lo mejor me gusta jugar con mi presa. —La vibración aumenta y aprieto el puño sobre la fachada de ladrillo—. Háblame de Tiburónides y a lo mejor enciendo el otro.

Tenso los muslos como si eso fuera a aliviar el ansia. El vibrador accionado con mando a distancia y que llevo sujeto a las bragas con un imán me presiona el clítoris lo bastante fuerte para recordarme que está ahí, pero no lo suficiente para aliviar la necesidad que se me está acumulando.

—Sabes que estás desesperada por un poquito de —la vibración vuelve a aumentar— liberación. Bueno, decías que Tiburónides…

La sensación es extraña, pero me llena de necesidad. Me cuesta respirar. Se me empapan las bragas. Vuelvo a buscar a Nolan; es probable que mi cara sea el vivo retrato del deseo, pues un tortuoso anhelo me retuerce las tripas.

—Es un g-gran t-tiburón blanco —tartamudeo—. Se ha comido a un par de turistas a lo largo de los años.

Una risita retumba por el hilo telefónico y mi clítoris palpita en respuesta.

—¿En serio? A mí me suena a algo que se inventaría Arthur para cubrir sus huellas.

—Es posible.

Nos quedamos los dos callados mientras vuelvo a mirar a mi alrededor. Le lanzo otra sonrisita sin ganas a una pareja que pasa por delante. La sigo con la vista hasta que llegan a donde se encuentran los tres Bobs, que han recogido el equipo junto al siguiente poste y ya están a punto de cruzar la calle para ir a Un Grano Náufrago. Un gimoteo de frustración se me atasca en la garganta cuanto más se alarga el silencio. Me giro otra vez. Nolan tenía que estar lo bastante cerca para haber escuchado toda nuestra conversación, pero, aun así, no hay ni rastro de él.

—Nolan…

—¿Sí?

—Has dicho que ibas a encender el otro.

Silencio.

Entorno los ojos. Ese puto juguete anal vibra implacable, indiferente ante mi sufrimiento. Intento andar a ver si me distraigo; voy de un extremo a otro de la fachada de la *boutique.* Y estoy segura al noventa y nueve por ciento de que eso solo empeora el aprieto en el que estoy metida.

—Me cago en todo, Nolan Rhodes. Te lo juro por Dios, voy a coger las tijeras de podar y…

Una mano me tapa la boca. Una barra de músculo dura como el hierro me rodea la cintura. Y me arrastra a la fría sombra del estrecho callejón que hay entre la *boutique* y el local de al lado.

—¿Y qué, Harper? Espero que fueras a decir «cortarte las pelotas» —jadea Nolan contra mi cuello; el pulso se me acelera al notar sus exhalaciones. Me tambaleo, aunque su brazo está ahí para sujetarme mientras nos adentra más en el callejón—. No me creo las amenazas de la mayoría de la gente, pero tú no eres «la mayoría de la gente». —Me suelta detrás de una pila de palés que hay apoyados en la pared. Me da la vuelta, me pega la espalda al muro y me vuelve a tapar la boca con la mano. Un brillo perverso asoma a sus ojos, que me recorren el rostro poco a poco—. Estás muy guapa cuando sufres por mí.

Gruño contra su piel y él esboza una sonrisilla de suficiencia. Cuando intento arrebatarle el móvil, se ríe. Cómo me cabrea que me guste tanto ese sonido.

—Ya voy, ya voy —dice sujetando el dispositivo fuera de mi alcance.

Me enseña el teléfono. Tiene una aplicación abierta; muestra una línea rosa que recorre la pantalla. Nolan me mira fijamente a los ojos conforme va subiendo lentamente el nivel hacia arriba. El juguete anal vibra con más intensidad. Se me cierran los ojos mientras gimo y entonces, de repente, la vibración disminuye hasta ser casi nada.

—No querrás que lo deje al mínimo, ¿verdad?

Intento morderle la mano que todavía me tapa la boca sin ningún éxito y parece que le encanta. Nolan desliza una pierna entre las mías y usa todo su peso para aprisionarme contra la pared mientras se centra en la pantalla del móvil. Un segundo después, la vibración aumenta. Y por fin se activa el vibrador que llevo sujeto a las bragas. Mi gemido se encuentra con el calor y el aroma de la colonia de Nolan, a especias y bergamota. Me aprieta más el centro, atrapando la vibración contra mi clítoris.

—No creerás que de verdad voy a dejarte insatisfecha, ¿no? —me ronronea al oído.

Estoy tan desesperada por encontrar alivio que me restriego contra su pierna, primero despacio, pero es suficiente para que él se dé cuenta. Me quita la mano de la boca arrastrándola hasta acariciarme la mandíbula.

—No lo sé. —Se me corta la respiración cuando me ladea la cabeza para exponer mi cuello a sus besos. Recoge el sudor de mi piel con un lametón largo y lento—. A veces eres un poco capullo.

Su risa es un soplo en mi piel antes de que me muerda en el punto en el que se unen el cuello y el hombro. Ahogo un grito, me dejo caer con más fuerza sobre su muslo.

—Sí, pero te gusta. —Sube un poquito la vibración de ambos juguetes y lucho con las ganas de frotarme contra él—. No solo estás empapada por estos aparatitos.

Coloca el móvil en el borde de uno de los palés, luego me desabrocha el botón de los pantalones cortos y me mete las manos en las bragas. Desliza los dedos por la humedad que se ha acumulado en mis pliegues y entonces sus caricias desaparecen. Se echa para atrás para enseñarme el flujo que le brilla en la piel, después abre la boca y lo lame. Se le cierran los ojos poco a poco. Si me dijera que necesita mi sabor para vivir, lo creería. El modo en que gime. El modo en que se queda quieto. El modo en que las pupilas consumen el color de sus iris cuando esa mirada dura vuelve a encontrarme. El deseo por mí nos devora a los dos.

—Dios, Harper —sisea mientras cuela otra vez los dedos en mi pantalón; esta vez quita el vibrador del imán que lo sujeta a las bragas para poder ponérmelo él mismo en el clítoris—. Tengo unas ganas de echarte un polvazo…

—Pues hazlo.

—Luego.

—O ahora y también luego.

Me dejo llevar por las sensaciones que me prodiga atendiendo mi cuerpo y me da un beso en los labios para compartir conmigo el sabor de mi excitación. Su lengua deslizándose despacio sobre la mía. La calidez de su palma envolviéndome la teta. La vibración estable del juguete en mi culo. Los círculos que dibuja el vibrador que tiene en la otra mano, el pulso que me acerca más y más al borde del precipicio del clímax. A cada segundo que pasa estoy más cerca de desmoronarme.

—Me estoy reservando para cuando pueda coger ese culito prieto que tienes —susurra Nolan al separarnos—. Pero, ahora mismo, quiero ver cómo sucumbes. Quiero escuchar mi nombre temblando en esos labios tuyos tan bonitos como si fuera una plegaria.

Nolan me pasa el pulgar por el labio inferior. Se oyen unas voces que cruzan por delante del callejón y los ojos se me van hacia el grupo de turistas que no nos ha visto y va hacia el pub La Boya y la Baliza.

—Alguien podría vernos.

—Sí. Podrían. Y algo me hace pensar que en realidad no te importa.

—Básicamente.

Lo agarro por el cuello y estampo sus labios contra los míos, me hundo en un beso que es todo calor, todo necesidad. Y tiene razón. Alguien podría pasar por el callejón y no me importa lo más mínimo. No me importa porque me toca como nunca nadie me ha tocado, me aprieta la cintura como si supiera cuántos moratones dejarme en la piel para que me sienta satisfecha de verdad. No me importa porque

gira ese juguete encima de mi clítoris justo con la fuerza necesaria para hacer que todas las células de mi cuerpo estallen.

Rompe el beso para mirarme desde arriba. No solo a los ojos o los labios o la piel enrojecida, sino en lo más profundo de mi ser. Se hunde bajo las capas para habitar en las sombras que escondo del resto del mundo. Es el único hombre que podría encontrar refugio aquí dentro.

Y temo ser incapaz de vivir sin su presencia en mis rincones más oscuros.

—Más vale que me empapes la mano mientras entonas mi nombre —susurra Nolan—. Cada vez que noto tu olor en mi piel, quiero tu voz en mi mente.

Él ordena. Mi cuerpo obedece. La humedad me cala las bragas. Oigo su nombre en mis labios, aunque ni siquiera tengo que pensarlo. Sucede sin más. Y entonces se me tensan los músculos. Se me tensa el núcleo. Le clavo las uñas en la piel. Él no aparta los ojos de los míos en ningún momento; el corazón me retumba y las piernas me tiemblan. Nolan es lo único que me ancla a esta dimensión, lo único que me sostiene en pie cuando todo el mundo parece caérseme encima. No deja de perseguir mi placer hasta que no se agota hasta el último gramo.

—Así que tienes la capacidad de obedecerme —dice con una sonrisilla de suficiencia mientras vuelve a colocar el vibrador en su sitio con el imán y con la otra mano apaga ambos juguetes desde la aplicación—. Cuando quieres.

—No te acostumbres, Rhodes.

—Ya veremos. —Saca todos los dedos de mis pantalones y se pasa las puntas relucientes por el tatuaje del uróboro que tiene en el brazo. Lo dice todo acercándose los dedos a la nariz e inspirando hondo—. Huele a gloria. Y a obediencia. —Entorno los ojos y le pego en el hombro; él se ríe mientras me zafo de su agarre—. Más me vale que vuelva a la búsqueda antes de que Tylor y Emma causen mucho revuelo. Deberían irse dentro de tres días. Con suerte, una vez se larguen, pasaremos oficialmente de «rescate» a

«recuperación» y el resto de los gilipollas se aburrirán y se marcharán también.

—Ahora que sacas el tema —digo mientras cojo el teléfono del bolsillo y abro el navegador—, creo que tenemos una oportunidad con lo de Tiburónides, si podemos aprovecharla rápido. ¿Alguien ha mencionado que Jake hacía surf? ¿A lo mejor Yates? ¿Quien sea?

—No —responde él sacudiendo la cabeza—. Bert es el único al que se lo he escuchado.

—Excelente. —Saco el informe de surf del mes de junio y encuentro la información de los días 6 y 7—. ¿A qué hora se suponía que empezaba Jake a trabajar en el gimnasio el día 7?

—A mediodía. ¿Por qué?

—Porque el 6 por la tarde apenas hubo olas —digo enseñándole los detalles en la pantalla—. Las condiciones no eran una maravilla a la mañana siguiente…, pero, aun así, eran buenas, así que podría haber ido a surfear.

Nolan suelta un «mmm» pensativo.

—¿Y qué pasa con la tabla y el neopreno? ¿No habría visto Yates ya el equipo si revisó su casa?

—Jake no lo guardaba en casa. Tenía una taquilla en la tienda de deportes acuáticos de Wallie. Así que si Yates no se planteó que lo del surf fuera una posibilidad, entonces a lo mejor tenemos una historia plausible. Pero debemos actuar rápido antes de que también le lleguen los rumores. —Nolan asiente, frunce las cejas—. Las taquillas están en la parte de atrás del edificio. No hay cámaras, no hay nada, solo candados.

—¿Sabes cuál era la suya?

Sacudo la cabeza.

—No, aunque estoy segura de que hay un registro en la oficina de la tienda. Hice una copia de la llave…

—¿Hiciste una copia de la llave?

—Sí, Nolan. Hice una copia de la llave. Algunos somos asesinos profesionales, no aficionados a los que unos pardillos de fraternidad esposan…

—Dios santo…

—Está en casa, así que no será ningún problema que nos colemos en la tienda de Wallie. —Me giro para mirar del todo a Nolan; mi sonrisilla insidiosa tiene un toque conspiratorio—. Jake no iba mucho a surfear… tal vez un par de veces en todo el verano. Sin embargo, cuando le daba por ahí iba andando. Todavía estaba sin carnet por lo de conducir borracho. Desde la tienda de Wallie a Melmurby hay como quince minutos a pie si atajas por el sendero del promontorio del cabo. Nadie lo habría visto, si acaso Julio, pero lleva fuera unos cuantos meses; está viajando por ahí. Estoy segura de que Jake habría tenido la playa para él solito tan al principio de la temporada.

—¿Cómo de segura estás?

—Tanto que, si le rompemos la aleta a la tabla y tú la encuentras mañana en la playa, la gente sacará las conclusiones que nosotros queramos.

—Lo veo y subo a: todavía tengo un trozo de su pierna de la noche en que lo maté.

Lo miro parpadeando.

—¿Todavía tienes la pierna de Jake? ¿Por qué?

—A lo mejor algunos no somos tan aficionados como crees —dice con una sonrisilla de suficiencia—. Sinceramente, al principio pensé que podría dejarte más cachitos de Jake Manoslargas en el comedero para rayarte.

Me arden las mejillas cuando lo miro con los ojos entrecerrados.

—Fabuloso.

—Pero luego volví a enterrarlo en un lugar seguro. La nueva tumba todavía está en el río Ballantyne, aunque más lejos del pueblo, más para dentro. —Suaviza la expresión—. La desenterraré y deshuesaré. Después romperé un trozo del hueso y lo dejaré por la orilla donde alguien lo pueda encontrar.

Nos quedamos mirándonos fijamente. Durante una exhalación, siento el hilo que nos une. Me tira del pecho. Antes pensaba que éramos dos bestias completamente diferentes, pero ahora sé que me equivocaba. Somos la misma especie de animal, dos

depredadores que han escalado a la cima del infierno y se han llevado un cacho. Siento sus pensamientos horripilantes y sus maquinaciones retorcidas como si fueran las mías propias.

—Esto podría explotarnos en la cara —dice Nolan.

—O podría ser la explicación más sencilla para una de las desapariciones. Y seguro que es un cebo al que Yates debe de estar desesperado por agarrarse. Todo esto tiene que estar pesándole mucho entre la tensión pública, el consejo municipal y los Buscasabuesos.

Se le van los ojos hacia la calle principal, como si el susodicho pudiera estar revoloteando por la entrada del callejón. Me dan ganas por un momento de contarle que se plantó en mi casa por sorpresa y lo perturbador que fue, pero no lo hago. Porque ya sospecho que a él también le inquieta el sheriff.

—En realidad, parece que está aguantando el tipo bastante bien, por sorprendente que pueda resultar. —Cuando vuelve a mirarme a los ojos, ahí sigue un eco de preocupación que intenta ocultar, sin conseguirlo—. De todas formas, estoy seguro de que necesita esta victoria.

—Y nosotros también —añado, y la expresión de él se suaviza. Me coge de la mandíbula con cuidado, me levanta la cabeza y me da un beso en los labios que se queda ahí después de que se haya apartado. Cuando nos separamos, Nolan esboza una sonrisa lenta.

—Yo ya he ganado…

—Qué moñas ha sido eso.

—… cuando he conseguido que la engreída me obedezca.

—Vete a la mierda, fiambre.

Se ríe, me da un último beso en la mejilla y da un paso atrás.

—Tengo que irme corriendo. Quítate el juguete un rato, pero póntelo antes de ir a casa. Nos vemos hacia el atardecer.

—Sí —respondo, aunque un pinchazo de anhelo se me clava en el pecho como un dardo—. Hasta luego. Avísame si pasa algo, supongo.

Asiente y, tras intercambiar una última mirada intensa, nos alejamos, cada uno nos vamos en dirección contraria. Casi estoy en la bocacalle del callejón cuando Nolan grita:

—¡Ah!, oye, Harper…

Me giro; en silencio, hago una pregunta alzando las cejas.

—¿Esto…? —Señala las sombras que nos separan. La pausa cuelga de ese abismo vacío, como si hubiera muchísimo más que anhelara decir, pero no lo dijera. Y en este momento me doy cuenta de lo vulnerable que sigo siendo. De lo peligroso que sigue siendo él. Porque le resultaría sencillísimo romperme el corazón si quisiera—. No es complicado, joder.

Me escuece la garganta.

—Pero Tennessee…

—No es. Puto. Complicado. Soy tu novio —afirma Nolan; su intensidad me taladra—. Y te quiero.

Me trago un nudo denso y asiento.

Antes era fácil responder cuando alguien me decía esas palabras, sin que me preocupara cómo podría castigarme el universo por dar rienda suelta a algo tan simple, pero tan precioso. Y a lo mejor ese es el problema. Que no solo quiero a Nolan. Tengo miedo de quererlo tanto que nunca me permitiré expresarlo, de que la fuerza que siempre está esperando entre las sombras se llevará ese amor. Y, si lo hace, nos destruirá a los dos.

—Lo sé —respondo. Aunque solo cuando se ha ido.

HILO

Nolan

Cuando Harper avanza por el sendero de piedra, me alejo de la ventana y le sonrío al móvil que tengo en la mano. Al oír que la llave se desliza en la cerradura, aprieto el botón de la pantalla.

—Me cago en todo —dice desde el otro lado de la puerta mientras subo la vibración del *plug* anal. Le da un puñetazo a la puerta antes de abrir. Entra lanzando una mirada que es tanto de furia como de desesperación.

—Hoy se te ha dado muy bien escuchar. —La provoco aumentando la intensidad. Se tropieza antes de dejar el bolso.

—Creo que en realidad te odio.

—Tch, tch. Eso no es muy amable por tu parte.

—Lo amable habría sido que me hubieras echado ese polvazo cuando te lo he pedido.

—Aun así, he conseguido que te corrieras. Así que de nada.

—Claro —me suelta seria—. Cómo no. Esperabas que te mandara una tarjeta de agradecimiento por ponerme al límite cinco putas veces en toda la tarde con el maldito vibrador de las bragas. Estoy superagradecida.

—Ya sabes lo que dicen… —Ensancho la sonrisa mientras bajo la vibración del juguete anal y ella me lanza su botella de agua vacía—. A veces la anticipación es más divertida que la recompensa en sí.

Harper resopla con sorna.

—¿Quién dice eso, si se puede saber?

—Yo.

—Nunca lo habría adivinado —responde ella entornando los ojos con un gesto dramático.

—Si tan desesperada estás de que te folle y te llene con mi semen, puedes decirlo sin más, ¿sabes? —Me acerco despacio, con el teléfono levantado para que pueda ver la pantalla. Le tiemblan los párpados y los cierra. Cuando enciendo el vibrador de las bragas, se le acelera la respiración—. Te lo podrías haber quitado si tanto lo odias.

Abre los ojos; me asesina con una mirada plateada que es más angustiosa que cruel.

—Te has pasado todo el día torturándome. Algo me ha hecho pensar que, si me lo quitaba, la cosa solo empeoraría.

Tiene razón… He estado torturándola todo el día. Me he estado inventando excusas para dejar la búsqueda y poder cazarla. La he observado desde lejos entre edificios o arbustos, he esperado hasta que estuviera sola. Y luego he encendido el juguete y he disfrutado de su reacción. El rubor de sus mejillas. La forma en que retorcía las caderas, apretaba un puño y se mordía el labio. Cuando veía todos los signos de que estaba a punto de correrse, apagaba el juguete. Ella daba un pisotón, se le escapaba un gruñido. Recorría el paisaje con su mirada de cazadora, aunque no ha sido capaz de encontrarme. Y luego me marchaba sin que me viera, con una sonrisilla de suficiencia pintada en la cara.

—Tenemos un par de horas antes de que sea seguro colarse en la tienda de Wallie. Había pensado que podíamos divertirnos juntos antes de cenar, pero si prefieres ver *Sobreviviendo al amor*… —Apago la vibración del juguete anal y doy un paso atrás. Me encojo de hombros y añado—: Como tú quieras.

—Como no me folles…

—Pídemelo bien —ordeno, y Harper cierra la boca de una. Me cruzo de brazos y retrocedo otro paso—. Y a lo mejor también podrías decirme cuánto lo necesitas.

Traga saliva, pasa la mirada de mi cara al teléfono que tengo en la mano.

—Nolan Rhodes…

—Bien. No con esas movidas de engreída.

Contengo una sonrisa de suficiencia perversa cuando ella no logra reprimir la ira de su expresión.

—Queridísimo fiambre…

—Caminas por un terreno muy peligroso.

—Necesito que, porfa, dejes de tocarme las narices y me eches el polvazo prometido porque, si no me llenas con tu semen, es posible que me sume en un frenesí asesino y a ninguno de los dos nos gustaría que alguien resultara herido —dice poniendo ojitos y morritos.

—Mmm. Eso suena un poquito a amenaza.

—O a aviso.

—Bueno, visto de ese modo… —Enciendo el juguete anal otra vez y ella suelta un suspiro tembloroso. Devoro cada segundo de su crudo deseo y luego me siento en el sillón con el móvil en la mano—. Estriptis y al sofá.

Un atisbo de alivio le cruza la cara cuando se coge el borde de la camiseta y tira con la intención de quitársela todo lo rápido que pueda. Pero se detiene en cuanto subo el vibrador anal al máximo y tiene que apoyarse en la puerta con una mano.

—He dicho estriptis. —Me conecto a los altavoces por Bluetooth y pongo una lista de reproducción, luego abro las piernas y me doy una palmadita en el muslo—. Haré que valga la pena. Te lo prometo.

Harper suelta una risita mientras bajo la vibración. Me escudriña y, por un momento, creo que a lo mejor sí que se va a desnudar ahí donde está y va a ir directa al sofá. No lo hace. En cambio, se balancea con la música, sigue el ritmo; cada paso que da está marcado por la melodía conforme se va acercando hasta que se queda a horcajadas en una de mis piernas.

—De verdad que eres un gilipollas mandón, Rhodes —dice con la voz dulce como la miel. Se arrastra la camiseta por el cuerpo hasta que el bajo queda a la altura del sujetador, luego la suelta para que

caiga de nuevo y se pone a horcajadas en la otra pierna con el culo hacia mí. Distingo el suave borde del juguete.

—Nunca me canso de ti. Siempre quiero más. —Descanso la mano en su culo mientras ella se contonea, provocándome. La deslizo hacia la espalda en un intento por desabrocharle el sujetador cuando ella se da la vuelta.

Baja aún más sobre mi muslo con movimientos serpenteante. Hipnóticos. Se sube la camiseta por el cuerpo y esta vez sigue hasta el final y la deja caer en el suelo. Me cabalga la pierna, joder. Siento la vibración a través de la polla, que me presiona contra los vaqueros. Harper se acerca más, juguetea con la cinturilla del pantalón antes de subir por los abdominales. Me muerde el lóbulo de la oreja y lo suelta para susurrar:

—Creía que te gustaba darme órdenes.

Está claro que me flipa. Pero no puedo admitirlo. Porque ella baja una mano por mi cuerpo y me agarra la erección. Pierdo la capacidad de hacer cualquier cosa que no sea observar que se echa hacia atrás; un poder voraz se apodera de sus rasgos. A lo mejor me gusta darle órdenes porque soy consciente de que es algo efímero. En apenas unos segundos, me tiene completamente a su merced. Y ambos lo sabemos.

—Me gusta que me des órdenes —arrulla; me sonríe al llevarse las manos a la espalda para desabrocharse el sujetador. No para de moverse cuando deja que la prenda caiga de sus pechos. Esos malditos pezones. Me coge la mano y se la lleva a la teta, me mueve los dedos hasta que le pellizco el pezón. Entonces me guía para que le dé un tirón y sisea de dolor.

La recompenso encendiendo el vibrador de las bragas.

—¿Sabes lo que me gusta aún más? —Harper se desabrocha los pantalones cortos y se levanta de mi pierna para empezar a bajárselos por las caderas.

—¿Qué? —consigo decir con los dientes apretados. Siento que estoy drogado. Estoy perdido en su trance.

Se aparta de mi agarre. Deja que los pantalones caigan a sus pies. Da un paso al lado para salir del gurruño que ha formado la prenda en el suelo. Se arranca el imán del vibrador de las bragas y me lanza el juguete. Luego se mete el pulgar por la cinturilla de la ropa interior y lentamente se la quita. Cuando se queda desnuda, va al sofá, se pone de rodillas y, con una mano, se agarra al respaldo. Extiende la otra por su nalga y se la abre lo suficiente para que vea el mango del *plug* anal. Y entonces gira la cabeza y me mira. Un sonrisa perezosa y hambrienta le recorre los labios.

—Me gusta cuando me follas como nunca me han follado antes —dice.

La puta anticipación.

Me pongo de pie, me quito la camiseta mientras me acerco a ella. Tampoco es que esto no lo tuviera planeado. He estado pensando en ello todo el puto día. Llevo semanas imaginándolo, en realidad. Preparé todo lo que necesitaba con antelación. Incluso le escribí a Lukas para asegurarme de que esta noche podría encargarse de Arthur. He organizado hasta el último detalle para tomarme mi tiempo y saborear este momento, pero me abruma la desesperación de que me envuelvan su calor y su calidez. Mientras me bajo los pantalones y los calzoncillos, tengo que hacer acopio de todo el autocontrol que me queda para no precipitarme; luego me coloco detrás de ella con un bote de lubricante en la mano.

—Tú vas a decirme lo que tengo que hacer. —Le paso la mano por la espalda. Le acaricio la nalga, su piel es cachemira bajo mi palma—. Todas y cada una de las cosas que quieras. Como tú quieras. Cuando tú quieras. Y lo haré.

—Y tú prométeme una cosa —dice Harper con los ojos bien abiertos, inocentes.

Me detengo, centro toda mi atención en ella.

—Lo que sea.

La inocencia se desvanece. Un súcubo me devuelve la mirada, me clava las garras en el alma.

—Haz todo lo posible por destruirme —dice. Me guiña un ojo y mira al frente—. Ya puedes sacarme el juguete del culo.

Ya era consciente de que era una causa perdida para Harper Starling, pero ahora entiendo que es la dueña de todos y cada uno de los pedazos de mi ser.

Hago justo lo que me pide: le saco el juguete del culo con cuidado y lo apago antes de dejarlo a un lado. Me ordena que primero me lubrique la polla y luego su agujero plisado.

—Ahora escupe —dice girando la cabeza para mirarme. Se le van los ojos a su culo y después me los clava en los labios.

Me inclino sobre ella. Acumulo la saliva en mi boca. Me agacho, me cierno sobre su culo. A continuación, dejo que el escupitajo caiga de mis labios. A ella se le dilatan las pupilas, que consumen el color de sus iris cuando la saliva aterriza en la suave piel de la raja del culo y se desliza por el lubricante pegajoso hasta el borde del agujero.

—Coloca ahí la polla —ordena después. Me agarro la erección con el puño, me acaricio de arriba abajo mientras sitúo la punta en su entrada. No presiono. Tan solo espero su siguiente instrucción, obedezco cada orden que me da.

Ella se sujeta con más fuerza al respaldo del sofá y entonces dice:

—Despacito y con buena letra.

Le paso una mano por la espalda; capturo la cadencia de su respiración con la palma.

—Intenta relajarte.

Empujo contra el terso anillo de músculos y salgo. Lo vuelvo a hacer. Un par de veces más y noto que se relaja lo suficiente para penetrarla.

—Joder, sí —gruño. Harper se estremece por debajo de mí y me introduzco un poco más adentro—. Es mejor de lo que me había imaginado.

Ella gruñe cuando me retiro hasta la punta de la polla y luego empujo un par de centímetros más que antes; me tomo mi tiempo, tal y como ella quería.

—Dame más. —Otro estremecimiento le sacude el cuerpo; el sudor se me acumula debajo de la palma con la que no hago más que acariciarle la espalda—. Dámelo todo.

No se refiere solo a toda mi longitud.

Se refiere a todo mi ser.

Lo oigo en las notas oscuras de su voz.

Quiere mi cuerpo, mis secretos. Mi alma. Y a lo mejor, una vez que crea que me ha consumido por completo, estará preparada para dejar que caigan sus últimas murallas.

Empujo más y más adentro hasta que ella recibe hasta el último centímetro de mi polla.

Me detengo ahí, permito que se acostumbre a la sensación, espero a que recupere la respiración. Me agacho y le doy un beso en el hombro, susurro alabanzas contra su piel.

—Joder, estás hecha para mí, Harper. Este culo prieto no podría ser más perfecto. Eres mía, siempre.

Salgo hasta la punta y la vuelvo a penetrar. Cojo ritmo.

Embestidas lentas, cuidadosas, hasta la punta de la erección y luego hasta el fondo. Mantengo una cadencia firme y Harper gime de placer, se va sintiendo más segura a cada segundo que pasa. Me tomo mi tiempo; la follo con languidez, saboreando el modo en que su cuerpo me acoge. Y entonces me agarra de la mano y me la aprieta con una fuerza sorprendente.

Me pregunto si le he hecho daño, pero no es dolor lo que distingo en su cara cuando se gira para mirarme. Es desesperación. Señala con la cabeza el vibrador de las bragas que está a su lado en el sofá y abro la aplicación antes de pasárselo.

—Fóllame como si fuera irrompible —dice—. Pero como si de todos modos intentaras romperme.

Se coloca el vibrador sobre el clítoris y yo la penetro con fuerza.

Ella suelta una retahíla de palabrotas entre siseos cuando la agarro del hombro y la embisto. Me hundo todo lo que su cuerpo me permite. Sus gemidos se vuelven más intensos. Mueve el juguete por encima de sus nervios sensibles. Y permito que llegue hasta el

límite del orgasmo antes de moverme más despacio y empezar a penetrarla con embestidas largas y lentas. Una y otra vez, la dejo a punto de desmoronarse, luchando contra mis propias ganas de correrme en ella mientras disfruto de cómo me aprieta la polla. Quiero más. Más gemidos. Más súplicas. Más sudor en su piel, más respiraciones entrecortadas. Y solo cedo al placer cuando ella me lo ruega.

—Por favor, Nolan —susurra—. Estoy preparada para romperme. Lo necesito.

Pierdo el control y la follo como un salvaje.

El culo se le estrecha alrededor de mi longitud mientras la embisto y la embisto y la embisto. Ella grita mi nombre cuando se corre, le tiembla el cuerpo, todos los músculos de la espalda se le tensan. Y yo estoy con ella, cayendo en un abismo. El zumbido eléctrico se me acumula en la base de la columna vertebral y el placer me recorre por dentro al derramarme en su interior, eyaculando chorretones de semen en su culo.

Cuando por fin se pasa el orgasmo, me tiemblan las piernas y el corazón me ruge en los oídos. Hago un esfuerzo para no desmoronarme encima de ella y, con cuidado, salgo de su interior antes de dejarme caer y llevármela conmigo.

—¿Estás bien…? —le pregunto apagando el vibrador; le paso una mano por la nalga, el rubor le salpica la piel.

—Esto lo tenemos que repetir —dice con la respiración entrecortada—. Pronto.

Suelto una carcajada y me giro para alcanzar los pañuelos y las toallitas que he dejado en la mesa auxiliar, pero Harper me agarra de la muñeca antes de que pueda moverme.

—Gracias, Nolan.

—No tienes que agradecerme nada. Te lo aseguro.

—No. Sí tengo que agradecértelo.

Quiere decir algo más, pero, antes de que se autoconvenza de hacerlo, sonrío y me alejo.

Después de limpiarla un poco, le pongo un albornoz limpio y la cojo en brazos, me la llevo al baño y la siento en el borde de la bañera mientras se llena. Cambio la lista de reproducción a algo más tranquilo. Le llevo agua y una copa de vino. Enciendo unas cuantas velas. Y, cuando la bañera está lista, la venero. Le pongo una de las mascarillas esas que le encantan y le paso una esponja por cada centímetro de la piel. Brazos y piernas. Dedos de las manos y de los pies. Los pezones con piercings. El clítoris sensible. Por cómo se le acelera la respiración, diría que también me permitiría sacarla de la bañera y follarla contra los azulejos del suelo, empapada y temblando, si quisiera. Se me endurece la polla solo de pensarlo. Pero, pese a que me encantaría echarle un polvo brutal, cuido de ella con un mimo reverencial. Porque la quiero con toda mi alma. Y, aunque tal vez ella nunca me lo vaya a decir, creo que ella también me quiere.

Acabo mi ritual y me aparto antes de que mi deseo se convierta en algo imparable.

Preparo la cena mientras Harper termina de bañarse. Comemos juntos como todas las noches. Luego se queda dormida con la cabeza apoyada en mi regazo mientras vemos *Sobreviviendo al amor.* La tapo con una manta y me escabullo; conduzco hasta el río Ballantyne al tiempo que el sol se pone tras una bruma densa. No aparco en el cementerio de Arthur, sino junto a la entrada del sendero lleno de hierbajos que se adentra más arriba del río, donde los últimos restos de Jake siguen enterrados en la orilla. Deshueso la tibia al lado del borde de la corriente y dejo que la carne putrefacta que le quedaba se aleje flotando en la corriente antes de tapar el agujero y llevarme el hueso a casa.

Han pasado un par de horas cuando regreso y despierto a Harper con un beso.

—Hay que ponerse en marcha —le digo al oído.

Treinta minutos después, estamos conduciendo en la oscuridad; una niebla densa cubre las calles de Cabo Masacre. Es casi medianoche. Apenas vemos a un puñado de personas al pasar entre

la bruma; la mayoría de ellas son caras que Harper dice que no reconoce. Para asegurarnos, aparcamos a un par de manzanas de la carretera del muelle y hacemos a pie el resto del trayecto hasta la tienda de Wallie.

—Dijiste que no había cámaras, ¿verdad? —pregunto mientras cruzamos la carretera hasta la tiendecita.

El olor a mar y el crujido de los barcos en el puerto deportivo nos envuelven en la niebla. En el panel de madera que recorre la fachada blanca y azul está tallado: «Deportes acuáticos de Wallie». Dentro solo están encendidas las luces de emergencia, que iluminan la tienda llena de neoprenos y ropa y tablas y remos.

—Donde las taquillas no hay cámaras —explica Harper encabezando la marcha hacia la parte trasera del edificio.

—¿Por qué eso no me transmite mucha confianza…?

Nos detenemos en la esquina de la tienda, sacamos los guantes y ella se inclina para echar un vistazo al otro lado.

—Solo tenemos que preocuparnos de una.

Me cago en todo.

Estoy a punto de soltar una perorata sobre que esto hay que pensárselo más cuando Harper dobla la esquina corriendo al tiempo que se quita la camiseta. Siseo su nombre, pero me ignora y salta para lanzarle la camiseta a la cámara que apunta hacia la puerta de la tienda. Aterriza a la perfección encima del dispositivo y Harper se da la vuelta hacia mí con el sujetador deportivo y las mallas.

—*Voilà!* Misión cumplida.

—Eres un puto caos, lo sabes, ¿verdad? —susurro acercándome a ella con grandes pasos. Intento convencer a mi polla de que reciba el mensaje de que ahora no es el momento de empotrarla contra la pared.

—De nada —responde Harper, y esa sonrisilla que esboza me dice que sabe lo que estoy pensando. Cuando me detengo delante de ella, se pone de puntillas y me da un beso rápido en la mejilla, luego se saca una llave del bolsillo que tiene en la cadera y abre la puerta—. Venga, vamos a acabar con esto.

Dejo que la puerta se cierre a mi espalda sin hacer ruido, después sigo el resplandor de la linterna de Harper, que se dirige hacia el despacho. Es un sitio estrecho; el escritorio está lleno de papeles y carpetas de anillas en las que mi compañera de fechorías empieza a cotillear. Yo voy hacia la ventanita que da a la curva de la carretera del muelle. En la distancia, y a través de la niebla, apenas se ven las luces del Bruma Nocturna. No veo a nadie en la calle, pero no logro quitarme de encima la sensación de que alguien me está observando.

—La tengo… Taquilla dieciséis.

Cierra una carpeta, luego comienza a buscar en los cajones del escritorio la llave del candado.

Voy a ir a ayudarla cuando me detengo en el calendario de pizarra blanca que hay clavado en la pared junto a la ventana.

—Me cago en mi puta madre.

—¿Qué pasa?

Apunto al calendario con la linterna y concentro la luz en el horario de mañana. «Yates, 9:00 a. m.», reza la entrada.

—Parece que lo estamos haciendo justo a tiempo.

Un escalofrío sacude a Harper de la cabeza a los pies. Se le ha pasado la alegría de haber encontrado la información de la taquilla. No dice nada sobre mi comentario y sigue buscando la llave con el ceño fruncido. Estoy a punto de mirar en un archivador que hay a lo largo de la pared cuando ella susurra: «La tengo».

Salimos de la oficina, volvemos a lanzarnos a la noche y echamos un vistazo a nuestro alrededor mientras caminamos. La dieciséis está casi al final de una hilera de taquillas altas y estrechas; la pintura verde azulada se ha desconchado y desprendido ante la batalla constante del duro clima costero. Harper abre el candado y apunta con la linterna al neopreno que cuelga de un gancho y la tabla de fibra de cristal que descansa dentro.

—Perfecto —susurro echándome el neopreno al hombro. A continuación, saco la tabla blanca y negra y la tumbo—. Ponte de pie en la tabla un minutito.

Harper hace lo que le pido y cubro una de las aletas, que tiene un característico patrón ajedrezado, con el neopreno para evitar dejar marcas sospechosas antes de darle una buena patada con la bota de punta de acero. La base se parte con un corte limpio. Me guardo la aleta en la mochila y meto el neopreno en mi bolsa. Poco después, hemos escondido la tabla de surf entre unos arbustos, devuelto la llave de la taquilla y recuperado la camiseta de Harper. Y luego corremos en fila india en la oscuridad junto al estrecho sendero que lleva al promontorio del cabo.

—¿Crees que encontrarán las pruebas? —pregunta Harper cuando nos detenemos para subir andando la pendiente inclinada—. Todavía no han localizado la camiseta de McMillan en el lago Loon, ¿verdad?

—No —respondo, y es algo que me está pesando mucho, igual que debe de estar reconcomiéndola a ella—. Pero a los voluntarios se les pueden pasar cosas por alto. Voy a rotar a un par de grupos mañana. Pondré a Bert y a unos cuantos más en playa Melmurby. Bert está predispuesto a pensar en pruebas que tengan algo que ver con Tiburónides. Y enviaré un nuevo equipo al lago, a ver si tiene más suerte con la camisa.

Harper gira la cabeza para mirarme un instante; me da tiempo a ver que se muerde el labio antes de volverse al frente.

Tardamos casi diez minutos en llegar al punto más alto del sendero, donde se cruza con un camino más ancho que lleva al extremo del cabo. La playa Melmurby se extiende ante nosotros; la niebla se ha apartado para revelar el agua negra y la arena en forma de luna creciente.

—Espera aquí —digo—. Vigila. Si pasa algo, me llamas. Desde aquí se ve todo. Cuando acabemos, vamos al coche y recogemos la tabla de surf.

Harper me dedica una leve sonrisa.

—Y luego nos tomamos una cerveza y vemos *Sobreviviendo al amor.*

—O dormimos mil años.

—Trato hecho.

Le doy un beso en la frente y, apoyándole la mano en el brazo, la miro a los ojos.

—Se te ha ocurrido un buen plan, Harper. Va a salir bien.

Espero hasta que asiente y después le doy un último apretón antes de bajar por el sendero que desciende en zigzag. Aunque me centro en mi destino y en el plan que debo llevar a cabo, siento el hilo que me conecta a Harper en la colina. A lo que tengo que hacer para mantenerla a salvo, a pesar de que el mundo parece estar siempre dispuesto a apretar un poco más y llevársela.

El camino termina en una sección seca de la playa, así que me quito las botas y los calcetines para vadear el agua y solo dejo unas pocas huellas que enseguida se borrarán. El romper de las olas, el frío beso del agua y el olor a mar acaparan mis sentidos. No enciendo la linterna y bajo hasta la playa alumbrado por la luz tenue.

Cuando casi estoy a medio camino, me detengo y saco la tela de mi mochila, desenvuelvo el trozo de hueso de Hornell que he limpiado. Lo sumerjo en el agua, arrastrándolo por la arena a mis pies, mientras me acuerdo de la noche en que lo maté.

La rabia puede ser dulce cuando el tiempo le desgasta las aristas afiladas. Todavía la siento al rememorar el modo en que estaba observando a Harper en las sombras. Pero también noto la bendición de aquel momento y de lo catártico que fue. Las súplicas que no atendí. La presión gloriosa de la carne contra el cable. El olor a sangre caliente derramándose en la noche. Y ahora, levanto su hueso que tengo en la mano y camino por el agua poco profunda para lanzarlo a las piedras que ha desgastado el mar, donde llegan las mareas más altas. El último pedazo de un hombre que merecía morir, arrojado en la orilla como una madera a la deriva olvidada.

Sonrío.

A continuación, vuelvo hacia el promontorio del cabo, bajo el frío agarre del mar. Cuando me he distanciado lo suficiente del hueso, saco la aleta de la tabla de la bolsa. También la bautizo, dejo que los hilillos de las algas cubran la fibra de cristal partida. Luego la lanzo a la línea de marea alta.

Levanto la vista de la playa al camino zigzagueante que conduce a lo alto del acantilado. Mi mirada recae sobre la figura que hay de pie en el borde. No consigo distinguir el rostro de Harper porque está lejos y oscuro. Pero la siento. Estoy atado a ella. A través de la muerte. A través de la destrucción. En venganza y mentiras. En luz y sombras.

Camino por el agua, como si su hilo fantasmal tirara de mí.

III.
PERENNE

Yates

Tiempo después…
26 de agosto, 8:07 a. m.

He aprendido muchas cosas a lo largo de esta extraña vida que he llevado.

A ser policía, por ejemplo. No sabía nada sobre el oficio antes de que me abriera paso hasta la comisaría de Cabo Masacre a base de mentiras y fuera subiendo de rango. Al principio, lo sentía como la máscara que era. Pero, de manera gradual, esa careta se me ha cosido a la carne y me ha cubierto entero. Es otra adaptación, un camuflaje perfecto. La frontera entre el monstruo y las leyes creadas para controlarlo se han vuelto indistinguibles con el tiempo.

Tiempo. Otra habilidad que he aprendido a dominar. Desde la paciencia de su paso implacable hasta una destreza práctica que he descubierto hace poco: arreglar relojes.

Fuera, los relámpagos parpadean, seguidos de una perla de trueno que retumba en las ventanas del dormitorio de Harper mientras me saco el estuche del bolsillo con cuidado y lo abro, me lo acerco a la oreja para escuchar el tictac rítmico de un TAG Heuer Autavia. El deje del olor a engrasante todavía flota en el aire.

Sonrío y lo coloco en la cómoda, con cuidado de evitar las huellas que sé que están en el cristal partido.

Eso ha sido una tarea especialmente difícil, no solo porque Autumn puede haber descubierto que ha desaparecido y porque yo

no sabía nada sobre reparación de relojes cuando vi la reproducción de la cámara oculta y se me ocurrió la idea, sino por la precisión que requería evitar emborronar las huellas de Rhodes. Al final, tuve que reemplazar el mecanismo original. Pero ahora funciona a la perfección, tras el eco de su pasado.

Primero abro el cajón de abajo y saco todos los pantalones y las bermudas de Rhodes; los meto en su propia bolsa. A continuación, las camisas y los jerséis. No extiendo la ropa de Autumn en el espacio vacío… Lo dejo libre como un recordatorio más de la ausencia de Nolan.

Por último, guardo los calzoncillos. Pero, esta vez, coloco un cargador de relojes automático en el hueco libre del cajón de la ropa interior. Con la sierra de copa que he traído, hago un agujero en el fondo de la cómoda y paso el cable del cargador por él para enchufarlo. El dispositivo empieza a zumbar en silencio; da vueltas para mantener el reloj automático cargado y en funcionamiento. Compruebo que la fecha y la hora del TAG sean correctas al momento presente y luego, con cuidado, dejo el reloj dentro.

Por un instante, me quedo observando a través del cristal cómo el motor silencioso hace que giren los engranajes; el latido constante del movimiento es como el de un corazón vivo. La sensación de haber creado una obra de arte prístina me llena el pecho y me agudiza los sentidos. El arte debe liberar las verdades fundamentales de la humanidad «trastornando los sentidos» de manera sistemática, le expliqué a Vinny antes de matarlo. Y ahora estoy usando la precisión de este cronógrafo bellamente roto para trastornar los sentidos de Autumn Bower de manera sistemática y exponer sus verdades fundamentales.

Hablando de verdades…

Desbloqueo el móvil y voy a la aplicación de Discord; navego por el canal general: está muy animado con las conversaciones sobre las últimas… aventuras de KnightofTruth. Sin duda, se ha convertido en el líder profesional, una fuerza maleable de caos.

Abro la conversación privada que tengo con él en mensajes directos y le doy de comer el siguiente bocado de cebo.

> SusurradorInterno: Tengo una teoría de lo que les pasó a Sam y a Vinny. No creo que en realidad sea culpa del sheriff. Yo apostaría a que hay una tercera persona implicada de la que Yates no tiene ni idea. Y la mujer de la foto que te envié podría saber algo. En la comisaría hay algunas cosas que Sam encontró en una granja abandonada y creo que está todo relacionado. Avísame cuando puedas hablar.

Otro relámpago baña la habitación con un instante de luz, seguido de otra carga de truenos.

Autumn Bower no puede correr. No puede esconderse. Y una vez se desprenda de la crisálida que ha construido y de la moralidad a la que se aferra, se convertirá en mi legado.

Se me ensancha la sonrisa cuando le echo un último vistazo al reloj y cierro el cajón. Se me queda pegada a los labios mientras recojo el resto de las pertenencias de Nolan Rhodes y luego salgo de la habitación.

—Que la vida dura poco —recito de camino a las escaleras— y el tiempo exige el final.

ENVOLUTURAS

Harper

Los días se han transformado en semanas bajo el calor húmedo del verano. Julio se ha desangrado y se ha convertido en agosto y este también está a punto de marcharse. Siguen buscando a los desaparecidos, aunque el entusiasmo se vaya apagando día a día. La prensa ni siquiera se ha molestado en venir por aquí últimamente desde que descubrieron el hueso y la aleta rota de la tabla de surf de Jake Manoslargas. Pese a que la camiseta de McMillan nunca apareció, a nadie parece importarle mucho encontrarlo; a lo mejor porque, durante el poco tiempo que pasó por aquí, todo el mundo se dio cuenta de que era un mierda. Incluso la gente del pueblo ha empezado a perder el interés en Evanston.

Pero ¿los Buscasabuesos? Ahí siguen, vienen y van como la basura en una marea.

Su presencia ha sido una nube impredecible que se cierne sobre el pueblo, y siempre preguntan lo mismo: «¿Qué está pasando en realidad en Cabo Masacre?». Han indagado por la mujer de la foto del Discord, por su amigo Charlie y los desaparecidos, por La Pluma y qué rastro estaría siguiendo Sam. Insisten sobre Yates y hasta qué punto se puede confiar en la versión de los hechos que dio acerca de lo que sucedió con Sam y Vinny. Y los locales están hasta las narices de los intrusos, al menos según lo que cuentan los Bobs y Maya cuando me aventuro a ir al pueblo para cumplir con mi parte del contrato de cuidar los jardines públicos.

Es la primera vez que la vida en mi pequeño santuario me ha parecido una jaula de la que no puedo escapar. El único alivio real

ha sido la presencia de Nolan, a pesar de que la idea de que vuelva a Tennessee cuando acabe la búsqueda es un redoble constante en mis pensamientos. He llegado a depender de ese momento en que cruza la puerta de casa, porque es un desahogo respecto a estar trasteando por la propiedad y cuidando a Arthur. Me preocupa la manera tan brutal en que me romperé una vez se marche. Así que debería emocionarme que algo cambie en esta nueva rutina opresiva de ceñirme a la mansión Lancaster y evitar el resto del pueblo. Debería disfrutar del primer día en que hago algo diferente para variar.

Pero no. Lo que estoy haciendo en lugar de disfrutar es obligarme a estar ceñuda.

Y estoy bastante segura de que no lo estoy consiguiendo.

La administrativa del hogar de cuidados Pinos Susurrantes, Ingrid, nos guía por el pasillo y se detiene en una puerta abierta.

—Y esta es la sala de actividades.

Abarca la estancia con un movimiento de la mano, como si estuviéramos en una exposición de coches de lujo. Siendo justa, el sitio sí que tiene buena pinta objetivamente hablando. La luz entra por unos ventanales altos que dan al mar. Hay instrumentos musicales a un lado, material artístico al otro y mesas para jugar y hacer puzles. Los pocos residentes que hay parecen contentos y bien cuidados. Todo está limpio y organizado y es acogedor. Eso debería alegrarme.

Pero también lo odio con toda mi alma.

Odio el olor clínico de los limpiadores industriales. Odio las habitaciones color pastel que parecen dioramas. Odio las cerraduras en las puertas que dan al exterior, los sistemas de alarma, los horarios impersonales. Qué asco me da ese horrendo jardín a medias, joder. Detesto que así sea como Arthur podría acabar sus días, como si fuera una puta procesión tortuosa a lo largo del desmantelamiento de su personalidad.

Lo odio.

Lo odio.

Cómo lo odio, joder.

—La verdad es que está genial —dice Lukas a mi lado pasando la mirada por la estancia—. Harper, ¿a ti qué te parece?

—Sí. Genial. —Me centro en Ingrid y hago todo lo que puedo por mantener una expresión neutra. Creo que no lo consigo, a juzgar por la tensión que distingo entre sus cejas grisáceas—. ¿Tenéis programa de actividades de jardinería?

—Sí.

—¿Arthur podría tener su propia sección?

—Estoy segura de que podemos conseguir algo.

—Tiene zapatos caros. ¿Cómo vais a evitar que alguien se los robe?

—Cada habitación está vigilada con cámaras de seguridad y tiene una zona de almacenamiento en la que se puede poner candado.

—¿Y qué me dices de los sándwiches de pastrami? ¿Y *chai lattes* con leche de soja y canela? ¿Tenéis?

La expresión seria de Ingrid se rompe y esboza una sonrisa comprensiva.

—En cocina tienen todo tipo de opciones de menú. Podemos encargarnos del pastrami y del *chai.* —Vuelve a señalar el pasillo y nos sigue antes de conducirnos hacia la salida—. Mirad, soy consciente de que hay mucho que procesar. Es una decisión difícil y podéis tomaros el tiempo que necesitéis para reflexionar. Os recomiendo que le echéis un vistazo a diferentes hogares de cuidados para ayudaros a determinar cuál es la opción correcta para las necesidades del señor Lancaster. Sin embargo, nosotros estamos encantados de incluirlo en la lista de espera mientras barajáis distintas opciones.

Noto el escrutinio de Lukas quemarme la piel, rogándome que lo mire para poder hacerme una pregunta silenciosa que no estoy preparada para responder.

—Lo hablaremos y te avisaremos —dice al final, desviando la mirada y tendiéndole la mano a Ingrid—. Muchísimas gracias por tu tiempo. De verdad que te lo agradezco.

—Por supuesto. Si tenéis alguna pregunta más, no dudéis en llamar. —Le suelta la mano para estrechármela a mí. Mientras me obligo a aceptar el gesto de despedida, continúa—: Sé lo mucho que os preocupáis por él. Es una transición difícil. Estáis haciendo lo correcto al planteároslo.

Estoy segura de que está siendo maja. Profesional. Está diciendo todo lo que debería decir. Pero al mismo tiempo me deja fría.

—Gracias. —Es lo único consigo pronunciar y luego le suelto la mano y me dirijo hacia la puerta.

Salimos del edificio y tengo la sensación de que es la primera vez que respiro desde que hemos llegado. Caminamos hasta el coche de Lukas en silencio. La tensión nos envuelve como las corrientes del aire acondicionado mientras sale del aparcamiento e iniciamos el trayecto de veinte minutos hasta la finca.

Otro golpe, en mi opinión.

—Estaba limpio —se atreve a comentar, como si fuera un gran punto a favor de la residencia y no algo imprescindible—. Además, Ingrid y todas las enfermeras que hemos conocido me han caído bien.

Observo por la ventana del copiloto los pinos y las rocas de granito. Tampoco es que no esté de acuerdo. Estaba limpio. El personal era majo. Los programas eran buenos.

—Pero no estoy preparada —murmuro, siguiendo el hilo de mis propios pensamientos hasta el final.

—Lo sé.

—¿Y tú?

—No lo sé. A lo mejor. —Lukas suspira y se frota la barba oscura de tres días—. Sé que el Aguafiestas nunca lo estará.

Intercambiamos una breve sonrisa agridulce.

—Nunca te recuperarías de esos leones criticones —digo.

—Y a ti te encantaría, ¿verdad?

—Más o menos. —Estiro y doblo los dedos en mi regazo. Veo un alce entre las sombras del bosque al pasar y me acuerdo de aquel maldito seto que menos mal que Nolan reemplazó. Sonrío cuando

escucho la voz de Arthur en mi cabeza la noche que vimos *La bella y la bestia,* ordenándome que hiciera un alce majestuoso como si fuera una hazaña alcanzable—. Es que todavía tiene muchísima chispa. Entiendo que a veces no es fácil de manejar, pero es que no me lo imagino en un sitio así, ¿sabes?

—Sí, lo sé. —Lukas da unos golpecitos en el volante. Sé que para él tampoco es sencillo y que técnicamente no soy familia, aunque me trata como si lo fuera—. No me gusta la idea de dejarlo tirado o de comprometer su seguridad —admite. Se le van los ojos al mar que tenemos a la izquierda y veo que los tiene un tanto vidriosos cuando vuelve a centrarse en la carretera—. Creo que él tampoco está preparado, pero, al mismo tiempo, nadie lo está. ¿Y si esperamos demasiado y sucede algo horrible? No sería la primera vez.

Aunque escudriño su rostro, no distingo ningún significado oculto en sus palabras. Estoy segura de que solo se refiere a la vez en que Arthur se cayó y tuvo que estar ingresado en el hospital. Tiene razón, por supuesto. Pero también existe el riesgo que aumenta cada día que pasa… que Arthur encuentre un nuevo objetivo, un nuevo turista al que cargarse. Otra persona como Evanston, molesto, aunque indigno del criterio que tenía antes.

¿Y qué pasa si la memoria se le erosiona hasta el punto de dejar al descubierto todos sus secretos? ¿Y si le cuenta al personal de la residencia lo del tío que tiene enterrado debajo de la caldera o los cuerpos de la mina de plata o las almas escondidas bajo los tablones del granero? ¿Y si alguien comprende que sus palabras no son delirios de su enfermedad degenerativa, sino que son reales? ¿Qué pasará entonces?

—Lo entiendo —respondo—. Parece que está mejor desde que se cayó, pero sé que nunca va a ser el momento oportuno. Se me ocurre que tal vez después de la última ronda del concurso de jardinería deberíamos hablar con él del tema. A ver qué opina.

Lukas me mira de soslayo sin expresión alguna.

—Le va a parecer una idea espantosísima.

—Sí. Probablemente. Pero a lo mejor podemos ir los tres a la próxima cita con el médico y establecer juntos ciertas metas. Cuando las alcance, sabremos que es el momento.

Lukas suaviza la expresión. Una sonrisa de pena le levanta la comisura de los labios.

—Eres bastante inteligente, ¿sabes?

Me encojo de hombros.

—Quizá un poco. Y cuando digo «un poco», quiero decir «muchísimo». —Le pego en el hombro mientras suelta una risita—. ¿Sabes qué más soy?

—¿Qué?

—Una celestina fantabulosa.

—Ay, por Dios.

—Entonces, ¿le has pedido a Max que te acompañe al baile? —pregunto. Él entorna los ojos y le vuelvo a pegar—. Es dentro de tres días. No te queda mucho tiempo. Me juego el cuello a que ya se lo han pedido unas cincuenta veces.

—Me alegro por ella.

—Ay, mierda, ¿y si va con Julio Flores? He oído que ya ha regresado de sus viajes. El tío le daría un puñetazo en la cara a un tiburón por Max, seguro.

—¿Qué coño?

—Ya sé lo que voy a hacer —digo sacando el móvil. Tengo un par de mensajes de Nolan preguntando cómo ha ido la visita y empiezo a contestarle ocultando la pantalla para que Lukas no la vea—. Le voy a escribir a Julio para preguntarle si ya se lo ha pedido y, como no lo haya hecho, los emparejo.

—Segurísimo que sí.

Después de enviarle la respuesta a Nolan, Lukas me arranca el teléfono de las manos y lo lanza al asiento de atrás.

—Qué borde.

—Se supone que eres mi celestina.

—Lo he intentado, pero tú me lo has puesto imposible. ¿Por qué? —inquiero. Lukas no responde. Se traga las palabras, tensa la

mandíbula, aprieta el volante—. Te rompió el corazón. Lo entiendo. A lo mejor también se rompió el suyo en el proceso. Y ahora te pasas todo el día queriéndola y fingiendo que no. No soportas la idea de que nadie más te adelante por la derecha. Pero tampoco soportas perdonar a Max e intentar algo con ella. A mí me parece que te has metido tú solito en un callejón sin salida.

Lukas se queda un buen rato callado hasta que al fin dice:

—Te odio con toda mi alma.

—Porque soy más lista que tú. Y sabes que tengo razón.

—Sip —acepta al final. Nos sumimos en un largo silencio cuando Cabo Masacre aparece ante nosotros a lo lejos, en la costa—. En realidad, no le has escrito a Julio, ¿verdad?

—Supongo que tendrás que pedirle a Max que vaya al baile contigo y averiguarlo —respondo.

Lukas empieza a preocuparse mientras vamos pasando por los puntos de referencia familiares. Los acantilados por los que tiramos mi furgoneta hace cuatro años. La curva de la carretera con el mirador desde el que a veces se pueden ver ballenas salir a la superficie del agua. El faro con sus ciento cincuenta y dos escalones. El Pico de la Viuda, donde salté por encima de la cresta de granito y casi me ahogo. Y luego el pueblo de Cabo Masacre, con sus cestas colgantes y sus farolas de gas antiguas y sus casitas victorianas. Y hoy está petado de caras desconocidas porque es uno de los eventos más concurridos del verano.

El festival Sabores de Terror.

Vamos hacia el aparcamiento de la carretera de Randall, donde las casetas, los camiones de comida y los castillos hinchables han transformado el espacio abierto. Es el primer día, no son ni las doce del mediodía y ya está abarrotado a pesar de que han abierto hace una hora. Al final del aparcamiento hay un escenario y la música de la banda folk nos alcanza antes incluso de que lleguemos. Los asistentes del aparcamiento nos hacen señas para que vayamos a la zona de «solo personal» y cojo mi móvil y mi bolso del asiento trasero antes de seguir a Lukas por la multitud.

La brisa de agosto trae un olor a comida que nos envuelve de camino a la caseta de la destilería Lancaster. Hay de todo, desde perritos calientes *gourmet* hasta platos elaborados de todos los rincones del mundo. Hay postres y cócteles, y actores que recorren el festival disfrazados de fantasmas de las víctimas del barco que naufragó en la costa. Pero, fiel a la esencia de Cabo Masacre, todo es un tanto… macabro. Hay gominolas que parecen ojos en las bebidas y carne curada que cuelga como si fueran los jirones de piel de una calavera. Las creaciones de Cadáveres a Medida suelen exponerse en diferentes casetas. Tal vez algunos de los expositores de los vendedores sean un poco demasiado turbios para los niños de los turistas, quienes los señalan con los dedos pegajosos, los ojos desorbitados y asustados, pese a que a los niños de Masacre nunca parece molestarles. Me viene bien volver a estar entre la gente del pueblo, aunque me bajo la visera de la gorra un poco más y estoy atenta a cualquiera que pudiera observarme con demasiado interés. Porque claro que me invade un poco el miedo. Pero también un orgullo mucho mayor.

Sobre todo cuando vemos la caseta de la destilería Lancaster y Lukas gira la cabeza para sonreírme.

La parte delantera está hecha con madera reutilizada de la destilería original; el cartel de arriba está pintado en negro y dorado. Los dos empleados de Lukas están entretenidos atendiendo a la hilera de turistas y vecinos que han venido a probar la selección de whiskys, y muchos se alejan con botellas envueltas en bolsas de papel. La visión de Lukas de modernizar la destilería Lancaster por fin empieza a dar sus frutos.

—Esto es increíble, Lukas —lo felicito cuando nos dirigimos hacia la caseta, junto a la que hay una gran tienda de lona verde. Pasamos por delante de un generador que mantiene encendidas las dos máquinas de hielo a través de una serie de cables empalmados que no tienen muy buena pinta. En las paredes hay apiladas cajas de botellas de whisky, paquetes de vasos de plástico y bolsas decorativas. Cruzamos la cortina; los empleados nos dedican

sonrisas tranquilizadoras cuando nos pasan un par de delantales con el logo de la destilería.

—Arthur estaría muy orgulloso.

—Ya te digo que sí —suelta Bob desde la otra parte del mostrador.

A su lado está Yates con su traje de civil básico: una camisa de cuadros y unos vaqueros Wrangler; levanta el vaso de plástico para brindar con Lukas.

—Aunque a lo mejor Arthur le haría un descuento a su viejo amigo Bob en una botella de reserva.

—Buen intento —intervengo antes de que Lukas se vea obligado a responder algo con lo que no se sienta cómodo—. Tal vez si no dilapidaras tanto dinero en ese viejo barco desvencijado que tienes, no tendrías que regatearle al trabajo duro de Lukas. Y además en la semana de la apertura. Qué vergüenza.

Le guiño un ojo mientras le sirvo un vaso de reserva de la botella de las catas y se lo paso.

—¿Cuándo te has vuelto tan descarada? —masculla el hombre.

—Siempre he sido así.

—Cierto. —Bob le da un trago a la muestra y cierra los ojos como si estuviera saboreando, pero creo que quizá esté demasiado borracho para apreciarlo de verdad—. Aunque a lo mejor tienes razón en lo del barco, Harper. No me gustaría hundirme por ahí y que me coma Tiburónides como le pasó al pobre Jake. Que Dios lo tenga en su gloria. —Se santigua con el whisky mientras yo me esfuerzo en evitar esbozar una sonrisa triunfante.

Yates mira a Bob de reojo y entrecierra los ojos.

—Te considero lo bastante sensato para no incentivar la especulación.

Bob suelta un resoplido burlón y, al escucharlo, a Yates se le tensa el músculo de la barbilla.

—Ya, pero el mes pasado los de la búsqueda encontraron en la playa la aleta de la tabla de surf y un fragmento de hueso, ¿no? Y el hueso era suyo, así que… —Bob alza las cejas encogiéndose de hombros mientras se termina el resto del whisky. Enseguida se lo

relleno, porque el Bob Descarado es mi versión favorita de este Robert en particular.

—Bueno, bueno. Eso sigue sin ser una prueba concluyente de que lo atacara un tiburón, Bob —dice Yates—. Lo último que necesitamos es que alguien como el viejo señor Talbot se lance al mar a matar a una especie en peligro de extinción a fuerza de dinamita porque a alguien le falte un hervor. No necesito que un puñado de activistas de la fauna salvaje llegue al pueblo, ya tenemos bastante con los chiflados de la investigación *amateur.*

—Yo ayer vi una aleta en la playa. A veces hay que llamar pez a un pez, Yatisito —contraataca Bob antes de tomarse el chupito.

Le sirvo otro y Yates desliza la mirada hasta mí. Le tiembla algo en la mejilla, una vena diminuta palpita al mismo ritmo que el latido de la sien. No le gusta esta conversación en absoluto y, por alguna razón, eso a mí me hace feliz.

—Además —interviene Bob con un eructo—, yo creía que te alegrarías de haber cerrado por lo menos un caso.

«Justo lo que yo estaba pensando, Bob Descarado», quiero decir, pero cierro la boca.

—Y me alegro —masculla Yates y tarda un segundo en añadir otra cosa que se le ha ocurrido—: Me alegro de que la familia de Jake cierre ese capítulo, aunque me sigue pareciendo raro que el cuerpo y la aleta tardaran tanto tiempo en aparecer en la orilla. Esa es una de las cosas que no me acaban de encajar. Y el resto de la tabla o los trozos del neopreno… ¿Por qué no ha aparecido nada de eso? —Ladea la cabeza mientras me mira—. Harper, ¿a ti no te resulta raro?

Un picor de incomodidad me sube por la columna vertebral. Le sirvo a Yates un chupito de la reserva Lancaster y se lo paso por encima del mantel negro.

—Supongo que los caminos del mar son inescrutables, sheriff.

—Imagino que eso lo sabes mejor que cualquiera —dice, y brinda conmigo antes de beberse el licor y examinar el vaso vacío—. Arthur sí que hizo algo especial, ¿eh?

—Sí —responde Lukas.

El sheriff sonríe; parece que sus preocupaciones respecto a Jake han desaparecido.

—Me llevo una botella.

—Toma ya, Yatisito. —Bob golpea a Yates en el pecho antes de dejar el vaso vacío con un golpe. Una expresión letal le cruza el rostro a Yates antes de borrarla—. A mí ponme otra.

Lukas y yo intercambiamos un asentimiento rápido; Lukas resplandece de orgullo.

—Voy a envolver las botellas —digo; luego me marcho a la parte de atrás de la tienda, donde están guardadas las botellas del reserva.

Le doy vueltas a la conversación con Yates, pero no demasiado. Sobre todo porque al otro lado del mostrador crece la cola. Le pillamos el ritmo. Servir muestras, hablar de sabores, poner copas y vender botellas. La música no deja de sonar mientras los grupos se van sucediendo en el escenario y nos levantan el ánimo. A veces incluso bailamos detrás del mostrador; le sacamos el máximo partido al ambiente y la calidez de los últimos días de verano.

Sin embargo, el buen rollo se corta de repente cuando veo a alguien conocido que se aproxima desde lejos.

Tylor Knightsbridge.

Está igual que la primera vez que lo vi saliendo del Grano el mes pasado; hasta lleva la misma ropa. El pelo que ya clarea. Piel pálida. Camiseta azul. Se acerca con el ceño fruncido, centradísimo en algo que tiene en la mano. Un trozo de papel doblado.

No sé qué coño está haciendo aquí. Cuándo ha regresado. Con quién está. Pero sé que está cazando algo y no puedo permitir que me vea.

—Enseguida vuelvo —le digo a Lukas intentando mantener un tono desenfadado—. Voy a comer algo rápido… No he tomado nada en toda la mañana.

Él sigue moviéndose al ritmo de la música, completamente ajeno al peligro que viene directo hacia nuestra caseta.

—Sin ningún problema, aquí lo tengo todo controlado.

Le dedico una leve sonrisa y desaparezco en la trastienda antes de que Tylor pueda verme. Pasan un par de minutos agonizantes hasta que escucho su voz; la reconozco del día que estuvo justo detrás de mí en Los Mejunjes Mágicos de Maya.

—Me gustaría probar el bourbon Carnicero Sangriento —dice y contengo las ganas de echar un vistacillo por el borde de la carpa.

—Sin problema —oigo decir a Lukas y luego el clic de una botella cuando coge la del exhibidor para servirle un chupito de licor—. Es de una de las últimas remesas que se hicieron antes de que cerrara la destilería hace casi treinta años. Tiene notas de manzana, *crème brûlée* y…

—¿Has visto a esta mujer?

La respiración se me queda atrapada en el pecho. Cuando cierro los ojos, puedo ver la foto con total claridad. Al menos espero que siga siendo la única que tienen. Ni siquiera sabía que iba a volver al pueblo. No han dicho nada en el servidor de Discord y de repente se apodera de mí el miedo de que a lo mejor se han dado cuenta de que había gente cotilleando que no debería estar ahí. ¿Y si han estado hablando en un lugar más seguro? ¿Y si Tylor no es el único que ha venido? ¿Y si su amiga Emma también ha vuelto? ¿O gente que no puedo reconocer en una multitud de caras desconocidas que superan a las de mis vecinos?

¿Y si Lukas Lancaster (el dulce, ingenuo y discutiblemente virginal de Lukas) es mi perdición?

—¿Por la nuca? —pregunta este—. No sabría decirte. Lo siento.

Exhalo, pero el aire se me vuelve a quedar atascado en los pulmones cuando Tylor insiste:

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Porque la señora de la caseta de la panadería de allí parece creer que podría ser una mujer llamada Harper Starling que vive en la casa anexa a la finca Lancaster. La misma que pertenece a tu abuelo.

Lukas suelta una risita vacía que tiene un tinte oscuro.

—Sarah Winkle, ¿eh? Ya, suele equivocarse en muchísimas cosas.

—Entonces, ¿la tal Harper no vive en el terreno de tu abuelo?

—Sí. Pero esa no es Harper. No sé quién es.

—¿Estás seguro?

—Sí. —El tono de Lukas no admite réplica y no invita a seguir ahondando en el tema—. ¿Quieres probar algo más?

Se hace un silencio que parece durar demasiado antes de que Tylor diga:

—El reserva, por favor.

Lukas explica el perfil de sabor con otro clic de una botella. Esta vez, Tylor se queda callado mientas dura la explicación. A continuación, se sucede un instante silencioso en el que debe de estar probando el líquido ámbar, aunque no me molesto en comprobarlo fisgoneando al otro lado de la lona. Albergo la esperanza, aunque sea volátil, de que la conversación haya acabado y Tylor esté dispuesto a marcharse.

Pero es un Buscasabuesos. No se rinde así como así.

—¿A ti no te parece raro que aquí haya tantas desapariciones extrañas? —pregunta Tylor.

—Es un pueblo remoto situado en una zona inhóspita de la costa. La gente se pierde. Muere en el mar. Aquí siempre ha sido así, por desgracia.

—A veces también mueren en tu destilería. Y, dado que la explicación del sheriff parece un tanto floja, me pregunto si la mujer de esta foto podría responder algunas preguntas, ya que él parece no ser capaz o no estar dispuesto a hacerlo.

Una pausa pesada flota en el aire. La voz de Lukas es un gruñido bajo cargado de amenaza cuando dice:

—Si tienes preguntas, háblalo con el sheriff. ¿Quieres comprar la botella o no?

La voz de Bert interrumpe la algarabía del festival a través de los altavoces que hay colocados por todo el terreno para hacer un anuncio:

—El concurso de comer chiles empieza dentro de una hora. Esta es la última oportunidad para inscribirse. El ganador recibirá una cesta épica con diversos productos de nuestros expositores, entre los que se incluye el jabón artesanal Límpiate el Culo de Los Mejunjes Mágicos de Maya, cheques regalo del pub La Boya y la Baliza así como de la cafetería Un Grano Náufrago y, por último, una botella de reserva de whisky de centeno de la destilería Lancaster. Si crees que puedes soportar el calor, ven a la caseta de al lado del escenario y apúntate.

—Bueno —dice Tylor. Distingo la sonrisa en su voz—. Supongo que me apuntaré al concurso. Gracias por la cata.

Lukas no añade nada más. Y yo no vuelvo al mostrador.

«Se acabaron los asesinatos», pienso mientras miro fijamente el bolso que está apoyado en la pared de la tienda. Escucho la voz de Nolan y me imagino su cara cuando me tenía encajonada contra el mostrador del viejo granero. Esa sonrisa fiera, ese brillo de promesa pura en los ojos.

«Si tengo delante de las narices la oportunidad de alejarlos de ti, la voy a aprovechar, Harper —dijo—. Y estoy más que dispuesto a romper todas las reglas para hacerlo».

Knightsbridge no solo podría desenterrarme a mí si se acerca demasiado. También a Arthur. Y a Nolan.

A lo mejor ha llegado la hora de que yo también me salte unas cuantas reglas.

Agarro mi bolso. Abro la cremallera interior. Saco un vial del fondo del bolsillo.

«Marea Roja», reza la etiqueta con la caligrafía de Arthur.

Le sonrío al líquido claro que cubre el cristal y luego persigo a KnightofTruth.

CAPSAICINA

Nolan

Paso entre las casetas de comida, mirando la ubicación que me ha mandado Harper, cuando el móvil vibra con una notificación de mi hermana.

> ¿A que no adivinas a quién vi anoche en el Bootknocker? ¡A Gus! Me dijo que lo más seguro es que vuelvas a casa en una semana o dos, ¡por fin! ¿Y sabes qué le dije yo…?

El corazón se me retuerce incómodo en el pecho. No solo porque sé lo que va a decir mi hermana cuando le responda al mensaje de que se encontró con mi jefe, sino porque estoy mirando el puntito que es Harper en la pantalla, un punto que ejerce la atracción gravitacional de una estrella implosionando. Estoy viendo dos mundos colisionar en la palma de mi mano.

> ¿Qué narices estabas haciendo en el Bootknocker? Ese sitio es lo peor.

> ¡DING, DING, DING! Eso es JUSTO lo que le dije que dirías para evitar darle a tu hermana pequeña detalles sobre tu vida porque es lo que siempre haces cuando hay una chica implicada.

> No le dijiste eso.

> A lo mejor sí.

> ¿Y? ¿Quién es la afortunada? ¿¿¿Y cuándo vuelves a casa???

Gruño, me guardo el teléfono al llegar al límite de la zona abierta que hay delante del escenario.

El móvil me vibra en el bolsillo y estoy seguro de que es Amelia intentando sonsacarme detalles. Quiero muchísimo a mi hermana, pero ignoro su mensaje y recorro la multitud con la mirada. Solo pretendo alejar esa vida, al menos un ratito más. Aquí todavía hay muchas cosas que me preocupan. Hay mucho más que deseo de Cabo Masacre, aunque no debería.

Diviso a Harper en medio de la muchedumbre. Como si tuviera una vibración que sería capaz de distinguir entre miles de personas. Me abro paso hasta donde se encuentra y estoy convencido de que ella también lo siente, porque se gira y me mira a los ojos antes incluso de que me acerque. Antes lo hacía con miedo. Desdén. Desconfianza, incluso después de que el pavor que sentía se convirtiera en deseo carnal. Pero ahora veo alivio. Anhelo.

Creo que amor.

—Me has encontrado —dice una vez me detengo a su lado.

—Ya te lo he dicho… —Le paso una mano por la lumbar. Me acerco más. Saboreo la respiración que se le entrecorta, los hombros que se le estremecen al susurrarle contra la piel—. Siempre te encontraré.

No borra la sonrisa cuando la beso con intensidad. El mundo se desmorona. Podríamos ser las dos únicas personas que hubiera ahora mismo en este parque. Al menos, podría creerlo hasta que una ronda de aplausos y gritos se alza a nuestro alrededor.

—¡Todos los concursantes sobreviven a otra ronda! —exclama una voz desde el escenario.

—¿Qué pasa? —pregunto al dejar de besarnos. Harper acapara toda mi atención cuando se une a los gritos del resto de los asistentes—. Esto no será una ejecución pública, ¿verdad?

Me dedica una sonrisa pícara.

—El próximo pimiento del concurso anual de chiles de Sabores de Terror es el Anillo de Fuego de Dale, con su propia variedad de chile fantasma que cultiva aquí mismo en Cabo Masacre —anuncia Bert con su voz de presentador dramático mientras el público se ríe con disimulo. Miro al escenario, donde Bobby les está pasando pimientos a los concursantes, que empiezan a sudar bajo el sol implacable. Y hay uno que suda más que los demás.

Tylor Knightsbridge.

—¿Qué hostias hace otra vez en el pueblo? —pregunto.

—Esperaba que tú lo supieras, pero supongo que no. —Harper frunce el ceño y observa a la gente que nos rodea—. He revisado el Discord; no ponía nada de que fuera a venir, lo cual me parece un tanto preocupante. Tras la muerte de Sam y Vinny no hacía más que decir que la gente debería acudir en plan marabunta. —Vuelve a mirarme—. A lo mejor sospecha que los están vigilando.

—Me cago en todo. Creía que habíamos conseguido que dejaran de venir después de que apareciera el hueso de Jake. Pero, en ese caso, habrá traído a otro grupo de Buscasabuesos. —La agarro del brazo—. Tal vez deberíamos irnos.

—Sí. Dentro un minuto. —Harper señala el escenario con la barbilla, tiene la voz un tanto distante cuando añade—: Quiero ver cómo le va en la siguiente ronda.

—No sé si va a llegar tan lejos. Tiene pinta de estar a punto de desmayarse.

Harper asiente, su boca es una línea de determinación. Me gustaría creer que es por el modo en que Tylor se aferra a su bolsa azul para vomitar y se mueve incómodo en la silla. A lo mejor tiene fetiche por los vómitos. Pero dudo que sea eso.

Me giro despacio, la miro de frente.

—Prométeme una cosa, ¿quieres? —Ella me observa de reojo y alza la ceja en una pregunta silenciosa—. Nunca juegues al póquer. Perderías. Estrepitosamente.

Harper resopla y se cruza de brazos.

—No sé qué quieres decir.

—En serio —digo, y levanto la mano para tocarle la mejilla con cuidado. Le paso el pulgar por el labio inferior y se le cierran los ojos. Me acerco a su oreja, inhalo su aroma a hierba fresca y whisky envejecido—. Te mueres de ganas de morderte el labio. Lo sé. Y cuando lo haces, estás metida en un lío.

Le meto el dedo en la boca y saboreo esa necesidad tectónica que le sacude todo el cuerpo.

—¿Quieres contarme lo que está pasando? —susurro.

Me aprieta el pulgar con los labios mientras lo libero de su boca.

—Es posible que algunos hombres no soporten el calor —dice casi sin aliento—. O…

—¿O…?

Bert inicia la cuenta atrás para los concursantes.

—Tres…, dos…, uno…

Harper se pega más a mí; mi creciente erección se tensa contra los vaqueros.

—O a lo mejor la capsaicina está acelerando una sorpresa superespecial.

Me aparto lo suficiente para mirar esa sonrisilla perversa que tiene dibujada.

—Una sorpresa —repito. Ella se encoge de hombros—. No sé por qué, pero me da en la nariz que a él no le va a parecer «superespecial».

—Entonces es que no tiene sentido del humor —responde ella.

—Tylor —interviene Bert y nos volvemos hacia el escenario. El resto de concursantes consiguen darles bocaditos a los despiadados pimientos color carmesí. Tylor, en cambio, no. Parece que está sufriendo de verdad; está pálido a pesar del calor, la piel le brilla del sudor—. No te rindas, hombre… Hay una botella de whisky en juego —lo anima Bert dándole una palmadita en la espalda que al otro le provoca una mueca.

Harper resopla.

Tylor se aferra al pimiento rojo sin comer en una mano y a la bolsa de vómito en la otra. Por cómo se inclina hacia delante con los brazos apoyados en la mesa, diría que ni siquiera sabe qué está agarrando. Está entrando en un nuevo reino de dolor y, con él, se empieza a dar cuenta de que algo va muy muy mal. Pero tampoco es que el público sea consciente de su epifanía. Siguen animándolo mientras el resto de concursantes sufren con sus chiles.

—¡Tylor! ¡Tylor! ¡Tylor!

El susodicho suelta un grito de agonía.

—¡Tú sigue, tío! —le dice Bert al micro.

—¡Sigue, Tylor! —corean las voces del público, entre ellas Harper.

El Buscasabuesos deja caer la cabeza sobre el antebrazo y, con la otra mano, da un puñetazo en la mesa.

—¡Vamos, Tylor! ¡No pares ahora! —exclama Harper.

Me paso una mano por la cara.

Tylor suelta otro alarido, este es más desesperado que el anterior. Cuando se endereza, el público ahoga un grito a la vez.

Lágrimas rojas le caen de los ojos y le pintan las mejillas con chorretones carmesíes. Caen como goterones en el mantel de plástico de la mesa. El resto de los concursantes se aleja de él a trompicones como si tuviera una enfermedad contagiosa. El micrófono de Bert captura los gimoteos, que resuenan por los altavoces entre toda la muchedumbre silenciosa. Y entonces Tylor vomita un chorro de sangre hacia el público antes de caer de espaldas.

Por un segundo, todo el mundo se queda callado por el shock. Y, de repente, entran en pánico. Salvo Harper Starling y yo, claro.

—¡Hala!, eso ha sido mucho más dramático de lo que esperaba —dice en voz baja mientras la gente nos empuja para alejarse con los niños, algunos de los cuales están gritando y estoy seguro de que han quedado traumatizados de por vida gracias a este evento tan sanguinolento.

—Qué ganas de que me cuentes más sobre… lo que haya sido esto. —Miro hacia el escenario. Los paramédicos suben las escaleras

corriendo con sus kits, seguidos de cerca por el sheriff Yates vestido de paisano. Agarro a Harper del brazo y tiro de ella para adentrarnos más en la marabunta en movimiento—. Deberíamos irnos.

Nos abrimos paso entre los espectadores, dejando atrás a los curiosos que se sienten atraídos por lo mórbido del asunto y que todavía tienen los ojos clavados en el alboroto. Nos desviamos en la caseta de los muslos de pavo asados, donde la gente sigue haciendo cola como si no estuviera sucediendo nada dramático a unos pocos metros. No me detengo hasta que nos refugiamos en el lateral de la caseta y no se nos puede ver desde el escenario.

Harper y yo nos quedamos mirando fijamente el uno al otro durante un buen rato. Ella tiene los ojos asalvajados. El pecho le tiembla. Me entran unas ganas repentinas de devorarla, joder. Dios, estoy convencido de que es superturbio. Pero parece que no puedo dejar de desearla, sobre todo en estos momentos en los que no debería, y lo único que evita que me la eche al hombro y me la lleve para castigarla como sé que le encanta es el miedo de que se haya puesto en peligro.

—¿Te importaría explicarme qué ha pasado ahí? —le pregunto, haciendo un gesto con la mano hacia el escenario.

—Tylor vino a la caseta de la destilería a hacer una visita, así que decidí… encargarme de un par de cosillas.

—Con veneno.

Harper se encoge de hombros.

—Debería ser indetectable.

—Debería —repito y ella asiente—. Eso no me transmite mucha confianza.

—Bueno, no sabría decirte hasta qué punto Arthur se ha puesto al día de las prácticas de laboratorio para el análisis de venenos desarrolladas en los últimos años, pero cuando creó la fórmula hace veinte años, nunca lo pillaron. Así que estoy segura de que no pasa nada.

—Harper…

—Me estoy quedando contigo, Nolan —dice poniendo los ojos en blanco—. Definitivamente es indetectable. Además… —Echa un vistazo por la esquina de la caseta. Sigo su mirada por la fila de los muslos de pavo hasta el escenario, donde el sheriff Yates y el ayudante Collins intentan controlar la escena; hay más agentes de policía y guardias de seguridad que corren a ayudarlos. La alcaldesa Patel está de pie a un lado con el micrófono en la mano haciendo todo lo que puede para transmitir una sensación de calma al público de Sabores de Terror mientras el caos se desata antes sus ojos. Harper esboza una sonrisilla perversa—. En realidad, no está muerto.

—¿Estás segura? Parecía bastante cadáver.

Vemos que los paramédicos ponen a Tylor en una camilla y lo bajan corriendo del escenario. Los brazos salpicados de sangre caen por los lados, cuelgan inertes.

—Estará bien dentro de siete o diez días laborables —dice Harper.

De repente, Tylor grita, su cuerpo protesta contra las correas de nailon que lo sujetan a la camilla. Sacude los brazos. Da patadas. Aúlla un mensaje indescifrable de dolor solo para soltar una fuente de vómito y volver a desmayarse por segunda vez.

Harper se encoge de hombros.

—A lo mejor de diez a quince.

—¿Y si alguien te ha visto? Este sitio está petado.

—Nadie me ha visto. No soy una aficionada, Nolan. —Entorna los ojos—. No es tan difícil echarle a alguien un poco de veneno en la cerveza cuando está engullendo las patatas «Todos los días es Halloween» en la caseta de La Boya y la Baliza. Esa mierda está tan buena que no te enteras de nada. A lo mejor hasta le ha servido atiborrarse a grasa antes de subirse al escenario.

Me paso una mano por la cara y suelto un suspiro profundo.

—Como muera… eso sí que va a ser una putada.

—¿De verdad…? —Harper se vuelve hacia mí y le respondo con una mirada seria—. Para ser alguien que hace poco se cargó a un tío

tirándolo por un acantilado y ahogándolo, te estás poniendo muy tiquismiquis con todo esto del veneno.

Me arden las mejillas del calor y ella me dedica una sonrisa perversa; sabe que ha metido el dedo en la llaga.

—A lo mejor. Pero no podemos eliminar un asesinato de la lista y a los dos días cometer otro. Acabamos de solucionar lo de Jake.

—Tylor va a estar bien. Solo le di media dosis. Además, no me dejó otra opción. —Harper endereza los hombros. Su tonito burlón se convierte en una determinación amenazadora—. Empezó él, que le fue a Lukas con toda esa movida de «¿Has visto a esta mujer?». Luego aseguró que Sarah Winkle había dicho que creía que la mujer de la foto podría ser una tal Harper Starling que vive en la casa anexa de la finca. Así que, gracias a nuestra querida vecina Caracoño Putáez, he tenido que hacer algo.

Resoplo, a pesar del aluvión de pánico y la convicción repentina de que Harper intenta desviar la atención de lo seria que es la situación.

—Puta Winkle.

—Sí. Y como no puedo matarla a ella… todavía…, he pensado que podría decantarme por la segunda mejor opción y dejar a Tylor fuera de juego antes de que se acerque más. —Harper vuelve a mirar por la esquina de la caseta mientras la gente sigue corriendo, algunas personas tienen la cara descompuesta del shock—. Además, se ha comportado como un capullo con Lukas, así que ese ha sido el segundo *strike.* No veía sensato cargarse a otro Buscasabuesos, pero nadie dijo que no pudiera mutilarlo.

Suspiro y me paso la mano por el pelo.

—Supongo que al menos este no se suma a la lista interminable de desaparecidos.

El dolor le cruza la cara a Harper antes de que se lo trague y lo aparte. No estoy seguro de por qué.

—Sí, bien visto —responde, aunque no me da la sensación de que se crea sus propias palabras. Se sacude las manos y me dedica una

sonrisa débil—. Bueno, a lo mejor deberíamos recoger mi bolso de la caseta de la destilería y largarnos de aquí a toda leche. Sígueme.

Asiento y la sigo entre las casetas. No hemos llegado muy lejos cuando alguien se interpone en nuestro camino.

—¿Cómo coño has venido tú hasta aquí? —pregunta Harper, que se detiene de repente en el estrecho espacio que queda entre un puesto de churros y un señor que vende vasos de granizado en los que parece que alguien ha sufrido una hemorragia.

—Conduciendo —dice Arthur hinchando el pecho de orgullo.

—Tienes el carnet caducado. Desde hace dos años.

—Bah. Eso es un mero tecnicismo. ¿Qué va a hacer el sheriff Yates? ¿Arrestarme? Soy un pobre viejo, Harper.

—Creo que esa me la sé —mascullo y, aunque preveo lo que va a pasar, es más difícil de lo que pensaba no encogerse ante la mirada severa de este hombre.

—Eres el muchacho del teatro —dice.

Me escanea de la cabeza a los pies y, cuando volvemos a mirarnos a los ojos, no parece tan impresionado. Quizá sea justo… Él va con un traje de tres piezas y corbata, un sombrero de fieltro con una pluma roja y su querido bastón con cabeza de lobo, mientras que yo llevo una camiseta negra, unos pantalones con mil bolsillos y las botas de trabajo.

—Tú eres el de las manos.

Bajo la vista a mis palmas.

—Eeeh… ¿sí…?

—Hoy no le vamos a cortar las manos a Nolan —interviene Harper cruzando los brazos.

Silbo, paso la mirada de un asesino al otro.

—¿Qué?

—A lo mejor mañana sí —aclara ella—. Quién sabe.

—Harper —ladra Arthur—, yo nunca le cortaría las manos a nadie.

—Nolan estaba en el cementerio la noche que decidiste librar a Cabo Masacre de aquel «hombrecillo insignificante» que tenía un «demonio de bolsillo maleducado» —dice con voz monótona.

Hay una pausa larga mientras el hombre sopesa la información.

—Ah. —Me vuelve a lanzar una mirada escrutadora interminable y parece reconsiderar mi indumentaria bajo una luz más favorable—. Está bien. En tal caso: Harper, ¿has estado jugando con mi Marea Roja?

—Me dijiste que podía usarla, así que… la he usado. Bueno, la mitad. Vivirá. Probablemente.

Arthur parpadea, esboza una mueca como si acabara de comerse algo agrio.

—Menudo desperdicio de un buen veneno. ¿Sabes lo difícil que es hacer la Marea Roja?

—Era uno de esos hombres de los grupos de investigación *amateur,* Arthur —sisea ella—. A lo mejor no deberíamos ir por ahí matándolos.

—Uno más no puede hacer daño.

Harper suspira con dramatismo.

—Es imposible ganar con vosotros dos. Tú no quieres que lo mate —dice Harper señalándome— y tú no quieres que él viva. —Sacude una mano hacia el viejo y entorna los ojos.

A Arthur no parece preocuparle demasiado el hecho de que su veneno pudiera dejar un rastro sangriento que vaya derechito a Harper. Farfulla algo de su preciada Marea Roja y hemorragias y que se supone que tiene que ser «una catapulta dramática a la otra vida, no un pedo en la tumba» o alguna mierda. Y me dan ganas de decirle que no sabe lo que le está haciendo a esta chica. Cuánto se está esforzando la pobre por estar a la altura de sus expectativas. Cuántas ansias tiene de continuar con su legado, aunque al hacerlo arriesgue su propia felicidad.

Pero entonces la miro de verdad. La veo tal y como es, más allá de las cosas que quiero para ella.

Distingo el brillo en sus ojos por haber hecho una travesura, lo tensas que tiene las mejillas por intentar contener una sonrisa. La oigo reírse de lo absurdas que son las protestas del viejo. La veo tomarle el pelo, hacer comentarios sobre los zapatos, vacilarlo

porque está coladito de Irene, disfrutar de las negativas a medias que suelta él. Y los susurros de violencia que me recorren las venas parecen acallarse.

Solo quiero que sea feliz. Puede que la responsabilidad que siente hacia Arthur parezca una carga desde fuera y, algunos días, estoy seguro de que a ella también se lo parece, pero ese hombre la hace feliz. Aunque podría ser peligroso, debo tener fe en que la chica sabe lo que está haciendo. Porque a lo mejor ella lo necesita tanto como él la necesita a ella.

—Venga —dice Harper, cogiéndole a Arthur la mano y poniéndosela en el brazo—. Vamos a ver el puesto de la destilería Lancaster. Vas a estar muy orgulloso.

Giran despacio y con cuidado. El viejo arrastra los pies a cada paso. Harper no parece ver que tiene los ojos entrecerrados, el modo en que no los despega de mí, como si fueran brea. La amenaza tácita bajo su velo opaco.

Sé que tengo que confiar en ella, pero, cuando se trata de Arthur, puede que sea más difícil de lo que pensaba.

NÉCTAR

Harper

Después de la emoción inicial del casi fallecimiento de Tylor Knightsbridge, el resto del festival Sabores de Terror continuó sin incidentes… Al menos por lo que me han contado. Puse una excusa para no ayudar a Lukas en la caseta de la destilería y me he pasado los últimos tres días metiéndole mano al jardín y preparando la finca Lancaster para la tormenta tropical que al parecer llegará a Cabo Masacre la semana que viene. Y supongo que eso ha sido un poco más emocionante que el resto de actividades de ermitaña a las que me he dedicado últimamente… Por lo menos tengo algo con lo que entretenerme mientras me alejo de uno de los eventos que más me gustan.

Aunque hay una última celebración que no soportaría perderme. Y esta sí que quiero compartirla con el asesino que está sentado en mi salón como si fuera su casa. La cosa es que tengo que reunir valor para preguntárselo y no sé por qué, de repente, me resulta algo tan intimidante. A pesar de lo mucho que me he metido con Lukas porque no le ha pedido a Max que lo acompañe al baile, aquí estoy, en el mismo barco… aterrada por que me rechacen.

Ay, Dios. Estoy en el mismo barco que Lukas Lancaster.

Respiro hondo y carraspeo.

—Bueno… Eeeh…

Joder. Qué buen comienzo. Superelocuente.

Nolan baja el libro y me mira, de pie al lado de la mesa, retorciéndome los dedos mientras me esfuerzo para no morderme el

labio. No lo consigo. En cuanto él ve ese gesto tan familiar, frunce el ceño.

Maldita sea.

—¿Pasa algo malo? —inquiere.

—No, no. No… malo. Es solo que… me preguntaba qué planes tienes esta noche.

Pasa la vista por el salón como si de los rincones fuera a salir un secreto. Levanta el libro de tapa blanda y lo sacude en el aire.

—Los estás mirando.

—Ja… ya. —Compruebo el reloj, que parece burlarse de mí desde la pared. Ya son las seis y pico—. Tiene sentido. Totalmente.

—Vale. —Nolan deja el libro abierto en su regazo y me dedica una mirada seria—. Dime qué demonios ocurre. Me estás empezando a preocupar. Bueno, más de lo normal, y ya es decir.

«Dile que se olvide», dice la voz pesimista de mi cabeza desde la jaula en la que intento encerrarla. «Seguro que Nolan está cansado… ¿No ves que está leyendo y de tranquis en el sofá? Ni siquiera sabes si se va a divertir. Deberías pasar página y olvidarte de esta idea de mierda».

Pero no quiero.

Me lleno los pulmones de aire y por fin consigo soltar:

—¿Quieres ir a un baile conmigo? ¿Esta noche…? —Las palabras parecen flotar en el aire mientras la expresión de Nolan permanece completamente estoica. Trago saliva y cambio el peso de un pie al otro—. Es la Danza Mortal, un baile de granero. Solo para los habitantes de Cabo Masacre, *top secret.* Es nuestra forma de celebrar el final del festival Sabores de Terror.

Él sigue impávido.

—Tengo que admitir que un baile de granero llamado Danza Mortal suena un poco jodido, incluso para los estándares de este pueblo. Tampoco es que se vaya a morir nadie. Solo se sirven algunos cócteles turbios y los cadáveres descartados de la carrera de coches sin motor y del festival de comida se unen a la jarana. Y hay

una movida con un dedo del pie cortado…, pero eso es mejor vivirlo que explicártelo.

Ya está… he alcanzado el límite de la rareza. Seguro que Nolan está preparadísimo para largarse del pueblo por patas y regresar a Tennessee. Quizá estoy un poco en plan catastrófico, pero es difícil no ponerse así cuando el tío ni siquiera parpadea.

Dios santo, a lo mejor lo he roto.

Estoy a punto de abrir la boca para salir de la tumba que me he cavado yo solita cuando él por fin suelta una bocanada de aire contenido y se pasa las manos por la cara mientras ladea la cabeza.

Sí, está claro que lo he roto.

«Te he dicho que era una idea de mierda».

—Joder, Harper —dice Nolan; al enderezarse una chispa traviesa le brilla en los ojos—. Creía que no me lo ibas a pedir en la vida.

—¿Lo sabías?

—Ya me lo han pedido seis veces.

Me cruzo de brazos, entrecierro los ojos. No me entusiasma la idea de volver al barco de Lukas Lancaster tan rápido.

—¿Quién? Necesito nombres. Voy a rajar a esa zorra.

—Sé que sí. Por eso no te voy a decir quién ha sido.

—No digo que vaya a asesinar a nadie… solo a cortarle un par de dedos con las tijeras de podar. Sobrevivirá. Probablemente.

—Ya, seguro que la cosa no va a más. —Nolan finge que le interesa el libro, lo vuelve a coger y pasa la página—. Primero serán los dedos y de repente el Monstruo de las Galletas estará en funcionamiento y Morfeo se comerá los ojos de una pobre mujer mientras parlotea sobre galletas asesinas. Así que ni borracho, fiambre.

—Si tú ni siquiera eres de aquí —digo—. Una masacradora casquivana y sedienta no debería ir por ahí invitando a la Danza Mortal a cualquier turista buenorro que se le ponga por delante. Así no es como se hacen las cosas.

Nolan resopla.

—Y fuimos al Bruma Nocturna. Todo el mundo sabe que nosotros tenemos una… —sacudo la mano entre los dos— una cosa.

Los hoyuelos hacen acto de presencia a pesar de los intentos de Nolan por contener una sonrisa.

—Creo que se suele llamar «relación».

Me arden las mejillas cuando le lanzo una mirada asesina al rincón del salón. Al centrarme de nuevo en Nolan, tiene los hoyuelos aún más marcados.

—Sí —respondo—. Esa cosa.

Se le escapa una carcajada y trata de ocultarla con una tos, aunque sin mucho entusiasmo, antes de echar mano de su Earl Grey y darle un trago.

—Bueno, entonces, si lo sabías, ¿por qué no me lo has pedido tú a mí?

—Me pareció que así sería más divertido. —Se encoge de hombros—. Y tenía razón.

—Desternillante —digo seria y giro hacia las escaleras—. Bueno, pues voy a prepararme.

—Vale…, pero en realidad no he dicho que sí.

Mi media vuelta se convierte en una completa. Un segundo después, me lanzo por encima del sofá y caigo sobre el muro de músculo que es Nolan Rhodes. Esa risa que rara vez tengo ocasión de oír llena la estancia mientras le clavo los dedos entre las costillas. Y, madre mía, sí que tiene cosquillas. Casi lo tengo sometido a mi voluntad en cuestión de segundos y disfruto de cada instante de esta breve incapacidad.

—Eres un cabrón, ¿lo sabes, Rhodes?

—Y tú eres adorable cuando te pones agresiva —dice entre sus risitas infantiles. Por fin consigue agarrarme de una muñeca y me pasa la pierna por las caderas. Con un movimiento rápido, acabo tumbada bocarriba, inmovilizada por su peso.

Si pudiera conservar un único momento y vivirlo por siempre, elegiría este.

Nolan me mira desde arriba. Los rayos del atardecer se cuelan por la ventana e iluminan los mechones rubios que le ha aclarado el sol. Tiene las mejillas sonrosadas, los labios curvados en una sonrisa despreocupada. Intento quedarme con cada detalle… Los tonos verdes y marrones de sus ojos, las pequitas de su piel. El ritmo del pulso que le late en el cuello. El olor a cedro y sándalo. Pero, sobre todo, esa sensación que irradia. Soy amada como nunca lo he sido antes. Preciada. Adorada. Este hombre encaja entre mis pedazos rotos y suaviza los bordes afilados de la culpa y el sufrimiento. Y lo único que deseo yo es hacer lo mismo por él. Llenar sus huecos con algo deslumbrante, algo precioso. Algo que jamás perderá su brillo.

Las palabras que quiero decir están ahí, ahogándome en la garganta. Pero no puedo soltarlas.

Nolan se agacha y me da un beso en los labios. No es una caricia de calor, sino de dulzura. Solo un toque suave, como un sello para grabar este momento en la memoria. Y entonces se va.

—Vamos a prepararnos —dice levantando el peso de mi cuerpo. Me tiende una mano para que me incorpore y la acepto—. No quiero llegar tarde a algo mortal. ¿Se supone que tengo que ir disfrazado? ¿A lo mejor con la cara despellejada de un enemigo o algo?

—La tentación de decirte que sí es muy fuerte.

Subo las escaleras delante de él hacia el dormitorio y Nolan coge algo de ropa antes de ir al baño a darse una ducha; yo me pongo un vestido corto con escote de corazón y un estampado de calaveras, enredaderas y dalias de color amarillo oscuro. Me siento en el tocador, casi rozando el espejo con la nariz mientras intento salvar la raya del ojo con forma de ala errante; la retahíla de improperios que suelto empaña el cristal. Cuando vuelvo a echarme para atrás en el taburete bajo, derrotada, Nolan aparece en el reflejo. Se apoya en el marco de la puerta, y es que me muero de lo tremendo que está en todos los sentidos con esa camisa negra a medida y los pantalones de vestir a juego.

—¿Estás stalkeándome? —pregunto con una sonrisa mientras cojo la esponja de maquillaje para borrar la línea negra.

—Cazo, no stalkeo. —Extiende el brazo para agarrarse a la parte superior del marco de la puerta. No sé por qué eso resulta tan sexi. Pero lo es—. ¿Tienes dificultades técnicas?

Me obligo a no centrarme en él y aplico una nueva capa de sombra de ojos.

—Hacerse la raya del ojo es una putada —digo—. Un ojo siempre te queda perfecto. El otro parece que te lo has hecho con la mano izquierda durante un puto terremoto. —Suspiro. Me deslizo el bronce dorado por la piel—. A lo mejor es ridículo preocuparse por la raya del ojo teniendo en cuenta que las neuronas de Yates podría hacer sinapsis en cualquier momento y que se presente en la puerta con unas esposas y una orden de arresto.

—La opción de largarse sigue ahí, ¿sabes? —me recuerda Nolan, y le lanzo una mirada afilada a través del espejo—. Eso me parecía a mí. ¿Yates irá al baile?

Me encojo de hombros; el nudo de incomodidad se me retuerce en el pecho.

—No lo sé. No suele ir. Pero otros agentes sí que van. No puedo decir que me entusiasme la idea de «socializar con el enemigo» que implica el baile, aunque a lo mejor se hacen preguntas si no voy, ¿sabes?

Nolan no responde mientras dejo el pincel y cojo uno más fino, más preciso para hacerme la raya. Estoy a punto de meterlo en el bote de gel negro cuando me dice:

—¿Quieres ayuda?

Lo miro a los ojos en el espejo; las preguntas y la amenaza me afilan la mirada.

—Si vas a decirme que tu ex Gisèle te enseñó trucos de maquillaje, paso.

Nolan se ríe y se acerca con su carisma oscuro en todo su esplendor.

—No fue Gisèle, pero lo de hacer *scrapbooking* me dio mucha práctica en eso de tener pulso firme.

Se arrodilla a mi lado con la palma extendida, esperando. Dudo. Nadie me ha maquillado desde la noche de pijamas en casa de mi amiga Caroline cuando era pequeña. Nos quedamos despiertas hasta tarde, riéndonos en la oscuridad, pintándonos los párpados la una a la otra con diferentes colores. A la mañana siguiente, todo mi mundo se desmoronó; todavía tenía la purpurina azul pegada a la piel cuando la policía me dijo que me había quedado huérfana. Recuerdo hasta el último detalle. El sonido de la risa de Caroline cuando sonó el timbre y corrimos hacia la puerta. La primera raja que se me abrió en el pecho cuando el agente de policía se quitó la gorra y me preguntó mi nombre. La presión de la mano de la señora Janssen en mi hombro cuando vino a la puerta. El olor a vainilla que desprendía la espátula que se le cayó al suelo cuando el agente nos dio la noticia. La sal de las lágrimas en la lengua.

Parpadeo para alejar los recuerdos y le dejo el pincel a Nolan en la mano, insegura; luego le acerco el bote de gel deslizándolo por la mesa.

—Ahora quédate quieta —dice mientras gira el taburete para centrarme—. No querrás que te dibuje una polla en la cara por accidente, ¿verdad?

—Eso no sería un accidente.

Nolan sonríe; le brillan los ojos al levantarme la barbilla ejerciendo solo un poquito de presión con el pulgar.

—Tienes razón. —Alza el pincel con el gel negro; luego se detiene cuando me lo acerca a las pestañas—. Mira al frente y relájate.

A lo mejor es una tontería querer estar guapa para un baile en el que cada segundo me parecerá una cuenta atrás que ninguno de los dos puede controlar. Pero hago lo que me pide y las pinceladas suaves se me deslizan por la comisura del ojo.

—¿Cuánto tiempo tardaste? —pregunto. Él desvía los ojos del pincel y me mira con una expresión expectante—. En volver a escribir después del accidente.

No parpadea, como si no se esperara la pregunta; luego vuelve a centrarse en el pincel y dibuja otra línea.

—Tardé un mes en empezar a intentar usar un tenedor y un boli. Ambos intentos tuvieron efectos varios. —Nolan moja el pincel en el gel antes de regresar al ojo—. Pasaron unas cuantas semanas antes de que mi letra comenzara a parecerme más familiar y se alejara de las manualidades de parvulitos. La verdadera precisión y la estabilidad me llevaron meses.

Observo hasta el más mínimo cambio en la expresión de Nolan, centrado en dibujar una línea recta. Cuando me pide que cierre los ojos, saboreo su tacto suave y su olor familiar.

—Lo siento —susurro.

Levanta el pincel de mi piel, pero no me muevo, porque su caricia etérea como una pluma me cubre la mejilla.

—No tienes nada que sentir.

—Sí que tengo algo que sentir —digo abriendo los ojos—. Y lo siento. —Le envuelvo la muñeca con la mano; lo detengo antes de que pueda seguir con su tarea—. ¿Tú nunca te has preguntado qué habría pasado si la noche del accidente me hubiera quedado a tu lado? Tal vez, en esa versión de la historia, también habríamos acabado juntos.

—O tal vez no. —Su sonrisa agridulce se desvanece tan rápido como ha aparecido—. A lo mejor necesitaba que te marcharas para tener algo por lo que luchar. Y a lo mejor tú necesitabas este lugar y esta gente para sanar. Así que si pudiera volver atrás en el tiempo, no cambiaría nada. No me arriesgaría a no estar aquí ahora mismo.

Me trago el nudo que se me ha formado de repente en la garganta y asiento; las lágrimas se me acumulan en las pestañas. Porque yo siento lo mismo y a lo mejor necesitaba escucharlo. Da igual las veces que me haya imaginado en una situación diferente y una vida más fácil, no cambiaría la que tengo ahora. No pondría en riesgo esta oportunidad de ser amada independientemente de lo profunda que sea mi oscuridad. Amar de una forma tan intensa a cambio.

—No llores —me pide Nolan, dándome un beso ligero en la punta de la nariz—. Vas a arruinar mi trabajo.

Respiro hondo, le suelto la muñeca y cierro los ojos; solo tarda un poquito más en terminar de maquillarme. Nolan le da la vuelta al taburete para que me mire en el espejo y, cuando veo mi reflejo, tengo una raya con alitas igual que la otra.

—Ni una sola polla —comento—. Estoy muy impresionada.

—Pues estarías preciosa. Todavía me da tiempo a hacértela.

Nolan se levanta y me aprieta el hombro antes de ir hacia la cama, donde espera hasta que termino de maquillarme. Compruebo por última vez los pasadores de cuervo que me apartan el pelo de la cara y me pongo en pie.

—*Voilà* —digo girando sobre mí misma.

—Estás preciosa, Harper. —No solo hay calor en la mirada de Nolan cuando se incorpora y me ofrece la mano. También hay anhelo, enterrado bajo esa sonrisa burlona—. Ahora vámonos de fiesta con unos cuantos cadáveres.

INFLORESCENCIA

Harper

Salimos por la puerta principal de la casa anexa, yo encabezo la marcha. Le escribo un mensaje a Bobby mientras recorremos el caminito de piedra y cruzamos la valla. Poco después, recibo respuesta y le sonrío al dispositivo antes de señalar con la cabeza hacia el pueblo.

—Bueno, ¿y dónde es el famoso baile? —pregunta Nolan al tiempo que lo cojo de la mano.

Hace una tarde preciosa, una de esas en las que hace tan buen tiempo que los niños del pueblo salen a la calle a jugar al pillapilla y al escondite. Pero hoy las casas están sumidas en un silencio espectral. El olor a barbacoa no flota en el aire. No se oyen pelotas de baloncesto rebotando contra el asfalto ni niños riéndose entre las sombras.

—Vamos a coger el bus —respondo sin añadir más explicaciones—. Justo aquí.

Señalo a un par de vecinos que esperan en la acera junto a una farola cualquiera. Me saludan por mi nombre y yo hago lo mismo. Una de las mujeres mayores que trabaja en la panadería le lanza una mirada suspicaz a Nolan; es obvio que es un extraño en nuestra pequeña tropa.

—Va a someterse a la *dediciación* —aclaro y la suspicacia se le relaja un poco antes de desviar la atención hacia el final de la calle, por donde se acerca música.

—¿Qué cojones significa eso? —me sisea Nolan al oído.

—Tú hazlo y ya.

Aunque quisiera explicárselo, cosa que no quiero, no hay tiempo. Porque justo el bus de fiesta de Bobby dobla la esquina y se detiene delante de nosotros; lleva un copiloto cadáver pegado a la capota con cinta americana y las luces de discoteca asoman por las ventas al ritmo de *Chop Chop Slide,* de Insane Clown Posse.

—Próxima parada: Pueblo Fantasma —anuncia Bobby cuando se abren las puertas.

Va disfrazado de Pennywise; hasta lleva globos rojos que nos va entregando conforme subimos al autobús. Disfruta como un enano eso de ser el chófer del pueblo; lo hace todos los años sin falta. No se me pasa el modo en que Nolan se encoge antes de aceptar el regalo y dirigirse al fondo del autobús.

—No te darán miedo los payasos, ¿verdad? —digo mientras me siento a su lado y el bus arranca.

—Pff. No.

—En tal caso, supongo que ya sé de qué me voy a disfrazar en Halloween —comento con una sonrisa.

En cuanto suelto esas palabras, me entran ganas de volver a tragármelas. Faltan meses para Halloween. Y lo he dicho como si diera por hecho que para entonces Nolan todavía estará en Cabo Masacre. Pero no se da por hecho en absoluto. La búsqueda está decayendo día a día. Solo es cuestión de tiempo que la cancelen de manera definitiva y no hemos hablado de lo que haremos una vez eso pase.

No sé si Nolan piensa lo mismo cuando me coge de la mano. No lo miro para averiguarlo.

Cuando llegamos a la granja de Dale Linden, ya hemos recogido a seis personas más y todo el autobús canta al ritmo de la lista de reproducción macabra de Bobby, que no es más que una rotación de las canciones de Halloween que más le gustan a la gente. Hasta Nolan se desgañita cantando *Thriller* con el resto del autobús, dejando al descubierto ese talento oculto de su voz; hasta eso se le da bien, ¡cómo no! Como es natural, se regodea en el hecho de que

yo no comparta esa habilidad en particular y de que sueno como una hiena rabiosa.

—Por fin he encontrado algo que no se te da bien —se burla sarcástico antes de volver a ponerse a tope con la letra.

Le estampo la entrada en el pecho cuando el autobús se detiene delante del viejo granero de Dale.

—Vamos, fiambre Bieber. Es hora de la dediciación. Y tráete el globo.

Lo de mencionar los dedos le ha borrado la sonrisa de petulante de la cara y baja del autobús detrás de mí.

Esperamos en la corta cola mientras la música resuena dentro del granero; las luces de colorinchis asoman entre las grietas de las viejas tablas de madera. Algunos juerguistas han salido a tomar el aire, con los vasos de plástico aferrados, las gotitas de sudor en la frente y el pelo empapado. Entre ellos hay un copiloto cadáver que está bastante machacado; ya le han arrancado los dedos para darle vueltas a la bebida.

—Este sitio es rarísimo —comenta Nolan mientras nos acercamos a las cortinas de plástico rollo matadero que cuelgan de la puerta del granero y que están salpicadas de sangre.

—Eso no te lo voy a discutir.

Le damos las entradas al portero y nos adentramos en el granero, que está abarrotado de gente de todas las edades y de cadáveres en distintos estados de desastre. Los globos rojos se acumulan junto a las vigas del techo; la corriente de aire mueve y enrosca los largos hilos. A nuestra izquierda hay un bar bien surtido por debajo del saliente del pajar, con tres camareros que mezclan bebidas y sirven cervezas a los clientes de la cola interminable. A la derecha hay mesas con boles de ponche y algo de picotear para los críos, y también unas puertas abiertas a una barbacoa y asientos bajo las hileras de lucecitas. Al final del granero se encuentra la mesa del DJ, donde Alex, el camarero de Un Grano Náufrago, pincha música mientras las luces parpadean en el escenario. Veo rostros conocidos por todas partes: Maya y Maxine bailando cerca del DJ, Lukas

chocando su vaso de whisky con el de Bob, Henry bailando con uno de sus queridos cadáveres. Es un baile de granero épico, como todos los años.

Pero, antes de que podamos unirnos a la fiesta, primero tenemos que pasar la prueba de la Parca.

—Elige tu veneno, corazón —me dice Irene cuando me acerco a la mesita que custodia disfrazada de la muerte; hasta tiene aferrada una guadaña de verdad.

Delante de ella tiene tres garrafas de cuello ancho llenas de licor: uno ámbar, otro claro y otro de un color verde radiactivo. Y en el fondo de cada recipiente hay un dedo del pie cortado.

Señalo la primera botella, la de color ámbar.

—El Cerdito Valiente, por favor.

Irene resplandece del orgullo y las arrugas le enmarcan la sonrisa.

—Esta noche la gente le está dando mucho amor al cerdito.

Se vuelve hacia la botella, agarra un vaso de plástico limpio y unas pinzas, pesca el dedo del pie y lo echa en el fondo del vaso antes de servir bebida suficiente para que sea un chupito bien cargado.

—¿Qué cojones es esto? —pregunta Nolan cuando levanto el vaso a la salud de Irene y me giro hacia él.

Lo miro seria y señalo el vaso que tengo en la mano.

—Es un dedo del pie cortado, Nolan. En bourbon. ¿A ti qué te parece?

—¿Y te lo vas a beber?

—El dedo no. Voy a besar el dedo y a beberme el licor, y luego le devolveré el Cerdito Valiente a Irene.

—Pero… ¿por qué?

—Ya te lo he dicho —respondo antes de llevarme el vaso de plástico a los labios y bebérmelo de un trago. Me arde la garganta cuando el dedo del pie me rebota contra la carne, la uña me golpea el arco de Cupido—. Estamos en Cabo Masacre. Aquí nada es Disney.

—No creo que eso tenga sentido en este contexto.

—Empezaron los canadienses —explica Irene mientras le prepara una copa a Nolan, aunque yo no estoy del todo convencida de que vaya a hacer el ritual—. ¿Nunca ha oído hablar del Sourtoe Cocktail, señor Rhodes?

—No puedo decirle que sí, señora —responde mirando las garrafas con suspicacia.

—Hace unos años, en un congreso de bomberos, mi nieto Jamie conoció a un chico de las brigadas forestales paracaidistas de Yutón que le contó lo del dedo en el licor. Supongo que la idea cuajó. Cuando me quitaron al Cerdito Valiente gracias a la diabetes, pensé: «¿Qué demonios? Vamos a conservarlo y lo metemos en algún licor». —Irene señala el siguiente recipiente, el de vodka—. Dale se quedó borracho en su campo al verano siguiente y se le helaron los dedos de los pies, así que se unió al club con Saltarín. Y luego Bob se partió el dedo meñique con el montacargas. Y ahí fue cuando nos llegó Mermelada con crema de menta. Así que, bueno… —dice la mujer echando al Cerdito Valiente en un vaso limpio y rociándolo de bourbon—, ya lo sabes. Dediciación: un brindis por cada dedo del pie. La primera vez tienes que tomarte los tres para pasar la prueba de la Parca.

—Pero… —Nolan mira a la gente bailando, niños correteando entre los adultos, persiguiéndose los unos a los otros con partes del cuerpo cercenadas—. Hay niños.

—A ellos les damos ponche de frutas —respondo y señalo el estante junto a la mesa en el que hay dedos de plástico flotando en vasos de zumo—. No somos bárbaros, Nolan.

Irene sirve las otras dos copas, una de cada garrafa, y mete los dedos cortados en su líquido correspondiente.

—Yo te recomiendo que dejes a Mermelada para el final. Es como el postre.

Le pasa el vaso del Cerdito Valiente deslizándolo por la mesa y, cuando Nolan se gira para mirarme, pienso que hasta aquí hemos llegado. Casi oigo las palabras que tiene en la punta de la lengua;

las dirá con una mueca: «Me vuelvo a Tennessee. Me lo he pasado de muerte, pero estáis taradísimos, en serio».

Nolan no aparta los ojos de los míos mientras coge el vaso y lo levanta a modo de brindis. Puede que tenga la cara un poco verde, pero me sonríe cuando dice:

—De un trago.

Le detengo la mano antes de que el vaso roce sus labios y él frunce las cejas a modo de pregunta.

—No te bebas el dedo —le advierto—. Te saldrá muy caro.

—¿Cómo de caro?

—Un dedo del pie, probablemente. O una multa. O ambas… No lo sé, nadie me ha contado nunca de qué va la movida. Pero, teniendo en cuenta que estamos en Cabo Masacre, yo no lo comprobaría, ¿sabes? —Le suelto la muñeca levantando los dedos poco a poco—. Última oportunidad para salir corriendo. O, ya sabes, sentarte fuera taciturno mientras yo estoy de juerga con algunos cadáveres.

—Vale… No me bebo el dedo del pie. No pensaba hacerlo de todos modos, pero gracias por la advertencia.

Hace una última mueca, respira hondo, cierra los ojos con fuerza y se bebe el chupito de un trago.

—¡Ese es mi chico! —exclama Irene, y chilla de alegría cuando le devuelve el dedo y se lo cambia por Saltarín. Nolan apenas respira antes de bebérselo.

—Da buena suerte que el padrastro de Mermelada te haga cosquillas en el labio —digo levantando los pulgares.

Él oculta una arcada con una tos.

—¿Qué coño?

—Menos hablar y más beber —lo apremio dándole unos golpecitos al culo del vaso—. Intuyo que bailo mejor que tú y quiero demostrar que tengo razón.

Le dedico una sonrisa engreída.

El malestar y el descontento de mi acompañante se transforman en una determinación férrea.

—Y una mierda vas a ser tú mejor —dice y se bebe el chupito de un trago. No puedo evitarlo; doy saltitos y aplaudo como si fuera una puta animadora de instituto que está tan pillada del nuevo chico malo que da asco.

—Dios santo —sisea Nolan cuando le devuelve el último dedo a Irene—. Sabe a trauma y Navidad.

Suelto una carcajada.

—Dos cosas que siempre van de la mano.

—Enhorabuena —lo felicita Irene, que lo agarra del hombro y tira de él para abrazarlo—. Ahora sí que eres de Cabo Masacre de verdad.

Oculto un pinchazo de preocupación, preparo una sonrisa y espero a que la mujer suelte a Nolan para ir hacia la pista de baile. Lo cojo de la mano, lo llevo hasta la cola de la barra mientras soltamos los globos para que floten hasta el techo.

—La verdad es que practicar el «casi canibalismo» no entraba en mis planes para las vacaciones cuando decidí venir a Masacre —dice Nolan limpiándose la boca con la mano.

—Pero has aguantado bien el tipo —interviene una voz a nuestra espalda antes de que mi ansiedad sobre el futuro de Nolan en Cabo Masacre pueda alcanzar todo su esplendor. Veo el destello de furia en el rostro de mi acompañante antes de que el sheriff Yates le ponga una mano en el hombro—. La dediciación no es para los débiles de corazón.

Para cuando se da la vuelta hacia el sheriff, Nolan ya muestra una sonrisa relajada.

—No puedo decir que sea algo que esté dispuesto a repetir.

—No te culpo. —Yates le estrecha la mano a Nolan a modo de saludo; lo agarra con las dos manos como si le estuviera dando la bienvenida a un club. Luego el hombre se dirige a mí—: Esta noche estás encantadora, Harper.

—Gracias —digo y me quito el polvo invisible del vestido—. Supongo que de vez en cuando me arreglo bien.

—Bueno, te mereces disfrutar una noche después de todo lo que te has esforzado por dejar bonito Cabo Masacre. Y tú —dice volviendo a mirar a Nolan— nos has ayudado encargándote de la búsqueda como lo has hecho. No sé cómo vamos a agradecerte tu amabilidad.

Nolan me mira a los ojos solo por un instante. Puede que la cara que le esté poniendo a Yates sea una máscara, pero la claridad de sus ojos es verdadera y esa es solo para mí.

—No hace falta. Estoy encantado de ayudar.

—Bueno, estoy seguro de que también te alegrará saber que se haya acabado todo este caos. Sobre todo ahora que por fin mañana anunciamos que se cancela la búsqueda. —Yates le da unas palmaditas en el brazo—. Gracias de nuevo por todo lo que has hecho… Cabo Masacre está en deuda contigo.

Siento que me han dado una bofetada en la cara. Los olores a sudor, alcohol y barbacoa me envuelven y se me revuelve el estómago. Nolan me acaricia los dedos con los suyos, pero me aparto antes de que pueda cogerme y me acerco más a la barra.

¿Lo sabía? Y si es así, ¿cuándo pensaba sacar el tema? ¿Se quedaría aquí de todos modos, en este sitio lleno de gente rara, con rituales ridículos y más tumbas escondidas y secretos enterrados de los que debería haber en cualquier pueblo? No puedo irme. Cabo Masacre es mi santuario. Cubrió mi dolor cuando necesité una mortaja. Me nutre tanto como yo lo protejo.

«Tablas».

Cuando cierro los ojos, veo el caballo negro en el tablero de ajedrez, en la casilla c6. Pero esta vez no oigo la voz de Adam en mi cabeza, sino la de Nolan.

«No ganamos ninguno de los dos».

Cojo aire de forma temblorosa y abro los ojos; me presiono con la mano el punto que me duele en el pecho. Supongo que siempre he sabido que era inevitable. Aun así, que sea algo inminente se me clava muchísimo más de lo que creía.

Yates sigue entreteniendo a Nolan con preguntas a mi espalda mientras me acerco a la barra; le pido al camarero dos chupitos de tequila y me los bebo.

—… tengo que decírtelo: claro que ha sido de gran ayuda tener un especialista en búsqueda y rescate por aquí para hacerse cargo de la organización. ¿Cuándo crees que volverás a Tennessee? —inquiere Yates detrás de mí a la vez que pido dos tequilas más.

Nolan es el equilibrio perfecto entre agradable y lúgubre cuando dice:

—Aún no estoy seguro… Supongo que tendré que hablar con mi jefe.

—De hecho, lo he llamado yo. Un tipo estupendo. —Casi veo a Yates hinchando el pecho de orgullo a mi espalda. Pero sus palabras suenan huecas, como si fuera una réplica incompleta de lo que debería ser el afecto. Siento más bien que forma parte de la broma cósmica en la que se ha convertido mi vida—. Quería que supiera directamente de la fuente que has sido un activo fantástico.

Lo que sea que le responda Nolan se pierde en el rugido de sangre que me inunda los oídos mientras me trago uno de los chupitos. Siseo ante el ardor y dejo el vaso en la barra. Sacudo la cabeza y echo mano del siguiente chupito, pero Nolan lo agarra antes de que pueda hacerlo yo. Levanta el vaso y se bebe el licor de una. Me extiende una mano por la piel, caldeándome entre los hombros, un murmullo que me vibra en las vértebras.

—Vamos a hablar —susurra cuando se me acerca para dejar el vaso vacío en la barra; el sheriff sigue parloteando de fondo sobre las logísticas de la búsqueda. Lo único que consigo hacer es asentir de la manera más leve.

—Bueno, ya basta de hablar de trabajo. A veces me obsesiono un poco, ¿sabes? —dice Yates al fin, y hago todo lo posible para mostrar una expresión agradable cuando me giro hacia él. Nolan sigue sujetándome la mano, como si fuera a desaparecer si no me tocara—. Pasadlo bien, chicos. Os lo merecéis.

Se despide con un gesto de la cabeza y va hacia la pista de baile. Aunque se vaya, no creo que sea capaz de respirar. Cuando se pierde entre la muchedumbre y las luces de colores, Nolan me pone la palma en la lumbar.

—Vamos fuera —dice, y el agujero del estómago me arde con una sensación aciaga.

Nolan no deja de tocarme mientras nos abrimos paso entre el gentío, pasamos por delante de los boles de ponche y frente a un grupo de críos riéndose porque están mezclando varios sabores en los vasos. Nos dirigimos a las puertas abiertas del granero y más allá de la barbacoa, donde se asa la carne en unas rejillas ennegrecidas; la gente habla y ríe, despreocupada, sentada a las mesas de pícnic con hamburguesas y bebidas. No nos detenemos, no bajamos el ritmo hasta que llegamos a un terraplén con vistas a los campos de la granja de Dale y el atardecer. Solo entonces Nolan deja caer la mano.

—¿Lo sabías? —pregunto sin darme la vuelta, pues tengo demasiado miedo de lo que vaya a ver en su cara.

—No, no tenía ni idea. —Las notas de pena de su voz parecen flotar en el aire—. Pero, en algún momento, teníamos que enfrentarnos a esto.

Me alejo un par de pasos; dejo a Nolan atrás cuando me detengo en el borde del terraplén. Me acaricio los labios con la punta de los dedos como un beso perdido, me limpio los últimos restos de tequila de la piel. Durante un buen rato, solo hay silencio. Incluso la música y las voces parecen atenuarse mientras contemplo a los caballos pastando. Tan serenos. Tan bonitos bajo la luz tenue. Espantando moscas con la cola, los músculos tensos. Todo ese poder y esa elegancia contenidos por los tres hilos de la cerca eléctrica. Si lo necesitaran, ¿tendrían la oportunidad de escapar?

Solo podemos correr mientras nos lo permiten nuestros propios límites. Y salimos heridos cuando nos estrellamos contra ellos.

Pero si estamos dispuestos a aguantar, la jaula podría romperse. Si estamos dispuestos a sangrar. A saltar antes de saber dónde

vamos a aterrizar.

Y ahí es donde he estado yo. Atrapada en una cárcel que yo misma he creado. He tenido tanto miedo de contarle a Nolan cómo me sentía en realidad que puede que nunca escape. Quizá me quede en esta jaula para siempre, hasta que por fin me arriesgue a huir.

Cuando me giro para mirar a Nolan, sus ojos parecen reflejar el dolor y el pavor que atormenta cada una de las cámaras de mi corazón. Respira hondo. Y, antes de que pueda hablar, susurro:

—No quiero que te vayas.

Tensa los labios en una línea firme, se le mueve la garganta al tragar saliva.

—No quiero que te marches —repito acercándome un paso. La barrera invisible está ahí, el dolor que se quedó hace años, endurecido, que me aísla del mundo que casi puedo tocar al otro lado. Me tiemblan los límites de la visión y se me emborronan, hasta que lo único que logro ver con claridad es a Nolan, iluminado por la luz anaranjada del atardecer—. Suena egoísta decirlo en voz alta. Sé que tienes otra vida y que se suponía que esto solo era un interludio. Pero no quiero que acabe.

Él no habla, no se mueve. Sé que tiene las palabras en la punta de la lengua. Tal vez esté preparado para cortar esto de cuajo, para rebanar los últimos filamentos de esa esperanza deshilachada a la que me aferro y me permite salir del mar. Pero él espera, me da espacio para que me acerque otro paso.

—Quiero leer las notas que me dejas por las mañanas y tocar tu letra y saber que estás pensando en mí. Quiero despertarme en la oscuridad y posar la mano en tu pecho y quedarme dormida con el latido de tu corazón bajo mi palma. Quiero recorrer tus cicatrices y saber que son el mapa que te trajo hasta aquí y decirte que son preciosas, incluso que te quitaría el dolor si pudiera. Quiero ser la mujer por la que le prendas fuego al mundo, por la que recorrerías el infierno, igual que yo lo haría por ti. Quiero al villano tanto como quiero al héroe que llevas dentro.

La brisa me acaricia la piel, enfría las lágrimas que me bañan las mejillas. Aparte del músculo que le tiembla en la mandíbula apretada, Nolan no se mueve. Sin embargo, le brillan los ojos.

—Te quiero, Nolan Rhodes —digo con los labios temblándome—. Y no quiero que te vayas.

El mundo se detiene en un único movimiento: una sola lágrima cae de las pestañas de Nolan y se desliza más allá del hoyuelo que se dibuja en su piel, en un abrir y cerrar de ojos.

—No voy a irme a ninguna parte.

Con dos zancadas, nos estrellamos el uno contra el otro.

La barrera que estaba ahí hace tan solo unos segundos parece desmoronarse. Pero el miedo sigue ahí, incluso cuando Nolan me refugia con la fuerza de su abrazo. Esto podría ser solo un momento efímero del tiempo. El amor es para protegerlo con unas manos delicadas. Tiene unos bordes afilados que te rasgan cuando te lo quitan. Yo lo sé mejor que nadie. Pero me arriesgaría a sufrir todas esas heridas por Nolan, solo por sentir el latido de su corazón. Por notar su aliento contra la piel al enterrar la cara en mi cuello. Por escucharlo decir:

—Yo también te quiero, Harper. Me quedaré todo el tiempo que me aceptes.

—¿Y si no quiero que te vayas nunca? —le pregunto contra la camiseta mientras me aferro a él—. ¿Cómo funciona eso? Tienes trabajo en Tennessee. Amigos y familia.

—Hay unas cosas llamadas aviones…

—Me lo dice todo el mundo…

—Y no sería difícil coger uno para ir a ver a esa gente. A menos que pretendas encadenarme a la cama.

—Se me ha pasado por la cabeza.

Nolan me pone las manos en los hombros y me aparta; baja la cabeza para mirarme a los ojos, como si las palabras que está a punto de decir fueran a calar más hondo así.

—Ya solucionaré los detalles, Harper. El trabajo, la familia, los amigos… son importantes, pero los desafíos no son insuperables.

Puedo seguir en contacto con la gente a la que quiero. Ya encontraré otro trabajo. Lo que no es negociable para mí eres tú. —Me pasa una mano por las mejillas; no sirve de nada. Las lágrimas no hacen más que reemplazar a las que está enjugando—. Si algún día decides que quieres que me vaya, no cambiará nada para mí. Aunque tenga que amarte desde la distancia, nunca dejaré de hacerlo. Eres mía. Siempre.

—Parece que es al revés —digo. Mis caricias se quedan rezagadas en el tatuaje del uróboro que tiene en el antebrazo, un dibujo que puedo trazar de memoria en la oscuridad—. Como que eres tú el que me pertenece a mí.

—No lo digo en el sentido en que estás pensando. —Me presiona los labios contra la mejilla; su respiración es una exhalación irregular—. Eres mía para besarte. —Me da un beso en el otro lado—. Mía para cuidarte. —Me da otro en la punta de la nariz—. Mía para quererte. —Su beso se queda cerca de mis labios. Se aparta con la mirada soldada a la mía, manteniéndose firme a pesar de que le tiemblan las manos cuando me enmarca la cara—. Harper, formas parte de mí igual que mi corazón o mis pulmones o mi puta alma. Podrías extirparte de mí, pero yo siempre notaré tu ausencia. A eso me refiero al decir que eres mía.

Espera lo suficiente para asegurarse de que lo entiendo antes de presionar al fin sus labios contra los míos. Y ese beso no se parece a nada de lo que hemos compartido antes. No es el ardor del odio que se enciende y transforma en otra cosa. No es el mordisco de algo amargo que al final ha madurado. Es una caricia lenta de lenguas sobre un anhelo rico y dulce como la miel. Es el calor ahumado de las promesas que mantendremos en las horas oscuras en mi cama. Es un beso que lo cambia absolutamente todo.

Me aferro a los músculos tensos de sus brazos, bajo una mano por la cicatriz de su nuca y me sumerjo en otra dimensión. Él soporta mi peso con su abrazo, yo arqueo la espalda. No estoy segura de dónde acaba él y empiezo yo. Ni cuánto tiempo nos pasamos así. Ni quién podría estar mirando. Lo único que me

importa es que esta sensación nunca desaparezca, ni la calidez que cubre cada uno de los latidos de mi corazón.

Cuando el beso se vuelve más lento, Nolan lo rompe susurrando contra mi boca:

—Quiero bailar contigo.

Sonrío con los labios hinchados.

—¿Para poder demostrar que me equivoco en eso de que a mí se me da mejor?

Mi provocación logra que me gane un mordisquito suave que me hace ahogar un grito.

—No —dice Nolan al soltarme—. Quiero que todo el pueblo vea que he conseguido lo que quería. Que eres mía. Y luego quiero olvidarme de que existe el resto del universo e irme a casa contigo.

Con un último beso, vuelve dejarme en un mundo que parece más luminoso que antes. Me arregla el maquillaje que se me ha corrido por debajo de los ojos. Después me coge de la mano. Me dedica una sonrisa que parece expresar orgullo. Alivio. Quizá incluso triunfo.

Pasamos por delante de los juerguistas, por delante de Bob y Bert, que están comiendo hamburguesas; por delante de Maya y Lukas y Maxine; por delante del sheriff Yates, cuya sonrisa le ilumina los ojos cuando nos ve.

Y luego bailamos.

FLORACIÓN

Nolan

No solo he conseguido lo que quería.

Tengo más de lo que podía imaginar. Sin duda, más de lo que merezco. Después de todo lo que nos ha traído hasta esta noche, parece inimaginable que haya terminado aquí, bailando con Harper bajo las luces cambiantes y sintiendo que acabo de ganar un premio que no me merecía. El accidente que me desbarató la vida. Los años que me pasé soñando con matarla. Las incontables horas de odio que consumían todos mis pensamientos. Ella lo desmanteló todo y me llevó a otra existencia. Tal vez haya tardado un tiempo en entenderlo por mí mismo, pero ella siempre será la luz que me guíe.

Y, esta noche, Harper Starling está resplandeciente.

Se ríe como nunca la he oído reírse, ni siquiera en los vídeos del pasado, antes del horror que fue la casa de Harvey Mead. Bailamos entre la multitud. Me sostiene la mano. Da vueltas. Vuelve a mí. Tiene razón… Me gusta pensar que no bailo mal, aunque a ella se le da mejor. A veces ligera y musical. Otras, seductora y fascinante. Otra veces divertida o bobalicona o misteriosa. Siempre sexi. Y siempre mía.

—Creo que tiene un fetiche con la necrofilia —dice Harper por encima de la música, acariciándome la oreja con los labios. Se aparta y señala a Henry con los ojos brillantes. El tío está borrachísimo, empapado de sudor. Sintiendo la música con uno de sus cadáveres a medida. En realidad, solo es una cabeza y un torso, pero se está restregando contra él como si fuera a tirárselo en la pista de baile.

—Dios. —Henry se desliza el cadáver por el pecho peludo al descubierto, echa la cabeza hacia atrás mientras canta a voz en grito la letra de *Sexual Healing,* de Marvin Gaye—. La verdad es que hace que me plantee cómo ganó tanto dinero para comprarse un barco nuevo con las ventas de la temporada baja —digo. Harper sonríe, se aprieta contra mí. Me lanza una mirada astuta y cómplice—. ¿Por qué sonríes?

—Me encanta que sepas esas cosas de Cabo Masacre —dice mientras la canción cambia a una más lenta y nos aparto de Henry para acercarnos más al final de la muchedumbre—. Parece que este es tu lugar.

Creo que tiene razón. Este es mi lugar.

Cada día me estoy convirtiendo más y más en parte de este sitio. Soy uno de ellos. Y el mundo de fuera no es más que un sueño extraño que parece desaparecer tras la niebla que tan a menudo desciende sobre el pueblo. Quizá debería preocuparme; es como sucumbir a un espejismo en una película de terror que está a punto de enseñarme que esconde dientes. Pero cuando Harper me baja la mano por el tórax y se balancea contra mí, tan cálida y tan viva entre mis brazos, me doy cuenta de que me importa una mierda.

—Quiero irme a casa —dice clavándome los ojos en los labios.

—Gracias, joder.

La beso con intensidad. Nos detenemos poco a poco en la pista de baile. La música, las voces, los destellos de las luces… todo se difumina hasta que lo único que queda es Harper. Su olor delicado a hierbas aromáticas bajo el sol estival. La caricia de su lengua. El sabor a tequila de sus labios. Y me importa una mierda lo que piense nadie cuando la alzo de los tablones del suelo y le paso un brazo por las piernas mientras ella se ríe. La saco en volandas del granero y salimos a la noche, donde la bruma de su piel resplandece con la luz de la luna. Me acuerdo de aquella primera noche en el río Ballantyne, lo preciosa que estaba bajo el brillo de la linterna. Cuando intentaba convencerme a mí mismo de que era absurdo que

deseara a la mujer que había venido a matar. Pero creo que entonces ya lo sabía. Que era imposible escapar de su órbita.

Somos los únicos que cogemos el autobús de vuelta al pueblo, pegados el uno al otro en un asiento, la mano de Harper enredada en la mía y sin intercambiar palabra.

Bobby nos deja delante de casa; las luces que Harper ha dejado encendidas brillan entre el denso follaje del jardín al otro lado del murete de piedra. No sé por qué, por primera vez en mucho tiempo siento una punzada de nervios. Como si volver a casa con ella esta noche significara otra cosa. Y el modo en que mira hacia atrás y me dedica una sonrisa tímida mientras abre la puerta hace que me pregunte si ella se sentirá igual.

Pero esa teoría se evapora en cuanto la puerta se cierra a nuestra espalda.

Se lanza sobre mí, me pega contra el roble envejecido y me coge la cara con las manos para reclamarme con un beso. Estoy embrujado. Nunca la he notado tan libre entre mis brazos. Siempre hay una parte de ella que está tensa, preparada para huir o pelear. Pero esta vez es como si una llave hubiera abierto una cerradura escondida y hubiese dejado que toda ella se libere.

—Dios, Harper —siseo mientras me besa y me muerde subiendo por el cuello. Me agarra la camisa con las dos manos y la abre con una fuerza sorprendente, los botones caen al suelo. Ella suelta una risita y me da un mordisco aún más fuerte en un punto en el que me repiquetea el pulso—. Con esa actitud, vas a hacer que me corra en los pantalones como si fuera un puto adolescente.

—¿Por qué eso me pone tanto? —dice agarrándome la erección embravecida. Me estremezco y gruño cuando me tira del cinturón para acercarme más a ella—. A lo mejor deberíamos ir arriba.

—No creo que llegue tan lejos. —Mis besos se vuelven desesperados. Doy un paso para obligarla a ir al salón, pues mi intención es lanzarla sobre el primer mueble que encuentre para poder hacerme con su cuerpo y follarla hasta dejarla sin sentido.

—Peor para ti entonces.

De repente, su calor y su tacto han desaparecido. Tengo el cerebro tan embotado por la lujuria que tardo un segundo en procesar que ha echado a correr entre carcajadas.

—¡Qué lento eres, fiambre! —grita empezando a subir los escalones de dos en dos—. Estoy huyendo…

—Ya te digo yo que sí, joder.

Persigo el sonido de su risa. Se queda en silencio cuando llego a la mitad de las escaleras, pero es una casa pequeña y no hay muchos sitios donde esconderse. Sé que ha ido hacia su dormitorio, así que avanzo despacio y me tomo mi tiempo para poner un pie en el rellano.

—Te encanta pedir problemas a gritos, ¿a que sí? —le digo saltando al dormitorio. No hay rastro inmediato de Harper, ni risitas ni susurros ni respiración acelerada. Me adentro más en el cuarto, directo a la cama porque estoy seguro de que se ha escondido debajo—. Fiambre, tengo que admitir que, cuando te pones tan engreída, es bastante tentador follarte tan fuerte que te tires una semana sin poder sentarte.

Cuando avanzo otro paso, oigo un crujido a mi espalda. Me giro justo a tiempo de ver que la puerta se cierra de un portazo detrás de Harper, que se mea de risa.

Pero esta vez no se me va a escapar.

Salgo por la puerta y la sigo en un segundo; le paso el brazo por la cintura para levantarla del suelo. Se retuerce y se ríe entre mis brazos y yo le clavo los dedos en las costillas mientras la arrastro a la habitación de invitados conmigo. La lanzo sobre la cama. Le doy la vuelta. Le sujeto las muñecas y la atrapo con mi cuerpo. Tiene los ojos brillantes y salvajes, y una sonrisa ancha. Nunca he visto nada tan bonito. Jamás he amado a nadie así.

—Se te da muy mal esconderte. —La provoco apretándole más las muñecas contra el colchón.

—No se me da mal. No tenías ni idea de que estaba detrás de la puerta.

—Aun así, te he pillado en dos segundos.

—Vale, de acuerdo. Me has pillado, papi asesino.

Suelto una carcajada, un sonido que hace que la luz que revoloteaba en los iris metálicos de Harper se apague.

—Dios santo —gruño—. Por favor, dime que eso no es lo que escribes en tu diario. «Hoy papi asesino me ha perforado los pezones». «Papi asesino me ha empotrado en una tumba clandestina».

—La verdad es que dicho así me pone mucho. A lo mejor al final empiezo un diario y todo.

La sonrisa de Harper se suaviza. Sus ojos se mueven entre los míos. Las mejillas rosas. Los labios hinchados. Una apertura al temor que todavía distingo en ella, como si no pudiera escapar de él, pero al menos está dispuesta a dejarme ver hasta dónde llega.

—Lo que he dicho esta noche… hacía tiempo que quería decírtelo —admite apartando la mirada—. Después de todo lo que ha pasado, cuesta no tener miedo de que me lo arrebaten.

—Lo sé. Y no permitiré que vuelva a ocurrir.

Cuando se centra otra vez en mí, no duda.

—Te creo. —Harper extiende la mano indecisa; me la coloca encima del corazón—. Todavía tengo miedo. Pero te quiero.

Estoy seguro de que lo nota, el tambaleo en el ritmo que atrapa con la palma. Sube las comisuras de los labios en la sonrisa más leve del mundo. Empieza a apartar la mano, pero la retengo contra mi pecho.

—Yo también te quiero —susurro.

—¿No tienes miedo?

—No, soy papi asesino. No siento miedo. —Sonrío mientras ella entorna los ojos y se ríe. Pero a mí se me borra la sonrisa cuando su atención se convierte en una expresión más seria—. Por supuesto que tengo miedo, Harper. Cada minuto de cada día. Tengo miedo de cagarla. Tengo miedo de que el mundo exterior te encuentre. Me aterra un huevo que no hayas aprendido a nadar. Voy a pagarte las clases en la piscina, joder.

Ella frunce el ceño, a pesar de que he intentado hacer una broma. Me despierta demasiado a menudo cuando tengo pesadillas, así que es imposible que no sepa que sueño que se ahoga todas las noches. Me apoyo en los antebrazos; acaparo todo el espacio de su campo de visión.

—Ya te perdí una vez y nunca olvidaré lo que sentí. Pero me aterra más perderme cosas contigo si no supero el miedo.

La observo el tiempo suficiente para ver que mis palabras calan en su expresión. Y entonces presiono mis labios contra los suyos.

Harper se derrite en el beso. Me baja la mano por el cuello, por el pecho, me tira de la camisa por los hombros hasta que me aparto para quitármela a toda prisa. Pasa las puntas de los dedos por cada línea de músculo. Recorre cada cicatriz, como si esas marcas fueran algo digno de venerar. Y, cuando está preparada, nos da la vuelta a los dos con cuidado hasta que se queda a horcajadas en mis caderas. Me mira desde arriba, arrastrándose los tirantes del vestido por los hombros. El escote con forma de corazón cae lo suficiente para revelar los pezones, las barras de titanio y los ópalos que brillan bajo la luz tenue.

—Qué perfecta. Como si estuvieras hecha solo para mí —susurro mientras ella me coge la mano y guía mis dedos donde quiere que estén. Contra sus labios para darles un beso. Junto al pulso en el cuello. Bajando por la garganta. Por las crestas de huesos por debajo de su piel. Por encima de un piercing y luego del otro hasta que me duele la erección bajo su peso y su calor.

—Nolan, ¿eres consciente de cuánto te necesito? —dice Harper arrastrándome los dedos por el centro de su cuerpo—. ¿Cuantísimo te deseo? —Desliza mi mano por su muslo, después la cuela por el bajo del vestido—. ¿Cuánto te quiero?

Creo que nunca me acostumbraré a escuchárselo decir.

Harper aparta la mano y abre más las piernas. Acaricio el borde de sus bragas de encaje. Mi roce la sobresalta cuando rodeo el clítoris por encima de la tela empapada. Absorbo cada respiración

acelerada y cada temblor de su cuerpo mientras presiono un poco más fuerte, dibujando círculos sobre sus nervios sensibles.

Consigo alejar los dedos el tiempo suficiente para levantar las caderas y desprenderme de la ropa que me queda con su ayuda y entonces Harper se arremanga la falda con una sola mano, se aparta las bragas con la otra y se desliza por mi polla.

Nunca olvidaré este momento.

La sensación de su calor envolviéndome. El ritmo con el que se mece sobre mí como la marea. La respiración que le sube y le baja el pecho mientras se mueve. El amor en sus ojos plateados.

Le meto una mano entre el pelo y la acerco más a mí.

—Dios mío —susurro cuando me permito pasar la mirada por su rostro—. Eres preciosa, joder.

Un rubor adorable le sube por el cuello y se le instala en las mejillas. Sacude las caderas, me acepta más dentro, la respiración le tiembla en el pecho.

—¿Sabes lo que pensé la primera vez que te vi? —pregunta. Me dan ganas de decir algo ridículo… algo como «fiambre», quizá, pero cuando mueve las caderas otra vez pierdo la capacidad de hablar por un momento—. Que eras obsceno.

La carcajada que suelto se convierte en un gemido cuando Harper me besa el cuello.

—Obsceno… qué sexi.

—Sí. —Deja que otro beso sobrevuele mi cuello mientras su tacto suave me acaricia por debajo de los ojos—. Esos ojos preciosos son obscenos. —Me baja los dedos por la mejilla—. Esos putos hoyuelos son obscenos. —Me recorre la mandíbula—. Esa puta mandíbula que podría cortar el vidrio es obscena.

—Entonces me estás diciendo que te gusté en cuanto me viste.

—Puede que los primeros cinco minutos, hasta que me dejaste aquellos regalitos en el comedero para pájaros.

—Mmm —digo, y le meto la lengua en la boca. Me araña el pecho con las uñas afiladas y la embisto antes de romper el beso—. Creo que después de eso aún te gustaba.

—Engreído.

—Vi cómo me mirabas en el río.

—¿Como si quisiera matarte?

—Solo un poquito —respondo—. Pero a lo mejor para ti y para mí el amor y el odio siempre han sido dos filos del mismo cuchillo.

Harper se mueve más despacio y, solo por un suspiro, se queda quieta. Es la primera vez en la vida en que deseo detener el tiempo. Enfundado en su cuerpo, rodeado por su olor, disfrutando del calor que irradia. El mundo y todo lo que nos preocupa podría desaparecer sin más. Y me pregunto si ella también siente lo mismo. Que a lo mejor no podemos detener el tiempo, pero sí podemos alargarlo. Construir una vida juntos aquí, compuesta de momentos como este. Una relación que florezca a pesar de las condiciones en que empezó.

Harper se agacha. Pega los labios a los míos. Y entonces se mueve.

Con ritmo firme. Embestidas largas e impetuosas, agarrada a mis abdominales, con los ojos clavados en los míos. Ya no necesitamos palabras. Veo todo lo que siente escrito en su ceño fruncido, en el rubor de su piel, en el brillo del sudor en su clavícula. Igual que ella percibe todo lo que hay en mí. La obsesión de mi mirada infalible. La reverencia de mi tacto cuando le envuelvo la garganta con la mano. La necesidad que me estremece el cuerpo cuando ella se desliza por mi longitud.

Los movimientos de Harper se vuelven un poco más desesperados; empieza a gemir más fuerte. Le subo una mano por el muslo hasta que aprieto el pulgar contra el clítoris, le ofrezco la última presión que necesita para lanzarse a la espiral del placer. Gimotea. Arquea la espalda. La agarro más fuerte por la garganta, capturo cada latido desbocado de su corazón. Tensa el coño alrededor de mi polla mientras pierde el control. Sigue moviéndose, balanceándose contra mí para reclamar cada momento de su desmoronamiento.

Y entonces caigo en el éxtasis tras ella.

Tal vez la euforia de la liberación no debería ser diferente a la de otras veces. Pero, en cierto modo, lo es. Cuando eyaculo en su interior, surge una conexión que jamás había experimentado con nadie hasta ahora. Es más que una sensación física. Es como si entre nosotros se hubiera desplegado una nueva capa del vínculo. Estaba preparado para amar a Harper sin saber si ella me correspondería. Había aceptado que tal vez nunca escucharía esas palabras de sus labios. No se me ocurrió que importara. Sin embargo, así es.

Harper cae encima de mí y nos quedamos así un buen rato, recuperando el aliento, acariciándonos el uno al otro la piel cubierta de sudor. Y luego me ocupo de ella, como siempre hago. Nos vamos a dormir a nuestra habitación, enredados el uno en el otro. Y, a la mañana siguiente, sigo teniendo esa sensación de que algo ha cambiado, como si lo hubiera tenido encerrado dentro de mí.

Esta es la mujer con la que voy a pasar el resto de mi vida. Me voy a asegurar de ello. Haré lo que haga falta para conservarla.

Sé lo que necesito hacer.

Cuando Harper va hacia la mansión, salgo de la casa anexa y camino hacia el pueblo.

Mi pueblo.

IV.
EMPARRADO

Yates

Tiempo después…
26 de agosto, 8:17 a. m.

Recorro la casa borrando todo rastro de Nolan Rhodes.

Saco su ropa de la secadora. Recojo la bolsa de aseo del baño. Incluso cojo la última botella de Blackstone St. Charles Porter que queda en la nevera. Cuando termino, lo único que queda atrás del señor Rhodes es una sola nota en el cajón.

> *Lo vi cuando salí del hospital. Es la composición musical escrita más antigua… se titula Epitafio de Sícilo. La letra se me quedó grabada y ahora me recuerda a ti:*
>
> *Mientras vivas, brilla,*
> *no temas nada en absoluto.*
> *Que la vida dura poco,*
> *y el tiempo exige el final.*

Meto la nota en el congelador, donde se pondrá tiesa como la piel de un cadáver. Me pregunto si Autumn se acordará del libro de *scrapbooking* de Rhodes cuando la vea, de los tatuajes de *Memento mori* curtidos que había pegados en las páginas. «Trastorno

sistemático», pienso para mí mismo, y luego abro la puerta de la cocina que da al jardín trasero.

Inhalo aire en la bruma. Cabo Masacre siempre está amortajado; unos días es el velo de la lluvia, como hoy; otros es la humedad tan densa que te asfixia. Incluso en los días más despejados, el misterio y el tiempo cubren el pueblo como un sudario. Y siempre está la mansión que se cierne desde la colina y el hombre antaño formidable que se esconde tras sus frías paredes de piedra. Apenas distingo la entrada decorada que se alza imponente bajo el aguacero; un relámpago que se arquea en las nubes allá en lo alto, por encima de las torretas de piedra de la mansión.

Miro mi reloj. Son casi las ocho y media de la mañana. Autumn no tardará mucho en descubrir que tiene que hacer una excursión inesperada a la farmacia del pueblo por el bien de su anciano benefactor. Me doy una palmada en el bolsillo de la chaqueta donde tengo escondidas sus pastillas, las mismas que robé anoche cuando me colé en su cocina. Otra pincelada en el lienzo, la pintura casi está lista para cobrar vida.

Un movimiento en el roble atrae mi atención.

Un cuervo salta de las ramas y aterriza en el murete del jardín. Me observa con interés, grazna tres veces, los hombros de las alas se le sacuden con cada nota. Me saco una bolsa de cierre hermético del bolsillo y coloco algunos cubos de ternera en el alféizar de la ventana. Aunque espero, el ave no se acerca. Nunca lo hace. A lo mejor puede percibir en mí algo que ni siquiera las personas notan.

—Je hais les testaments et je hais les tombeaux* —le recito al cuervo *El muerto jubiloso,* de Baudelaire, mientras me alejo un paso de la ventana—. Plutôt que d'implorer une larme du monde.**

Reculo otro paso. El pájaro vuela bajo la lluvia hasta la cumbre de su comedero, desde donde puede verme en la cocina con más claridad.

—Vivant, j'aimerais mieux inviter les corbeaux. À saigner tous les bouts de ma carcasse immonde.***

Me alejo de espaldas de la ventana. Solo una vez que he cruzado la barrera invisible de seguridad en la mente del pájaro, este alza el vuelo para comer.

—Pájaro bonito asesino —dice con la voz de Autumn, sacudiéndose los goterones de lluvia de las plumas.

—Sí, eres un pájaro bonito asesino —lo arrullo.

Oigo el repiqueteo de un coche en el camino de piedra por encima del rugido del viento. El pájaro grazna una advertencia mientras me acerco un poco para ver el Jaguar a través de los árboles, de camino a la entrada principal de la propiedad. Ensanchando la sonrisa, saco otro trozo de ternera y se lo lanzo al cuervo.

—Ahora vamos a trabajar en algo nuevo.

---

* Odio los testamentos como las tumbas odio.

** Antes de mendigar una lágrima al mundo.

*** Mejor quisiera yo invitar a los cuervos / a mondar hasta el fin de mis despreciables huesos.

SEMBRAR

Harper

—Se supone que te gustan los cacahuetes.

—Galleta.

—¿Cuándo te has vuelto tan tiquismiquis?

—Ñam, ñam. A mí me vale.

—Está claro que no. —Lanzo los frutos secos al suelo y entorno los ojos al tiempo que me meto una mano en el bolsillo delantero del peto para sacar un trozo de cecina mientras Morfeo me juzga desde lo alto de su comedero—. Sé que te vas a comer los cacahuetes en cuanto me dé la vuelta, estafador con plumas.

Dejo la cecina en la plataforma, junto con unos cuantos cacahuetes más que esparzo por el comedero y el césped. Mi intención es mantenerlo ocupado durante la última ronda del jurado para el concurso anual de jardines. Por lo general, Morfeo no se acerca a los grupos de gente que no conoce o en quien no confía. Aun así, no me fío de que decida aparecer para cantar y bailar sobre asesinos mientras la alcaldesa Patel determina quién es el ganador de este año.

Dejo que el pájaro disfrute de sus chuches y me dirijo a la puerta trasera. El móvil me vibra en la mano con un mensaje de Nolan cuando voy hacia el jardín principal.

> ¡Mucha mierda hoy! Pero a ser posible que se cague otra persona.

> ¿Sarah Winkle, por ejemplo?

> Claro. A lo mejor Daryl también. A ti mejor que no te entre cagalera.

Una leve sonrisa me cruza los labios, aunque enseguida se me borra por el pinchazo de nervios que siento cuando veo a Arthur descendiendo los escalones bajos que llevan a la entrada de la mansión. En los dos días que han pasado desde el baile, Nolan ha estado metido hasta las cejas en el cierre oficial de la búsqueda, mientras que Arthur y yo nos hemos dejado el culo en el jardín. Sé desde hace un tiempo que es posible que esta sea la última vez que participemos juntos en el concurso y quería que fuera aún más especial para él. Pero ahora, al verlo vestido de punta en blanco, siento que es mucho más real. Lleva uno de sus trajes de tres piezas inmaculados, esta vez de *tweed,* y un par de zapatos bien pulidos que apostaría a que son los Stefano Ricci.

—Hoy vas muy elegante. —Me obligo a hablar con voz animada cuando me reúno con él en lo alto del jardín, cerca de la casa—. Veo que te has decantado por ir de jardinero aristocrático. En plan: «Puede que meta las manos en el abono, pero con estilo».

—Por supuesto —dice ajustándose la corbata—. Es el décimo aniversario del concurso. Tengo que celebrarlo como es debido.

Al principio creo que va a hacer algún comentario sobre mi peto y las botas sucias de trabajo; sin embargo, no añade nada. Lo que sí hace es tenderme una bolsita cerrada con un lacito negro.

—Sé que hoy no es el tipo de fechas que se celebran —dice, y baja la mirada al regalo que tengo en la mano—, pero quería que tuvieras algo.

Trago saliva, me arden los ojos. Se ha acordado.

El 25 de agosto. Hoy es el aniversario de mi huida de la casa de Harvey Mead. El día en que Adam murió.

Deshago el lazo de la bolsa y saco el contenido.

Son unos guantes de jardinería hechos a medida, de cuero y de un intenso color púrpura, ribeteados con un hilo verde brillante a lo largo de las costuras de los dedos y del borde de la mano. En la

muñeca tiene unos botones grabados con mis iniciales en oro. Y en uno de los guantes hay una notita escrita con la caligrafía de Arthur.

No es necesario que un día de tu vida te defina.
Tu futuro es lo que haces crecer de las cenizas.

—Gracias, Arthur —digo pegándome el regalo al corazón—. Significa muchísimo para mí.

—Bueno… —Clava el bastón en el césped y arrastra los pies. Carraspea—. De nada. No los pierdas.

Una sonrisa me levanta la comisura de los labios.

—No lo haré.

—¿Lukas te ha escrito?

—¿Para qué?

Su cara de cabrón amargado se vuelve un poco más cabrona.

—Para lo de hoy, Harper.

—Mmm, no. No me ha escrito. ¿Me tenía que escribir?

—Sí. Eres de la familia. —Arthur masculla algo ininteligible, se gira hacia el jardín y me hace un gesto para que lo siga—. Mándale un mensaje de mi parte, ¿quieres?

Un estallido de alegría perversa me inunda las venas mientras me guardo el regalo en el bolsillo delantero del peto. Saco el móvil y empiezo a escribirle un mensaje a Lukas.

> Prepárate, caraculo. Estás a punto de ser lanzado a los leones criticones.

—¿Qué quieres que le diga? —le pregunto a Arthur siguiéndolo. El móvil me vibra en la mano, pero no lo miro; dejo que Lukas sude un rato.

—Dile que la alarma de la fosa séptica ha vuelto a saltar. Necesito que la arregle.

Mi sonrisa es eléctrica cuando abro la conversación de Lukas.

> ¿Qué coño…? ¡¿Por qué?!

> Ay, Dios. Me acaba de saltar el recordatorio en el móvil, en serio. Ay, mierda, ¡lo siento, Harper!

> Eres una mierda de pseudohermano. Literalmente. Te toca la fosa séptica.

> Jooooooder. Me lo merezco. Pero, joder.

> Te odio. Pero sigo queriéndote. Y me alegro mucho de que estés aquí.

La sonrisa que antes era diabólica me brilla un poco más.

—Harper —ladra Arthur. Cuando levanto la cara del dispositivo, está de pie en una de las rocas de granito decorativas que rodean el jardín y vigila el paisaje con lo que parece un telescopio de bolsillo—. Están en la casa de los Winkle.

—Bájate de ahí, ¿qué narices…? —Salto a su lado y lo agarro del codo—. ¿Eso es un catalejo?

—Sí. Es práctico y tiene estilo.

—Dámelo.

Le quito el chisme de la mano y me lo acerco al ojo para escanear el pueblo que se cierne a nuestros pies. Veo la casa de los Winkle a un par de manzanas, donde la carretera que lleva al centro dibuja una curva. Hay un pequeño grupo de gente en el borde de su jardín. Distingo el imponente físico del sheriff Yates y a Maxine junto a él; el pelo rojo le cae a la espalda como una llama. La alcaldesa Patel recorre el jardín examinando algunas de las flores que Sarah Winkle señala mientras el resto de miembros del consejo municipal la flanquean.

—Será mejor que vayamos hacia la entrada —digo devolviéndole la antigualla a Arthur, y le tiro del codo—. Venga, vamos a bajar de

aquí.

Le da un último repaso al paisaje.

—¿Cuándo te has vuelto tan mandona, Poppy?

Me sobresalto como si me hubieran golpeado.

—Eh… —Mi voz se la lleva el viento. Arthur no se da cuenta, sigue mirando el pueblo. No es la primera vez que me confunde con Poppy, claro. Sé que no será la última. Aun así, el lapsus se me clava en el corazón con la potencia de una flecha—. Lo siento, es que no quiero llegar tarde para recibir a la alcaldesa. —Me bajo de la piedra, le tiendo la mano a Arthur y me obligo a sonreír como si no me acabara de quedar sin aire en los pulmones—. ¿Vamos?

—Sí, sí —refunfuña, y pliega el catalejo para guardárselo en el bolsillo de la chaqueta. Un destello de confusión le cruza los rasgos envejecidos por un instante antes de aceptar mi mano—. Tenemos que aplastar a esa *banshee* de ciénaga.

—¿*Banshee* de ciénaga? Esa es nueva. Me gusta. —Me cuelgo el brazo de Arthur del mío y avanzamos hacia el sendero implacable y la cancela abierta en el muro de piedra—. ¿Cómo se te ha ocurrido?

Arthur resopla, burlón.

—Se llama imaginación, Harper.

Esperamos delante de la finca Lancaster en silencio a que vengan los jueces. Siempre parece que el pueblo no toca a la mansión, que observa Cabo Masacre en secreto. Solo nos llegan susurros del pueblo al que tenemos vistas. El sonido lejano de un perro ladrando con la precisión de un instrumento de percusión. El silbido de los frenos de los neumáticos de los grandes camiones que llevan la maquinaria al río Ballantyne para construir el nuevo hotel. Y, al final, el traqueteo de los tres coches que se aproximan y se detienen delante de la puerta.

Un torrente de nervios se me arremolina en el estómago mientras Arthur se ajusta la corbata y practica su mejor sonrisa, la menos amenazante, cuando los jueces se bajan de los vehículos. La primera que se nos acerca es la alcaldesa Patel con dos miembros del consejo municipal, luego el presidente y el tesorero de la asociación

de jardinería. Por último, el sheriff Yates y Maxine se detienen detrás de la alcaldesa.

—Bienvenida, alcaldesa Patel —dice Arthur, que se acerca arrastrando los pies y la mano extendida—. Gracias por venir.

—Un placer. —Estrecha la mano que le tiende—. Y, por favor, llámeme Jaya. Hace tanto que nos conocemos que deberíamos tutearnos, ¿no cree?

Arthur refunfuña feliz y se endereza la chaqueta antes de darle la bienvenida al resto del comité, luego vuelve a centrarse en la alcaldesa para ofrecerle el brazo. Intento no sonreír demasiado ante este pequeño arranque de encanto.

—Por favor, Jaya, permíteme que te acompañe por el jardín de la finca Lancaster. Creo que estarás de acuerdo conmigo en que esta es nuestra temporada más impresionante hasta la fecha.

Los sigo, dejando que los representantes del consejo municipal y de la asociación de jardinería pasen delante de mí para ponerme a la altura de Maxine y el sheriff Yates.

—Me alegro de volver a verte —le digo a Max, que me responde con una sonrisa sincera, aunque detecto un atisbo de nervios por debajo.

—Igualmente. Quería hablar contigo a ver si te apetecía tomar un café alguna vez, pero con el proyecto del hotel estoy hasta arriba. —Me lanza una sonrisa avergonzada; el rubor se le sube a las mejillas—. Siento que lo único que he hecho ha sido trabajar.

—Estoy de acuerdo —dice Yates colocándole una mano en el hombro a su hija—. Deberías descansar. A lo mejor podrías pasar algo de tiempo por aquí con Harper.

—Claro, debería tener más tiempo libre ahora que acaba el concurso —respondo, y señalo el elaborado jardín que se extiende ante nosotros—. La próxima semana me viene bien, si tienes un ratito para tomar un café en El Grano.

La tensión de la sonrisa de Max parece relajarse un poco.

—Sería genial.

—Y todavía tenemos que ponerle fecha a esa barbacoa, Harper —interviene Yates—. ¿A lo mejor el fin de semana que viene? Parece que mañana llega una tormenta y vamos a tener unos días malísimos, pero se supone que el sábado hará buen tiempo. Deberíamos aprovechar al máximo mientras podamos.

Esperaba que el sheriff se hubiera olvidado de la dichosa barbacoa, sobre todo ahora que nosotras estamos haciendo nuestros propios planes, pero es evidente que no.

—Sí. Estoy libre.

—Genial. Tráete a Rhodes. Me han dicho que está decidido a quedarse por Cabo Masacre…

—Sí —respondo. El calor se me extiende por el pecho y me baja por los hombros, se me pega a los huesos—. Así es.

—Vaya, eso es estupendo. Entonces os vemos el sábado. A las cinco en punto. Ni te molestes en traer nada, tenemos de todo.

Yates hace un gesto con el sombrero, le da una palmadita a Max en el hombro y echa a andar para alcanzar a la alcaldesa.

—Lo siento. Estoy segura de que a nadie le apetece quedar con el sheriff del pueblo. Creo que solo quiere ayudarme a que me haga a la gente —dice Max acercándose—. Es un tanto controlador. Le gusta… —saca un poco de chepa, sacude los dedos como si estuviera manipulando una marioneta fantasma— orquestar cosas. ¿Sabes?

Suelto una risita; apenas registro los ladridos de un perro que se acerca.

—Ya, lo entiendo. Parece un buen padre.

—Lo es —afirma Max, y frunce las cejas—. Supongo que me había olvidado de cuánto le gusta que todo esté «como debe estar».

—Tengo entendido que el whisky viene bien para deshacerse de los familiares controladores. A lo mejor podríamos hacerle una visita a Lukas algún día y que nos haga una cata en la destilería Lancaster.

De reojo, Max me echa una mirada cristalina.

—¿Intentas hacer de celestina?

Suelto una carcajada.

—¿Funciona?

A Max no le da tiempo a responder.

Los ladridos se vuelven más potentes e insistentes de repente, como si los muros que rodean la propiedad los hubieran amortiguado y ahora no hubiese ninguna barrera. Max y yo nos giramos y vemos a la señora Evanston de pie en la entrada de la verja. Reinona salta al final de la correa, el arnés rosa se le pega al pecho. La señora Evanston parece que ha envejecido diez años. Va despeinada, la blusa medio sacada, sin maquillar. Y los ojos, rojos y vacíos, están centrados en la alcaldesa Patel como si fueran láseres.

—Alcaldesa —la llama por encima del ladrido rítmico del perro insistente. Echa a andar por el sendero hacia los jueces, que están de pie junto al seto del zorro—. Alcaldesa, necesito hablar con usted.

—Señora Evanston…

—Tiene que reabrir la búsqueda de mi marido. —La señora pasa por delante de nosotras; la perra salta hacia mí antes de ver los rosales y lanzarse hacia ellos como si se muriera de ganas de cagarse en el jardín. Su dueña la arrastra consigo y la perra vuelve a centrarse en el grupo reunido al frente—. Peter sigue ahí fuera en alguna parte.

La alcaldesa Patel es la representación gráfica de la calma cuando se gira hacia la recién llegada, que parece desmoronarse a cada paso que da. El sheriff Yates se acerca a la alcaldesa, pero esta lo detiene con un gesto sutil.

—Entiendo su preocupación, señora Evanston —dice la alcaldesa—, y comprendo por lo que está pasando. Cuando hablamos antes del anuncio a la prensa, le mencioné que, aun así, mantendremos a un pequeño grupo que seguirá buscando en zonas prioritarias. Sin embargo, este no es el momento ni el lugar…

—Pero tengo que hablar con usted urgentemente.

El grupo se sume en una conversación tensa y Yates intenta acompañar a la señora Evanston por el sendero con amabilidad. Los representantes del consejo municipal y de la asociación de jardinería susurran, la desconsolada mujer ruega y la alcaldesa la tranquiliza

con mano firme pero amable, todo ello al ritmo del ladrido rítmico del perro.

Sin embargo, es otra voz la que corta la desesperación que durante los últimos minutos no ha hecho más que aumentar.

—Demonio de bolsillo atroz —masculla Arthur mirando fijamente al perrillo—. Ese grosero bruto le dejó defecar entre mis rosas premiadas y no lo limpió. Era una pulga incomprensible.

Estoy segura de que hasta la última gota de sangre se me evapora del cuerpo en el momento en que esas palabras abandonan los labios de Arthur. Todo se queda en silencio. Hasta el perro se calla. Las extremidades se me quedan rígidas. Es el «no» que susurra Max lo que rompe el instante infinito de pavor.

Camino a grandes zancadas hacia el grupo con Max a mi lado; una oleada de adrenalina me acelera el corazón al máximo. Pero es demasiado tarde. La señora Evanston se está volviendo hacia Arthur; tiene la mandíbula desencajada, afloja la correa. Reinona se zafa de ella y empieza a correr alrededor del grupo, ladrándole a todo el mundo, aunque parece que nadie se da cuenta.

—¿Qué ha dicho?

—Que ese perro es un demonio.

—Sobre mi marido.

—Que era una pulga incomprensible.

La señora Evanston tiene los ojos desorbitados; está perdiendo el color; la expresión se le aclara por un segundo antes de colapsar a cámara lenta.

—¿Qué quiere decir con «era»?

—Arthur, a lo mejor es hora de que vayamos a sentarnos a un sitio tranquilo —digo acortando la distancia que me falta para sujetarlo del codo con mano firme. Le doy un apretón que pretende ser una advertencia—. Lo siento, señora Evanston, pero Arthur a veces se confunde…

El susodicho retuerce el brazo para zafarse de mi agarre y me lanza una mirada asesina.

—No estoy confundido.

—… y la presión del concurso de jardines es demasiado ahora mismo.

—¿Qué quiere decir con «era»? —La señora Evanston se acerca un paso. Yates se interpone en su camino con la mano extendida para que no se aproxime—. ¿Qué le sucedió a mi marido? ¿Sabe usted algo?

—Sé que no le tenía ningún respeto a este pueblo.

—¿Qué quiere decir con «tenía»? —Un sollozo desconsolado se libera del nudo que seguramente le estaba oprimiendo la garganta. Las lágrimas se le acumulan en las pestañas—. ¿Sabe lo que le ocurrió a Peter? ¿Le hizo algo usted?

Consigo volver a agarrar a Arthur del brazo, pero me cuesta sujetarlo sin hacerle daño porque no hace más que retorcerse. La señora Evanston repite la pregunta mientras yo le ruego a Arthur al oído que se tranquilice. El perro nos rodea los pies, como si estuviera centrándose en quien ha causado todas las desgracias de su dueña. El corazón me golpea con rabia el esternón.

—El señor Lancaster tiene ochenta y ocho años y está enfermo —dice Maxine, que se interpone entre nosotros al tiempo que obligo a Arthur a dar un paso atrás—. Casi nunca sale de casa. Estoy segura de que no sabe lo que le ocurrió a su marido.

El desconsuelo de la señora Evanston se transforma en furia. Señala a Arthur con un dedo tembloroso, se lanza al frente y se topa con Yates.

—Ese sabe algo, sheriff. Tiene que buscar en su propiedad.

Yates intenta calmar a la mujer mientras Reinona corre entre Arthur y yo. La correa suelta se me enreda en los tobillos y me tropiezo, me tambaleo un par de pasos hacia delante antes de liberarme la pierna a patadas. El perro aprovecha la libertad y corre hacia el lecho de hortensias y dedaleras que hay junto al seto. Miro lo que está persiguiendo. Algo brillante llama mi atención antes de que me vuelva a centrar en Arthur.

Pero entonces caigo en la cuenta de lo que acabo de ver.

Giro la cabeza de manera brusca. Mi mirada aterriza en una placa plateada que sobresale del mantillo negro, su presencia es más que obvia desde el ángulo adecuado contra el telón de fondo del follaje. Hay un par de agujeros en el extremo alargado. Sé que en algunos hay tornillos. Tornillos que se sujetan al hueso.

El hueso de Bryce Mahoney. El que debería estar en mi congelador. El hueso que solo una persona sabía que estaba ahí.

Nolan Rhodes.

Suelto el brazo de Arthur y corro hacia el perro justo cuando saca el hueso de la tierra. Sale corriendo con su premio, pero piso la correa y la anclo al suelo, todavía de espaldas al grupo que discute detrás de mí.

—Serás hija de la gran perra —siseo y ella me responde enseñándome los dientes. Consigo arrancarle el hueso de las fauces diminutas y me lo meto debajo de los guantes en el bolsillo delantero del peto. Se lo cambio por un trozo de cecina con la esperanza de que eso le haga cerrar el hocico—. Como te chives, te juro por Dios que dejo que Morfeo te saque los ojos.

Se calma un poco con el segundo trozo de cecina y hago todo lo posible por tragarme las oleadas de pánico que me invaden mientras me doy la vuelta y regreso con el grupo.

—¡Tiene que detenerlo para interrogarlo! —chilla la señora Evanston; ahora su ira se dirige a Yates—. Sabe algo sobre mi marido.

—Déjalo en paz.

Empujo a Yates y le encasqueto el perro a su dueña.

—Poppy, aléjate de esa mujer, está montando un numerito.

No me giro, aunque Arthur me tira de la muñeca.

—No soy Poppy —digo lo bastante bajo para que él no distinga las palabras. Pero la señora Evanston sí—. Poppy lleva treinta años muerta.

Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas, pese a que cada vez me quedan menos, para no lanzarme a por la garganta de la señora Evanston, solo por tener alguien contra quien arremeter.

Alguna forma de sacarme la furia de las venas. La rabia que siento por que haya arruinado la última vez que Arthur participa en el concurso de jardines. Por obligarlo a acercarse peligrosamente a desenterrar sus secretos. Rabia hacia Arthur por sucumbir a los bordes afilados de su personalidad abrasiva. Rabia por su maldita enfermedad. Por el modo en que desmantela sin clemencia al hombre que me dio un hogar cuando más lo necesitaba.

Rabia por mí misma.

Por permitirme sentir esperanza. Por creer que podría mejorar. Por bajar la guardia. Por distraerme.

Por enamorarme.

—Ni siquiera se acuerda de mi nombre —explico con los dientes apretados. El hueso se me clava en el pecho cuando me aprieto la mano contra el corazón—. Me ha visto todos y cada uno de los días de los últimos cuatro años y no se acuerda de mi puto nombre. ¿Crees que se acuerda de tu marido? Lárgate de esta maldita casa.

Me giro y cojo a Arthur de la mano, mascullo una disculpa para la alcaldesa y el sheriff y los representantes de la asociación de jardinería.

—Harper. —Max corre a mi lado, me pone una mano en el hombro mientras guío a Arthur hacia la casa—. Puedo ayudar.

—¿Quién es Harper? —pregunta Arthur inclinándose hacia delante, apoyado en el bastón, para mirar fijamente a Max por debajo de las pobladas cejas blancas—. ¿Quién eres tú?

—No pasa nada —lo tranquilizo, sin estar segura de a quién se lo digo. Y sí que pasa. Apenas consigo mantener la compostura. Sigo centrada en la puerta principal de la mansión. Una vez dentro, podré volver a respirar—. Solo necesita descansar. Estaremos bien. Pero es todo un detalle por tu parte, gracias.

Miro hacia atrás y le lanzo una sonrisa débil. Max deja caer la mano a su lado; tiene el ceño fruncido. Asiente una vez. Está claro que su deseo de ayudar es sincero. Por desgracia, ya ha visto demasiado.

—¿Quién es Harper? —pregunta Arthur otra vez.

Le aprieto la mano. Es tentador decirle que no se preocupe. Que Harper no es nadie. No sería mentira. Pero tampoco mantendría una promesa.

—Harper es tu amiga —digo tragándome el nudo que se me ha formado en la garganta—. Y te quiere muchísimo.

Arthur masculla algo que no distingo. Tiene las cejas fruncidas; mueve la mandíbula mientras lo medita. Llegamos a la entrada de la mansión y, aunque me digo a mí misma que podré volver a respirar cuando la puerta se cierre a nuestra espalda, no es cierto. Tengo el pecho tenso de todas las cosas en las que no me permito pensar. Por lo menos hasta que no acomode a Arthur.

Lo llevo a la cocina y le paso el periódico, le hago preguntas para mantenerlo ocupado mientras preparo el té. «¿Cómo pinta la tormenta de mañana?», «¿La *boutique* Luz de las Estrellas todavía está de rebajas?», «¿Han publicado ya la reseña sobre el festival Sabores de Terror?». Cada vez que Arthur vuelve a hablar sobre el «horrendo demonio de bolsillo» o «esa despreciable mujer del césped», le hago otra pregunta. Luego le pongo un plato con queso y picatostes, su taza de té y una dosis de Risperdal para calmarlo porque está muy agitado. Me siento con él mientras come. Hablamos de las noticas locales, del tiempo… de cualquier cosa que nos distraiga a los dos de lo que acaba de pasar. Y cuando se termina el almuerzo, me lo llevo al salón para que se eche una siesta, aunque la sensación de ahogo no abandone del todo mis pulmones.

—Harper —dice Arthur cuando lo siento en el sillón reclinable, la voz un poco adormilada, la mirada atrapada en los diagramas del jardín que ha esparcido por el escritorio.

—¿Sí?

—¿Ya… ya ha venido el jurado a ver el jardín hoy?

—Sí, claro —respondo poniéndole una manta en el regazo. Le dejo el bastón al alcance de la mano; el lobo mira fijamente toda la estancia como un centinela.

Arthur juguetea con el borde de los cuadrados de ganchillo, donde hay un hilo suelto.

—No me acuerdo.

—No pasa nada.

Me saco su teléfono del bolsillo y abro su lista de reproducción, selecciono *El pastor en la roca,* de Schubert, para que suene por los altavoces conectados por Bluetooth. Parece tranquilizarse cuando sonrío, aunque la confusión todavía se rezaga en sus rasgos.

—No ha ocurrido nada digno de recordar —digo. Y, antes de que pueda hacerme más preguntas, le doy un beso en la mejilla—. Tengo que irme. Dame un grito si necesitas algo. Te quiero, Arthur.

Me alejo hacia el arco de entrada a la sala. Casi estoy en el umbral cuando me llama:

—Harper.

Apoyo la mano en el roble tallado que se alza por encima de mi cabeza mientras me doy la vuelta. Parece tan frágil en su silla con la manta sobre las piernas. Tan vulnerable, a pesar de todo lo que ha hecho.

—Gracias —dice—. Por todo.

Hago lo que puedo por sonreír.

—No hay de qué, Arthur.

Cuando me giro de nuevo, la pena me traga entera.

El jurado del comité se ha ido hace un buen rato. La finca está en silencio. Alguien ha cerrado la verja de la entrada, sellando nuestros secretos tras las barras de hierro de hojas y flores. Pero siento que nuestros pecados se abren camino entre las grietas.

Y yo he dejado que alguien rompa nuestras defensas.

A cada paso que doy, obligo a mi desesperación a volver a los rincones oscuros de mi corazón y le insuflo vida a mi furia.

Hoy he recibido dos regalos. Los guantes de Arthur. Y un hueso de la única persona que sabía dónde encontrarlo. La única persona a la que se lo conté. El hombre en el que confié, joder.

Nolan Rhodes.

La traición me canta en las venas, se lleva cualquier defensa que se invente mi mente en cuanto se me ocurre. «A lo mejor ha sido un error», pienso. Pero una prueba no aparece por arte de magia justo en las mismas flores venenosas a las que Nolan se refiere en sus notas. «A lo mejor tiene una explicación». Sin embargo, ¿qué explicación puede haber que no sea «Quería joderte la vida»? Le conté dónde escondí el hueso… a él y solo a él. Nadie más podría saber dónde estaba ni tendría una motivación para usarlo contra mí como lo ha usado. «Pero dijo que me quería». Y hace dos días yo le dije a él que también lo quería. Parecía muy real cuando me lo dijo él a mí. No tengo ninguna duda en mi corazón.

Y ¿qué mejor venganza que eso?

Hay sentimientos. Y hay hechos. ¿Y si me lo estuvo diciendo desde el principio y yo ignoré todos los mensajes? Igual que él me ignoró todas las veces que le repetí que no era la mujer que él creía que era.

«Solo quiero un cachito de ti», me dijo cuando le entregué la camisa de McMillan para que la dejara en el lago… La misma que nunca apareció en la búsqueda.

«Quiero hacerte sufrir por lo que me has hecho», me susurró mientras me follaba en el granero.

—¿Y si todo eso fueron pistas? —murmuro en voz alta, con las manos apretadas porque me duele el pecho.

Tal vez decidió no arriesgarse a matarme, en especial con todo lo que está pasando en el pueblo. Pero la verdad es que permití que se acercara tanto que él era consciente de que este destino sería peor para mí que la muerte. Abrió cada capa de mi corazón solo para aplastarlo como pétalos en un puño. Sabía cómo convertirme en un fantasma viviente. Cómo matarme en vida.

Al llegar a la casa anexa, estoy temblando de la rabia.

Morfeo grazna cuando paso por el comedero, pero no tengo nada que darle. Me dirijo a la puerta trasera y entro sin hacer ruido; voy directa al armario de debajo del fregadero. Saco la pistola SIG Sauer

que tengo ahí escondida y compruebo el cargador; suelto un largo suspiro cuando verifico que todavía le quedan balas.

Miro en todas las habitaciones. En los armarios. En cada uno de los escondites. Nolan no está aquí.

Cuando vuelvo al piso de abajo, compruebo el congelador. No ha dejado ninguna nota, como hice yo cuando le robé el libro de *scrapbooking.* Al mirar en el cubo de la basura, descubro que el papel de aluminio que envolvía el hueso está ahí, arrugado encima de los desechos domésticos de lo que creí que era nuestra vida imperfectamente perfecta.

Cierro el armario de un portazo y le doy un puñetazo a la encimera; un grito de rabia se me escapa de la garganta.

Nolan vino aquí por un motivo: vengarse del accidente que se llevó a su hermano. Y yo fui la tonta que confesó que estuvo ahí esa noche. Una tonta que se creyó todo lo que dijo.

—Lo prometí. —Le doy otro puñetazo a la encimera—. Lo puto prometí.

«No seré yo», me juré a mí misma. «Nunca más».

Nunca más me iban a pillar. Nunca volvería a sufrir a manos de un psicópata. Nunca más me permitiría bajar la guardia.

Y he permitido que pasara.

Golpeo la encimera una y otra vez hasta que el dolor me sube por la muñeca y el codo. Al final, me doy cuenta de que hay una persona a la que quiero castigar más que a mí misma. La respiración se me escapa a trompicones del pecho mientras me acelero. Me tiemblan las manos cuando me seco las lágrimas de las pestañas antes de que puedan alcanzar las mejillas.

Y entonces camino con calma hacia el sofá.

Me siento; dejo la pistola a mi lado. Luego saco los guantes, los coloco en la mesilla del café como si tenerlos a la vista fuera a darme fuerza. Suelto el móvil en la mesita auxiliar. Y, por último, saco el hueso de Bryce Mahoney. Lo giro bajo la luz. Las puntas de marfil destrozadas. La placa plateada marcada. Los tornillos de metal.

¿Cómo es posible que no viera las pistas? ¿Cómo es posible que no me diera cuenta de que todo esto iba de venganza? ¿Cómo es posible que lo creyera cuando me dijo que me quería?

¿Cómo es posible que me permitiera a mí misma quererlo también?

El dolor del pecho me deja sin aliento. Pero lo obligo a sumirse en la oscuridad.

«No volveré a romper mi promesa».

El móvil vibra porque ha llegado un mensaje. Miro de reojo y veo la información de contacto de Nolan que aparece en pantalla. Lo cojo.

> ¿Has ganado?

Una sonrisa sin gracia se escapa de mi control.

—Aún no —digo en voz alta antes de darle la vuelta al teléfono y dejarlo con la pantalla hacia abajo; contemplo el tablero de ajedrez mientras la luz entra poco a poco en el salón como si el sol se desangrara.

Morfeo aletea hasta la ventana abierta; me observa con esos ojos de tinta.

—Pájaro bonito asesino —dice con mi voz.

—Tienes razón —susurro, bajando la mirada a la pistola que tengo en la mano—. Eso es lo que somos.

ABSICIÓN

Nolan

La casa está a oscuras cuando llego, las esquinas sumidas en sombras profundas. Morfeo grazna desde la ventana abierta al verme. Tan solo el último resquicio de luz del final del atardecer alcanza a Harper donde está sentada en el salón.

Sé que algo va mal antes incluso de verle la cara. Está mirando fijamente hacia el tablero de ajedrez, con una expresión impávida que resulta escalofriante, la postura rígida.

El alma se me cae a los pies con una sensación de pavor cuando digo:

—¿Qué pasa?

Ella no responde.

Dejo que la mochila se me deslice por el hombro hasta colocarla en el suelo.

—¿Ha ocurrido algo?

Avanzo un paso hacia ella. Veo un borrón de movimiento y reacciono lo bastante rápido para atrapar un objeto de metal antes de que me dé en la cara. Lo observo un segundo antes de volver a mirar a Harper, que se ha girado en su posición estatuaria. Lo único que hace es apretar el puño, que descansa sobre su rodilla.

—¿Qué es esto? —pregunto.

Tarda un instante en desbloquear la mandíbula y decir:

—¿A ti qué te parece?

Sus palabras son frías, calculadas, un escalpelo que se me desliza por la piel. Sin emoción. Crueles. Indiferentes a la angustia que me borbotea por debajo de los huesos. Igual que cuando usaba el

cuchillo para arrancar mis trofeos. Ahora siento que se ha revuelto contra mí.

Memento mori.

Harper sigue sin moverse, ni siquiera para mirarme. Solo espera. Aparto los ojos de ella y estudio con más detenimiento el objeto brillante que tengo en la mano. Es una larga placa plateada, perforada con unos agujeros, en algunos de los cuales hay metidos tornillos. Presenta arañazos en la superficie, como si algo metálico hubiera intentado rasgarlo, pero no lo hubiera conseguido. Y sujeto a la placa hay un hueso machacado.

—Es un implante quirúrgico de titanio —respondo al fin.

—Bingo —dice Harper, girándose despacio y lo justo para mirarme. Me equivocaba cuando he pensado que no había emoción en su expresión. Está ahí mismo, en sus ojos. Furia. Rabia. Está preparada para matar—. Y por un punto extra, ¿qué tal si me cuentas por qué lo has puesto en el jardín de Arthur?

La observo parpadeando; la piel se me ha helado a pesar del sudor que me acude a las palmas.

—¿Qué?

—Dímelo… —Se levanta—. Tú… —Se vuelve para quedar de frente a mí. Veo un destello de algo metálico que tiene al lado, bien pegado al muslo—. ¿Cómo y por qué has dejado esto en el puto jardín de Arthur?

Se oye el clic rápido del seguro de la pistola que tiene agarrada, como el mazazo que dicta la sentencia final de sus palabras. El cuervo grazna desde la ventana.

Levanto las manos, aunque ella sigue con el arma pegada al muslo.

—Harper… No tengo ni idea de cómo ha llegado hasta ahí.

—Inténtalo otra vez.

—Es la única respuesta que tengo.

—Y tú eres la única persona que lo sabía. La única a quien se lo conté. —Harper ajusta el agarre del arma. Las lágrimas le brillan en los ojos—. ¿Esta es tu forma de vengarte de mí?

Me acerco un paso. Ella recula otro. Siento que me están vaciando el cuerpo, como si ella misma se estuviera extirpando de mí, rodaja a rodaja.

—¿Vengarme de ti por qué?

—Yo diría que porque dejé que tu hermano y tú os murierais en la carretera para poder largarme a una nueva vida —dice. Todos los músculos del cuerpo se le están tensando más. Le tiemblan los hombros de la rabia—. Tiene sentido que sea una motivación fuerte, teniendo en cuenta que ya has matado a todos los que te abandonaron en esa carretera.

—Harper, yo nunca te haría daño.

—Viniste a matarme.

—Sí —admito. Decirlo en voz alta es como una bofetada, aunque ambos ya fuéramos conscientes de ello. No sé si la confesión hace que el silencio que nos separa mejore o empeore. Extiendo las manos hacia ella, rogándole una pausa—. Sí. Tienes razón. Pero ahora no estoy aquí por eso. Sé que estás confundida…

—¡No estoy confundida! —ruge, se le rompe la voz. Recula otro paso, a pesar de que yo no me he movido—. Tengo mucha claridad, joder…

—Harper, no sé cómo ha llegado el hueso ahí. De verdad que no. Pero eso significa que aquí no estás segura.

Suelta una carcajada sin alegría, más bien un jadeo.

—No podría estar más de acuerdo. Por eso yo estoy aquí y tú estás ahí y hay una puta pistola entre los dos.

—Por favor… —Avanzo un paso. Le tiembla el labio; los ojos, en cambio, le brillan con una furia pura y fiera y no es solo por mí. Lo veo en el modo en el que se limpia las lágrimas con un manotazo brusco. Está enfadada consigo misma. Cada vez que el dolor le cruza la cara, lo reemplaza con rabia. Y eso es lo que de verdad me asusta—. Harper…, vamos a sentarnos y averiguar qué ha pasado.

Me atrevo a dar otro pasito y, esta vez, ella se da con la pierna en el sillón al retroceder. Sabe que está arrinconada.

Levanta la pistola con la mano temblorosa y me apunta al corazón.

—El aniversario era hoy. —Las lágrimas le caen por las mejillas; su cara es la viva imagen del tormento. Se esfuerza por mantener el control de sí misma, pero está perdiendo—. Sabías que hoy era el día en que murió Adam.

—Y Arthur y Lukas también.

—Pero ninguno de los dos sabía dónde estaba el hueso. Ni siquiera le dije a Arthur el nombre de Bryce, mucho menos que tenía sus restos. Eso solo lo sabías tú. Y lo has puesto en el jardín, donde sabías que estarían la alcaldesa y el sheriff inspeccionando.

Me obligo a dar un paso atrás, lo cual me resulta una agonía; sin embargo, espero que la ayude dejarle algo de espacio. Aunque en el fondo sé que no servirá de nada.

La desesperación me cierra la garganta. Me pican los ojos. Siento que cada uno de los hilos que nos componen se hace jirones y soy incapaz de detenerlo.

—Te juro que no he sido yo. Yo no te haría eso.

—Nolan, sabes que vi lo que pusiste en el libro de *scrapbooking* cuando me lo llevé. Las fotos. Esos trozos de piel. Torturaste a todos los que estaban relacionados con el accidente. Y ¿qué mejor forma de torturarme a mí que llenar mi corazón y luego aplastarlo? —Harper flaquea, como si escuchar esas palabras las volviera reales y eso fuera insoportable—. Eras consciente de que eso me haría más daño que ningún cuchillo. Es lo único peor que la muerte.

—Lo sé. Te prometí que nunca lo haría.

Sigo con una mano levantada y la otra me la meto en el bolsillo de la chaqueta, cada movimiento es lento y cuidadoso. Tal vez debería aguardar a uno de esos momentos en los que flaquea para intentar abalanzarme sobre ella. Darle un golpe a la pistola para arrebatársela. Inmovilizarla hasta que se vea obligada a ver que estoy diciendo la verdad. Pero ya sé que nunca me creerá. Así que esto es lo único que puedo hacer. Y no es así como esperaba que fuera.

Me saco una caja del bolsillo… una que he mirado tantas veces en los últimos dos días que ya he perdido la cuenta. Veía alegría en su rostro cuando me imaginaba este momento. Una vida entera planeada ante nosotros. Y ahora me estoy aferrando a los últimos filamentos de algo que se evapora frente a mis ojos.

—Te quiero, Harper. Sé que no empezamos con buen pie, como hace la gente normal. La vida no ha sido justa contigo. Y sin duda yo tampoco lo fui. —Sujeto la caja entre los dos con una mano y acerco la otra despacio para poder abrirla. Harper aprieta los labios cuando una nueva oleada de lágrimas acude a sus ojos—. Estoy siendo sincero contigo. Vine a matarte y desearía poder borrarlo. Pero luego te conocí. Vi lo valiente que eres. Lo leal que eres. Lo inteligente y divertida y fuerte. Lo compleja y preciosa… tu luz y tu oscuridad y todas las sombras que hay entre medias. Y nunca haría nada para hacerte daño a propósito.

Una batalla le cruza la cara: la vida que todavía quiere y la vida de la que está dispuesta a alejarse. Hay una grieta en su armadura, el primer destello de esperanza.

Abro la caja. Harper entreabre los labios para inhalar de forma temblorosa.

—Harper, quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Tres cosas pasan al mismo tiempo.

Apoyo una rodilla en el suelo.

El cuervo dice una única palabra.

—Autumn.

Y la luz de los ojos de Harper se convierte en una ira ardiente antes de extinguirse.

—Autumn —grazna de nuevo el cuervo desde el alféizar. Pero, igual que hace un instante, suena diferente. No es la voz de Harper. Es un registro mucho más grave. Una voz de hombre.

Harper aferra la pistola con fuerza. Tiene la mandíbula apretada. La determinación me mira fijamente desde el otro lado del cañón.

—Levántate —sisea.

—No he sido yo. No soy el único que sabe tu nombre.

—Levántate —insiste remarcando todas las sílabas.

—Por favor, no hagas esto. No lo he entrenado para que lo diga, te lo juro. Harper, te lo ruego, Harper —repito apoyando ahora las dos rodillas—. Por favor.

—Que te levantes, joder.

Se le rompe la voz, los ojos le brillan con violencia. Sigue apuntándome con la pistola cuando me rodea, dejando mucha distancia, y corre hacia la puerta. Me giro lo suficiente para ver a través de las lágrimas que la abre, agarra mi mochila y la lanza al sendero de adoquines.

—Lárgate de mi casa. No me obligues a matarte.

—Hazlo —digo bajando las manos a ambos lados. Sacudo la cabeza—. No puedo con esta vida sin ti.

—Cierto. Porque soy tuya. Tuya para manipular. Tuya para herir. Tuya para destruir. —Se aparta de la puerta abierta para darme espacio suficiente, la pistola no se mueve en su mano en ningún momento. Ya no le tiemblan los hombros. Está decidida. Determinada. Desafiante—. Si alguna vez te he importado, levántate de una puta vez y lárgate. No quiero limpiar tu sangre del suelo y meter tu cuerpo en una puta trituradora de madera.

Esas palabras liberan el último temblor de dolor en su cara. Y entonces desaparece.

Dejo caer la cabeza. ¿Cómo cojones he acabado aquí? ¿Cómo ha podido desmoronarse todo cuando siento que hemos pasado por muchísimas cosas?

Dejo la caja abierta en la mesita auxiliar que tengo al lado; le echo un último vistazo al anillo de diamante que se suponía que representaba nuestro futuro. Después me levanto, avanzo hacia la puerta despacio y con pasos medidos. Me detengo en el umbral, no me molesto en limpiarme las lágrimas que me caen de las pestañas.

—Solo quiero quererte.

—No puedes.

Este momento se quedará grabado en mi memoria para siempre. El pozo infinito de dolor bajo su mirada fiera. El rojo que le enmarca

los ojos. La amenaza de destrucción que tiene pintada en las cejas fruncidas. Es guapísima, joder. Y está muy rota.

«No puedes impedírmelo», pienso. Pero no lo digo en voz alta.

Pongo un pie en el sendero de piedra. Apenas he sacado el cuerpo de la casa cuando cierra de un portazo y echa la llave.

Espero un momento, como si esto fuera una pesadilla de la que pudiera despertarme. Por desgracia, al oír el sollozo desolado de Harper, sé que es real. Me han arrancado el corazón del pecho. Y no puedo hacer nada para impedirlo.

Recojo mi mochila y voy aturdido hacia el coche.

Cuando me bajo del vehículo en el hostal El Cabo, no recuerdo cómo he llegado hasta aquí. Ni siquiera he pensado en el resto de la ropa ni en el cepillo de dientes ni en nada más de lo que he dejado atrás en aquella casa. Lo único que tengo es lo que llevo en la mochila y me pongo enfermo solo de imaginar lo tenso que será organizarme con Harper en las próximas horas o días para recuperar mis cosas. No soporto la imagen de su indiferencia fría o, lo que es más posible, que ella recoja mis cosas y me las deje en la puerta. Darme cuenta de que tal vez nunca vuelva a verla sonriéndome es un cuchillo que se me clava en el pecho y me detengo un momento con la mano en el corazón antes de obligarme a cruzar el aparcamiento del hotel.

Al entrar en el vestíbulo, Irene está inclinada haciendo un crucigrama en el mostrador de recepción aferrada a una lupa con sus dedos torcidos.

Es raro que Irene esté despierta en recepción, sobre todo cuando vengo y me voy por las noches, pero cómo no iba a estar aquí ahora, en el peor momento de mi puta vida, para poder retrasmitir las noticias al resto del pueblo e informar de que Harper me ha echado de casa. Mañana por la mañana, será el titular en la sección de cotilleos de *El Cronista de Cabo Masacre.* «Harper Starling rechaza la propuesta de matrimonio de un turista a punta de pistola». Me cago en todo.

Reprimo un gruñido y me obligo a sonreírle a la mujer mientras avanzo inseguro hacia delante.

—Ah, hola, señor Rhodes. No esperaba verlo esta noche —dice Irene, subiéndose las gafas por el puente de la nariz para mirarme.

—Ya… —Parece que me han vaciado el cerebro y me lo han llenado con algodón, porque eso es lo único que consigo decir. Me detengo en medio del vestíbulo.

Irene frunce las cejas blancas; unas arrugas profundas aparecen en su ceño mientras escudriña mis ojos rojos y la desesperación que me esfuerzo por ocultar.

—¿Va todo bien?

—¿Sí…?

—Ajá. —Repiquetea los dedos sobre el mostrador de madera—. ¿Va todo no bien?

—Mmm…

«La jardinera estrella pone de patitas en la calle a papi asesino», pienso cuando la imagen de otro titular surge en mi mente. Cierro los ojos con fuerza por un segundo para borrarla.

—Solo necesito dormir.

Irene me contempla con pena. Lo cual es lo peor.

—Está bien, querido. El desayuno es de…

—Seis a diez —la interrumpo con un gesto de despedida débil—. Gracias, señora.

Echo a andar por el pasillo que lleva a mi habitación, pero Irene pronuncia mi nombre y me detengo una vez más. Respiro hondo para recomponerme, me doy la vuelta y la miro.

—Toma, llévate esto, por si lo necesitas —dice y coloca un cepillo y pasta de dientes tamaño viaje en el mostrador—. Ah, y esto también. —Estira el brazo hacia las estanterías que hay detrás del mostrador y deja al lado del crucigrama un puñado de minibotellas de bourbon—. Esta vez, el lingotazo va libre de Cerdito Valiente. Prometido.

Dudo antes de acercarme al mostrador y aceptar sus regalos; me quito la mochila del hombro para guardarlo todo. Cuando termino, la

mujer me agarra del hombro y una sonrisa amable y dulce le levanta la comisura de los labios.

—Ya entrará en razón.

En esta ocasión ni siquiera intento esconder el dolor que me asoma a la cara. Me arde tanto el pecho que juraría que mi corazón ha quedado reducido a cenizas.

—No lo creo, señora.

—¿Tan pronto te rindes?

La miro a los ojos. Y, no sé por qué, niego con la cabeza. No me voy a rendir.

—Bien. Pues tómate unas copichuelas. Duerme un poco. Déjala que se calme. Y mañana lo arreglas. —Me aprieta la muñeca con una fuerza sorprendente—. El amor no suele ser un paseo por el prado, querido. Es un campo de batalla. Así que lucha.

Me da un último apretón y me suelta. Sé que no entiende lo compleja que es la situación con Harper ni lo hondo que llega el daño. Aun así, sus palabras me otorgan un leve atisbo de esperanza. La determinación es una cualidad que he perfeccionado. Luchar es una habilidad que se me da bien. El trauma y el sufrimiento, la rabia y la pérdida… esos son enemigos a las que ya me he enfrentado. Así que a lo mejor tiene razón. Necesito lamerme las heridas de una batalla que he perdido y mañana volveré para ganar la guerra.

—Gracias, señora —digo mientras me cuelgo de nuevo la mochila al hombro—. De todo corazón.

Asiento y ella me dedica una sonrisa tranquilizadora, luego me doy la vuelta y me dirijo a mi habitación.

No es fácil mantener esa llamita de esperanza viva cuando entro en la *suite.* Siento que estoy atrapado en un recuerdo que no quiero revivir. Aquellos primeros días en Cabo Masacre pertenecen a otro hombre, uno al que no me apetece recordar. Pero a lo mejor tengo que enfrentarme a él una última vez para poder seguir adelante de una vez por todas.

Abro una de las botellas de bourbon y le doy un buen trago. El ardor se me desliza por la garganta mientras me siento en el borde

de la cama y me quedo mirando fijamente la nada que se interpone entre el suelo y yo.

Harper no está segura aquí, nunca lo ha estado. Y es evidente que alguien la está jodiendo. El primer nombre que se me pasa por la mente es Arthur: tiene el acceso, la inteligencia. Conoce su identidad real. Podría estar intentando sacarme de su vida para asegurarse de que sigue a su servicio. Y la casa anexa es suya. Aunque de verdad parece reticente a entrar, podría haberse enfrentado a sus miedos el tiempo suficiente para instalar cámaras ocultas, si hubiera estado lo bastante motivado. Y, de haberlo hecho, tal vez la hubiese visto meter el hueso en el congelador y habría llegado a la conclusión de que era la oportunidad perfecta para joderla. El problema es que se arriesgaría a que el tiro le saliera por la culata.

Le doy otro tiento al bourbon. Me termino la primera botellita mientras pienso en la probabilidad de que Arthur esté implicado.

El siguiente que se me pasa por la cabeza es Lukas. Tiene menos papeletas de ser el culpable. Ha estado demasiado entretenido con el trabajo como para que se le ocurriera algo tan ingenioso, a menos que eso sea parte de su coartada. A lo mejor quiere borrar a Harper del mapa del todo, en especial si le preocupa la herencia de la finca cuando fallezca Arthur. Tal vez su esperanza era que la descubrieran. Pero Harper parece estar segura de que el chico no sabe nada de nada sobre los pasatiempos de su abuelo.

Suspiro, me paso una mano por el pelo. A decir verdad, ninguno de los dos me parece el culpable. Hay otra pieza del puzle que estoy pasando por alto. Tal vez un Buscasabuesos que todavía no ha dado la cara o alguien que le guarda rencor desde hace mucho. Una sombra que acecha más allá de lo que veo. Un fantasma en la periferia. Sin embargo, da igual cuántas veces mire de frente el problema: no consigo sacar una figura del humo. A lo que no le encuentro sentido es al porqué. Da la sensación de que alguien está intentando desestabilizar a Harper. Aislarla. Pero ¿con qué fin? ¿Venganza, quizá? ¿Otros motivos que soy incapaz de ver?

Me bebo las seis minibotellitas y no estoy más cerca de solucionar el enigma. Lo cual tiene sentido, supongo, teniendo en cuenta que el alcohol y pensar no suelen ir de la mano. El problema es que, cuanto más bebo, más veo solo la cara de Harper. El dolor y la pena. La rabia. La furia hacia sí misma es lo que más me asusta, porque ella misma es la persona a la que nunca perdonará.

Es lo último que pienso cuando por fin me duermo casi a medianoche.

Cuando me despierto, la habitación está a oscuras. Estiro la mano hacia Harper por instinto. Cojo aire, desorientado, antes de darme cuenta de que no estoy en su casa. Y entonces todo se me vuelve a echar encima, se me abren nuevas heridas en el corazón apaleado.

Gruño y compruebo la hora. Poco más de las tres de la madrugada.

Me siento en el borde de la cama; catalogo los dolores físicos que me plagan el cuerpo. La rodilla. El codo. Ladeo la cabeza de un lado a otro y una serie de pops surgen del cuello. Cuando me levanto y me estiro antes de echar a andar, ya sé que dormir es una causa perdida.

Me quedo de pie frente a las puertas francesas que dan al mar, la superficie brilla bajo la luz de la luna. El cielo sigue despejado, las estrellas titilan en el manto negro de la noche entre los hilos de nubes, pero el viento empieza a adelantarse a la tormenta que se supone que llega a Cabo Masacre al amanecer. Agita el agua, las olas se estrellan furiosas contra el acantilado muy cerca de aquí. Mis pensamientos continúan anclados en Harper, como siempre. Aunque nunca tanto como cuando observo el agua. Cada vez, la oigo decir mi nombre. Siento ese estallido de pánico. No consigo alcanzarla por debajo de las olas. Y ahora soy incapaz de ver lo que la aleja de mí.

Si pudiera mirar en el abismo.

Me restriego los ojos con las palmas.

Tengo que volver a su casa. Destrozarla. Hay algo ahí que no está bien. No me cuadra. Debe de haber alguien observando… alguien escuchando. Alguien que conoce los detalles más íntimos y oscuros

de su vida y, aun así, por alguna razón, no la delata. Es la presa de alguien y la respuesta debe estar en la casa.

Suelto un largo suspiro; el fuego de la determinación cada vez me arde con más intensidad en las venas. A ella no le va a gustar lo que estoy a punto de hacer. Tengo que colarme en la casa. Atarla. Obligarla a mirar mientras encuentro lo que sea que se esconde allí. Y luego solucionaremos lo nuestro. Lo arreglaremos. *Juntos.*

Tomo aire una última vez para darme ánimos, dejo caer las manos a los lados y abro los ojos. Percibo un movimiento sutil. Me acerco un poco más al cristal, tengo el pulso acelerado. Al principio creo que hay algo delante, algo que no consigo distinguir en la oscuridad lejana. Un movimiento en el viento creciente. Pero no. Es un fantasma en el reflejo del cristal.

Me doy la vuelta. Algo me golpea en la sien.

Y entonces no veo nada.

V.
SIEGA

Yates

… Hoy
26 de agosto, 8:32 a. m.

Estoy de pie ante las grandes portezuelas de la mansión Lancaster y miro fijamente la cámara escondida detrás del tejado del pórtico de piedra; la lluvia me azota la mejilla, impulsada por el viento implacable. Es antigua para los estándares tecnológicos, una de las dos que hay en toda la finca y que capturan vídeos pixelados conectados al sistema del despacho de la planta principal. Bueno, al menos dos que instalara Arthur. Hay otras cuarenta y seis que coloqué yo mismo en toda la propiedad. Doce en la casa anexa. Diecinueve en la principal. Cinco en las casetas y garajes. Y las otras diez están repartidas por el terreno.

Sonrío y saludo a cámara con el sombrero, aunque ya sé que no está mirando.

Agarro el pomo de la puerta y un amasijo de emoción me crepita en las venas. Me detengo para saborear esta sensación desconocida. Es muy raro que las emociones de verdad rompan el caparazón que me rodea. «Entumecimiento emocional», lo llaman. Todas las expresiones faciales que pongo, hasta la última reacción animada, las sonrisas, los ceños y las cejas arrugadas. Todas son pinturas en un lienzo en blanco.

Pero ¿esta sensación? ¿Esta tormenta eléctrica que me vibra en las venas cuando abro la puerta?

Esto es real. El arte de la muerte me acerca más a la perfección. La destrucción es la forma más pura de poesía.

Mon coeur, comme un oiseau, voltigeait tout joyeux
et planait librement à l'entour des cordages;
le navire roulait sous un ciel sans nuages;
*comme un ange enivré d'un soleil radieux.*****

La muerte es lo único que me hace sentir vivo.

Cierro la puerta a mi espalda e inhalo una bocanada profunda de este santuario.

Tal vez esto sea lo que sienten los devotos cuando entran en un templo. Respeto. Alineación con un propósito superior. Ser uno con lo divino. Pocas veces he entrado en la mansión. No es lo mismo que ver las imágenes que han grabado las cámaras. Los objetos familiares cobran vida. Los olores y los sonidos añaden una nueva dimensión vibrante a la perspectiva de píxeles.

Me saco un par de cubrebotas antideslizantes del bolsillo de la chaqueta y me los pongo en los zapatos mojados. Y entonces, con un paso sigiloso tras otro, sigo esos olores y sonidos por el pasillo oscuro que conduce a la cocina.

Cuando me detengo en el umbral, Arthur está de pie en la isla, echándole azúcar al té de un azucarero verde ornamentado. Lo observo en silencio. Siempre he apreciado su gusto refinado: los chalecos de lana de cachemira, la camisa bien planchada y abrochada hasta arriba que lleva debajo, la música de ópera que suena a través de los altavoces. Incluso el azucarero, con la tapa de cristal color jade que sostiene con una precisión delicada al colocarla en su sitio. Pero, de pronto, frunce el ceño mirando al té. Lo observa fijamente un buen rato. Vuelve a levantar la tapa y repite los movimientos que ya ha completado.

No se acuerda de que ya lo ha hecho.

Espero hasta que termina su ritual por segunda vez antes de salir a la luz.

Arthur se sobresalta cuando me quito el sombrero y me detengo. Tarda un tiempo en dilucidar quién soy. Al principio, pienso que a lo mejor se ha olvidado. Pero entonces dice:

—Sheriff Yates. ¿Qué hace usted en mi casa?

Sonrío. Él no imita mi expresión.

—Lamento haber entrado sin avisar.

—En ese caso, ¿por qué lo ha hecho? Podría haber llamado a la puerta. Seguro que tiene usted mi número de teléfono.

—Esta no es una de esas visitas que se organizan de antemano.

Entrecierra los ojos, no los aparta de los míos mientras le da vueltas al té. Cada clinc, clinc, clinc de la cuchara contra la porcelana manifiesta que el transcurso del tiempo es inevitable.

—Ya veo.

Dejo el sombrero en la isla de la cocina y me acerco un par de pasos más. Arthur intenta ocultar lo incómodo que está agarrando el bastón, pero no recula. Los *crescendo* de la música, una soprano y un tenor cantando con la voz cargada de urgencia.

—¿Qué está escuchando? —pregunto cuando me detengo a un par de metros.

—¿Ha venido a hablar de ópera?

—He venido para hablar de muchas cosas.

Arthur da tres golpecitos con la cuchara en el borde de la taza y la deja en el plato. Se lleva la taza a los labios con una mano lenta y cuidadosa, como si se estuviera burlando de mí con la lentitud.

—Es *Tosca,* de Puccini. No está usted familiarizado con la ópera, ¿verdad?

Suelto una risita, me engancho un pulgar en el cinturón.

—No —admito—. Soy más bien fan de la música *country.*

Se ha vuelto tan fácil meterse en la piel de otra vida que apenas noto que me aprieta. Pero Arthur sí lo intuye. Percibe que hay algo diferente entre el hombre que acaba de afirmar que le gusta la música *country* y el que se ha colado en su guarida como una serpiente.

Permito que se me desprenda la piel, abandono la farsa del amigable sheriff de pueblo cuando digo:

—Las artes literarias, sin embargo… Bueno, digamos que soy fan de la poesía. En particular de Charles Baudelaire.

Veo que las piezas encajan en su mente. Confusión. Comprensión. Sufrimiento.

Y rabia infinita.

Los nudillos se le quedan blancos alrededor del bastón. Mi nombre es un siseo que le cruza los labios cuando dice:

—La Pluma.

Se me ensancha un poquito más la sonrisa. Esta vez, lo noto por dentro. El latido acelerado de mi corazón. La oleada de euforia que me provoca cosquillas en la piel. Arthur entierra la rabia bajo capas de odio… odio no solo hacia mí, sino seguramente también hacia sí mismo. Por no haber descubierto jamás que estaba al alcance de su mano.

—¿Sabe, señor Lancaster? Mi intención nunca fue quedarme en Cabo Masacre —añado—. Lo hice por usted.

Baja más las cejas. Parece que no le impresiona esta revelación.

—¿Para poder ser el sheriff de un pueblo pequeño? Qué dolorosamente anodino.

—A mí me parece que tiene cierta simetría, ¿no lo cree usted?

—No —responde.

Sonrío.

—Se ha pasado años buscando a La Pluma. Buscó y buscó al hombre que arrancó a su Poppy del mundo. Y mientras tanto aquí estaba yo, a su lado, ayudándolo a buscar.

Arthur entrecierra los ojos, pero mantiene la compostura.

—Supongo que se le dio muy bien hacer de policía inepto. Quizá le sea más natural que ese personaje pseudointelectual de La Pluma que intenta habitar con tanto ahínco —se burla, me estudia de arriba abajo antes de volver a clavarme una mirada afilada en la cara—. ¿Sabía usted que Baudelaire tenía que rogarle a su querida madre

que le diera dinero cuando no estaba esquivando a los acreedores o follándose a todo París hasta que lo mataron? Tonto indolente.

El guante de cuero cruje cuando cierro el puño. Es perro ladrador, eso está claro. Pero también sé que muerde. O al menos antes sí mordía.

—Siempre he admirado esos insultos arcaicos. «Pulga incomprensible» era mi favorito. Me temo que echaré de menos su lengua afilada.

Me acerco otro paso a la esquina de la isla de cocina que nos separa. Se hace el silencio por un segundo. Arthur debería recular. En cambio, no lo hace.

—¿Por qué mi hija? —inquiere al fin; es más una exigencia que una pregunta—. ¿Por qué se quedó usted?

—Ya había matado a los objetivos de otros asesinos en serie —digo—. A veces a familiares lejanos. Cualquiera a quien parecieran valorar. Pero cuando veía la emoción que mi obra de arte sacaba a la superficie, solo había apatía o frustración o rabia y sorpresa. Nunca sufrimiento. —Tamborileo con los dedos en la encimera, uno a uno; luego señalo al viejo—. Hasta que le tocó a usted.

Arthur mueve la mandíbula, la aprieta y la relaja con otra oleada de furia. Sus ojos adquieren un brillo vidrioso. Tal vez, si viviera lo suficiente, este único recuerdo persistiría. El de su hija en el suelo de la casa anexa, mi mejor obra de arte.

—Usted fue único —continúo—. Tenía un tipo de vida que creía imposible para gente con nuestra… proclividad. Me pareció profundamente fascinante. Quería ser como usted.

—Nunca será como yo.

—Tiene razón. —Rodeo la esquina de la isla y me quedo cara a cara con Arthur Lancaster—. Yo soy superior.

No necesita bajar la mirada para saber lo que sostengo en la mano. Tiene un instinto que ha perfeccionado a base de vivir tantos momentos como este.

Momentos en los que él era el depredador y no la presa.

Se agarra con más fuerza al bastón, aunque le tiemblan los labios. El sufrimiento es un eco en su rostro, casi tan potente como lo era aquel día en que yo miraba por la ventana de la casa anexa. Pero aun así tiene un aire determinado.

—No se va a llevar también a mi Harper —dice.

—Tiene razón. No lo haré. Al menos no como cree usted.

Me precipito hacia delante y clavo el cuchillo a través de la cachemira y el lino, en las profundidades del cuerpo de Arthur Lancaster.

Abre los ojos como platos. Boquea para coger aire. Sigo agarrándolo por el hombro. El hueso es tan delicado bajo mi mano. Las notas de la soprano se elevan a nuestro alrededor. Poesía musical, dos mundos colisionando para convertirse en uno. Quizá esto sea la misericordia. O tal vez la misericordia no signifique nada para la gente como nosotros.

—La persuadiré para que salga de su crisálida —digo sujetando el cuchillo firme en su cuerpo tembloroso—. Con su muerte, Autumn se transformará.

Arthur pasa los ojos por los míos, como si fuera capaz de descifrar mi plan a través de mi mirada inquebrantable. Y quizá lo haga.

Porque es más rápido de lo que yo pensaba. Y más listo.

Arthur me golpea en la sien con el bastón… no tan fuerte como para aturdirme, pero lo bastante sorprendente para distraerme. Y, con la otra mano, me estampa el azucarero en la cabeza en una explosión vertiginosa.

Suelto un grito de frustración con los dientes apretados. Arthur se escabulle mientras sobre el suelo de mármol cae una lluvia de azúcar y la porcelana rota. Me llevo los dedos a la cabeza, me escuecen los cortecitos que me ha hecho en el cuero cabelludo. Seguro que a mis pies tengo trozos ensangrentados.

Cuando me doy la vuelta para mirar a Arthur, se ha sacado el cuchillo del vientre, una mancha carmesí se extiende por el agujero

de la cachemira. Se sujeta el acero pulido contra el cuello. Le arden los ojos con determinación. Con esperanza.

—Tiene usted razón… con mi muerte, Harper Starling se transformará. Porque se volverá más inteligente y lo derrotará. Y entonces ella lo matará a usted.

Antes de que pueda quitarle el cuchillo, se desliza el filo por el cuello y cae.

**** Volaba el corazón como un ave feliz / y en torno del cordaje planeaba libérrimo; / avanzaba el navío bajo un cielo sin mácula, /como ángel embriagado del más radiante sol.

COSECHA

Harper

Estoy de pie junto a los acantilados, no muy lejos del faro, y miro hacia el mar; el agua se agita con la tormenta. Los pulmones se me llenan de aire salado. Siento como si me estuviera ahogando. Me asfixio con algo de lo que no puedo escapar. Da igual con cuántas ganas intente que se vaya: haber perdido al hombre que creía que era Nolan me produce sufrimiento y una rabia pura y sin diluir a partes iguales.

Pensaba que éramos felices. Que me quería. Igual que yo lo quería a él.

Y parecía tan real.

Incluso al final, cuando se puso de rodillas, la ilusión parecía real. Dolor. Pánico. Anhelo. Vi todo eso en sus ojos. Pero estaba mirando un espejismo. Él no era más que una ilusión que me reflejaba las cosas que yo sentía.

Bajo el cristal pulido solo hay destrucción.

Desvío la mirada al objeto que tengo en la mano; la lluvia me gotea por la frente y me aterriza en las mejillas como lágrimas. Es algo más que metal y tornillos y puntas de hueso. Es una reliquia, sus bordes afilados cuentan una historia. Y es el arma que esgrimió contra mí.

El hecho es que Nolan no ha matado a nadie que en realidad fuera responsable del accidente. Harper Starling murió aquella noche, porque fui yo quien la mató. Los otros (Marc, Trevor, Dylan) solo eran pasajeros. Unos mierdas, tal vez. Pero ninguno de ellos iba

sentado tras el volante. Aunque sí que dejaron a Nolan y a su hermano en la carretera.

Igual que yo.

Los hechos son irrefutables. Solo Nolan habría cogido este hueso. Él es el único que sabía dónde mirar, el único que tenía una motivación para clavarlo en el jardín como si fuera un cuchillo en mi corazón. Y es la única persona que tenía oportunidad y acceso para enseñarle a Morfeo un nombre que solo conocen otras dos personas en todo Cabo Masacre.

Le dedico una última mirada al hueso que sostengo en la mano y lo lanzo al mar embravecido. Igual que debería haber hecho el día en que nos conocimos.

Suspiro, me limpio el río de lágrimas que me cae de los ojos y que se apodera de mí sin aviso previo. Durante mucho tiempo, me quedo contemplando el agua sin más, preguntándome por qué Nolan arriesgaría su vida para sacarme de las profundidades. Tal vez solo era parte de su juego. No lo sé. Como todo lo demás, su pánico y su alivio, sus cuidados cuando se quedó conmigo en el hospital… todo parecía tan real. Pero eso es lo más aterrador. Me prometí a mí misma que nunca consentiría que otro psicópata se colara entre mis defensas. Y no solo bajé la guardia. Sabía que Nolan era peligroso y eso era parte de la atracción.

¿Qué me pasa? Es como si hubiera visto el cuchillo dispuesto a cortarme y aun así me hubiese lanzado de cabeza a él.

¿Cómo he permitido que sucediera?

No hago más que preguntármelo una y otra vez en un bucle infinito que nunca acaba. Solo cuando al fin miro el reloj y me doy cuenta de que son casi las nueve y media, echo a andar de nuevo hacia el Jaguar de Arthur para recoger su medicina de la farmacia.

Es una mañana inquietante, con el viento y los rayos y la lluvia inclemente, como si la tormenta fuera una parte externa de mí misma. Anoche, después de la confrontación con Nolan, no me sentía segura en casa, pero en realidad no tenía adónde ir, así que dormí en una de las habitaciones de invitados de la mansión con la

pistola debajo de la almohada. Arthur ni se enteró de que estaba ahí. Tras comprobar que estaba bien, me deslicé en una de las habitaciones en las que nunca entra y, voy a ser sincera, lloré hasta quedarme dormida.

Ahora me siento hueca. Siento un abotargamiento estático donde deberían estar mis pensamientos. Un dolor constante en el pecho como si me estuvieran aplastando el corazón en un puño. Entro corriendo en la farmacia para recoger el Aricept y el Risperdal que Arthur debe de haber extraviado de algún modo esta mañana antes de que yo bajara a hacerle el desayuno. Hemos buscado juntos por la cocina durante veinte minutos antes de rendirme y llamar a la farmacia para que me dieran otra receta. Cuando me acerco a Un Grano Náufrago, me planteo entrar a tomarme un café; no puedo, me recuerda a cuando conocí a Nolan.

Tal vez debería ir al hostal El Cabo. A ver si su coche sigue ahí o ya ha huido de Cabo Masacre. Tal vez haya mil cosas que debería estar haciendo, pero no soy capaz de enfrentarme a ninguna.

Al regresar a la finca, entro por la puerta principal que lleva a la mansión. La tormenta le está dando una paliza al jardín: a algunas flores se les han caído los pétalos y ahora yacen sobre la tierra. Se me van los ojos a las dedaleras, tan preciosas y mortales al mismo tiempo. «A lo mejor para ti y para mí el amor y el odio siempre han sido dos filos del mismo cuchillo», me dijo Nolan.

Quizá las señales estaban ahí y nunca las vi. Igual que él tampoco me entendió cada vez que le dije que se equivocaba conmigo. Tal vez los dos nos dejamos fuera lo más importante. Ahora estamos igual que el uróboro que tiene tatuado en el brazo: consumiéndonos el uno al otro por toda la eternidad. Y eso es lo último en lo que pienso cuando aparco el coche y corro bajo la lluvia, hasta que me detengo de repente en el porche delantero de la mansión.

Durante un rato, lo único que puedo hacer es observar fijamente la puerta abierta; la música de ópera sale del interior.

Miro hacia atrás. Paso la vista por el jardín destrozado. No hay rastro de Arthur. Una oleada de miedo repentino me inunda las

venas; miedo por que haya seguido buscando los medicamentos y haya salido fuera confundido.

Me giro hacia la cámara que hay bajo el saliente, esperando a que me diga algo. Pero la lente solo me devuelve la mirada, indiferente a mi preocupación.

Abro la puerta un poquito más.

—¿Arthur?

La música de *Tosca,* de Puccini, es lo único que me responde.

Sigo la melodía de la voz de Maria Callas, que flota desde la cocina. Cruzo el vestíbulo. Los zapatos mojados chirrían sobre el suelo pulido.

—Siento haber tardado tanto —digo mientras recorro el pasillo—. He perdido la noción del…

«Tiempo».

El tiempo se alarga tanto que cada detalle se me queda grabado en la memoria: los tajos de sangre carmesí, los ojos ciegos de Arthur, el olor a hierro en el aire. El eco de mi grito trepando por las paredes.

Corro hacia él tambaleándome; me tiembla el cuerpo, los latidos me rugen en los oídos hasta que amortiguan el sonido de la ópera que me envuelve. Me dejo caer de rodillas sobre la sangre que se coagula en el suelo.

Arthur está bocabajo en los azulejos, con los ojos fijos en el espacio que hay a mi espalda. Tiene un tajo horrible en la garganta. La mano extendida hacia mí, como si intentara alcanzarme, pero yo no estuviera ahí para sostenérsela. Tiene los rasgos flojos de la muerte, aunque un eco de expresión todavía sobrevuela las líneas que le arrugan el ceño. Convicción, tal vez. A lo mejor desafío. Jamás lo sabré.

—Arthur… —Las lágrimas caen en el charco carmesí que le fluye del cuello. Las manos se me sacuden cuando le acaricio la mejilla, donde las gotas de sangre se han secado en su piel fría—. No…

Sé que no puede volver, y aun así le ruego que se despierte. Le ruego que no me deje aquí sola. Pero sus labios entreabiertos nunca

me responden.

Paso la vista por el horror que me rodea. El bastón está tirado en el suelo. No veo ningún arma. Miro a mi espalda y me llama la atención algo que no pertenece a este lugar. Un mensaje escrito con sangre en la pared.

«El tiempo exige el final».

El recuerdo es como una cerilla que le prende fuego a las últimas ascuas de mi corazón, reduciéndolas a cenizas. Veo la nota de papel en mi mano. La letra familiar. He seguido el trazo de esa caligrafía con mis dedos, antes de guardarla en el cajón con el resto de las notas de Nolan.

Lo vi cuando salí del hospital. Es la composición musical escrita más antigua... se titula Epitafio de Sícilo. La letra se me quedó grabada y ahora me recuerda a ti:

Mientras vivas, brilla,
no temas nada en absoluto.
Que la vida dura poco,
y el tiempo exige el final.
-N

Apoyo las manos en el suelo; algo afilado se me clava en la base de la mano derecha. Apenas noto el dolor. No lo siento porque me estoy abriendo en canal.

Grito. Y grito. Y grito. No me detengo hasta que no tengo la garganta en carne viva y siento el sabor de la sangre en la lengua.

Una única verdad permanece. Me he enamorado del enemigo.

«Y Nolan Rhodes debe morir».

Es el único pensamiento que se me queda incrustado debajo de la piel. Cuando llamo a la policía, está ahí. Cuando el sheriff Yates y el ayudante Collins y los paramédicos aparecen, está ahí. Cuando me

siento en la comisaría con sangre en las manos y Lukas entra corriendo echo un mar de lágrimas, está ahí.

«Nolan Rhodes debe morir». Policía. Lágrimas. Preguntas. Respuestas. «¿Quién podría haber matado a Arthur?». Digo que no lo sé. Porque no hay justicia en el mundo que jamás sea suficiente para lo que ha hecho Nolan. A menos que la imparta yo con mis propias manos.

Es casi medianoche cuando me encuentro de pie en el baño de la casa de Lukas, mirando mi reflejo. Ni siquiera estoy segura de lo que ha pasado durante las últimas horas. Apenas me reconozco. Tengo los ojos inyectados en sangre y atormentados, el labio inferior en carne viva. Parecía tan sana y viva hace solo unos pocos días. Recuerdo sentarme al tocador, maquillarme antes del baile y darme cuenta de que parecía feliz. Ahora apenas soy la cáscara de aquella mujer. No me parezco en absoluto a Harper Starling. Solo soy Autumn Bower con el pelo oscuro y un nuevo sufrimiento cosido a la piel.

Me acerco más al espejo; las raíces rubias del pelo empiezan a asomar a pesar de la resistencia del castaño oscuro. Al apoyar la mano en el lavabo, un dolor punzante me recorre la palma. La aparto y le doy la vuelta. Tengo una esquirla de algo clavada, la piel ardiendo y roja. Abro los cajones y encuentro unas pinzas. Cuando la saco, el alivio es inmediato; un dolor que no era consciente de que estaba sufriendo desde que descubrí el cadáver de Arthur en el suelo. Dejo la astilla en el lavabo y la observo más de cerca. Es una esquirla de porcelana, una parte es blanca y la otra de color verde jade. Cierro los ojos e intento pensar en todo lo que he visto en la estancia. No recuerdo que hubiera nada roto o fuera de lugar. Pero a lo mejor estaba demasiado destrozada para ver de verdad.

La cojo con cuidado usando las pinzas y la tiro a la basura, luego me meto en la ducha hasta que el agua se enfría.

En todos los sueños sale Arthur. A veces está ahí mismo, sin que pueda verme. En otros, se da la vuelta y se aleja. En otra ocasión, abre la puerta del sótano y se sumerge en la oscuridad, a donde no

soporto seguirlo. De todos modos, lo intento. Y, cuando lo hago, vuelvo a estar atrapada otra vez en la casa de Harvey Mead, desnuda y asustada. No estoy segura de si me despierta el ruido de la motosierra o mi grito desgarrador o Lukas sacudiéndome para que recupere el conocimiento. Después de eso, no vuelvo a dormirme.

Los siguientes días son un recuerdo borroso. No regreso a la casa anexa. Apenas salgo a la calle, rara vez me aventuro más allá de la puerta de la casa de Lukas para recoger los guisos y las sopas y los panes caseros que los vecinos dejan en el porche. La única ocasión en toda la semana que los dos estamos fuera es cuando vamos a la funeraria para organizar la ceremonia y el entierro de Arthur. Pero interactuamos muchísimo con el sheriff Yates. Viene todos los días para hacer más preguntas sobre el asesinato de Arthur. Creo que está a punto de nombrar a un sospechoso para alimentar a los periodistas que acechan el pueblo como si fueran espectros.

—¿El señor Rhodes te mencionó alguna vez a un hombre llamado Tylor Knightsbridge? —inquiere Yates durante la visita de esta mañana, inclinándose en su asiento, enfrente de mí en el salón de Lukas.

Me sueno los mocos con un pañuelo, me pican los ojos de la llorera de antes. He practicado tantas veces eso de esconderle mis expresiones faciales a Yates que ahora siento que esa máscara de ambivalencia cansada se me ha incrustado en la carne.

—No. ¿Por qué?

—Knightsbridge se apuntó como voluntario cuando empezamos con la búsqueda. Es uno de esos investigadores aficionados. —Frunzo el ceño, y Yates sacude una mano como si quisiera borrar la pregunta, aunque no sé por qué iba a sacar el tema si no quiere indagar en él. Hay algo que me parece… fuera de lugar—. No es para tanto, solo me preguntaba si Rhodes o tú sabríais por qué volvió a aparecer por el pueblo hace poco. Está en el hospital. No estoy seguro de si viste su… explosión… durante el concurso de chiles. Estoy convencido de que podrá responder a algunas cuestiones cuando se recupere un poco. Está un tanto inestable.

Me encojo de hombros, bajo la mirada al suelo.

—No puedo ayudar, sheriff. Lo siento.

—Por favor, llámame Damian. —Yates estira el brazo en el espacio que nos separa y me pasa un pañuelo limpio. No tengo ningunas ganas de llamarlo Damian, pero de todos modos asiento con un gesto débil—. ¿Y qué me dices de Sean McMillan o Jake Hornell o Peter Evanston? ¿O tal vez Bryce Mahoney? ¿Hablaba mucho de ellos?

Levanto los ojos del pañuelo que sostengo en la mano y me encuentro con la mirada penetrante de Yates.

—¿Los hombres que estabais buscando?

—Eso es… ¿El señor Rhodes dijo algo en concreto sobre ellos?

—No lo sé —respondo y vuelvo a encogerme de hombros—. No, de Mahoney no. Todo el mundo sabe que a Hornell lo tuvo que pillar Tiburónides. Estuvimos hablando de ello en el festival gastronómico, ¿recuerda?

Yates suelta un simple «ajá».

—En cuanto a Evanston, solo sé que estaban buscándolo en el bosque. Y McMillan… Nolan pensaba que lo más probable era que se hubiese perdido en el lago Loon.

Yates asiente, pero no siento que esté de acuerdo.

—En el lago no se descubrió nada que indicara que McMillan estuviera por allí, así que no estoy seguro. Solo me pregunto si estábamos buscando donde teníamos que buscar.

Un escalofrío me revolotea entre las escápulas. Si supiera dónde dejó Nolan la camiseta de McMillan, iría yo misma y la buscaría, aunque ahora dudo hasta de que lo hiciera.

—Bueno, encontrasteis los restos de Jake, ¿verdad? —digo, y me odio por defender a Nolan. Pero, si quiero matarlo yo, necesito mantenerlo lejos de las garras de Yates. Y cada vez me preocupa más que sea difícil—. Nolan tenía experiencia en búsqueda y rescate y esta es una zona lejana. Así que es posible que no se buscara el tiempo suficiente.

—Sí —acepta el sheriff—. Es posible.

Nos quedamos en silencio un buen rato. Yates me sostiene la mirada; algo que parece un intento de preocupación paternal se aloja en sus rasgos. A lo mejor es que estoy de mal humor o quizá es algo que le falta a su expresión, pero, sea lo que sea, tengo unas ganas tremendas de arañarle la cara.

—He oído que el señor Rhodes compró un anillo de compromiso en Joyerías Gibson.

Me obligo a borrar de mi mente la imagen de Yates despellejado y me convenzo para permanecer tranquila.

—No estaba al tanto —miento.

—Entonces, ¿no habéis hablado sobre casaros?

La saliva me araña la garganta seca. Me miro las manos: tengo los nudillos rojos, me he arrancado la piel de frotarme para limpiar gotas de sangre fantasma. «Podría haber un anillo en ese dedo», susurra una vocecilla traidora en mi cabeza. La imagen de Nolan arrodillado, rogándome que no acabe con nosotros, me abre otra herida en el corazón. Y desearía más que nada que Yates parara de hacerme estas malditas preguntas horribles y me dejara en paz de una puta vez.

—No. No lo hablamos.

—¿Has sabido algo de él desde que falleció Arthur? —continúa Yates. Posa una mano en la mía, un roce del que estoy desesperada por zafarme, pero no lo hago—. Harper, solo necesito hacerte unas cuantas preguntas. ¿Estás segura de que no has…?

—No sé dónde está —le espeto.

Y consigo contener todo lo demás que quiero decir. No menciono que hemos roto o que lo apunté con una pistola y lo obligué a levantarse para que se largara. No le digo a Yates nada que le dé un motivo, aunque soy consciente de que ya debe de haberse planteado que Nolan es el principal sospechoso si sabe que se ha ido y está haciendo estas dichosas preguntas.

—Se lo prometo. Si lo supiera, se lo diría.

Yates me dedica una sonrisa débil de compasión que no me tranquiliza en absoluto.

—Te creo, señorita Harper —dice, se pone las manos en las rodillas antes de incorporarse. No me levanto con él ni le hago ningún caso cuando se coloca el sombrero y se despide alzando el ala—. Será mejor que me vaya. Estoy seguro de que necesitas descansar.

Asiento. Pero no sé si muy pronto seguiremos jugando a este juego.

—Sé que tal vez no sea un buen momento para pedirlo, teniendo en cuenta la situación. Sin embargo, ¿te importaría que acordáramos un día y una hora cuando estés más tranquila para recoger la trituradora de madera?

Lo miro a los ojos, conteniendo el pánico que me revuelve las tripas. He limpiado el Monstruo de las Galletas mil veces con el limpiador que Maya llama ¡A la Mierda! y le he pasado muchísimos puñados de ramas, pero, aun así, la idea de que Yates lo tenga en su poder me hace sentir a la deriva. Sobre todo ahora.

Sigo dándole vueltas a cómo debería responder cuando Yates hace un gesto con la mano.

—¿Sabes qué? —dice—. Me pasaré con la camioneta y la cogeré sin más. No tienes que preocuparte de nada. Cuídate, señorita Harper.

Se despide con la mano una última vez, gesto que no correspondo, y se marcha. Lo veo pasar por delante del ayudante, que espera junto a la entrada de la propiedad. La policía siempre está por aquí en rotación constante, protegiéndonos de la prensa y lo desconocido. Si no tuviera la cabeza tan embotada de preocupaciones y rabia y culpa y miedo, tal vez hasta me haría gracia. Porque si Nolan quiere entrar, entrará. Y matará a cualquiera que se interponga en su camino.

Pero dudo que eso sea lo que él quiere. Creo que este juego no ha hecho más que empezar. Y, esa noche, me paso horas imaginando cómo ganaré antes de sumirme por fin en un sueño irregular.

Al día siguiente, enterramos a Arthur Lancaster en la parcela de la familia.

La niebla es una mortaja pesada que cubre el cementerio, envolviendo las lápidas en bruma blanca. El aire huele a mar y a tierra removida. Es una ceremonia simple junto a la tumba, justo como Arthur habría querido. La lista de invitados es escueta. Los tres Bobs. Maya e Irene, que se seca las lágrimas con un pañuelo de satén negro. Maxine. Coge a Lukas de la mano y no lo suelta. El sheriff Yates y su esposa, Fiona. La alcaldesa Patel y el jurado de jardines. Solo hay dos extravagancias: los ramos de flores recién cortadas y el cuarteto con una soprano que canta «Lascia ch'io pianga» del *Rinaldo,* de Händel, mientras el ataúd de Arthur baja a la tumba. Lanzamos flores sobre la madera pulida hasta que queda cubierta. Y, de principio a fin, no dejo de llorar en ningún momento.

Nos decimos los unos a los otros «adiós» sin fuerzas. Nos sonreímos y abrazamos aún con menos fuerzas. Uno a uno, los asistentes nos dan el pésame y desaparecen en la bruma.

—Queríamos entregarte esto. —La alcaldesa Patel me da una placa de cristal. Tiene una inscripción: «Décimo concurso anual de jardines de Cabo Masacre» y una única rosa. Debajo pone mi nombre y el de Arthur—. Tomamos la decisión por unanimidad el día de la visita —me explica—. Nada se acercaba al jardín de la mansión Lancaster. Estaba precioso.

Asiento y me abrazo al cristal.

—Gracias —susurro.

No levanto la vista a la sonrisa agridulce que me dedica la alcaldesa, pero la siento de todos modos. Me da un apretón en el brazo y luego se aleja; el jurado también me da el pésame antes de seguirla.

Y entonces solo quedamos Lukas, Max y yo.

—¿Quieres que te acerque a casa? —pregunta Lukas; sigue sujetando la mano de Maxine, con las mejillas mojadas por las lágrimas.

—Ve tú delante —digo, ausente, sin apartar la mirada del ataúd cubierto de flores.

Una serie de pensamientos intrusivos y aterradores me cierran la garganta. «Mi mejor amigo está ahí abajo. Tengo que sacarlo. ¿Cómo voy a despertarlo? ¿Cómo vuelvo atrás en el tiempo? Si no hubiera tardado tanto en pasar por la farmacia, ¿seguiría aquí? Si hubiese aceptado llevarlo a Pinos Susurrantes como quería Lukas…».

—¿Harper…?

Sacudo la cabeza un poco, esperando aclararme el tormento que se me filtra en la mente.

—Voy a quedarme aquí un ratito.

No aparto la vista de la tumba mientras Max y Lukas se marchan.

Sus pasos se desvanecen. El cementerio se queda en silencio. Siento que hay ojos observándome a donde quiera que vaya, sobre todo ahora. Pero no puedo atisbar a mi alrededor para buscar la fuente de mi paranoia. Solo me aprieto el brazo contra el costado y noto la pistola escondida debajo de la chaqueta negra.

Oigo un graznido entre la niebla. Miro y veo a Morfeo encaramado a la valla de hierro. Sacude las alas antes de alzar el vuelo para aterrizar en la tumba de Adam. Es la primera vez que temo de verdad lo que pueda decir. Pero solo da tres picotazos y me observa como si supiera que no tengo nada que ofrecer, pero está aquí de todos modos.

Bajo la vista y me doy cuenta de que falta una de las tres pulseras que cuelgan de la lápida, la misma que Morfeo se ha llevado a casa alguna vez.

—Siento no haber estado por casa. —Le hablo al cuervo. Luego avanzo hacia el principio del lugar de descanso de Arthur.

Me agacho junto a la lápida provisional negra y dorada. Paso los dedos por las letras grabadas en la placa. «En memoria de Arthur Lancaster».

—Es como si esos recuerdos me los hubieran arrancado de cuajo —digo y las lágrimas vuelven a caerme por las mejillas—. Solo puedo verte en el suelo. Todo lo demás ha desaparecido.

Dejo la placa de cristal en el césped, apoyada contra la estaca de madera. No pronuncio en voz alta cuánto siento no haber estado ahí cuando me necesitaba. No le digo que le dio propósito y significado a mi vida cuando sentía que no tenía nada. No le prometo vengarlo por lo que ha pasado ni que convertiré mi dolor en un arma para que Nolan Rhodes pague por lo que ha hecho. Solo le digo que lo quiero.

Y, con lágrimas en los ojos, me alejo.

El cementerio está vacío cuando bajo por el sendero que lleva a la entrada. La niebla es tan densa que apenas veo más allá de unos pocos pasos. Oigo aleteos y graznidos por encima de mi cabeza: Morfeo va hacia casa con otra de las pulseras de Adam aferrada en el pico. Lo veo desvanecerse en la bruma; luego me vuelvo a centrar en las puertas de hierro que aparecen ante mis ojos.

Hay una figura de pie en el umbral.

Me flaquea el paso. Se me corta la respiración. Por un segundo, creo que podría ser Nolan. Alto y ancho, constitución atlética. Pero el corazón se me empieza a calmar cuando me doy cuenta de que es el sheriff Yates. Supongo que después de todo no se ha ido con los demás y temo que me vuelva a interrogar en el peor momento posible con ese poco tacto que tiene. Aun así, es un alivio que quien esté aquí sea él y no Nolan, algo que nunca habría creído posible antes de esta semana.

—Señorita Harper —saluda con un asentimiento cuando me detengo a su lado—. Lamento mucho lo del señor Lancaster. Era un verdadero pilar de Cabo Masacre.

Carraspeo, de repente se me ha hecho un nudo en la garganta y me obligo a tragármelo.

—Gracias. De verdad.

—¿Vas a estar bien yendo andando a casa? No nos importa acercarte.

Se me van los ojos a su mujer, que espera en el coche. Me saluda con la mano, escueta, y yo le devuelvo el gesto. No hay más vehículos en la carretera, excepto un camión pesado que se oye a lo

lejos; el motor de diésel perfora la niebla al girar en la carretera Spruce al final de la colina.

—Gracias por la oferta, pero prefiero caminar.

—De acuerdo… Solo quiero que estés a salvo.

—Estaré bien, seguro. —Aunque le dedico a Yates una leve sonrisa, no parece muy convencido.

El camión se acerca, el motor gruñe al subir la cuesta. Las cadenas repican contra el metal. Noto el olor a mar.

Me vuelvo hacia el sonido. Y entonces mi mundo implosiona en una sola mirada.

Una grúa avanza hacia nosotros: lleva enganchada del morro abollado, como si fuera un pez herido, mi furgoneta Chevy G20 de 1985. Los años bajo el mar han corroído la pintura. La superficie está salpicada de percebes, el agua chorrea del interior dejando un rastro por la carretera. El conductor toca la bocina para saludar al sheriff y me sobresalto.

—Perdona —dice Yates, haciéndole un gesto al de la grúa antes de volverse hacia mí. Siento sus ojos en la mano que me he llevado al corazón. Tal vez debería obligarme a bajar el brazo, pero parece que soy incapaz de desprenderme del escudo que me proporciona—. Ayer nos dieron un chivatazo anónimo de que había un vehículo sumergido en el mar a unos cuantos kilómetros del mirador. No estamos seguros de a quién pertenece. Supongo que ya lo averiguaremos.

No digo nada. El corazón se me desgarra contra las costillas. Estoy desesperada por salir corriendo. Por luchar. Por desaparecer. En cambio, me quedo justo donde estoy, como si estuviera clavada al sitio. Casi siento el nudo corredizo que me está poniendo Nolan al cuello para ahorcarme.

Nos quedamos mirando el camión hasta que se pierde entre el velo blanco, el ruido de las cadenas y del motor se queda flotando como un fantasma mucho después de que haya desaparecido de la vista.

—Bueno —dice Yates—, ya nos veremos por ahí, señorita Harper.

Y entonces el sheriff se aleja caminando.

EPÍLOGO
PODREDUMBRE

Nolan

Uso el borde de la esposa de metal que llevo en la muñeca para hacer una marca en el suelo. Como no lleve la cuenta de los días, al final acabaré perdiéndolos en el lento e implacable tormento del cautiverio. Tengo que volver con Harper. El hueso en el jardín, la voz del cuervo… Debe de ser un peón en una partida que ni siquiera sabe que está jugando. Pero ¿con qué fin? ¿Y de quién es el plan y por qué? Todavía no he visto el rostro de mi captor.

Prometí que la mantendría a salvo. Que recorrería el infierno para encontrarla. Y, ahora, apenas puedo alejarme un metro del pilar al que estoy encadenado.

Estoy indefenso. Desesperado. Completamente impotente.

«¿Así es como se sentían las víctimas cuando las atrapaba y las ataba a una silla antes de que las torturara y les quitara la vida?».

Suelto una larga exhalación y miro fijamente las muescas que he hecho en la madera.

Han pasado seis días desde que me desperté esposado de muñecas y tobillos al suelo de una cabaña. Me han dejado solo con algunas botellas de agua y comida militar preparada suficiente para sobrevivir una semana, si me raciono bien. Solo llego hasta un viejo retrete que no es más que un asiento en una caja de madera que cae a un pozo de serrín y cal. No ha venido nadie, da igual lo fuerte y durante cuánto tiempo haya gritado. Lo único que he oído es el agua lamiendo la orilla y los trinos de los pájaros e insectos. He intentado de todo para soltarme, por supuesto. He arañado el suelo

hasta que me han sangrado los dedos. He tirado de los grilletes hasta provocarme moratones negros. He probado todos los eslabones de las cadenas, hasta la última junta. No hay forma de liberarme.

¿Cómo es posible que esto haya salido tan mal? ¿Qué se me ha pasado por alto?

No hago más que darles vueltas a esas preguntas. Pero lo que me hace seguir adelante en mi soledad no es el deseo de encontrar respuestas o salir de esta jaula, sino Harper. Me he pasado horas reviviendo nuestras conversaciones. Las cosas que nos decíamos el uno al otro en la oscuridad. La suavidad de su piel. El sonido de su risa. Al cerrar los ojos por la noche, me imagino que la tengo al lado. Que siento el latido de su corazón contra la palma.

Llevo seis días sin ella. Y sigo mirando fijamente la raya tallada, preguntándome si alguna vez la volveré a ver, cuando escucho algo fuera.

Contengo la respiración. Se oye el murmullo lejano de un motor. Un crujido sobre la gravilla. Se acerca más, hasta que se detiene fuera de la cabaña. Me esfuerzo por distinguir algo entre las grietas de los tablones de madera que cubren la ventana, pero no veo el vehículo, que se apaga.

—¡Ey! ¡Ey! ¡Ayuda! —grito—. ¡Estoy aquí! ¡Que alguien me ayude!

Una puerta de coche se abre y se cierra. Reanudo mi plegaria, sacudiendo las cadenas mientras chillo, pero nadie responde.

Y al no haber respuesta es cuando me doy cuenta de que esto no es un rescate. Debe de ser mi captor.

—¡Suéltame, joder! —me desgañito, tirando de los grilletes.

Unos pasos pesados aterrizan en los escalones. Lentos y deliberados. Amenazadores. Se abre una cerradura. Suena como un soporte de metal que se levanta. Y entonces se abre la puerta, la luz inunda la estancia.

Mi captor se alza el ala del sombrero a modo de saludo con una mano y con la otra sujeta una caja de botellas al hombro.

—Yates —siseo.

—A veces —dice.

Sonríe, deja las botellas de agua en el suelo con un golpe seco que resuena. Abre la cuchilla de una navaja y la desliza por el plástico, saca una botella y me la lanza. Esta golpea el suelo y rueda hasta donde estoy, pero yo sigo con los ojos clavados en la sonrisilla de suficiencia de Yates. Oigo que choca contra la pared a mi espalda, fuera de mi alcance.

—Otras veces me llaman La Pluma.

Otra botella de agua golpea el suelo y esta la detengo antes de que salga rodando. Parece que esto le gusta a Yates, a juzgar por el brillo de sus ojos. Y es esa lucecilla la que enciende todos los recuerdos que tengo de él. Todas las pullas que lanzaba o cuando me cabreaba o si decía algo inesperado. Esos momentos en los que la sonrisa nunca le llegaba a los ojos. Las que sí le llegaban. Siempre he sentido que algo no encajaba, pero lo achacaba a la desconfianza que le tengo a la policía en general. Tal vez me distrajo mi ímpetu de proteger a Harper. Tal vez me dejé engañar por mis propios prejuicios. Tal vez es una combinación de fallos fatales. Lo cierto es que subestimé demasiado esos pinchazos de instinto y ese fue el error definitivo. Uno que podría costarme todo.

—¿Dónde está Harper? —pregunto.

Yates suelta una risita y saca otra botella de agua para lanzarla por el suelo.

—Muerta en el fondo del mar.

El mundo da vueltas a mi alrededor; la oscuridad trepa por mi visión. Me tambaleo al dar un paso hacia delante y apoyo una rodilla mientras la sangre me bulle, ahogando los sonidos que me rodean. Apenas noto la botella que pasa rodando por mi lado hasta la esquina de la sala.

—No…

—Autumn, por otra parte, está vivita y coleando —dice Yates. Una diversión diabólica reclama sus rasgos. Se disuelve en un ceño falso—. Arthur Lancaster, sin embargo… Bueno, me temo que no fuiste clemente con su alma.

Ladeo la cabeza. Me siento a la deriva sin ninguna luz que me guíe en la oscuridad.

—¿Has matado a Arthur…?

—No. Tú has matado a Arthur. —Yates tira otra botella; esta vez me da en el hombro. Chasquea la lengua y niega con la cabeza—. A lo mejor deberías empezar a cogerlas si quieres volver a verla.

Las lágrimas me pican en los ojos. Pero no son por la desesperación que me produce el sufrimiento de Harper o la frustración por lo indefenso que estoy. Son producto de la rabia.

«Voy a hacer pedazos a este tío. Haré que se desangre por ella».

—¿Por qué? —digo con los dientes apretados; mi mirada es tan afilada que siento que podría rajarlo si me acercara un poquito más—. ¿Por qué haces esto?

—Para que la muchacha pueda transformarse, por supuesto. Y, para transformar, uno debe destruir. —Yates me lanza otra botella y esta vez la cojo como si los retazos de mi vida dependieran de ello—. Se convertirá en todo lo que estaba destinada a ser. Más de lo que jamás imaginó Arthur. Más de lo que ella misma ha soñado en las horas oscuras de la noche. Mi digno legado.

Sacudo la cabeza. Las lágrimas se me acumulan en las pestañas. Su mayor enemigo estaba aquí todo el tiempo. Y yo lo llevé directo a ella.

—No —susurro.

—Puede que te hayas enamorado de Harper Starling —dice Yates agachándose para mirarme. Una sonrisa lenta le tira de los labios, los ojos le brillan con todos esos secretos ocultos y conspiraciones—. Pero Autumn Bower te matará.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, gracias a TI, querido lector, por volver a sumergirte en el mundo loco de Cabo Masacre. Siempre me maravilla que reserves parte de tu valioso tiempo para dedicárselo a mis personajes. Te estoy muy agradecida y espero que hayas disfrutado del ratito que has pasado con Harper, Nolan, Arthur y el resto del elenco. ¡Incluso Yates! (¡LO SIENTO! ¡Es que es tan divertido escribirlo!).

Gracias siempre a mi maravillosa agente, Kim Whalen. Gracias por estar siempre ahí para mí en esta montaña rusa que es publicar. Eres tan divertida, tan entregada y es una alegría trabajar contigo. ¡Brindo por ti con champán por nuestras copas «imbuidas de rencor»!

Mi gratitud a Molly Stern, Hayley Wagreich, Sierra Stovall, Andrew Rein, Nathalie Ramirez, Ashley Alberico, Julia McGarry y al resto del equipo de Zando por llevar el «hijo del demonio» que es la trilogía Masacre a los lectores. No es una hazaña fácil traer al mundo a un hijo del demonio y os estoy muy agradecida a todos por vuestro duro trabajo. Gracias también a Ellie Russell y Becky West de Little, Brown UK; Frini Georgakopoulos, de Arqueiro (Brasil); Ana Sánchez Asenjo, de Contraluz (España) y Glen Tavennec y Benoit André, de Label Verso (Francia). Sois quienes más habéis apoyado mi trabajo a voz en grito y con generosidad. ¡Espero poder veros a todos muy pronto! Y siempre estaré agradecida a András Kepets de Hungría: gracias por ser la persona que lanzó la primera ficha de dominó que inició mi aventura en el mundo de la publicación tradicional.

A mi maravillosa asistente personal, Val Downs, de Turning Pages Designs, y a la guapísima Jessica Stamp, que siempre consigue coordinar a mi grupo de lectores en Facebook… ¡GRACIAS! No

sobreviviría sin vosotras dos. Sois unas personas fabulosas y os quiero.

Un agradecimiento enorme a todos los que leyeron y escucharon las muestras anticipadas, a quienes sacaron tiempo para reseñar mis libros, a veces antes del lanzamiento, otras incluso cuando todavía se estaba corrigiendo. Gracias por todo lo que hacéis por leer, promocionar y comentar mi trabajo. Todavía no me creo que estemos juntos desde la época de Shadow Realm (¡¡¡algunos incluso desde antes!!!). Significa mucho para mí teneros como compañeros de viaje. Gracias en especial a Kristie, Abbie, Chelsea y Lauren, de quienes me he hecho amiga a lo largo del viaje. Muchísimas gracias por todo vuestro amor y amistad.

A Samantha Brentmoor y Robert Hatchet, que han abrazado completamente a estos personajes y el mundo de Cabo Masacre. Sois los dos unos artistas increíbles y veros hacer arte de mi arte es todo un regalo, de verdad. Sam, cada vez que te veo, pienso que ojalá viviéramos más cerca para poder acechar tu casa de una forma para nada turbia. Lo juro…

Un millón de gracias a todas mis amigas autoras. Os admiro tantísimo que creo que nunca seréis conscientes de ello y aprecio muchísimo vuestro apoyo y amabilidad. En particular, a mi ciempiés humano, H. D. Carlton y Santana Knox. Os quiero muchísimo a las dos. Nuestro ciempiés nunca deja de sorprenderme y de inspirarme. Ambas sois dos personas increíbles y es un honor llamaros «amigas». *Memento mori, bitches!* Gracias también a las señoras de ¡¿Dónde está mi sombrero?!, a Emma Noyes y a Stacia Stark, que siempre son graciosísimas y comparten los peores vídeos de TikTok para que podamos poner mala cara juntas. Un agradecimiento enorme a todos los autores que han tenido la amabilidad de sacar tiempo para hacer el *blur* de *Temporada de turistas.* Habéis ayudado a que la serie tenga una acogida increíble y vuestras palabras amables me dejaron sin habla, en serio.

A mis abuelos maternos, Ethel y Cy, cuya travesía en la demencia inspiró las experiencias de Arthur y Harper (¡menos la parte de los

asesinatos!). Ojalá pudierais ver que vuestro amor incondicional se ha convertido en un legado entrelazado en el tejido de mi vida. Espero que estéis orgullosos de todo lo que me habéis dado y os echo muchísimo de menos. A mi madre y a mi padrastro, gracias por ayudarme a aprender la naturaleza polifacética del viaje de los cuidados, desde el estrés y la frustración hasta la alegría y la esperanza y, sobre todo, el amor.

Y por último, pero NUNCA menos importante, muchísimas gracias a mis increíbles chicos, Daniel y Hayden. Daniel, estás ahí para mí de formas que nunca soñé que fueran posibles ni en la novela romántica más digna de suspiros. Eres una persona muy comprensiva, entusiasta y ambiciosa y siempre me inspiras con tu deseo genuino de ayudar a que la vida de quienes te rodean sea mejor y más feliz. Tengo mucha suerte de ser una de las mayores receptoras de todo eso, ¡ja, ja! Si no lo fuera, lo más seguro es que muriera de sed e inanición. Ahora en serio, eres un hombre increíble de verdad y estoy agradecidísima de pasar esta locura de vida a tu lado. Y a Hayden, mi maravilloso hijo, que tiene un corazón enorme: gracias por los abrazos, las risas, las bromas y tus intentos fallidos de ganar las guerras de cosquillas. Eres siempre mi Estrella Polar y te querré toda la vida. ¿Dices que cuándo te dejaré leer el libro? Consígueme una nutria como mascota y hablamos… (cuando tengas 265 años).

Título original: *Harvest Season*

Esta edición ha sido publicada mediante acuerdo con The Foreign Office Agència Literària, S. L. y The Whalen Agency, Ltd.

Edición en formato digital: octubre de 2026

Extractos de los poemas «El muerto jubiloso» y «Un viaje a Citerea», de Charles Baudelaire (2022).
Las flores del mal. Traducido por Antonio Martínez Sarrión. España: Alianza.

Copyright © Brynne Weaver, 2026
© de la traducción: Ana Navalón, 2026
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 979-13-87810-95-5

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.